



ANTES de

Medianoche

Isabella Marín

ADICTA A ÉL... ANTES DE MEDIANOCHE

Isabella Marín

© Isabella Marín, febrero 2016

Diseño de la portada: Alexia Jorques
Foto: Fotolia.com

Primera edición: febrero 2016

Corregido por Correctivia

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Para B,

"Duda que sean fuego las estrellas,
duda que el sol se mueva,
duda que la verdad sea mentira,
pero no dudes jamás de que te amo."

W. Shakespeare.

Escandalosas... ¿Difamaciones?

«**Nathaniel Black, descontrolado.** El alcoholismo del actor se hace notar más que nunca, tras haberse filtrado en los periódicos de Gran Bretaña la noticia del compromiso de Catherine Collins y Jonathan Hunt. Esa misma noche, Black apareció borracho en la entrega de los Oscar y montó tal numerito, que los agentes de seguridad se vieron obligados a escoltarle hasta su coche». *OK Magazine*

«**¿Nathaniel Black está sufriendo?** El actor sorprende al mundo entero cuando, al día siguiente de enterarse del compromiso de Catherine Collins, publica en Facebook una famosa cita de *Cumbres Borrascosas*: «Si él la amase con toda la fuerza de su alma mezquina, no la amaría en ochenta años tanto como yo en un día. Y Catherine tiene un corazón como el mío. Antes se podría meter el mar en un cubo que el amor de ella pudiera reducirse a él. Le quiere poco más que a su perro o a su caballo. No le amaré nunca como a mí. ¿Cómo va a amar en él lo que no existe?» Dias más tarde, durante una conferencia de prensa, el chico malo ha declarado: «Estáis buscando drama donde no la hay. No me refería a ninguna Catherine conocida, así que dejad de darle vueltas al asunto. Tan solo quería compartir con vosotros el hecho de que estoy leyendo a los grandes clásicos de la literatura inglesa. Pensé que os gustaría saber que en mi biblioteca entra algo más, aparte de modelos desnudas y botellas de bourbon.» Ajá...» *PageSix.com*

«**El chico malo de Hollywood detenido de nuevo.** Esta vez ha sido acusado de desorden público y condenado a tres meses de trabajo comunitario. Nathaniel Black ha declarado que le trae sin cuidado. «Iré a recoger basuras si eso es lo que quiere esa zorra pelirroja», comentó a la salida de un club de *striptease*, refiriéndose a la jueza que lo condenó, Andy Wood. (Mencionamos que Black estaba en un avanzado estado de embriaguez al realizar esas declaraciones.) Ahora, aparte de los tres meses de trabajo comunitario, el polémico actor se enfrenta a una multa de cien mil dólares por injurias». *Star Magazine*

«**Nathaniel Black y la nueva Miss World, Catherine Hill, fotografiados cenando juntos en un restaurante de París.** El representante de la modelo se ha apresurado a explicar que el actor y la Miss solo son amigos, mientras que el chico malo se ha limitado a hacerles una peineta a los *paparazzi*. «Chuparos esa» fueron las únicas palabras que dijo al respeto. Desde luego, una actitud conmovedora». *The New York Post*

«**Solo estaba ligeramente ebrio**», se defendió Nathaniel Black cuando se filtró a la prensa internacional un video suyo paseándose por las calles de Cannes en un lamentable estado de embriaguez, con una botella de *bourbon* en la mano y un cigarro colgándole de los labios. El chico malo no se molestó en acudir al estreno de su nueva película, razón por la cual se hallaba en Francia en ese momento». *US Weekly*

«**La chica buena de Londres y el chico malo de Hollywood casi coinciden en Zimbawe.** Catherine Collins se hallaba en suelo africano para inaugurar la octava filial de su ONG «*Juntos por la pobreza*» y, según fuentes cercanas a su entorno, cogió el primer avión de vuelta a Londres al enterarse de que el jet privado de Nathaniel Black estaba a punto de aterrizar en el mismo país. Las malas lenguas susurran que la *socialité* aún no ha superado la ruptura, y que no está preparada para estar cerca del actor. Los dos se han negado a hacer declaraciones». *The Sun*

«**¿Qué estará tramando «Don Escándalo»?** Hace dos semanas que Nathaniel Black no protagoniza ningún titular y eso no es habitual en él. El actor no se deja caer en fiestas, ni va a los clubs de *striptease* que solía frecuentar y, desde luego, ha dejado de pasearse por la calle en estado de embriaguez. Siempre que sale de casa, lleva unos exclusivos trajes de Armani, el pelo perfectamente... desordenado y, según nuestra fuente de Tráfico, ni siquiera recibe multas por exceso de velocidad. El chico malo parece haberse vuelto bueno de la noche a la mañana. Sus fans se preguntan si no habrá ingresado en alguna secta siniestra». *PageSix.com*

1. Capítulo 1

—«*El chico malo de Hollywood y su nueva conquista, el angelito de...*»

Una enorme angustia me oprime el pecho mientras camino como una autómatas hacia la pantalla de mi habitación. Mis manos ya han empezado a temblar como las de un adicto que acaba de oler su heroína y lo único en lo que puedo centrarme es esa frase que flota dentro de mi cabeza, una y otra vez. «*El chico malo de Hollywood y su nueva conquista.*» El ansia aumenta a medida que pasan los segundos. Un frío sudor se apodera de mi espina dorsal. No hace falta ser Sherlock Holmes para darse cuenta de que mi adicción ha vuelto.

Me detengo al lado de la cama, con el rostro descompuesto y todos los demonios del infierno atormentándome la mente. La tentación de mirar hacia arriba se vuelve irresistible; tan seductora que por primera vez en meses estoy dispuesta a bajar la guardia y hacer algo que juré no volver a hacer bajo ningún concepto: mirar su rostro. *Solo es una pequeña recaída*, me digo a mi misma. *No vas a mirarle*. Sin embargo, alzo la mirada. Un instante. Eso es todo lo que me concedo para observar ese atractivo semblante masculino, de pómulos altos y ojos increíblemente azules. Pues ese instante en el que nuestras miradas parecen encontrarse a través de la pantalla, es suficiente para avivar mi agonía hasta límites difíciles de aguantar. Apenas soy consciente de lo acelerados que se vuelven los latidos de mi corazón al darme cuenta de que a su lado hay una modelo diez centímetros más alta que yo, rubia, guapísima, agarrada a su brazo.

Mi vida se ha vuelto horrible en los últimos dos años. Una auténtica pesadilla, un mal sueño del que no soy capaz de despertar y, por si eso fuese poco, se repite una y otra vez hasta la saciedad. Ni siquiera hacer cosas de personas normales me produce alivio, puesto que, si salgo a la calle, veo, en los enormes carteles publicitarios que hay por todo Londres, a un hombre al que no me apetece ver, anunciando una colonia. ¡En calzoncillos! Por cierto ¿a qué mente perversa se le ocurren esos anuncios? ¡Oh, y ver la tele! Esa *sí* que es una pesadilla. Todos los días la misma historia. Nathaniel Black ha hecho eso, Nathaniel Black ha hecho aquello. ¿Es que no hay más noticias en este mundo? ¿Ningún político ha sido detenido por corrupción hoy? ¿Ningún banquero de Wall Street ha provocado una crisis mundial últimamente? ¡Por el amor de Dios! ¡La tierra no gira alrededor de Nathaniel Black!

La agonía deja lugar a una repentina irritación. Agarro el mando y cambio de canal, aunque inmediatamente me arrepiento de haberlo hecho. Esto no puede ser verdad. ¡Incluso en la BBC hablan de él! En todos los canales de la BBC, quiero decir. Furiosa, cambio de un canal a otro, apenas mirando la serie de imágenes que desfilan delante de mis ojos.

—*Nathaniel y Gabrielle parecían muy enamorados cuando...*

Lanzo el mando contra la pared. ¡Enamorados!

—Apagar tele —digo en tono áspero.

Doy media vuelta para entrar en el baño.

—*Han sido sorprendidos por...*

Resoplo, me vuelvo, agarro de nuevo el mando e intento, sin éxito alguno, apagar.

—*El actor y la modelo...*

Sacudo el mando, le doy unos golpeitos contra la pared y vuelvo a intentarlo. Es inútil. En el momento menos oportuno, la tele ha elegido dejar de funcionar.

—Cambiar... canal —digo lentamente mientras pulso todos los botones.

—*Se han prometido...*

¡Maldición! Me he gastado tres mil libras para nada. ¡Control de voz, y un cuerno!

—*El sex symbol ha declarado...*

—Apagar... la puñetera... ¡TELE! —grito.

El engendro del demonio no reacciona ante mis órdenes vocales y el mando parece haberse quedado sin pilas. Y lo que es peor, una reportera pelirroja muy sonriente habla sin parar sobre las hazañas del *playboy* de Nueva York y su nueva conquista. A punto de sufrir una crisis nerviosa y sin tener ni idea de qué hacer para dejar de escuchar ese programa mefistofélico, atrapo el primer objeto que encuentro, alzo las manos por encima de la cabeza y, usando todas las fuerzas de mi frágil talla 36, lo lanzo contra la tele. Nada más cometer la imprudencia, me doy cuenta de que el objeto era una pesada escultura de bronce, que, de manera sorprendente, consigue que la pantalla se apague. Y se resquebraje. ¡Bendito silencio! ¡Al demonio las tres mil libras!

—Tal vez debas aprender el coreano para que la tele te entienda —me sugiere con sorna mi mejor amiga, Emma.

Me giro hacia ella para ponerle mala cara. Está apoyada contra la puerta, ataviada con un elegante vestido negro de lentejuelas, corto y entallado, que deja a la vista sus esbeltas piernas, bronceadas gracias a los fines de semana que pasa en la casa que sus padres poseen en Mónaco. Su largo y castaño cabello es ondulado, igual que el mío, solo que ella se lo ha recogido a ambos lados con horquillas mientras que yo aún llevo el informal peinado que me he hecho esta mañana para ir a trabajar.

Su postura corporal refleja despreocupación. Tiene los brazos cruzados a la altura del pecho y sus labios, pintados de un intenso rojo, insinúan una dulce sonrisa. Por desgracia eso no consigue mermar mi deseo de gritarle y sacudirla hasta hacerla entrar en razón. Emma y yo llevamos media hora discutiendo. Y las cosas que nos hemos dicho esta noche, desde luego, no son dignas de dos damas como nosotras.

—Emma, hazme un favor y cállate. Y dame ya el móvil. ¡No te quedes ahí parada! Tengo que llamar a Jonathan.

Después de veinticinco años de amistad, Emma Bennett está más que acostumbrada a mi fuerte personalidad, con lo que su atractivo rostro, de una belleza clásica digna de la aristocracia romana —es medio italiana por parte de madre, de ahí la fogosidad que demostraba hace media hora—, ni siquiera se altera ante mi tono agresivo.

—De eso nada —me contesta, irritablemente serena.

Sigo con la mirada las agujas de diez centímetros de sus *Louboutin* de charol negro, que taconeán por el parqué de mi habitación, de camino al vestidor. Se detiene, abre todos los armarios y empieza a buscar un vestido que, según ella, debería ponerme. ¡*Qué Dios me ayude!*

—¿Piensas quedarte ahí el resto de la noche montando rabietas y destrozando el mobiliario, o vas a ayudarme a encontrarte algo de vestir?

Respiro hondo para mantener la calma. Sugerencia del psicólogo.

—Ya...estoy... ¡VESTIDA!

—No adecuadamente —me dedica una tierna mirada antes de que sus delicadas manitas empiecen a toquetear de nuevo mis prendas.

Arrastro los pies tras ella, renegando entre dientes.

—No voy a ponerme ninguno de los vestidos que elijas, así que olvídalos —me obligo a mí misma a adoptar el tono más tranquilo del que soy capaz—. ¡Y dame ya el puñetero móvil, Emma! Hablo muy en serio. Jonathan espera mi llamada.

—Y yo hablaba muy en serio cuando te dije que nada de móviles hoy —deja de hurgar en el armario y se gira de cara a mí, con un horrible vestido amarillo con rayas azules entre las manos—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me hables de Jonathan? ¡Por los clavos de Cristo! Cada vez que oigo ese nombre, me entran arcadas —pone mueca de asco y finge toser, aunque lo hace de pena—. ¿Lo ves? ¡Arcadas! ¿Y por qué demonios compraste este harapón? ¿Querías disfrazarte de payaso?

Le arranco el vestido de las manos, lo vuelvo a guardar en su sitio y cierro el armario delante de sus narices. Coloco, ruidosamente, una mano en la puerta para recalcar que no voy a permitirle que siga revolviendo entre mis cosas.

—Em, me caso con él dentro de una semana. Con tu bendición o sin ella.

—Por tu propio bien, espero que cambies de opinión —murmura mientras intenta retomar la búsqueda del vestido perfecto.

Apoyo la espalda contra las puertas de madera blanca para impedir que las abra.

—Catherine, hablo muy en serio. Estoy muy harta de tu actitud autodestructiva. Tus menesteres no son saludables. Tienes que salir de casa.

—De eso nada. Pediré comida basura, romperé un par de floreros y luego veré por enésima vez *El Diario de Noah* para recordar que aún existen chicos buenos en este retorcido planeta.

—¡Claro que existen los chicos buenos! —repite, a gritos—. El problema es que a ti te gustan los trastornados. Y ahora haz el favor de quitarte.

—De ninguna de las maneras. Si quieres apuntarte a mi plan, siéntete libre. Si no, ya estás tardando en marcharte a tu casa.

Rezonga unas cuantas maldiciones entre dientes y empieza a forcejear con más violencia, pero como yo empujo con la espalda, el armario se mantiene cerrado. Me mira a los ojos. Sabe perfectamente que el brillo que hay en mi mirada quiere decir que no pienso ceder. Por supuesto, lo pasa por alto. Aprieta los labios con evidente rabia y vuelve a intentarlo, sin éxito alguno. Patalea. Grita. Blasfema. Nada. Inútil. El armario permanece con las puertas cerradas.

—No voy a ponerme un vestido porque no pienso ir a ninguna cena estúpida —le explico con una tranquilidad que no siento—. Cenaremos en casa, tal y como lo habíamos hablado la semana pasada. No sé qué te ha hecho cambiar de opinión y, a decir verdad, me importa un comino. ¡No voy a salir hoy y punto!

—Irás como que me llamo Emma Bennett —me dice a través de sus dientes apretados.

Durante un tiempo inconmensurable, nos quedamos mirándonos la una a la otra como en un duelo, mirada verde contra mirada marrón, hasta que nos interrumpe el timbre de la puerta. Para mi asombro, Emma da media vuelta y sale casi corriendo. Me pregunto quién será para que se arriesgue ella a torcerse un tobillo escaleras abajo. Decido que es mejor no saberlo y me giro de cara al armario, intentando buscar una manera de mantenerlo cerrado.

—¿Catherine? ¿Oooh, Ki-ty? —canturrea una voz de mujer desde la planta baja.

Mis ojos se abren de golpe. Oh, no... Sacudo la cabeza lentamente, en completo estado de shock. No, no, no. Dime que es un mal sueño del que despertaré en breve. Esa no puede ser Lilly.

—¿Dónde te has escondido, gatita?

Escucho sus tacones subir por la escalera. Está acercándose. ¡Está demasiado cerca! Ay, Dios...

—Ven, Kitty, Kitty... ¿Ki-ty? ¿Dónde estás, gatita? —sus tacones se detienen; yo quiero morirme—. ¡Ah, aquí estabas! Vaya manera de recibir a tus amigas.

¡Oh, Dios! Está justo detrás. Con una sonrisa dibujada en mis labios, giro sobre los talones y veo a Lilly Lawrence, rubia, fabulosa, excéntrica y cargada de bolsas de Chanel, entrando en mi habitación.

—¡Lilly, querida! —extiendo los brazos alegremente, me acerco y beso sus mejillas—. ¡Qué... ejem... grata... sorpresa! ¿Qué haces aquí? —mi ceño se frunce cuando reparo en que el vestido rojo que lleva, escandalosamente ajustado al cuerpo, solo le tapa el trasero—. ¿Y por qué vas vestida de putón?

—¿Y tú por qué vas vestida como Margaret Thatcher? —repite indignada, mirando de forma despectiva mi clásico, elegante, remilgado traje negro—. Emms, ¿por qué no está Catherine vestida como Dios manda todavía?

Lilly se gira hacia Emma y le lanza una mirada asesina. El rostro de esta última se vuelve colorado en cuestión de un instante. Guardo silencio mientras observo con suspicacia la escena, paseando la mirada de un rostro al otro. ¡A estas dos les pasa algo! No hace falta ser Sherlock Holmes para darse cuenta de que están tramando alguna maldad. Las conozco lo bastante como para saber que su monstruosa alianza no puede suponer nada bueno para mí.

—Estaba en ello —murmura Emma, quien baja la mirada y se examina los nudillos de la mano.

¡Ajá! ¡Lo sabía!

—No sé qué demonios pasa con vosotras dos, ni tengo tiempo para averiguarlo. Y no voy como Margaret Thatcher. Llevo un Dior —puntualizo, en tono orgulloso, mientras tiro de forma teatral del cuello de mi chaqueta ajustada a la cintura.

Decido aparcar mis resentimientos hacia Lilly y comportarme a partir de ahora como la dama que finjo ser. Es lo más sensato.

—¡Llevas una falda por debajo de las rodillas! —escupe ella.

Y ahí se acaba mi decisión. Hay que admitir que palabras como *sensatez* nunca se ha incluido en mi vocabulario.

—¡Soy la presidenta ejecutiva de Industrias Collins! —prorrumpo, irritada—. ¡Tengo una imagen que mantener!

—Chicas... —hay un deje de advertencia en el tono de Emma.

—¡Cállate! —le gritamos al unísono, sin tan siquiera mirarla.

Ladeo la cabeza y examino las pupilas de Lilly muy atentamente.

—¿Qué haces aquí, Lilly? La última vez que te vi, y eso fue nada más tirarte a mi novio, comentaste que Londres era demasiado pequeño para las dos y que te ibas a vivir a Mónaco.

Lilly entorna sus azulados ojos, tira al suelo las bolsas de compras y se deja caer sobre mi cama.

—Pero siéntate, mujer. No seas tímida —mascullo, sin pizca de diversión.

Me dedica una mueca adorable, lo que me enfurece todavía más. Voy a centrarme en otras cosas porque hay una gran probabilidad de que le arranque esas ridículas extensiones que lleva. Lo último que veo antes de darle la espalda es que se cruza de piernas y me lanza un beso.

—Ya veo. Sigues enfurruñada por lo de Charles.

Finjo estar buscando algo muy importante dentro del cajón de mi mesilla.

—¡Por favor! —bufo con desprecio, sin mirarla—. Por mí como si te casas con él. No podría importarme menos Charles Newman. Está más que superado.

Vuelve a sonar el timbre de la puerta. Esta vez Emma no se mueve y permanecemos las tres calladas, esperando a que Milles, mi mayordomo, abra y disipe el misterio del visitante desconocido.

—Buenas noches —llega una voz masculina desde abajo—. Soy Charles Newman, un amigo de Catherine.

Sencillamente me quedo helada.

—Señor Newman, pase por favor —ni siquiera puedo cabrearme—. La señorita Catherine está arriba con sus amigas, así que si tiene usted la amabilidad de esperar unos instantes hasta que bajen...

Maravilloso. Un sueño hecho realidad. Yo, Lilly y Charles en la misma casa. ¿Qué más puede pasar hoy? Definitivamente, es el peor día de toda mi vida.

—Estaré en el salón —informa Charles.

—No me dijiste que venía aquí —susurra Emma.

—¿Y yo cómo iba a saberlo? No soy su niñera —se defiende la otra, en voz igual de baja.

Giro sobre mis talones. Las dos fingen estar mirando las musarañas, con la expresión del que no ha roto un plato en toda su vida.

—¿Habéis hecho venir a Charles? —la voz me sale tan tensa que es evidente que estoy apretando los dientes—. ¿Estáis mal de la cabeza?

—Gracias a Dios, lo ha superado —refunfuña Emma por lo bajo, inclinada hacia el oído de Lilly.

Y entonces el hielo que me cubre estalla en mil pedazos y una oscura furia recorre mi cuerpo de la cabeza a los pies.

—¿Qué COÑO hace Charles Newman en MI salón? —grito tan alto que estoy convencida de que el pobre Charles lo ha debido de oír.

—¿Acaso piensas que iba a perderme la despedida de soltera de mi chica favorita? —escucho la suave voz masculina a mis espaldas.

¿No iba a esperar en el salón? Entrecierro los ojos, suelto unas palabrotas para mis adentros y compongo una sonrisa brillante mientras me giro hacia aquel hombre alto y moreno, elegantemente vestido con un traje gris de algún diseñador europeo. Constato que no ha cambiado apenas en los últimos ocho años. Sigue siendo el mismo sinvergüenza guapísimo de siempre.

—¡Charlie! —acorto la distancia que nos separa y me pongo de puntillas para besar sus mejillas—. ¡Maravillosa sorpresa! ¿De quién es la despedida?

Charles, cruzado de brazos, me mira confuso.

—Eh... ¿tuya?

Suelto unas carcajadas.

—Tiene gracia. ¡Mía, dice! —me detengo y miro su rostro. Se me borra la sonrisa de inmediato—. No estás de coña, ¿a qué no?

Sus ojos brillan con desconcierto. Hace un gesto de negación con la cabeza. Con una lentitud casi agónica, giro sobre los talones y enfoco a Emma con mi intensa y aterradora mirada verde.

—Te había dicho que nada de despedidas de soltera y tú, ¿no solo te pasas por el forro mis deseos, sino que vas y llamas a mi novio del instituto y a la furcia de mi amiga que se lio con él en *mi* baile de fin de curso? —a pesar de mi cabreo, mi voz resuena con tanta tranquilidad que convierte el momento en algo espeluznante.

—Señorita Catherine, disculpe...

—¿Sí, Milles? —murmuro, sin dejar de mirar los oscuros ojos de Emma.

—Están aquí sus otros invitados y vienen muy... —se aclara la voz—...alegres. ¿Les hago pasar?

Leyendo entre las palabras corteses de mi mayordomo, entiendo que mis invitados están borrachos como cubas. Resoplo con fastidio y muevo la cabeza mientras sopeso mis opciones. No hay muchas.

—Por supuesto que sí. Y sírveles una copa mientras esperan. Tenemos una imagen que mantener.

Veo de reojo cómo Milles se dispone a salir de la habitación.

—Ah, y... ¿Milles?

Mi anciano mayordomo se detiene y vuelve hacia mí su inexpresivo rostro.

—Gracias por todo. Y vosotros fuera. Tengo que vestirme.

Charles y Lilly salen sin decir nada más, supongo que avergonzados por la bronca que le he echado a Emma.

—¿Sí, Emma? —pregunto, sin que mi semblante desvele mi irritación.

—Siento haberles llamado. Pensaba que lo habías superado.

Oh, por el amor de Dios. Nunca me ha importado el asunto. No es un secreto para nadie que le tenía más cariño a mi cactus que a Charles. Y, para que conste, ese cactus se secó por falta de agua. Mira que eso es difícil.

—Y lo he hecho. Ahora, si me disculpas, tengo que elegir un vestido adecuado. Hay una despedida de soltera a la que debo llegar.

Sin decirnos nada más, Emma sale de la habitación con la espalda tiesa mientras que yo empiezo a buscar algo que ponerme. Tras una búsqueda exhaustiva, me decido por un vestido corto y ceñido al cuerpo, en un tono azul eléctrico que realza el moreno de mi cabello. Mi plan es cogermela una buena cogorza y estar de vuelta antes de medianoche. Tampoco puede ser tan difícil, ¿verdad?

Toda despedida de soltera cuenta con una limusina, un *boy* y un antro del pecado. Yo soy Catherine Collins-Fitzgerald. Ha habido quince limusinas para transportar a mis ciento treinta y cinco invitados, un coro de *boys* y otro de *strippers* y el club más pijo de todo Londres ha abierto sus puertas exclusivamente para nosotros. Soy la clase de persona que tiene amigos esparcidos por toda Inglaterra. Posiblemente en Estados Unidos, Canadá y Australia. Tal vez en Arabia Saudí.

Llevaba casi dos años sin montar en una limusina y he de admitir que echaba de menos el *glamour* que eso le aporta a un simple viaje en coche. Nos bajamos delante del club y entro, seguida de los demás. Aparte de Emma, Charles y Lilly, han venido Denise Johansson, amiga de la familia, que solía acompañarme a las clases de ballet cuando era pequeña, Matt Newman, el hermano de Charles, con el que me lie una vez porque estaba enfadada con Charles —menos mal que nunca me gustaron los tríos— y Melinda Adams, amiga de toda la vida y mi primer cliente como asesora de imagen. Hay que admitir que era buena en mi trabajo. Melinda es un pibón.

Nada más entrar, saludo a Christine Follet, una amiga a la que no veo desde que acabamos nuestros estudios en Oxford. Me cuenta su vida y yo le cuento lo fabulosa y magnífica que es la mía. ¡Una autentica mierda, eso es lo que es! Por supuesto, eso no se lo puedo confesar. No es apropiado para una dama de mi posición hacer algo tan vulgar como mostrar sus sentimientos. No me educaron para eso.

—¡Pero si es la novia más guapa de toda Gran Bretaña! —exclama mi primo, David Fitzgerald.

Va acompañado por su hermana Elise y mis otros dos primos, los hermanos Edward y Andrew Collins, los cuatro ligeramente mareados a causa del champán.

—¡Qué infame ofensa! —dice Edward, divertido—. Catherine es la novia más guapa del viejo continente.

Finjo rubor, eso es lo adecuado en estas circunstancias, y abrazo a los cuatro. Juntos formábamos la mejor pandilla de todo Londres hace unos años. Luego fuimos madurando, tanto que cada día íbamos menos de fiesta. De hecho, creo que en los últimos cinco años hemos quedado fuera de casa una sola vez: hoy. Pero aquí estamos. Ya que Emma ha reunido a todo el mundo, lo mínimo que puedo hacer es darle las gracias, pedirle disculpas por las rabietas de antes y pasármelo bien.

Así pues, entro en la cabina del DJ y le pido que me deje decir unas cuantas palabras. Somos viejos conocidos, con lo que asiente de inmediato.

—Hola —le doy un golpecito al micrófono, me aclaro la voz y sonrío con bochorno—. ¿Me oís? Hola a todos, mis amigos, y gracias por estar hoy aquí. Algunos ya sabéis que yo no quería una fiesta de despedida, pero, aun así, aquí estamos. ¡Sí! Y eso gracias a mi amiga del alma, Emma Bennett.

La busco con la mirada y le dedico una sonrisa sincera. Al verla alzar su copa de champán para indicarme que me ha perdonado, me invade una sensación de alivio. A pesar de mis ciento treinta y cinco invitados, soy consciente de que ella es la única amiga que tengo. Al fin y al cabo, de toda esta sala, solo ella puede ver más allá de mis muros.

—Gracias, Emms —el temblor que hay en mi voz hace que todos los invitados se vuelvan serios—. De veras. Es una fiesta magnífica.

Hago una larga pausa en la que ella y yo nos dedicamos una mirada que lo dice todo. Asiente, como diciéndome que todo está bien. Yo también lo hago, para decirle que ya lo sé.

—¡Ah!, y antes de que se me olvide. Quiero dejaros una cosa bien clara —me deshago el recogido, sacudo mi oscura melena y dejo de comportarme como una señoritinga remilgada—. ¡Hoy vamos a salir de aquí a gatas como en los viejos tiempos! —mis amigos levantan las manos en el aire y silban, completamente de acuerdo con mis maléficos planes—. ¡Vamos a beber hasta que el barman se quede sin alcohol! ¡Qué demonios! —los miro a todos por encima de las pestañas y rectifico—. ¡Vamos a beber hasta que Londres se quede sin reservas de vodka! —todos mis invitados están ya desquiciados: chillan, silban y saltan como locos—. ¡Qué empieeeeeeece la mejor fiesta del año!

Me bajo de la cabina del DJ y vacío tres chupitos de vodka antes de encontrarme con la pandilla.

—Un discurso emotivo —remarca Edward, de forma irónica.

Le doy una palmada cariñosa en el hombro.

—¡Eddie, eres un diablillo! ¿Y tu novia?

—¿Cuál de las tres? —interviene su hermano Andrew, maliciosamente.

Todos mis primos tienen problemas para ser fieles y desde que éramos críos han tenido varias novias a la vez. Yo misma he pasado por esa época, aunque la superé rápido.

—A eso me refiero —respondo, divertida.

Nos echamos todos a reír, menos Edward, al que nunca le ha hecho gracia que nos metamos con su vida sentimental.

—Voy a saludar a la gente —informo, antes de alejarme de ellos.

Siempre me ha gustado este club. Solía venir aquí en mi adolescencia, así que esta noche me siento como si estuviera en casa. Me invade la melancolía al pensar en esos viejos tiempos cuando yo era solo una niña mimada, superficial e incapaz de amar. ¡Ojalá volvieran! Pero, en el fondo de mi alma, sé que el pasado nunca volverá, haga lo que haga. Sacudo la cabeza para dejar de pensar en ello. No sirve de nada lamentarse.

Una vez despojada de mis deprimentes pensamientos, adopto una larga sonrisa y me mezclo entre los invitados. Paso la siguiente media hora dando besos, abrazos y cambiando unas cuantas cortesías, entre copa y copa de champán. Al regresar a nuestro reservado, me doy cuenta de que se ha quedado algo vacío.

—¿Y Melinda? —le pregunto a Christine—. Se ha esfumado.

Esta, con los ojos en blanco, se acerca a mí para cuchichear.

—Se ha liado con tu primo David.

Suelto unas cuantas carcajadas, sin poder impedirlo. Mis primos, los ligones. Me recuerdan a... ¡No! ¡No te recuerdan a nadie, Catherine! me grito a mí misma.

—Solo llevamos aquí media hora —comento con sorna, esforzándome por bloquear el irritante rumbo que cogen mis pensamientos. Por alguna condenada razón, hoy pienso en ese hombre más que nunca.

—Los Fitzgerald no necesitamos más —me dice Elise.

Se acaba de un trago su Martini, me planta la copa en la mano y me da la espalda para dirigirse hacia la pista de baile, acompañada por un desconocido.

—Conociéndola, sé cómo va a acabar la velada. O, mejor dicho, sé con quién —le susurro a Emma, y las dos nos echamos a reír.

—¡Me encanta esta canción! —chilla ella, dando saltitos—. Venga, vamos a bailar.

La sigo hacia la pista de baile, pero de repente pierdo la noción del tiempo y el espacio, como si el mundo entero empezara a girar cada vez con más dificultad. Y al igual que todo a mi alrededor, mis pasos se vuelven lentos hasta detenerse por completo. Entonces, en mitad de la pista, rodeada de flashes, humo y amigos bailando, me doy cuenta de que, a pesar de las ciento treinta y cinco personas que han venido a verme, esta noche me siento horriblemente sola. Miro sus rostros, jóvenes, hermosos, felices. Oigo a lo lejos el sonido de sus carcajadas. Los veo bailar, perdidos en la música. Todos están pasando el tiempo de sus vidas. Todos, menos yo. Finjo hacerlo, siempre finjo estar bien, pero lo cierto es que hay un enorme vacío en mi interior que nada de todo esto conseguirá llenar. Nada, salvo el champán. La única manera de olvidarse de todo es bebiendo hasta reventar. Y eso pienso hacer. Así pues, me esfuerzo por sonreír de nuevo. Vuelvo a nuestro reservado, agarro la botella y relleno todas las copas.

—¡Bebed, malditos, bebed! —los insto, diabólicamente.

—Propongo un brindis —Lilly alza su copa—. Por David, que es un crack con las mujeres. Yo doy fe de ello —añade por lo bajo.

Levantamos las copas en el aire para brindar por los genes de *playboy* de mi primo. Y luego brindamos porque Denise se ha comprado su primer piso. Y luego porque Matt es gay. ¡Y yo pensando que me amaba desesperadamente desde aquel día cuando le besé! ¡Ja! A la media hora, empiezo a estar ligeramente mareada con tanto brindis y decido ir a bailar para bajar el alcohol y, de esa forma, poder beber aún más. Mi primo Andrew tiene la amabilidad de bailar conmigo cuando empieza una canción lenta.

—Y dime, Andy, ¿cuál es tu vida ahora? Me han dicho que vives en Tokio.

—Cierto, pero me gustaría volver a casa. ¿Tú crees que podrías darme algún trabajo en Industrias Collins?

Me detengo durante un instante y examino su rostro ovalado. Parece hablar en serio.

—¡Andrew, eso es genial! Nos encantará tenerte aquí. Ya sabes cuál es la política de la empresa. Un Collins siempre es bienvenido. Y sí tiene un máster en Administración de Empresas, aún más.

Nos echamos a reír y volvemos a abrazarnos. Esta noticia me ha mejorado la velada. Andrew será un gran apoyo para mí. Bueno, el único apoyo, ahora que lo pienso mejor. Todos los demás empleados me odian a muerte. Mmmm... Debería nombrarle vicepresidente. De hecho, voy a hacerlo mañana mismo. No, mañana voy a tener resaca. Pasado mañana.

En cuanto se acaba el baile, Andrew y yo volvemos a nuestro reservado. Edward intenta ligarse a Denise, Melinda y David están dándose el lote encima del sofá, Emma ha desaparecido de repente con Lilly y Charles, y los demás están bailando cual posesos, en armonía con los *flashes*.

—Andy, ¿por qué no sacas a Christine a bailar? —le sugiero, mirando cómo la pobre muchacha está sola en un rincón, marcando el ritmo de la canción con la cabeza.

—Te vas a quedar sola si lo hago. Estos capullos están demasiado ocupados ligando como para hacerte caso.

Me quedo anclada en sus ojos burlones.

—Quedarse sola tiene algo de fascinante para mí —bromeo mientras lo empujo hacia ella—. Anda, ve.

Andrew, a regañadientes, invita a Christine a bailar. Mientras los observo alejándose, me doy cuenta de que hacen muy buena pareja. Los dos son guapos, brillantes y personas en las que uno puede confiar. Dejo escapar un suspiro. Si mi primo no fuese un *playboy* como su hermano Edward, nuestro primo David y otro que yo me sé... Muevo la cabeza para apartar esa información de mi mente. Estos pensamientos se vuelven muy preocupantes. Es como si hoy no pudiera sacarme de la cabeza a ese irritante actorucho de pacotilla. Llevaba semanas sin pensar en él, pero, por alguna oscura razón, esta noche está tan presente en mi mente que casi puedo sentir su maliciosa mirada azul marino clavada en mí. Doy gracias a Dios de que nos separe un océano y decido ir a la barra para cambiar el champán por vodka. Ya he hecho bastante el tonto. Ahora voy a beber de verdad. Como una Collins. Habrá que honrar esa sangre irlandesa que corre por mis venas.

—Dame tres chupitos —le pido al camarero.

Como ya sabe lo que me gusta, saca una botella de vodka del bueno de debajo de la barra. Me tomo todos los chupitos y pido otros tres con un gesto de la mano. Mi tío Will siempre me aconsejaba ir de tres en tres. Decía que, de esta forma, te emborrachas antes. Tiene su lógica, hay que admitirlo.

Nada más vaciar el último chupito de vodka, reparo en que la canción que se escucha en este momento es aquella francesa que sonaba en el club en el que Nathaniel y yo nos dimos el lote. *Alors on danse* creo que se llama.

—Esta canción es para Catherine —anuncia el DJ por el micrófono—. De parte de un viejo amigo.

Pues ese viejo amigo debería saber que odio esta canción porque me hace pensar en cosas que no quiero pensar, como en...

—¿Bailas, amor?

Justo lo que estaba diciendo.

—¡Sal de mi cabeza! —gruño entre dientes, en voz alta.

—No estoy en tu cabeza, preciosa. Estoy a tu espalda.

Abro los ojos de par en par.

¡Dios mío, he muerto y estoy en el infierno! Demasiado vodka. O fulminada por un rayo. Seguro que ha sido un ictus. Siempre me ha asustado el ictus.

Giro la cabeza tan despacio que pasa toda una eternidad hasta que me encuentro con su inquietante sonrisa de lado, tan perturbadora como siempre, y esa mirada suya que no tiene nada de cortés. Me mira de una forma escandalosa, como si supiera perfectamente de qué color es mi ligüero. Con la mente aturdida a causa del alcohol, intento recordar si llevo ligüero. Desde luego, sus maliciosos ojos azules insinúan que sí.

—¿Por qué no vas de Satán? —pregunto ceñuda, arrastrando un poco las palabras a causa de la cantidad indecente de vodka que he ingerido.

—¿Por qué iba a ir de Satán? —pregunta a su vez, muy confuso.

Está tan cerca de mí que su olor, dolorosamente familiar, invade mis sentidos. Y es como estar en casa de nuevo. Así es como huele el hogar para mí: a colonia Calvin Klein, a tabaco y a *bourbon*.

—¿Preciosa? —susurra, al ver como mi rostro se vuelve de piedra—. ¿Estás bien?

Quiero esquivar su mirada, pero esos ojos azul marino resultan tan penetrantes, tan intensos, tan seductores, que me pierdo en su inmensidad, como si estuviera en un profundo trance. Su mirada es magnética. He visto en ella crueldad, he visto arrogancia y he visto indiferencia. Hoy no hay nada de eso reflejado en sus pupilas. Lo que veo en este instante es un brillo que no sabría cómo catalogar, una mezcla entre ardiente y atormentado que me deja absolutamente descolocada.

Trago en seco mientras lo contemplo enmudecida, sin ser capaz de moverme o de hablar. No es guapo. Él sencillamente redefine el concepto de belleza. Su rostro no registra ni un solo defecto. Es pálido, de rasgos perfectos, refinados, mandíbula masculina, pómulos altos y nariz recta. ¡Lo que todo escultor habría soñado! Su cabello, tan oscuro como el cielo en las noches de invierno, está despeinado, como si acabara de levantarse de la cama hace unos instantes. Viste un vaquero negro, una camiseta blanca de AC/DC que se amolda a su pecho, definido a la perfección, y una chaqueta de cuero negra.

Pero no es su belleza física lo que cautiva de él, sino el aura sensual y oscura que le rodea. Eso y su personalidad: esa actitud suya de "todo me importa una mierda" combinada con la ferocidad, la violencia y la pasión aterradora de la que es capaz. Por norma general, no suele ser amable, sino más bien cruel, despiadado, arrogante e impulsivo. O al menos eso es lo que intenta que la gente perciba de él. Yo le conozco lo bastante como para saber que también puede ser vulnerable, débil y tan frágil como un juguete roto.

Y es todo ese conjunto de virtudes y defectos lo que convierten al hombre que tengo delante en la fruta prohibida para mí. Lo único que tenía que hacer para mantenerme a salvo era no enamorarme de él. Evidentemente, fallé.

—¿Eres real? —musito.

Nathaniel Black tuerce sus perfectos labios en una media sonrisa de chico malo.

—Tan real como que tú estás borracha como una cuba.

Suelto un bufido, escandalizada por sus viles acusaciones.

—¡Injurias y calumnias! —me defiende, muy dignamente—. Solo estoy ligeramente ebria.

Y para demostrárselo, doy una voltereta, pero pierdo el equilibrio a causa de mis altos tacones —no a causa de nueve chupitos y tres copas de champán—, y me tambaleo hasta que aterrizo en sus brazos.

—Tranquila —susurra contra mis labios—. Te tengo. Sabes que nunca permitiría que te cayeras.

Me estremezco al sentir la calidez que desprende su fuerte cuerpo y la presión que sus manos ejercen sobre mis brazos. Mi corazón empieza a galopar dentro de mi pecho cuando alzo la mirada y observo, con la garganta seca, los hermosos iris azules que, a su vez, me examinan a mí. En sus ojos se refleja aquel brillo de depredador que siempre conseguía hacerme perder el juicio y el control. Y luego está su rostro, más escultural de lo que yo recordaba, y sus labios prácticamente pegados a los míos... ¡Uf!

—Hola, princesa. Siempre es un placer volver a verte.

¡Señor, dame fuerzas! Con la mente aturdida a causa de la bebida, las hormonas revolucionadas por su presencia, y sin ser consciente de lo que estoy haciendo, agarro su nuca con las dos manos y estampo mi boca contra la suya. Mi lengua se abre paso a través de sus dientes, con desesperación casi. Ese arrebato le arranca a Nathaniel Black un gemido proveniente de lo más profundo de su garganta. Sin vacilar, traslada ambas manos a mi rostro, clava los dedos en la piel de mis mejillas y se hunde en mi boca con una codicia abrumadora.

Saltan chispas cuando nuestras lenguas se encuentran en un beso largo, hambriento y cargado de electricidad. Solo pasan unos instantes hasta que su sólido pecho se aplasta contra el mío y sus estrechas caderas me empujan hasta apoyar mi espalda contra la barra. No parece ser capaz de despegar los labios de los míos y, poco a poco, aumenta la intensidad de nuestro beso, como si cada vez necesitara más de mí. Mientras, a lo lejos, una copa cae al suelo, y su beso borra de mi mente todo lo que ha pasado en los últimos dos años. Oigo voces lejanas... música... nada importa. ¡Nada! salvo él. El beso puede haber durado una eternidad o puede que hayan sido unos pocos segundos. No lo sé. Ha sido tan intenso que he perdido la noción del tiempo.

—Dios, cuánto te he echado de menos —exhala, con la voz ronca de deseo.

Retrocedo medio paso, levanto la mano en el aire y le doy una bofetada con tanto vigor que su rostro se gira hacia la izquierda.

—¡Auch! —se frota la mejilla y me mira confuso, arrugando el ceño—. ¿Por qué coño has hecho eso?

—El beso ha sido porque te echaba de menos y la bofetada por ser un gilipollas las navidades pasadas. Ahora, si me disculpas, tengo una fiesta que atender. Me ha alegrado verte. Buen viaje de vuelta a *Yankilandia* —me dispongo a darle la espalda, pero me detengo en el último momento para añadir una cosa más—. Ah, y... ¿Black? No te olvides de comprar un *souvenir* para tu novia. *Au revoir*.

—No tan rápido, pequeño saltamontes —dice con burla mientras me agarra un brazo para impedir que le dé la espalda—. ¿Sigues enfadada conmigo?

Bufo y libero mi brazo con un gesto brusco.

—No podría importarme menos tu persona. No sé lo que pretendías viniendo hasta aquí, ni tengo tiempo para averiguarlo, pero lo que sea que hayas venido a buscar, esta noche no vas a encontrarlo en este club. Esta es una despedida de soltera y la última vez que chequeé, tú no estabas en mi lista de invitados. Así que hazte un favor a ti mismo y lárgate antes de que te echen mis guardaespaldas.

Con un brillo divertido en su intensa mirada, Nathaniel ladea la cabeza y tuerce los labios en una de sus sonrisas desagradables.

—¡Embusterilla! Tú no tienes guardaespaldas.

—¿Y tú que sabrás?!

—¡Soy Nathaniel Black! —exclama, como si eso lo explicara todo—. ¿De verdad piensas que no sé lo que haces en cada momento? Sé que solo tienes un mayordomo viejo, preciosa. Y también sé que no está aquí, sino en la nueva mansión que te has comprado en las afueras de Londres. Buen barrio, por cierto. Y el jardín, una maravilla... —se inclina para cuchichear— Hablando de ello, ¿quién lo ha diseñado? Tienes que pasarme su teléfono. El jardín de mi mansión de Atlanta necesita una reformilla urgentemente.

—¿Pero qué dices? ¿Cómo...? —sacudo la cabeza lentamente y levanto una palma para impedirle que hable—. Déjalo, no me interesa saberlo.

—Pero te lo diré igualmente —mira hacia la derecha, mira hacia la izquierda, se acerca a mí oído y me susurra en tono conspiratorio—. Resulta que estoy entre las sombras, vigilándote. En cada momento del día, mi mirada diabólica está clavada en ti. ¡Buuu! No puedes librarte de mí en ninguna parte.

Ladeo la cabeza hacia la derecha e, incapaz de retener la sonrisa, evalúo esos ojos azul marino que parecen estar burlándose de mí.

—¿Ni siquiera cuando voy al baño? —repongo, divertida.

Se inclina sobre mí con una sonrisa lasciva y los ojos abiertos de par en par.

—*Sobre todo* cuando vas al baño —me susurra al oído al tiempo que su dedo índice se desliza por la sensible piel de mi cuello.

Bajo su simple roce, esa porción de piel se incendia y las llamas se propagan con gran rapidez por todo mi cuerpo. Sin embargo, yo sé que, a pesar de ser horriblemente hipnóticas, acabaran devorándome si le permito que me toque de esa manera, así que lo aparto de un manotazo.

—Eso es enfermizo. Deberías hablarlo con un psicoanalista.

—¿A que sí?

Le doy la espalda y me dispongo a alejarme de él.

—Adiós, Nathaniel.

—Lo que tú digas, muñeca.

Doy un paso. Doy otro paso. Y otro. Y otros cinco. No me sigue. Giro un poco la cabeza y veo que se ha sentado en la barra y está pidiéndose una copa. No sé lo que es mayor, si el fastidio porque no me haya seguido o la alegría de haberme librado de él tan pronto. Decido que es mejor no saberlo y camino como si nada hubiera pasado hasta el sitio donde bailan Emma y Lilly.

—¡CC! —chilla Emma, quien deja de moverse durante un instante—, no sé cómo decirte esto, pero creo que he visto a Nathaniel Black en la barra.

—Ignóralo. Se irá en breve.

—¿Nathaniel Black? —repite Lilly pasmada, antes de girar la cabeza para buscarle con la mirada—. ¿El Nathaniel Black del *Oscuro Secreto*?

—El mismo. Esta se lo tiró el año pasado cuando era su asesora de imagen y luego lo dejó porque era un *playboy* desalmado y ahora él ha vuelto porque la quiere desesperadamente.

—¡Emma! —protesto, indignada—. ¿Qué demonios ha bebido?

—Eh, creo que zumo de piña —me contesta Lilly entre risas—. ¿Te has tirado a Nathaniel Black? ¿El *sex symbol*?

Resoplo con fastidio y dejo de mover las caderas de manera provocativa al darme cuenta de que Nathaniel no me mira. ¿Para qué estresarme si no tengo a quien impresionar?

—Sí, me he tirado a Nathaniel Black, el del *Oscuro Secreto*, el *sex symbol*, el Dios del sexo, el *playboy* del Upper East Side. ¿Podemos dejar ya el temita, por favor?

Lilly se gira hacia Emma con la boca abierta y los ojos como platos.

—¿Se ha tirado al chico malo de Hollywood?!

Emma adopta un aire digno. Siempre se regocija y va de digna cuando las demás metemos la pata.

—Sí, querida —le contesta, como si yo no estuviera delante—. Varias veces, además. Mantuvieron una relación muy intensa. Lujuriosa, según la prensa sensacionalista.

Lilly abre la boca aún más al escuchar aquello.

—Perdona mi ignorancia, pero ¿cómo es que se casa con Jonathan si está enamorada del dios del sexo?

—Porque es tan cabezota que no quiere admitirse a sí misma que aún ama a Nathaniel. Son los genes Collins. Los irlandeses son gente muy orgullosa, ¿sabes?

Me aclaro la voz con irritación.

—Chicas, sigo aquí.

Las dos me ignoran y siguen cuchicheando sobre mi relación fallida, sin dejar de bailar. Lo más sensato, para evitar nuevos ataques de cólera, es seguir con la fiesta

en otro lado. Les doy la espalda a las dos cotillas, me dirijo donde mis primos y empiezo a bailar con ellos y a beber aún más. Me comportaré como si Nathaniel no estuviera aquí. Sé que se aburrirá y se irá en breve.

Vale, eso no es cierto. Bailo de manera sugerente cuando me mira y el baile pierde todo interés cuando deja de mirarme. Detesto pasarme la noche preocupándome por si Nathaniel Black me mira o deja de hacerlo. Y no puedo creer que, de todas las fechas del calendario, eligiera justo el día de mi despedida de soltera para presentarse aquí. ¡Es un cabronazo! ¡Y le odio! Vale, esto tampoco es cierto. ¡Pero quiero odiarle! Mejor dicho...¡quiero querer odiarle! ¡Le odiaré! En breve...

Dos horas después:

—¿Qué tengo yo de malo, Nate? —lloriqueo, con la barbilla apoyada en mi mano izquierda—. No, en serio. Soy buena persona, aunque finja ser mala, ¿sabes? Me preocupa la pobreza mundial... la desnutrición en África... invierto, aunque nadie lo sepa, en la investigación del cáncer porque me parece una enfermedad horrible e injusta, y reciclo desde que tenía quince años porque me angustia el calentamiento global. Soy buena chica, en el fondo. ¿Por qué ninguna de mis relaciones ha funcionado? Todos acaban dejándome, tarde o temprano... Incluso tú —dejo caer la cabeza hasta que mi frente se golpea ruidosamente contra la barra.

Nathaniel me levanta el rostro y me escruta en silencio, con el ceño fruncido.

—Yo no te he dejado, amor. Fuiste tú la que se marchó.

Hago un gesto de exasperación con la mirada.

—Tú, yo, nosotros, ellos... ¿Qué más dará? El caso es que no ha funcionado. ¿Sabías que incluso Bobby Joe me dejó?

—¡No! —finge sentirse muy alarmado—. ¿En serio? ¡Qué canalla!

—Sip —tomo otro trago de vodka—. ¡Me dejó por Sue Ellen! —exclamo mientras rompo en desgarradores sollozos. Definitivamente, el vodka es Satanás.

Nathaniel suelta una carcajada y me quita el vaso de las manos para que no beba más. Acto seguido, me ofrece un pañuelo que se saca del bolsillo. Un pañuelo blanco con las letras N.W.B en hilo rojo. ¡Qué anticuado es a veces! ¿Quién tiene un pañuelo hoy en día? ¿Y de dónde viene la W?

—No fue culpa tuya, amor. Está claro que Bobby Joe tenía una debilidad por los nombres compuestos.

Sin poder evitarlo, suelto una risa, a través de los lagrimones que cubren mi rostro.

—Y luego está Matt, que resultó ser gay —continuo, arrastrando las palabras—. Y su hermano Charles se lió con Lilly en mi baile de fin de curso. ¡Y Edward Carrington volvió con su mujer! —al recordar que me he acostado con un senador que pertenece a la derecha católica de Estados Unidos, prorrumpo en sollozos espermáticos.

Intento recuperar la bebida, puesto que lo único que puede consolarme en este instante es ese delicioso elixir que los rusos —inteligentes criaturas— tuvieron la genial idea de inventar, pero Nathaniel la mantiene lejos de mi alcance.

—No te tortures, princesa. No es culpa tuya. ¿Es que no lo ves? Es evidente que Matt te dejó porque no tienes pene, Charles porque... aunque esta noche lo parezcas, no eres un zorrón, y el senador Carrington porque... —entorna los ojos y se frota la barbilla mientras lo piensa... bueno, eres protestante.

Levanto la cabeza y lo miro confusa.

—Nate, soy católica.

—¿En serio? —no consigue disimular su asombro—. Pensaba que Enrique VIII había empalado a todos los católicos de Inglaterra.

—¡Enrique VIII cortaba cabezas!

Hace un gesto de exasperación con sus maliciosos ojos.

—He fallado por veinte centímetros. ¡Demándame! Además, ¿a qué viene esta depresión?

Me encojo de hombros.

—Mi vida es un asco. Me caso dentro de una semana con un hombre al que no amo. Y el hombre al que amo está como una cabra, con lo que lo nuestro nunca podría funcionar. ¿No te parece bastante?

Entrecierra los ojos, como si mis palabras le golpearan en lo más profundo de su ser. Se queda callado y, a medida que su rostro adquiere una expresión grave, se instala entre nosotros el más absoluto de los silencios. Al verle tan torturado, me quedo sin palabras.

—No te cases con él, princesa —susurra, en voz queda.

Su mirada suplicante atrapa la mía. Desliza el dedo índice por mi mejilla, con un gesto tan tierno que, durante unos segundos, todos mis muros se tambalean y casi se me olvida quién es y lo que me ha hecho. Cierro los ojos, acerco el rostro a su mano y me quedo inmóvil mientras dura la caricia.

—Él no puede hacerte feliz.

—¿Y tú que sabrás? —musito, aún afectada por el contacto de su piel—. Ni siquiera lo conoces.

En sus labios aparece una fugaz sonrisa de lado.

—¿Cómo se llama?

¡Como si no lo supiera ya! Él mismo ha dicho que sabe lo que hago en cada momento y, conociendo su grado de demencia, me lo creo.

—No es asunto tuyo.

Se le ilumina la mirada y le veo mordiéndose el labio para aguantarse la risa.

—¿*No-es-asunto-tuyo*? —repite, con aparente seriedad—. Mmmm, debe de ser escondes por el nombre. No te cases con él, amor. Los escoceses son individuos muy aburridos. Te cansarías antes de que acabe la luna de miel.

—¡No digas bobadas! —escupo, con cierta brusquedad.

Su mirada, de pronto ardiente, se centra en mi boca. Pasan unos instantes hasta que vuelve a mirarme a los ojos.

—¿Sabes qué? —musita. Su rostro está tan cerca del mío que puedo sentir el susurro de su acelerada respiración contra mis labios—. Deberías casarte conmigo. ¡Sí! Deberíamos hacerlo ahora mismo. ¿Tenéis casinos en Inglaterra? Las Vegas nos pilla lejos —al ver la mala cara que pongo, se detiene y parpadea—. ¿Qué? ¡No pongas esa cara! Hasta tú tienes que admitir que yo tengo mejores genes que el señor *No-es-asunto-tuyo*. Y podemos tener bebés, si es lo que quieres. Sabes que a mí no me importará fabricarlos —me guiña un ojo, con gesto juguetón.

Le doy unas palmaditas en el brazo y enseguida me levanto de mi silla alta, tambaleándome un poco. ¡Puf! ¡*Qué mareo! No bromeaba al decir que íbamos a salir de aquí a gatas. Yo, desde luego, lo hago.*

—Eres un coñazo de tío, Nathaniel Black. Y yo estoy demasiado borracha como para estar tan cerca de ti, así que me voy a casa. ¡Sola! —apostillo al ver que se pone de pie.

De esa forma, sola y borracha, arrastro los tacones hasta la salida del club y vuelvo a mi maravillosa casa de las afueras, felicitándome a mí misma por haber rechazado a Nathaniel Black. Mañana mismo pienso escribirle al Papa para que me galardone por mi actuación de esta noche.

2. Capítulo 2

¡Qué incomoda es esta cama! ¡Maldición, qué dolor de espalda! Me giro hacia la derecha para intentar buscar una postura más cómoda, pero, al hacerlo, choco contra la nariz de alguien. ¿Qué demonios...? Abro los ojos de golpe y examino al hombre que está a mi lado, encima de la alfombra de la... ¿biblioteca? ¿Qué demonios hago yo en el suelo de la biblioteca de...? Recorro toda la estancia con los ojos. ¿Mi madre? ¡¿Estamos en la biblioteca de mi madre?! ¿Y por qué está Nathaniel Black a mi lado en calzoncillos Calvin Klein? ¡Oh, Dios Santo! No, no, no, ¡NO! Dime que es un sueño. Tiene que serlo. ¡Me fui sola anoche!

—Buenos días, preciosidad. ¿Qué tal esa resaca?

¡Maldita sea! ¡Habla y todo!

—Dime que eres una alucinación producida por un exceso de vodka —me atrevo a murmurar.

Su rostro masculino se convierte en una mueca felina.

—Nop. Soy real.

Me tapo los ojos con la mano, rezando para que el ente diabólico desaparezca al instante, pero cuando vuelvo a mirar a través de los dedos separados, sigue ahí, en calzoncillos, con cara de niño bueno. Aprieto los labios, agarro mi almohada y le golpeo la cabeza con ella.

—¿Por qué tenías que ser real? —le digo en tono acusatorio.

—¡Auch! —exclama, frotándose la cabeza—. ¿Por qué tienes que pegarme siempre?

Invadida por la indignación y la cólera, lo fulmino con la mirada.

—¡Dos veces no significa siempre! ¿Y por qué cada vez que bebo me despierto contigo en la cama? Al menos ten la sensibilidad de decirme que no nos hemos acostado.

Enarca una ceja.

—¿Es que no te acuerdas de lo que pasó anoche?

Hago una pausa para aclarar mi mente. Lo último que recuerdo es que estaba redactando mentalmente la carta que tenía pensando enviarle al Papa. Teniendo en cuenta que he sucumbido a la tentación como la debilucha que soy, ya puedo ir olvidándome del galardón.

—¡Claro que sí! —exclamo, como si sus insinuaciones me indignaran—. ¿Por quién me tomas? No estaba tan borracha. Recuerdo que estábamos en mi despedida de soltera y... y... ¡Ay, Dios, Jonathan! —chillo mientras me tapo la boca, horrorizada.

Acabo de darme cuenta de que le he puesto los cuernos a mi prometido, mi futuro marido, ¡el posible padre de mis hijos!, con un *playboy* que mañana me dejará por una modelo de Victoria's Secret. Maravilloso.

—No lo mencionaste ni una vez mientras besabas mi...

Me tapo los oídos.

—¡Cállate! ¡Y ponte unos pantalones, por el amor de Dios! No puedo pensar contigo en calzoncillos. ¿Cómo demonios hemos acabado aquí? Me fui sola del club.

Nathaniel me mira parpadeando por la sorpresa.

—¿No te acuerdas de que te seguí hasta el taxi? —hago un gesto de negación—. ¿Ni de que te abalanzaste sobre mí y, cuando te pregunté si en mi casa o en la tuya, me contestaste que en la de tu madre porque nos pillaba más cerca? Creo que mencionaste que ella está de vacaciones... o algo...

Vale, puede que mi versión sobre lo que pasó anoche no sea... *del todo*... cierta.

—De acuerdo. Llegamos aquí juntos. ¿Y qué pasó a continuación? Nos... ¿acostamos?

Universo, Dios, Lucifer, seas quien seas, si estás ahí y escuchas esto, por lo que más quieras, que la respuesta sea no.

—¿Que si nos acostamos? —repite, pasmado—. ¡Catherine, fue la mejor noche de nuestras vidas! Parece mentira que no lo recuerdes.

Madre mía, madre mía, madre mía. Quiero morirme. Noooo, la muerte sería un castigo demasiado dulce para una pecadora como yo. Casi puedo oír a la tía Agatha diciendo...

—*Solo quiero la Biblia, Liz. Me consta que tú nunca la usas. Las mujeres como tú jamás abris un libro serio.*

—¿Tía Agatha? —murmuro. Mis ojos, fuera de su órbita, se giran hacia Nathaniel—. ¿Has oído eso?

Él hace un gesto afirmativo.

—¡Joder!

No sé de dónde saco las energías, puesto que me duelen todas las partes de mi cuerpo, pero pego un brinco, agarro la mano de Nathaniel Black y, sin pensármelo demasiado, lo meto en un armario y cierro la puerta detrás de él. Doy gracias a Dios de que mi padre instalara un armario en la biblioteca para guardar su ropa de la caza y sus escopetas.

—¡Catherine! —exclama, consternada, la tía Agatha, nada más abrir la puerta.

Me giro y la veo parada en el umbral, con sus cabellos canosos recogidos en un severo peinado y los labios arrugados. A sus espaldas están mi madre y Richard, los dos con los ojos muy abiertos. ¡Y yo en ropa interior!

—¡Hola, tía! Madre —inclino la cabeza en gesto de saludo—. Richie. ¿Qué tal las vacaciones?

Agatha Collins, con su típica mueca de vinagre deformándole el rostro, se vuelve hacia mi madre.

—Elizabeth, ¿qué hace tu hija, *en bragas*, en la biblioteca?

Mi madre se muerde los labios para ahogar una risita.

—Esa es una fantástica pregunta, querida. ¿Catherine, te gustaría contestarle a tu tía?

Miro el rostro agrio de mi tía, la mueca divertida de mi madre y la cara serena de Richard. No se me ocurre nada plausible.

—Solo había bajado a por... a por la... la... ¡biblia! Sí, quería leer la biblia a primera hora de la mañana y, con las prisas, se me ha olvidado vestirme. Además, pensaba que estaba sola en casa. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—¿Primera hora?

La tía Agatha camina hacia mí con paso lento y yo retrocedo hasta que me golpeo contra una de las puertas del armario. Trago en seco cuando se detiene a escasos centímetros de mi rostro para evaluarme con su mirada de halcón. Mi cuerpo se encoge a medida que pasan los segundos. Maldita sea, es aterrador con ese vestido negro de monja de clausura de los años cuarenta. Luce tan vieja, tan arrugada y tan amargada que se me forma un nudo en la garganta solo de mirarla.

—Son las tres de la tarde —informa en tono ácido.

Trago en seco de nuevo, sintiéndome como una niña a la que han pillado haciendo una travesura. Un ruido sordo proveniente del armario atrae la atención de mi tía durante un instante. ¡Jesús! ¿Es que no puede estarse quieto ni dos minutos?

—Las... ¿tres? —apenas me atrevo a balbucear, rezando para que ella ignore el ruido.

¡Dios, universo, Lucifer, por lo que más queráis, que no abra el armario!

—Las tres —repite con severidad mientras abre la puerta.

No me atrevo a mirar, pero por su chillido deduzco que se ha encontrado a Nathaniel Black en calzoncillos.

—Buenos días, señoras —a mis espaldas, su voz resuena con un pronunciado acento sureño y una sobredosis de sarcasmo—. Richard, un placer.

Los colmillos de Richard se asoman por debajo de su risa sonora.

—Lo mismo, chaval, aunque las circunstancias no sean las más afortunadas.

—¡¡¡Elizabeth Fitzgerald!!! ¿Quieres explicar por qué esconde tu hija a un hombre desnudo en el armario? —grita Agatha, completamente desquiciada.

—Eh, ¡llevo calzoncillos, señora!

Decido intervenir antes de que las cosas se desquicien por completo.

—¿Quién, este? Es el... el... vendedor de... de... ¡biblias! Sí, vino a venderme una biblia y se volvió loco y tuve que encerrarlo en el armario. Fue horrible, tiita —me acerco a ella y le susurro—. Intentó forzarme.

Con la rapidez de un reptil, mi tía me da un bofetón que me cruza la cara. ¡Joder, la fuerza que tiene para estar tan delgada!

—¡Eres una fresca como tu madre! —me grita.

Nathaniel abre la boca, con expresión de estupor casi colérico.

—¡Señora! ¿Ha perdido usted el juicio? —sale del armario para ver si estoy bien—. Y haga el favor de disculparse con estas dos señoras por sus injurias. ¿Estás bien, amor? —me examina el rostro para evaluar los daños y me planta un beso en la frente. Estoy demasiado enfurecida como para recibir mimos, así que lo aparto de un manotazo.

La tía Agatha se cruza de brazos y mira a Nathaniel con desprecio.

—¡Disculparme! —suelta un bufido—. No pienso disculparme. Mi hermano estará retorciéndose en la tumba al ver cómo ha educado esta furcia a su hija.

Sin pensármelo demasiado, levanto la mano y abofeteo a mi tía con todas mis fuerzas.

—¡Catherine! —grita mi madre, corriendo hacia Agatha.

Esta pierde el equilibrio y se estampa contra el escritorio. Se lleva una mano a la mejilla, completamente descolocada. Yo misma estoy consternada a causa de mi propia actitud. No sé de dónde ha salido eso. Los genes Collins, supongo.

—¿Cómo te atreves a pegarme? ¡Arderás en el infierno por esto!

Suelto una carcajada maliciosa, empujo a Nathaniel, que intenta sujetarme para que me quede quieta, apunto con mi dedo acusatorio a mi madre y a Richard para que se queden dónde están y camino lentamente hacia mi tía, con la cabeza ladeada hacia la derecha y un brillo frío y espeluznante en los ojos. Ella retrocede igual de despacio. ¿Me tiene miedo? Bien. Debería.

—El infierno ha sido soportarte a ti durante los últimos veintiocho años. Has criticado mi ropa, has criticado mis estudios y has criticado a mis novios. Y te lo he permitido todo. Hasta ahora. ¡Pero tuviste que hacer la única cosa que jamás te permitiría!

Nuestras miradas se cruzan a través del aire durante un segundo, y he de admitir que parece aterrada en este instante.

—*Meterte con mi madre* —subrayo entre dientes. Levanto la barbilla con desafío y, antes de que nuestros ojos vuelvan a encontrarse, mi rostro se convierte en una máscara inexpresiva—. Sal de esta casa y no se te ocurra volver jamás. Ya no eres bien recibida aquí.

—Mi hermano debe de...

—¿Tu hermano? —interrumpo antes de que acabe la frase, con la voz teñida de desprecio—. ¡Tu hermano! ¿Acaso sabes cómo murió tu hermano? Llevas años hablando sobre lo moral que era tu hermano y no tienes ni PUTA idea de nada.

—Catherine... —percibo la advertencia que hay en el tono de mi madre, claro que la percibo, pero decido pasarla por alto.

—No sigas, encanto —Richard, cuya mirada se ha vuelto turbia, hace un gesto de negación.

Muevo la cabeza hacia ellos dos y curvo los labios en una sonrisa maliciosa.

—Alguien tiene que abrirle los ojos, ¿no os parece?

Mi madre, cuya trémula sonrisa consigue, durante un breve instante, tocar mi fibra sensible, acorta la distancia que nos separa y cierra sus cálidas y suaves manos alrededor de las mías.

—No dejes que la rabia destruya lo bueno que hay en ti. Tú no eres así.

Mi mirada se encuentra con sus vidriosos ojos. *Oh, mamá, esto no va a gustarte.*

—La Catherine que tú conocías ha muerto, madre. Hace tiempo. Y créeme, en la nueva Catherine no queda nada de bondad, ni de ternura, ni de amor. Me temo que ya no soy la persona que tú piensas que soy. Lo que veis es tan solo una fachada para ocultar a esa mujer horrible en la que me he convertido. Una simple máscara que me coloco todas las mañanas —giro la mirada hacia mi tía, que está lamentándose en un rincón, y le dedico una cruel sonrisa—. Y, por cierto, *tiita*, tu hermano murió colocado hasta las cejas de heroína. ¡Ah!... y estaba acompañado de una puta, con lo que deberías pensártelo dos veces antes de llamar furcia a mi madre.

El rostro de mi tía palidece y luce más viejo y más feo que nunca. Supongo que todas estas noticias han sido demasiado duras para su pobre corazoncito. Durante unos parpadeos, nadie se atreve a hablar.

—¡Madre mía! —Nathaniel suelta un silbido, acabando así con el silencio—. Menudo *show*. Llevabas razón cuando decías que tu familia era extraña.

—Tú y yo hablaremos luego —rezongo a través de los dientes apretados.

—Catherine... —mi madre se limpia las lágrimas mientras levanta la mirada hacia mí—. No tenía ni idea de que lo supieras. Lo siento, cielo.

La miro con expresión crispada.

—¿Lo sientes?! Tu marido era un hijo de puta drogadicto, Liz —le grito y empiezo a sacudir sus delgados brazos para hacerla entrar en razón—. ¡Mi padre era un hijo de puta drogadicto! —decir eso en voz alta duele de formas que ellos ni siquiera imaginan, pero mi rostro no se altera, sino que permanece tan frío e inalterable como el de una estatua—. ¡Reacciona de una puñetera vez! No es culpa tuya. ¿Sabes?, cuando murió te odié durante años porque lo primero que dijiste fue: «*Ponte el vestido de Prada. Tenemos una reputación que mantener*». Pero al enterarme de las circunstancias de su muerte, realmente admiré tu autocontrol. Yo habría dicho: «*¡Espero que estés en el infierno, cabrón de mierda!*»

—No puedo con estas blasfemias —solloza mi tía con la cara enterrada en un pañuelo—. Me voy y a partir de ahora no quiero saber nada de vosotras dos.

—¡A ver si es verdad! —grito tras ella.

Arrastra su debilitado cuerpo hacia la salida, murmurando algo sobre el infierno, Satanás y unos calderos de brea.

—Richard, por favor, acompaña a Agatha hacia la salida —le pide mi madre, que de repente recupera la compostura, comportándose como si nada hubiera pasado—. Os dejaré a solas a vosotros dos. Supongo que tendréis mucho de lo que hablar —le tiende una mano a Nate, con una sonrisa serena en los labios—. Nathaniel, un placer. Pásate a cenar el jueves si quieres. Daremos una fiesta para celebrar la... —frunce el ceño y carraspea— la futura boda de Catherine. Suponiendo que se celebre.

—Se celebrará —aseguro yo en tono categórico, lo que hace que mi madre me lance una sonrisa vacilante.

—Esperemos que no —murmura antes de salir de la habitación—. Dios no quiera que eso suceda —resuena su voz desde el pasillo.

La puerta se cierra a sus espaldas. Agotada a causa del arrebato que acabo de tener, me dejo caer en una butaca y entierro el rostro entre las manos. He perdido completamente el norte. He pegado a una mujer de cincuenta y dos años, que encima es mi tía, la hermana de mi padre. Dios Santo...

—¿Catherine? —murmura él en tono de preocupación.

Me llevo las dos manos a la cabeza, en completo estado de *shock*.

—¿Por qué sigues aquí? —mascullo, sin tan siquiera mirarle.

—¿Quieres que me vaya? —su voz suena tan suave que sé que si no se va en este preciso instante, no voy a ser capaz de dejarle marchar nunca más.

Y eso no puedo permitirlo. Ahora soy demasiado vulnerable como para estar tan cerca de él. Estoy debilitada. Me acaban de destrozar la armadura.

—¡Oh, Cielo Santo, Nate! Acabo de sufrir una crisis nerviosa. No empeores las cosas, por favor. Vete.

Le oigo resoplar, vestirse y salir por la puerta, aunque no vuelvo a mirarle. He jodido bien las cosas y no sé cómo arreglarlas ahora. A los pocos instantes me doy cuenta de que lo que más me horroriza de todo esto es que ni siquiera quiero arreglarlas. Soy una persona horrible.

—¿Catherine? Cielo, tarde o temprano tendrás que salir de la biblioteca. Llevas todo el día encerrada.

—¡Vete! —grito a través de la puerta—. No quiero salir nunca más. Me quedará aquí hasta que me muera de hambre.

Mi madre suelta un suspiro.

—¡No seas ridícula! No vas a aguantar ni dos días sin tu *BB cream*.

Lleva razón. ¿A quién pretendo engañar? Soy una debilucha. Me levanto lentamente, me arrastro hasta la puerta como un lagarto viejo, y la abro. Acto seguido, vuelvo a dejarme caer en la misma butaca en la que llevo toda la tarde. Ella entra, avanza hacia mí con cautela y toma asiento a mi lado.

—¿Estás bien? —resulta evidente la preocupación que enmarca su tono de voz.

—¿Y tú?

Asiente.

—Fuiste muy valiente antes, defendiéndome. Solo quería que supieras que estoy muy orgullosa de ti. Y no creo en absoluto que seas una persona horrible. Creo que eres genial. De hecho, creo que eres la mejor persona del mundo entero.

Alzo los ojos para mirarle a la cara.

—¿No vas a desheredarme? —murmuro con la boca torcida en plan lastimoso.

Suelta una risita.

—¿Desheredarte? Claro que no, cielo. He de admitir que Agatha se lo buscó ella solita. Yo misma llevaba años deseando abofetearla —confiesa entre risas.

—¿De verdad?

Me guiña un ojo.

—De verdad. Anda, ven. Dale un abrazo de oso a tu madre.

Estrecho los brazos alrededor de su delgado cuerpo y, de repente, me siento bien conmigo misma. Mi madre lleva razón. No soy una persona horrible. Las madres nunca se equivocan, ¿a que no?

—Y ahora dime, ¿qué piensas hacer con los caballeros de tu vida? Tienes liada una buena.

—Madre, no tengo ni puñetera idea —murmuro, sin soltarme de su abrazo.

Su mano me acaricia la cabeza como cuando era pequeña.

—Pero quieres a Nathaniel —no es una pregunta.

Suelto aire, disgustada.

—Cierto. Pero Nathaniel Black es una influencia malísima para mí. Me consume, me vuelve loca y, de alguna manera, siempre consigue sacar mi lado malo. Mientras que Jonathan es un buen chico. Para mí es una apuesta segura, y con eso me vale.

Suspira, sin dejar de acariciar mi pelo.

—Estás engañándote a ti misma y tú lo sabes. Cariño, es evidente que no amas a Jonathan y nunca lo harás. Ni siquiera es tu tipo.

¿Es que ahora tengo un tipo? *¡Claro que tienes un tipo, Catherine! ¡Tu tipo es Nathaniel Black!*

—Créeme, madre, el amor es la más horrible de las torturas. Cuando no lo tienes, quieres desesperadamente tenerlo. Y cuando el fin lo encuentras, resulta que es tan intenso que te destruye. ¿Por qué Shakespeare nunca nos dijo que el amor es una mierda? —resoplo con fastidio, decidida a no volver a leer a ese embustero en la vida—. Me quedo con Jonathan Hunt. Como he dicho, al menos es una apuesta segura.

Ella guarda silencio. Es evidente que hay algo que la carcome por dentro.

—Deberías pensártelo mejor —dice al fin—. A mí no me parece tan seguro.

Me suelto de su abrazo para mirar esos ojos verdes, igual de llenos de vida que los míos. Percibo algo en su mirada que no me gusta. No sé lo que es. ¿Preocupación? ¿Temor? ¿Duda?

—¿Por qué no te cae bien Jonathan? —pregunto evaluando su luminoso rostro con la mirada—. Te han caído bien todos mis novios, salvo él. ¿Por qué?

Al ver cómo baja la mirada el suelo, meditando, me acomodo en la butaca y coloco ambas piernas por debajo del cuerpo. Presiento que la noche va a ser larga.

—No lo sé, cielo —titubea varias veces antes de hablar—. Hay algo siniestro en él. No puedo decirte por qué, pero no termina de convencerme —me mira con el ceño fruncido—. ¿No tienes la sensación de que guarda un terrible secreto?

—No... —murmuro, aunque de mi tono de voz resalta que no estoy del todo convencida.

Mi madre y yo nos miramos durante un tiempo incalculable. «*Apártate de él, Catherine. No te conviene*», parecen advertirme sus ojos. «*No te metas en mis asuntos, madre*», insinúa mi mirada.

—¿Quién quiere galletitas y té? —nos interrumpe Richard en tono alegre, entrando por la puerta con una bandeja cargada de manjares.

Nos echamos a reír y, al hacerlo, la tensión del momento se desvanece en el aire, transformándose en un turbio recuerdo. Agradecida, cojo la taza que Richard me ofrece. Nos sonreímos.

—Gracias —musito.

—De nada, encanto —se sienta a mi lado—. Y ahora dile a Richie lo que te preocupa.

Y se lo cuento. Le hablo de mis miedos, mis dudas y mis vulnerabilidades porque realmente puedo confiar en él. Es como el padre que nunca tuve. Esta noche me doy cuenta de lo mucho que quiero a Richard. En los últimos dos años se ha convertido en algo constante en mi vida, ha estado siempre ahí, cada vez que lo he necesitado. Y también me doy cuenta de que quiero envejecer al lado de alguien como Richard. Alguien que me lleve a la ópera. Hay que admitir que yo siempre he odiado la ópera. Sin embargo, iría con una persona así. Suelto un largo suspiro al pensar en lo maravilloso que sería aquello. Ahora tan solo queda por decidir si ese tío es Nathaniel o es Jonathan. ¡Maldición! No quería llegar a estos extremos, pero es una decisión tan importante que me veré obligada a convocar al *Consejo*. Sí, ha llegado la hora de usar la artillería pesada.

3. Capítulo 3

—Chicas, Jonathan es un buen tío y no se merecía esto. Soy una mala mujer —lloriqueo. Tomo un sorbo de tila para calmar mis nervios alterados y continuó con las lamentaciones—. Malísima. Soy el mismísimo Lucifer. Le puse los cuernos con mi ex y ahora estoy volviéndome loca porque no sé qué hacer. ¿Se lo confieso?

—Ni de coña —me dice tajante mi prima Elise mientras coloca ruidosamente su taza de café encima del platito que sujeta con la mano izquierda—. ¿Has perdido el juicio? Los cuernos no se confiesan.

Emma hace una mueca de disgusto. Claramente está en desacuerdo con mi prima. Emma nunca está de acuerdo con nada. Le encanta llevar la contraria.

—¿Y cómo va a poder dormir por la noche si se lo calla? —repite.

—Llevando un camisón de *Victoria's Secret*, evidentemente —contesta Lilly, echándose leche en el té—. Te recuerdo, querida Catherine, que ni siquiera le pusiste los cuernos. Fue tu despedida de soltera. Y en las despedidas de soltera, según todas lo sabéis, las cosas se descontrolan un poquito. Además, y estoy bastante segura de que esto lo avala la Constitución, cualquier mujer tiene derecho a despedirse de sus ex novios, ex amantes, vibradores, el cubano que limpia la piscina, el mensajero que trae las cajas de *Jimmy Choo*, el chofer del abuelo, el chico de los...

—¡Lilly! —la interrumpe Emma, escandalizada—. ¿Te has tirado a todos esos tíos?

—¿Por quién me tomas, querida? Me he tirado a muchos más —puntualiza, muy orgullosa.

Frunzo el ceño mientras cotejo la teoría de Lilly.

—Hombre, visto así...

—¡No, no, no y no! —Emma suelta su taza de cappuccino sobre la mesa con demasiada brusquedad, para reiterar su oposición—. ¿Es que estáis todas locas? No se puede empezar un matrimonio mintiendo.

—Oh, venga ya, Emms —mi prima Elise entorna sus verdes ojos—. Esas ideas solo son válidas para los libros de Austen. En la vida real, las mujeres mienten, engañan y manipulan según su antojo. ¡Constantemente! ¡Despierta de una vez!

—Estoy completamente de acuerdo con Elise. Emma, con sus vestidos sesenteros y sus ridículos collares de perlas, vive en un mundo de fantasía. Por eso tiene esas ideas tan... *utópicas*.

—Mis ideas no son utópicas, querida Lilly. Estoy siendo realista.

Se ponen a discutir como si yo no estuviera delante. He de confesar que la imagen me resulta bastante divertida. Emma lleva un sesentero vestido blanco ajustado a la cintura, las manos enguantadas y sus castaños rizos recogidos a ambos lados con horquillas —es una versión moderna de Audrey Hepburn—, Lilly, con su rubia melena cayéndole en cascada sobre los hombros, viste un vestido rojo demasiado sexy —es la viva imagen de una diablilla—, y mi prima Elise, quien se ha recogido su oscuro cabello en un clásico peinado —gracias a Dios, hoy no lleva coleta de colegiala, ni trenzas—, luce una blusa blanca y una falda verde que hace juego con sus pendientes. Teniendo en cuenta su aparente elegancia, su *glamour* y su estilo, cualquiera diría que las tres parecen las perfectas damas de la alta sociedad londinense. Pues ese cualquiera se equivocaría.

—¡Eso es porque es una zorra! —ladra Emma, golpeando la mesa con la palma de su mano.

—Soy una chica de gustos excéntricos, querida —la corrige Lilly con serenidad.

—Ser zorra no es algo malo hoy en día —anota Elise.

Me llevo una mano a la cabeza y empiezo a masajearme la frente para acabar con el dolor que me provoca tener que escucharlas.

—¡Está bien, chicas! —levanto las manos para frenar sus gritos—. Creo que se os ha olvidado por qué he convocado al Consejo. Y no, Lilly —la interrumpo, al ver que abre la boca para decir algo—, no os he invitado al pub a tomar el té. No sé si lo recordáis, pero me enfrento a un problema existencial.

—¡Oh, es cierto! —exclama Elise, quien empieza a mover la cucharita dentro de su taza de café con tanta vehemencia que tengo que arrancársela de la mano—. Perdón, no me he dado cuenta de que estaba molestando. Cascarrabias —susurra, pensando erróneamente que no la oigo. Acto seguido, sonríe como la dama que es, para disimular—. ¡Ya lo sé! ¿Os acordáis de lo que hacíamos en el instituto? Haremos una lista de pros y contras. ¿Alguien tiene un bolígrafo?

—No, pero voy a pedirle uno al tío de la esquina —susurra Lilly, curvando sus labios rojos en una sonrisa felina—. ¡*Miau!* —añade, relamiéndose los.

—¡Lilly, por el amor de Dios! No hemos venido a ligar, sino a ayudar a Catherine. Yo tengo un boli. Toma.

Lilly pone los ojos en blanco.

—La señorita Bennett *siempre* tiene un boli —comenta con sorna—. ¿Qué más llevas en ese bolso? ¿Una versión en miniatura del Evangelio?

Me relajo en mi asiento y me acabo el té de un trago antes de hablar.

—A ver, prestadme atención. Cada una dirá un pro y un contra tanto de Jonathan, como de Nathaniel y luego cotejamos la lista. Qué empiece Emma, que es la más moral de todas.

Emma nos sonríe con regocijo.

—Bien. Empezaré yo. Pros: Jonathan quiere casarse con Catherine, lo que le convierte en un tío serio. Nathaniel no tiene intención alguna de casarse con ella. Lo que quiere es hacerla desmayarse entre sus brazos.

Elise apunta lo primero en la lista y luego se detiene, con el boli en el aire.

—¿Eso último es un pro o un contra?

Emma frunce el ceño mientras se lo piensa.

—No estoy muy segura... ¿Pro? Pasaré a los contras mejor. Jonathan es muy guapo, pero no es tan guapo como Nathaniel. Nathaniel por el otro lado, es demasiado guapo. De hecho, es tan guapo que tiene un séquito de modelos siguiéndole.

—¿Lilly?

Lilly suelta su galletita y nos mira pasmada a las tres.

—Eh... ¿hola? —dice con la boca llena—. ¡Nathaniel es Nathaniel Black!

—¿Eso es un pro o un contra?

—¡Por el amor de Dios, Elise! ¿Has visto la nueva campaña de calzoncillos Calvin Klein? Un pro claramente. A Jonathan no le he conocido aún, no sé cómo es, pero se llama Jonathan. Eso no tiene nada de fascinante.

—¿Pro o contra?

—¡¿Y yo que sé?! ¿No podemos limitarnos a tomar el té y elegir directamente a Nathaniel porque está como un tren?

—¡No! —exclamo, tajante—. Vamos, chicas, pensad. Quiero unos pros y unos contras más.

—Nathaniel quiere a Catherine desde el primer día que la vio —resuena una voz familiar a mis espaldas—. E indudablemente, es un pro.

—¡Oh... Dios... bendito! —chilla Lilly a la que se lleva una mano al corazón con gesto teatral—. ¡Eres real!

¡Genial! ¡Otra que se desmaya a su paso! Giro la mirada y allí está él, con su ropa oscura, su chaqueta de cuero y su pelo despeinado, exudando masculinidad, vitalidad y una seducción animal. Tuerce los labios en una media sonrisa cuando nuestras miradas se encuentran y acto seguido, vuelve a dirigirla su atención a Lilly. No puedo ignorar la punzada de celos que me atraviesa sin piedad.

—En efecto, *madeimoselle*. Soy muy real y estoy aquí. ¿Señoritas, os importaría que me sentara con vosotras?

—¡Sí! —mascullo yo.

—¡No! —gritan las demás.

¡Esto es maravilloso! ¡Un sueño hecho realidad!

—¿Puedo invitaros a una taza de té?

Lilly suspira.

—A mí puedes invitarme a lo que quieras.

—¡Lilly! —golpeo la mesa con la palma de la mano, convencida de que durante unos instantes, en mis ojos verdes se reflejan unas abrasadoras llamas satánicas—.

Mantén tus zarpas alejadas de él.

—¿Qué más te da? Vas a casarte con Jonathan. A no ser que tengas dudas, claro... —insinúa, maliciosamente.

—Hombre, después de acostarse con este, cualquiera las tendría —escupe Elise, quien, al darse cuenta de que lo ha dicho en voz alta, se ruboriza.

—¡Por el amor de Dios! ¡Comportaros! ¡Parecís unas gatas en celo! —refunfuña Emma, cruzando los brazos a la altura del pecho para reiterar su desacuerdo hacia el comportamiento de Lilly y Elise.

Nathaniel echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas

—Señorita Bennett, está usted muy malhumorada hoy.

Ella le dedica una mueca de disgusto.

—¿Por qué no te llevas a tu novia a dar una vuelta por ahí y de paso la convences para que se case contigo? A lo mejor así dejaría de darnos el coñazo.

—Me parece un plan fantástico —le contesta, en tono conspiratorio—. ¿Preciosa?

Resoplo con fastidio, tiro la servilleta encima de la mesa y me levanto.

—Solo te acompaño porque creo que deberíamos hablar de lo que pasó ayer.

—Mientras me acompañes... —murmura como para sí mismo.

Les lanzo un beso a las chicas y salgo del pub en compañía de Nathaniel Black.

—Te invito a tomar una copa y luego hablamos —me dice, una vez en la calle—. ¿Hay algún antro decente por la zona?

—*Vade retro*, Satanás. Jamás volveré a beber contigo. Siempre acabamos liándonos.

—¡Catherine, estate quieta!

—¡No seas mojigato, Nathaniel Black! No es la primera vez que te seduzco en una limusina.

—Cierto, pero es que estamos en un autobús.

Dejo de besar su cuello y miro a mi alrededor. Ay, madre... ¡Estamos en un autobús! Y hay una anciana mirándome fijamente. Me endezco en mi asiento, me paso una mano por mis ondas color chocolate y le lanzo una sonrisa adorable. Ella sacude la cabeza con reprobación. Su cara me suena de algo, aunque no consigo recordar de qué.

—¿Por qué no has alquilado una limusina, mister Scrooge? —pregunto, arrastrando las palabras—. ¿Ha llegado la crisis a Hollywood?

Ríe entre dientes y tira de mí para acurrucarme entre sus brazos.

—Ninguna empresa decente quiere trabajar conmigo después de haber destrozado el interior de una limusina el año pasado. Ni siquiera las de Liverpool. En este país, las malas noticias vuelan más rápido que British Airlines. Incluso más que Harry Potter.

Suelto una carcajada.

—¿De verdad lo hiciste? Pensaba que solo eran rumores y mentiras.

—Nop. Era real.

—¿Cómo he acabado en un autobús contigo? Tengo la mente muy borrosa.

Nathaniel Black suspira, agarra mi rostro entre las manos y me evalúa con su penetrante mirada.

—Preciosa, no sé cómo decirte esto, pero tienes un grave problema con el alcohol. ¿Qué demonios te ha pasado?

—Tú —ahogo una risa tonta—. Eres la peor de las influencias.

—Escúchame bien —me dice entre dientes y a mí me cuesta mantener el contacto visual. De repente, su mirada echa chispas—. Dejarás de beber a partir de ahora y me da igual que se te haya muerto el gato, que te hayas roto una uña o que el Arsenal haya perdido en casa. Es inaceptable que una dama como tú se comporte de esta forma. ¿Lo has entendido?

Y lo haré, puesto que me lo aconseja Nathaniel Black, de profesión alcohólico.

—Sí, mi capitán —hago un gesto de saludo con la mano.

Con una sonrisa pícaro en las esquinas de mi boca, me inclino sobre él. Mis labios están a punto de rozar a los suyos cuando me agarra el rostro y me detiene.

—Lo que sea que estés pensando, es mala idea. Llámame cuando estés sobria.

Hago una mueca de disgusto y apoyo la espalda contra el respaldo de mi asiento, con aire de infinito aburrimiento.

—¿Nathaniel Black se ha vuelto escrupuloso?

—Nathaniel Black ha cambiado mucho últimamente —repone, muy serio—. Vamos, borrachuca, esta es tu parada. Te acompañaré hasta la puerta. Esos zapatos parecen peligrosos.

Cojo la mano que me ofrece y nos bajamos del autobús. Solo estoy a unos metros de casa. No tenía ni idea de que el autobús pasase tan cerca. De hecho, creo que es la primera vez que viajo en autobús y me resulta muy divertido que lo haya hecho acompañada por el chico malo de Hollywood.

—Buenas noches, Catherine —susurra, parado al lado de la puerta, con las dos manos hundidas en los bolsillos de sus vaqueros.

Me da la espalda sin besarme.

—Buenas noches —grito tras él, con voz de borracha. Me dispongo a entrar, pero me detengo en el umbral para añadir una última cosa—. ¿Nate?

Frena en seco, se gira muy despacio y nuestras miradas se cruzan a través de la oscuridad de la noche.

—Antes me gustabas más —y cierro la puerta.

El tic tac de un viejo reloj de madera es el único ruido que interrumpe el denso silencio que envuelve la consulta del doctor Arthur Collins. Yo y tres señoras más, todas instaladas en asientos de cuero azul celeste, fingimos estar mirando con mucha atención los titulares de los periódicos que descansan encima de una mesa de cristal, aunque en realidad nos examinamos las unas a las otras, de reojo y con mucha discreción, intentando adivinar las razones que han empujado a las demás a solicitar cita con el mejor psicólogo de todo Londres.

—¿Catherine? —me llama Amanda, la nueva recepcionista, que sale del despacho de Arthur.

Me pongo en pie, cojo mi bolso, me echo hacia atrás la coleta alta que llevo y me despido de las demás con una breve sonrisa. Ellas me corresponden con un gesto de cabeza. Entro.

—Querida prima, ¿a qué debo el honor de tu visita? —me pregunta Arthur, sentado en un sillón de cuero negro, con una pierna encima de la otra y una agenda entre las manos.

Me tumbo en el diván sin que él me lo diga. Le veo entornar sus verdes ojos. Sé que odia que me presente sin cita previa, pero es que era un asunto de vida o muerte. Tuve que elegir entre venir a verle o destrozarse las copas de cristal tallado de mi madre. Es mucho más económico ir al psicólogo. Y más seguro. Mi madre me habría matado. Les tiene un enorme cariño a esas copas. Fueron un regalo de los duques de Cambridge.

—Oh, querido, ya sabes lo mucho que disfruto de tu maravillosa compañía.

Me pone mala cara.

—¿Qué destrozos has causado esta vez?

Mi rostro se convierte en una mueca angelical cuando me incorporo para mirarle a la cara. En el fondo, nunca me ha gustado tumbarme en estos estúpidos divanes.

—¿Qué te hace pensar que he causado destrozos? —pregunto con dulzura.

—Teníamos cita para el viernes. Si estás hoy aquí, está muy claro que has sufrido una recaída.

Entorno los ojos.

—Un par de floreros, la pantalla de la tele y he pegado a la tía Agatha.

Arthur abre la boca por el estupor.

—¡¿Has pegado a la tía Agatha?! —me pregunta consternado.

—¡También he destrozado una pantalla de tres mil libras! —me defiendo, molesta a causa de su tono acusatorio—. ¿Por qué no me riñes por eso?

—¡No es comparable! —me grita, fulminándome con la mirada.

Hago una mueca, me sacó una chocolatina del bolso y empiezo a devorarla. Mi profesora de protocolo sufriría un ataque de ansiedad si me viera ahora mismo. Sin el más mínimo remordimiento, me doy un festín de grasas saturadas que escandalizaría tanto a mi madre que sería capaz de mandarme al psiquiatra si me viera ahora mismo. Gracias a Dios, no puede verme.

Como hoy no he tenido que trabajar, visto vaqueros anchos, una sudadera de Jessie J en un chillón tono de naranja, unas Converse verdes y un bolso tan colorido que no pega con absolutamente nada. O pega con todo. No lo sé. Tengo la mente aturdida. Ah, y no nos olvidemos de la coleta alta de *cheerleader* que solo hice porque necesitaba ocultar el hecho de que llevo sin peinarme desde ayer al mediodía. Es lo que tiene sufrir un leve trastorno mental, que no te preocupa salir a la calle de cualquier manera.

—Mi madre dice que se lo tenía merecido —digo con la boca llena, como la gran “dama” que soy.

—¡Tu madre está más loca que tú!

Resoplo con fastidio. Esto no lleva a ninguna parte. Decido cambiar de actitud antes de que mi primo me eche de su consulta. Sé que tiene una estrecha relación con la tía Agatha.

—Vamos, Artie, no seas gruñón —le digo con coquetería, pestañeando como una damisela del siglo pasado—. Ya estoy muy arrepentida de todo.

Eso siempre funciona, puesto que, una vez más, el rostro de mi primo se destensa y casi puedo ver una débil sonrisilla. Sabía yo que nadie podía quedar inmune a mis muecas angelicales.

—Está bien. ¿Qué ha provocado la recaída esta vez?

Mi rostro se vuelve triste en cuestión de un instante. Me doy cuenta de que él cambia de postura en su silla, de repente incómodo. Sabe que esto es malo.

—Le vi.

Deja escapar el aire de los pulmones, ruidosamente.

—Catherine, eso es normal. Ya hemos hablado de ello. Es una persona pública que sale en...

—Me acosté con él.

A mi primo se le cae el bolígrafo de las manos. Tarda unos instantes en reaccionar.

—¿Que has hecho qué? —pregunta con una tranquilidad que no siente.

—Ni siquiera me acuerdo.

—¡¿Cómo puedes no acordarte?! —me reprende, irritado.

Alzo los hombros con frío desdén.

—Me había cogido la cogorza del milenio —murmuro, a modo de explicación.

Sacude la cabeza con reprobación.

—Tu alcoholismo se vuelve preocupante.

—¡Yo no soy alcohólica! —le grito mientras me levando de manera precipitada—. Solo tengo una... una... ¡lígera! debilidad por el vodka —al ver la expresión de su rostro, entorno los ojos—. Vale, bebo como los cosacos. ¿En qué puñetero planeta es eso un crimen?

Me dejo caer sobre el diván de nuevo y examino en silencio su rostro cuadrado, de frente ancha, nariz aguileña y boca firme. Él, a su vez, me examina a mí. Se pasa una mano por su castaño cabello antes de hablar.

—Beber no es la solución, Catherine.

—Pues el tío Willie discrepa.

—El tío Willie es un borracho notorio —señala.

Eso también es cierto.

—Beber es la única manera de dejar de sentir —musito, con la garganta seca.

Deja escapar un largo suspiro y apunta algo en la agenda. Las primeras veces me peleaba con él porque no quería decirme qué demonios era lo que estaba escribiendo sobre mí, pero ahora he aceptado su mutismo.

—De acuerdo. Le viste. Te acostaste con él. ¿Cómo te sientes al respecto?

Cierro los ojos mientras hago una larga pausa.

—Destrozada —confieso, abriendo los ojos para mirarle—. Me siento destrozada. Vuelvo a sentir cosas que no quiero sentir —sacudo la cabeza con desesperación—. Una parte de mi sigue queriéndole. Y eso me pone tan furiosa que siento ganas de... —me detengo y respiro hondo, por el bienestar de ese florero azul que descansa encima de su escritorio—. Arthur, estoy perdiendo el juicio.

—Catherine, no estás...

—¡Estoy como una cabra!

Suelta una suave risita.

—Bueno, un poco —admite, muy divertido—. Así que la princesa de hielo empieza a descongelarse, ¿eh?

La sorna que hay en sus palabras me irrita.

—No te pago para que te mofes de mí —rezongo, malhumorada.

Esos ojos verdes clavados en los míos se iluminan.

—No me pagas —puntualiza.

—¡Eres mi primo tercero! —exclamo exasperada—. ¡Claro que no te pago!

Nos echamos a reír y yo sé que ahora llega el momento en el que mi primo va a sacar al Freud que lleva dentro y va a buscarle una solución a mi locura. Solo espero que no me proponga una lobotomía.

Hoy es el gran día. No, no me caso hoy. Es mucho peor. Hoy vuelve Jonathan de su viaje de negocios y tendré que enfrentarme a él sabiendo que le he puesto los cuernos. No es una situación muy agradable que digamos. Hemos quedado para comer en Mon Amour, un acogedor restaurante del centro, y si bien todavía faltan dos horas, ya estoy vestida, calzada, maquillada y peinada, y me paseo como una desquiciada por toda la casa sin saber en qué entretenerme mientras tanto.

Me he puesto el vestido más elegante que tenía en el armario: un diseño exclusivo de Christian Dior, en un tono blanco inmaculado, que destaca mi oscuro cabello e ilumina mis ojos verdes. El blanco inspira inocencia, ¿verdad? Decido que sí, y continúo con la ruta por el pasillo. Entro de nuevo en la habitación. Me cuesta bastante esfuerzo moverme, puesto que el vestido, con altura justo por debajo de las rodillas, está tan ajustado al cuerpo que es imposible caminar como una persona normal, y tengo que dar los pasos tan pequeños como las geishas.

Me detengo delante del espejo del baño. Al mirarme, me doy cuenta de que el peinado que llevo es demasiado sofisticado. Después de todo, solo es una comida informal entre prometidos. Retiro todas las horquillas y dejo que el pelo caiga en ondas sobre mi espalda. Mucho mejor. Me retoco el maquillaje por enésima vez, me pinto los labios de fucsia y me echo colonia. Miro otra vez la hora. Resoplo. ¡Solo han pasado tres minutos! Será mejor que me vaya de compras si no quiero acabar arañando las paredes. Tomo nota mental para llamar luego a mi primo Andrew y establecer los detalles de su investidura como vicepresidente.

Dos horas más tarde, entro por la puerta del restaurante buscando con la mirada a Jonathan. No hace falta buscarle demasiado. Su presencia destaca entre los demás clientes. Me detengo al lado de la puerta para mirarle, incapaz de controlar el nerviosismo que se apodera de mí. Él se pone en pie al verme. Hay un brillo de excitación en sus pupilas verdes mientras me recorren de arriba abajo. «*Seguro que en el infierno hay un caldero esperándote, zorra*», me susurra mi horrible conciencia. Agito la cabeza para apartar ese estúpido pensamiento de mi mente, compongo una brillante sonrisita y me acerco a él.

—¡Jonathan, amor! —le doy un corto abrazo y planto un fugaz beso en sus labios. Tengo que ponerme de puntillas, puesto que mide un metro noventa y cuatro.

Nos sentamos a la vez, cara a cara. Incapaz de abrir la boca, observo cómo su rostro, cincelado, moreno y de una belleza salvaje, se vuelve cada vez más duro a causa de mi poco cariñoso recibimiento. El silencio que reina entre nosotros deviene insoportable cuando su inexpresiva mirada se clava en la mía durante unos instantes.

—¿Vino? —me pregunta en tono frío.

Me coloco el pelo tras las orejas, cruzo las manos en el regazo y asiento con la cabeza. Me sirve una copa antes de rellenar a la suya. Todo en él denota un control absoluto.

—¿Qué tal el viaje? —pregunto como si realmente me interesara el asunto.

Bueno, por alguna parte hay que empezar. Y no va a ser por el «*por cierto, me acosté con mi ex... ejem... varias veces*». Muevo la cabeza de nuevo para impedir que esos irritantes pensamientos acudan a mi mente, y lo miro a los ojos mientras espero su contestación. Su prolongado silencio consigue que mi cuerpo se vuelva más tenso aún, si es que eso es físicamente posible.

—Largo —responde secamente.

Hago un gesto desconcertado. *¿Largo y ya está? ¿No va a entrar en detalles?*

—¿Pero habéis firmado la fusión? —tanto mi tono de voz como la mirada que le dedico le apremian a que desarrolle una conversación.

—Ajá —se limita a decir, fingiendo que está examinando la carta con mucha atención.

Jonathan Hunt es el contable de una compañía de transportes estadounidense, aunque pasa gran parte de su tiempo en Londres. Es americano, de Savannah. Nadie lo diría porque parece bastante europeo a primera vista. Hoy lleva un traje negro de firma, camisa blanca —sin corbata—, y los primeros botones desabrochados. Hay una barba incipiente ensombreciendo su delgado rostro. Vale, admito que es el hombre más atractivo de este restaurante y que seguramente las mujeres hagan cola en su puerta. Y puede que, si le hubiese conocido en otras circunstancias, le quisiese un poco más. Pero teniendo en cuenta que en mi pequeño corazoncito solo cabe un hombre, no puedo sentir por Jonathan nada, aparte que un insignificante afecto. Soy una persona horrible, diga mi madre lo que diga.

—¿Jonathan?

—¿Catherine? —murmura sin levantar la vista.

—¿Estás enfadado conmigo?

Al fin nuestras miradas se cruzan. Trago en seco al ver la furia contenida que hay en la suya.

—¿Tengo razones para estarlo? —repone con voz tranquila y una ceja enarcada.

Al acercarme la copa de vino a los labios me doy cuenta de que me tiemblan las manos.

—No —contesto en un murmullo—. La verdad es que no.

Cierra su carta tan de golpe que doy un respingo. Algo le pasa y no sé el qué.

—Bien. Pediré un chuletón. ¿Vas a querer otro?

La tensión que se respira en el aire me deja muda. Él se pasa una mano por su oscuro cabello, aguardando mi respuesta.

—Eh... sí —me obligo a contestar pasados unos segundos—. ¿Por qué no?

Levanta una mano y le hace una señal al camarero. Pide la comida en cuanto este se nos acerca.

—Y dime, vida mía —coloca ambas manos al lado de su plato vacío—, ¿qué has estado haciendo en mi ausencia?

Miéntele. Dile lo que sea.

—Nada inquietante. He salido con las chicas, he estado en casa, he visitado a mi madre... —me encojo de hombros, fingiendo desdén—, ya sabes, lo típico.

—Lo típico —repite, pensativo—. Crees que soy idiota, ¿verdad? —a pesar de la dureza de esas palabras, su tono de voz no registra inflexiones y suena tan tranquilo como antes.

—Claro que no —me apresuro a decir—. ¿Qué te hace pensar eso?

—¡Leo los periódicos, Catherine! No soy gilipollas. Sé que tu *playboy* está en Londres.

Su mirada me dice que su paciencia se está acabando.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso? —repongo, adoptando un aire inocente.

Tensa la mandíbula, inhala ruidosamente y me observa con oleadas de furia oscureciendo su mirada.

—¿Vas a negar que le has visto? —masculla entre dientes.

—Por supuestísimo —contesto con una tranquilidad que en realidad no siento.

El puño de Jonathan impacta contra la mesa, haciéndome pegar un salto. Todas las cabezas se giran en nuestra dirección. *Tierra trágame.*

—¡Hay una foto vuestra en el Sun! —ruge.

—¡No es real!

Vale, debo aprender a no soltar lo primero que se me pasa por la mente.

—Ya lo veremos —me dice mientras se levanta. Extrae un billete de la cartera y lo deja encima de la mesa como si yo no fuera capaz de pagarme sola la cuenta—.

Disfruta de tu chuletón, Catherine. Te veo el domingo.

—¿Es que la boda sigue en pie? —pregunto pasmada.

Después del rumbo que ha cogido nuestra conversación, estaba ya sopesando la idea de vender mi vestido de novia en *eBay*.

—Por supuesto, mi vida. Tendré que darte un voto de confianza, ¿o no? —me lanza una sonrisa bastante inquietante, y no en el buen sentido de la palabra, antes de darme la espalda.

Lo sigo con la mirada hasta que sale por la puerta. Ay, Señor... ¿Por qué no encuentro nunca un chico normal? Saco el móvil del bolso y marco el teléfono de mi primo.

—¿Andrew? Soy yo... ¿Bien y vos?... ¿Qué tal si te pasas mañana por la ofi?... No, a las cinco mejor. Así no madrugamos... De acuerdo... Hasta mañana pues. Besitos.

Cuelgo, pago la cuenta y vuelvo a casa. Se me ha quitado el hambre. Además, estoy convencida de que Jonathan me ha echado un maleficio para que me atragante con el chuletón.

—¡Sally! —llamo a mi secretaria nada más bajarme del ascensor en la planta quince de la torre Industrias Collins—. ¿Ha llegado Andrew?

Sally se pone en pie con rapidez, coge el bolso que le ofrezco y me sigue por el pasillo hasta la sala de reuniones. A ambos lados hay oficinas con puertas de cristal, a través de las cuales puedo ver cómo nuestros empleados fingen estar trabajando al verme pasar por delante. ¡*Vaguchos!*

—Lleva unos diez minutos esperándote —me dice la ratonil Sally, mirándome a través de sus gafas—. Le he ofrecido un té.

—¿Té? Ha pasado los últimos años de su vida en Japón. Haberle ofrecido un sake —le digo divertida antes de irrumpir en la sala de reuniones—. ¡Andy!

Mi primo se levanta al verme entrar. Me da un largo abrazo.

—¡Qué profesional pareces hoy! —remarco, admirando su elegante traje gris—. Siento haberme retrasado.

Me guiña un ojo.

—Los jefes nunca se retrasan, querida prima. Son los demás los que llegan demasiado temprano.

Suelto una risita y tomo asiento, presidiendo la mesa de cristal negro con asientos para exactamente veintidós personas: la junta directiva de Industrias Collins. Unos viejos comunistas que nunca me van a aceptar como su presidenta. Por supuesto que eso no me quita el sueño por las noches.

Con un gesto de la mano le indico a mi primo que se siente a mi derecha. Enciendo el *iPad* y le doy un sorbo a mi vaso de agua antes de hablar.

—Te he hecho venir un poco antes porque a las cinco y cuarto se reúne la junta directiva de la empresa, y quería hablar contigo antes de que eso pase.

—De acuerdo.

Dejo el *iPad* sobre la mesa y sostengo su mirada.

—Quiero que seas mi vicepresidente —suelto de repente.

Andrew me mira con los ojos como platos. Supongo que se esperaba un cargo mucho menor. Jefe de almacén, o algo así.

—Catherine, yo no podría... —sacude la cabeza— acabo de llegar y no es justo. Seguro que hay otro dentro de la empresa que se merezca ese cargo mucho más que yo.

—Ninguno es de confianza. Y tú eres un Collins. No hay nadie más adecuado que tú, Andy.

Frunce el ceño.

—No sé qué decir... —murmura dubitativo, y yo sé que he conseguido persuadirle. De lo contrario, me habría dicho un rotundo no.

Pestañeo con coquetería.

—Di que sí. Me harías un gran favor.

—Vale —esboza una larga sonrisa y añade, esta vez mucho más convencido—. ¡De acuerdo! ¡Lo haré!

Pego un salto y me lanzo a su cuello para abrazarle. Justo en ese momento se abre la puerta y entra la junta directiva de la empresa: veinte hombres de mediana edad, todos con clásicos trajes negros, el cabello, canoso o blanco, según el caso, perfectamente peinado hacia atrás, maletines oscuros y relojes carísimos. Suelto a mi primo, me enderezo y compongo una falsa sonrisa. En cuanto se acomodan en sus asientos, un denso silencio se instala entre nosotros.

—Señores, gracias por venir. Supongo que os estaréis preguntando por qué os he convocado hoy aquí.

—Para molestar, claramente.

Sonríó y apago la sonrisa antes de inclinarme hacia delante y apoyar las dos manos contra el oscuro cristal de la mesa. Mis contraídas pupilas se clavan en los pequeños ojos azules del hombre que está sentado en la otra esquina.

—Lamento decepcionarte, Albert, pero yo no me paso la noche pensando en cómo molestaros a vosotros al día siguiente —me enderezo y recupero la compostura como si nada hubiera pasado—. Señores, os he convocado porque tengo una noticia muy interesante que daros.

Miro los rostros de todos ellos. La mayoría refleja indiferencia, algunos, desprecio, otros sencillamente permanecen inexpresivos.

—Está embarazada —cuchichea uno de los mejores amigos de mi padre.

Fue el presidente de Industrias Collins durante los últimos diez años y, por lo que veo, aún no me ha perdonado el haberle quitado el puesto hace ocho meses. En mi defensa diré que no me ha quedado otra. Bajo su mando, la empresa iba a la deriva.

—Gracias por tu aportación no requerida y completamente innecesaria, Alexandre, pero no. No estoy embarazada. Quiero presentaros a Andrew Collins —Andy se pone en pie e inclina la cabeza a modo de saludo—. El nuevo vicepresidente de Industrias Collins.

Mi anuncio provoca estupor en la sala. Los socios comunistas de la vieja escuela empiezan a hablar a la vez, levantando el tono y gesticulando para expresar su claro desacuerdo. No sé por qué, pero la escena me regocija. Supongo que tocarles las narices me provoca un retorcido placer. Levanto las dos manos en el aire para frenar las protestas.

—Veo que, como siempre, discrepáis con mis elecciones. Pues lamento volver a decepcionaros, pero está decidido. Andy será el nuevo vicepresidente de Industrias Collins, os guste o no. Y si no os gusta, mejor. Ya sabéis la siniestra complacencia que me produce molestaros.

—¡Este muchacho no puede ser vicepresidente! —prorrumpe Alexandre, levantándose de su silla con brusquedad—. ¡Ni siquiera ha cumplido los treinta!

Ligeramente inclinada hacia adelante y con los puños apoyados contra la mesa, sostengo su oscura mirada como en un enfrentamiento entre titanes. Debo de tener un aire feroz ahora mismo porque mi pobre primo traga en seco y parece encoger en su asiento. Seguro que está reconsiderando la decisión de trabajar para mí. ¡*Debilucho!*

—Mi padre se encargó de dejar bien claro en los estatutos de esta empresa que elegir los cargos solo dependerá del presidente, y que lo puede hacer sin contar con el acuerdo de la junta directiva —me enderezo y sonrío como la gran dama que soy—. Presidente que, si no me falla la memoria, soy yo. Ahora si me disculpáis, tengo una cena a la que asistir. Cualquier protesta que tengáis, se la enviáis por fax a mi secretaria, Sally.

Me aliso la falda de mi traje blanco y me dispongo a salir, con Andrew pisándome los talones. Supongo que le da miedo quedarse en la jaula con esos feroces leones viejos. Me detengo justo antes de girar el pomo de la puerta, para añadir una última cosa. Mi primo se ve obligado a frenar para no chocar contra mi espalda.

—Señores, *siempre* es un placer hacer negocios con vosotros.

Suspiro con satisfacción y, sin disimular mi malicioso regocijo, salgo y dejo que la puerta se cierre a nuestras espaldas. Con la cabeza alta, la espalda tiesa y contoneando las caderas como un felino, taconeando por todo el mármol color crema de la planta quince, entro en mi despacho, recupero mi bolso y me encuentro de nuevo con Andrew en el pasillo.

—Sally, me voy. Si hay algo urgente, llámame al móvil.

Vuelve a ponerse de pie para despedirnos. Cojo el brazo que mi primo me ofrece y empezamos a andar hacia el ascensor.

—¿Vas a ir a la cena de mi madre? —indago mientras bajamos.

—Claro. Estarán todos los Collins y los Fitzgerald reunidos. No me lo perdería por nada en el mundo —me susurra con sus ojos verdes centellando maldad y los labios curvados en una sonrisa astuta.

—¡Divirtiéndote a costa de la familia! ¡Qué cruel, Andrew J. Collins! ¡Qué cruel!

—No me digas que tú no piensas igual.

Recuerdo el espectáculo de la última cena de mi madre, cuando el tío William se cayó borracho a la piscina y se llevó consigo a la tía Agatha, y no logro contener una

risita. Mi tía parecía un gato mojado con el sombrero goteando y la ropa empapada. Pasó al menos dos horas condenando al pobre tío Willie a una eternidad en un caldero de brea.

—Los Collins tenemos un problema con el alcohol, ¿a que sí?

—Nena, la sangre irlandesa corre por nuestras venas —me da dos besos antes de abrir la puerta de su todoterreno negro—. Te veo luego.

—Adiós, Andy. Sé bueno —abro la puerta del coche, pero me detengo justo antes de entrar para añadir una última cosa—. Dales un beso a tus ocho novias.

—Si solo tengo dos.

Sacudo la cabeza con reprobación, arranco y salgo del aparcamiento lo más despacio que puedo. La semana pasada le hice un arañazo al coche al calcular mal las distancias, así que ahora me he vuelto prudente. Prudente hasta salir del aparcamiento, quiero decir, puesto que conduzco de camino a casa a gran velocidad, con la música muy alta y blasfemando como un carretero cada vez que algún *pisahuevos* me toca las narices. Elise me ha regalado un CD de Jessie J para mi cumpleaños y me he enamorado de una de las canciones: *Do it like a dude*. No me pega en absoluto. Es lo que más mola.

Detengo mi Aston Martin delante de la casa de mi madre con un chirrido de ruedas. Cojo mi *clutch* color plata, me bajo y le arrojo las llaves a Adrian, el chico que sirve para todo. Cuando no hace de jardinero, le toca hacer de mecánico y, si no, de aparca coches. Me coloco la cola de mi Valentino color *nude* encima del brazo para no pisarla ni mancharla. Hay una alfombra roja desde el jardín hasta la entrada principal, pero, aun así, con las lluvias de los últimos días, no quiero arriesgarme. Esta es una fiesta en mi honor y tengo que estar perfecta.

—Buenas noches, querido Adrian —me detengo frente a él—. ¿Qué tal estás?

Sus dientes se asoman por debajo de una sonrisa maligna.

—Con tanto Collins suelto, no sé yo... —se encoge de hombros.

Suelto una carcajada al ver cómo el pobre muchacho tuerce la boca con disgusto. Sé que cuando los Collins nos juntamos somos una pesadilla, así que le entiendo perfectamente. Le doy una buena propina por aparcar mi coche y subo los escalones hasta la entrada. Beso las arrugadas mejillas de George, el mayordomo de mi madre, al que conozco de toda la vida, cojo una copa de champán de la bandeja de un camarero y, me dirijo hacia el salón.

¡Vaya por Dios! Están todos aquí.

Toda mi familia está ya sentada en la mesa para veinte personas que parece haber sido adornada por un diseñador de interiores. Charlan animadamente mientras toman vino y algunos aperitivos. Veo que mi madre no ha escatimado en gastos. Hay arreglos florales de la floristería más cara de todo Londres, Dom Pérignon, vinos y quesos franceses, camareros... Incluso ha sacado los candelabros de plata de la abuela —plata auténtica, por supuesto—. Sacudo la cabeza con reprobación. Mi familia y sus excentricidades.

—Al fin llegas —masculla mi tío Willie, quien se quita el puro de la boca y se levanta para darme dos besos—. Estaba muerto de hambre y tu madre no quería empezar sin ti —se justifica, al ver que le miro con el ceño fruncido.

Compongo una sonrisa adorable.

—Siento el retraso, querido tío. En mi defensa diré que la culpa es del peluquero. Le ha llevado dos horas hacerme este recogido.

Mi tío suelta una divertida carcajada y vuelve a sentarse para poder darle un buen trago a su petaca de *scotch*, aprovechando que su mujer no le está mirando.

—Pues ha valido la pena, querida —declara la tía Grace, la mujer de Willie, poniéndose de pie para darme un fuerte y prolongado abrazo.

Llevamos sin vernos desde las vacaciones de verano porque mis tíos viven en Australia. Tío Willie tiene un problema con el *scotch*, aunque nadie lo diría al verle tan atusado, con su canoso cabello peinado hacia atrás, un traje de marca color gris perla y ese puro que siempre está colgándole de los labios. De hecho, viendo su porte de caballero, su aire digno y esa arrogancia tan típica en los Collins, cualquiera diría que parece un miembro de la realeza. No puedo decir otra cosa sobre su mujer, que tiene cuarenta y ocho años y aparenta como mínimo unos diez menos, con su media melena castaña cayéndole lisa sobre los hombros y su tez luminosa y perfecta.

Todos los miembros de las familias Collins y Fitzgerald —vestidos de etiqueta según la costumbre: los hombres con traje y las mujeres con vestidos de noche— me observan fijamente, como si estuvieran esperando alguna clase de reacción por mi parte.

—Ven cielo —me llama mi madre, quien está presidiendo la mesa, con Richard sentado a su derecha y mi primo Edward a su izquierda—. Dale un beso a tu pobre madre que tanto se ha esforzado por organizar todo este banquete.

¡Qué melodramática es a veces! Con organizar, quiere decir que ha llamado a una empresa que se ha hecho cargo de todo. De mala gana, arrastro los tacones hacia ella. Saludo de paso al resto de la familia: tío Glenn y tía Holly, ambos trabajan para Médicos sin Fronteras; le hago un guiño a su hijo, mi primo y nuevo vicepresidente, Andrew; beso al tío Ian y a su nueva mujer Amber, quienes han venido desde Irlanda; le doy una palmadita en el hombro a mi tía Nora, la hermana menor de mi madre, y conozco a su último marido, Dominik; beso a Marilyn, la amiga de mi madre, quien encima está diseñando mi vestido de novia; y le doy un abrazo a la tía Daisy, la otra hermana de mi madre, al lado de la cual están sus hijos Elise y David, a los que saludo con la mano. El asiento de la tía Agatha está vacío. Como debe ser.

Camino hasta mi madre, que hoy luce un vestido negro escotado que realza sus elegantes facciones. Lleva su melena rubia peinada en un recogido bajo y unos largos pendientes de diamantes como única joya.

—Madre, estás espectacular —le digo inclinándome para besar sus mejillas—. Casi me eclipsas.

Sonríe con serenidad.

—Eso es imposible, cielo. Tú estás más guapa que nunca con ese vestido. Es un *Valentino*, evidentemente.

—Por supuesto. Y el tuyo, un *Givenchy*.

Mi madre finge sentirse desolada.

—¿Tan evidente es?

Le hago un guiño.

—He sido asesora de imagen.

Suspira como si acabara de recordar aquello. Nunca le gustó ese trabajo para mí y cuando lo dejé, al regresar de la corrupta ciudad de Nueva York, fue incapaz de disimular su satisfacción.

—Hace tanto de eso que se me había olvidado. Fueron tiempos muy oscuros —les susurra a los invitados a modo de explicación.

Hago una mueca de disgusto, saludo a Richie y a mi primo Eddie y me siento al lado de este último.

—Bueno, ahora que estamos todos, *sí*, Will, querido, voy a pedir que sirvan los primeros.

Me río por lo bajo al ver cómo el tío Willie suspira aliviado. Por desgracia, mi risa se apaga en cuanto giro la cabeza y reparo en la persona que está sentada frente a mí, entre Emma y Richard. En mis pupilas deben de reflejarse unas llamas satánicas durante unos segundos, puesto que todo el mundo se queda callado para observar mi reacción. ¡Así que por eso estaban observándose con tanto interés!

—¿Qué coño haces tú aquí? —rezongo entre dientes, inclinada sobre la mesa.

Con los labios curvados en la sonrisa más odiosa que me ha dedicado jamás, Nathaniel Black levanta su copa de vino tinto en gesto de saludo.

—¡Señorita Collins! Celebro verla.

—Celébrelo rápido. Le doy exactamente cinco segundos para que levante sus arrogantes posaderas de esa silla y se largue —al ver que no hace ademán de moverse, añado—: cuatro... tres... dos...

—Le recuerdo que su encantadora madre me invitó hace un par de días y yo, sencillamente, no soy capaz de negarle nada a Liz.

Mi madre suspira encantada y le tiende una mano que él besa. Rechino los dientes, mascullo horribles blasfemias para mis adentros y aprieto los puños por debajo de la mesa.

—No eres bienvenido.

—Razón de más para quedarme.

Adopto una sonrisilla dulce y asiento lentamente.

—De acuerdo —vuelvo a inclinarme para asegurarme de que solo puede escucharme él—. Pero deberías saber que te rodean los miembros de las dos familias más sanguinarias de Inglaterra. Antes de que acabe la velada, desearás estar muerto —bisbiseo entre dientes, sin dejar de sonreír, para disimular, puesto que todos los ojos están centrados en mí.

Me endezco en mi asiento y le lanzo una sonrisilla abochornada al tío Ian, quien, estoy convencida, ha escuchado todo. Este esboza una sonrisa breve y finge prestarle atención a su embarazadísima mujer.

—Espero impaciente —me susurra Nathaniel, antes de humedecerse los labios con el vino.

—Hola, Judas —saludo a Emma.

Ella me lanza una sonrisilla antes de entrometerse en la conversación de Marilyn y tía Daisy sobre mascarillas faciales. La velada promete...

Los camareros que mi madre ha contratado para esta noche empiezan a servir los primeros. Solo soy capaz de comer una rosita de salmón ahumado y un langostino crujiente, porque Nathaniel me observa de una forma tan tenebrosa que me quita el apetito. El segundo plato me lo salto directamente. Nunca me ha gustado el faisán. Contesto mientras tanto a las preguntas de mi familia. Sí, vamos a ir de luna de miel... No, no a Estados Unidos a conocer a su familia, porque Jonathan no está en muy buenas relaciones con los suyos... Sí, al castillo que mi madre y Richard poseen en Francia... No, Jonathan no ha sido invitado a esta cena porque se *suponía* —y acentúo la palabra suponía mirando muy atentamente a mi madre— que era solo para *familiares* —recalco familiares entre dientes, mirando a Nathaniel Black—. Este se lleva una mano a la corbata y empieza a aflojársela mientras me devuelve una mirada que transmite un claro mensaje. «*Serás mía antes del postre*», parecen insinuar sus maliciosos ojos azules. Ay, Señor...

Quiero coger la copa de vino para refrescar mi garganta seca, pero a causa de los nervios, la tiro encima del mantel.

—¡Qué torpe! —exclamo avergonzada, y, con la ayuda de mi servilleta, empiezo a frotar la mancha de forma excesiva.

—A todos nos pasa —comenta Nathaniel en voz serena, llevándose a la boca un trozo del entrecot de buey que acaban de servir.

No puedo evitar poner cara de póquer. Seguro que disfruta viendo cómo me remuevo inquieta. ¡*Canalla!*

—¿Tú no eras vegetariano?

—Ya no comparto esas creencias, señorita Collins —me contesta, masticando lentamente su trozo de buey mientras sonríe como el gato que se ha comido el canario.

—¡Vegetariano! —escupe mi tío Glenn en tono de desprecio—. Esa sí que es una gilipollez. Yo no podría vivir sin comer carne.

—No hace falta que lo jures —se ríe la tía Holly, señalando con la cabeza la barriga de su marido.

Todos nos echamos a reír ruidosamente, para nada intimidados por el ceño fruncido de mi tío.

—Ya no se lleva la delgadez —se defiende muy ofendido.

Y nosotros soltamos carcajadas aún más ruidosas. A la media hora me doy cuenta de que, para mi desesperación, mis vaticinios resultan erróneos, puesto que mis parientes no solo no avergüenzan a Nathaniel de ningún modo, sino que encima le tratan como si fuese un miembro más de la familia. ¡*Maldición!* No bastaba con ser asombrosamente guapo y escandalosamente rico. Ahora tiene que ser también horriblemente carismático. ¿Es que este hombre lo tiene todo?

—Catherine —me llama el tío Will desde la otra esquina de la mesa—, me han dicho que tienes un nuevo vicepresidente.

—Y así es, tío. Andrew empezará a trabajar desde mañana.

Toda la familia aplaude cuando Andrew se pone en pie, recibe las enhorabuenas con un gesto de cabeza y vuelve a sentarse.

—Ya va siendo hora de que los Collins vuelvan al mando. Nunca me ha gustado ese Alexandre.

—Ni a mí, tío Will, ni a mí. Pero ya sabes que era íntimo amigo de mi padre.

—Ni hermano no tenía amigos —bufa con desprecio—. Él pensaba que sí, pero estaba equivocado. Y estaba equivocado en muchas otras cosas.

Miro en silencio cómo se enciende otro puro y suelta el humo hacia arriba.

—Dejemos a los muertos que descansen en paz, querido William —interviene mi madre, a quien no le hace mucha gracia mantener una conversación sobre mi fallecido padre con la familia de este—. Propongo un brindis —se pone en pie y levanta su copa de vino—. Por Catherine y por su futuro matrimonio que, con un poquito de suerte, nunca se celebrará.

—¡Madre!

—¡Por Catherine! —vociferan los demás, levantando sus copas.

Al fin se sirven los postres: *delirium* de cacao y surtido de pasteles, y yo me felicito mentalmente por no haber acabado en la bodega, arrancándole la ropa a Nathaniel Black. Menos mal que empieza el baile y puedo distraerme con algo.

—¿Sería posible que esta bella dama quiera bailar con un anciano chiflado como yo?

—Tío Glenn, tú solo tienes cincuenta y ocho años y no pareces chiflado en absoluto.

Mi tío se ríe, me coge por la cintura y me conduce a la zona de baile, donde bailamos el vals durante un buen rato. Me cuenta anécdotas de sus viajes por África y yo no puedo dejar de reírme. Casi se me olvida que Nathaniel Black está sentado en una butaca a tan solo dos metros de distancia, con Richard, Andrew, Edward y el tío William, los cinco bebiendo *scotch* y fumando puros como unos caballeros del siglo XIX.

Bailo también un tango, con Dominik, el marido francés de la tía Nora, quien ha demostrado ser todo un artista a la hora de moverse, y luego un blues con mi tío Ian.

—Y cuéntame tío, ¿cómo es que vas a tener un hijo a los cincuenta y cinco? Dentro de nada, vas a ser abuelo.

Mi tío se ríe entre dientes.

—¿Qué te voy a contar a ti del amor? —me contesta, señalando con la cabeza a Nathaniel, quien debe de estar contando algún chiste, porque sus cuatro acompañantes masculinos, Emma y mi madre, se ríen a carcajadas.

—¿Tan evidente es?

—Se te olvida que te conozco desde que tenías dos días, sobrina.

Hago una mueca de disgusto.

—Es igual. Voy a casarme con otro.

—Eso he oído. Esperábamos que esta noche cambiaras de opinión.

—¡¿Esperabais?! —repito pasmada—. ¿Quiénes esperabais?

—A decir verdad, todos.

Me detengo durante unos instantes para mirar esos ojos azules que parecen muy divertidos.

—Sí —aclara Ian, poniéndolos en blanco—. Sabemos todos lo que pasó en tu despedida de soltera.

Ay, Señor, me entran palpitaciones.

—¿Cómo?

—Tu madre.

—Voy a matarla —declaro entre dientes, lo que hace que mi tío Ian suelte una carcajada.

—¿Ian, me permites raptar a tu bella acompañante? —oigo una voz suave a mis espaldas.

—Faltaría más, muchacho. Toda tuya.

Mi tío le entrega mi mano —literalmente— a Nathaniel Black, quien la coge para colocarla en su nuca. Apenas puedo reprimir un escalofrío cuando sus manos encuentran mis caderas y me arrastran hacia él hasta pegarme contra su sólido pecho.

—Estás preciosa —me susurra en tono ronco.

Inspiro hondo ese olor tan suyo que tanto he echado de menos.

—Tú tampoco estás mal —remarco, con una media sonrisa en los labios.

Se dispone a hablar, pero se detiene y, durante unos instantes, se limita a pasear su ardiente mirada por todo mi rostro.

—Me gusta tu sonrisa. Es pícaro y parece ocultar algo.

—He tenido un buen maestro —murmuro, contemplando ensimismada sus ardientes ojos.

Nathaniel inclina la cabeza y sus labios cubren mi boca con ternura. Toda mi espalda se tensa cuando su lengua se abre paso a través de mis labios y se hunde en las profundidades a mi boca, al principio acariciando a la mía tímidamente y luego, poco a poco, aumentando la intensidad. Lucho con todas mis fuerzas por no perder la cabeza de nuevo por él, pero pierdo la batalla, así que dejo de resistirme, agarro el cuello de su traje con ambas manos y le devuelvo el beso con la misma pasión,

buscando más. Deseando más. Necesitando más. Al separarse nuestros labios, estoy confusa y mareada. *¡Dios santo! ¿Todos los playboys besarán así?*

—Pasa la noche conmigo, amor —me susurra al oído—. Me muero por tenerte entre mis brazos llevando solamente esos pendientes de brillantes.

Finjo escandalizarme, aunque, hay que admitirlo, un deseo primitivo e implacable hace que mis músculos internos se tensen de excitación. Sin embargo, domino mis instintos animales, alzo la barbilla y adopto un aire digno. No me han educado para montar escenas en las reuniones familiares.

—Esos pensamientos son demasiado pecaminosos, señor Black. Incluso para un *playboy* de su... *calibre* —acentúo la palabra calibre para darle más dramatismo.

Los anchos hombros de Nathaniel se contraen de la risa. Coloca un dedo debajo de mi barbilla y alza mi rostro. Su mirada se vuelve abrasadora al cruzarse con la mía.

—Él no te hace sentir lo que yo te hacía sentir, ¿a qué no?

En cuestión de segundos, mi rostro adquiere la dureza de una estatua. Guardo silencio durante un largo momento.

—Nadie me hace sentir lo que tú me hacías sentir —le lanzo una sonrisa trémula—. Nadie duele como tú —añado con voz quebrada.

Y en ese instante, a mi mente acuden una serie de imágenes que me recuerdan por qué tengo que elegir a Jonathan. Me veo a mí misma con la cara bañada por las lágrimas, deambulando por una Quinta Avenida vacía, oscura y solitaria, le veo a él destrozando todo el salón en un ataque de locura, montando orgias y llenando los periódicos con su escandalosa vida sexual, le veo borracho y deprimido, con la espalda apoyada contra el sofá y un porro desgastándose en un cenicero a su lado, y lo que es peor de todo: le veo sonreír como si nada en la fiesta de Navidad, mientras mi corazón se partía en tantos pedazos que nunca fui capaz de recuperar. Y sé que no puedo volver a sentir lo que sentía.

—Catherine, no... —sacude la cabeza cuando intento soltarme de su abrazo. Me agarra la muñeca para detenerme—. No vuelvas a huir de mí, por favor... —suplica, torturado—. Estás huyendo todo el tiempo.

Pego la palma de mi mano derecha a su mejilla. Su rostro está áspero a causa de su barba de varios días.

—Tengo que hacerlo, amor mío. Lo único que me espera estando contigo es miseria y sufrimiento.

Una contracción de dolor recorre su hermoso rostro, cuya belleza se vuelve pétrea súbitamente.

—Sabes que yo nunca te haría daño a ti. Nunca dejaría que te hundieras, princesa.

¡Pero lo hiciste! ¡Lo hiciste! Y me hundi... No puedo pasar por lo mismo otra vez. No voy a permitirle que vuelva a tener ese control sobre mí. Tomada esa decisión, alzo el rostro hacia el suyo y fuerzo una sonrisa.

—Me caso, Nate. Me caso con él este domingo. Lo nuestro se ha acabado. Es así como se supone que debe ser —acaricio su rostro mientras hablo, porque sé que es la última vez que nos veremos y necesito desesperadamente despedirme de él—. Me ha gustado volver a verte. Me ha gustado muchísimo, pero no pienso hacerlo más. Adiós, amor mío.

Me aparto de él, recupero mi *clutch*, me despido de toda la familia con un gesto de la mano y cruzo el umbral de la puerta, haciendo uso de todas mis fuerzas para no derrumbarme. Arranco el coche y doy marcha atrás, mirando por el retrovisor cómo Nathaniel Black se detiene en el último escalón y observa turbado, con las manos hundidas en los bolsillos de su traje azul, cómo me alejo de él. Pequeñas lágrimas empiezan a escurrirse por mis mejillas y ya no hago intento alguno de retenerlas. Por primera vez en un año y diez meses, por primera vez desde que he abandonado el Upper East Side, el hielo que cubre mi corazón se resquebraja lo bastante como para permitirme llorar.

Yo y mi CD de Jessie J vamos de camino a Blackpool para disfrutar de un día de playa. Necesito poner orden en mis pensamientos. Tengo que decidir de una vez por todas qué demonios voy a hacer con mi vida. ¿Y qué mejor sitio que nuestra casa de verano? Piso el acelerador del Aston Martin a fondo, sin preocuparme por respetar los límites de velocidad o por adaptar la conducción a las condiciones meteorológicas. Romper las normas se ha convertido en algo habitual en mí. Camuflado entre la niebla, el coche vuela por la carretera serpenteante, alejándose, veloz como un rayo, de Londres, de mi horrible presente y casi que de la realidad. Y mientras me alejo del presente, me adentro cada vez más en mi doloroso pasado.

El día se vuelve aún más oscuro a medida que me acerco a mi destino. Aparco delante de la imponente mansión cubierta por amarillentas enredaderas, donde, sin bajarme del coche, me tomo un instante para observar los alrededores. A causa del violento viento que se ha alzado de la nada, las hojas de los majestuosos árboles, que se elevan a ambos lados de la blanca construcción de ladrillo, se desprenden de las ramas, convirtiendo el jardín en una alfombra dorada con reflejos carmesí. Mientras contemplo la imagen otoñal que muestra este sitio, recuerdo el último día que pasé aquí.

Fue hace quince años, justo antes de la muerte de mi padre. Era primavera, finales de abril, tal vez comienzos de mayo. Estábamos fuera, sentados en el banco de piedra que hay junto al pequeño huerto que Hanna, nuestra ama de llaves, usaba en aquel entonces para cultivar calabazas. Nunca entendí por qué solo cultivaba calabazas. Es uno de los misterios enterrados tras los muros de esta vasta propiedad. Supongo que le gustaría la crema de calabaza, quién sabe. El caso es que aquellos fueron buenos tiempos. Le acababa de ganar la partida de ajedrez a mi padre y estaba regocijándome. Mi madre, joven, despreocupada y mucho menos superficial, estaba regando las rosas. Sí, eran muy buenos tiempos.

Ahora, sin embargo, la propiedad parece vacía, lúgubre y silenciosa. Lo único que me inspira hoy, rodeada de tantas hierbas secas y medio oculta por la niebla y las finas gotas de lluvia, es desolación, tristeza y angustia. Los días felices se desvanecieron. Al igual que las carcajadas de mi padre se perdieron por el camino. Y no queda nada. Salvo el doloroso recuerdo.

Abro la puerta con la llave de mi madre. El interior sigue como lo recordaba. Ni un solo objeto ha sido cambiado de sitio en los últimos quince años. El suelo de madera oscura brilla como si hubiese sido colocado ayer mismo, no hace veinte años, y los sencillos y clásicos muebles de palisandro parecen nuevos. Detesto la imagen hogareña que muestra la planta baja, con las silenciosas llamas de la chimenea destellando reflejos dorados por todo el salón, tal y como lo hacían la última vez que pisé esta casa. Sacudo la cabeza para dejar de pensar en ese día cuando todo era normal para mí. No tiene sentido evocar el pasado. Nunca volverá.

Avanzo hasta el centro de la habitación y me dejo caer en el sofá blanco, desde donde contemplo, con mucha atención, el retrato de mi padre, colgado encima de la chimenea. Sus ojos parecen observarme con el mismo interés. Hay una insinuación de sonrisa en las comisuras de su boca. Es casi un gesto de desprecio. La postura de su cuerpo, su masculina barbilla alzada con desafío, su fría mirada azul, todo en él denota un control absoluto. Su ser grita arrogancia, soberbia y determinación. ¡Me recuerda tanto a Nathaniel! Y no solo físicamente. A nivel moral, Samuel Collins y Nathaniel Black son prácticamente iguales. Ambos consumidos por los vicios y las adicciones, incapaces de ser fieles a alguien o a algo, hiriendo una y otra vez a las personas que aman. Sin embargo, Jonathan... Sé que él no es así. La mayoría de las veces es tierno y dulce. Y debe de quererme. Pero ¿cómo voy a casarme con él si no lo quiero?

Decido salir a dar un paseo para poner orden en mis pensamientos. El mal tiempo me asegura de que no habrá nadie en la playa. Me pongo un vaquero desgastado, un abrigo beige impermeable y unas botas de agua, y salgo por la puerta.

Recorro toda la playa, arrebujada con mi abrigo para protegerme del viento y las gotas de lluvia. El mar está revuelto. Gigantescas olas se aplastan con agresividad contra las rocas, y el cielo ha adquirido un deprimente tono gris, tirando casi a negro, hacia el oeste. Es uno de esos días en los que es mejor quedarse tapado con una mantita y un té caliente entre las manos, no deambulando por una playa desierta. Pero yo soy Catherine Collins-Fitzgerald. No he hecho cosas de persona normal en toda mi vida. ¿Por qué iba a empezar a hacerlas con casi veintiocho años de edad?

Cansada de seguir andando, me siento encima de una roca y empiezo a tirar pequeñas piedras al mar. Observo distraída cómo son tragadas por las olas, arrastradas hacia la nada, hundidas hacia profundidades oscuras y aterradoras. Una vez fui como ellas. Una pequeña e insignificante piedrecilla en medio de un océano, movida por unas olas gigantes que no me permitían respirar. Fui llevada mar adentro por la corriente. Y me ahogué. Oh, sí, toqué fondo aquella vez. El oleaje me arrastró hasta un abismo lleno de tinieblas, donde mi corazón se detuvo, sencillamente dejó de latir, y morí. No de una forma física, sino de un modo mucho más cruel. Una parte de mí, la parte más importante de mí, murió esa noche. Y, acto seguido, me alcé de mis propias cenizas. Seguía siendo la misma, pero, aun así, era diferente. Me había convertido en la mejor versión de mí misma. Más fuerte. Implacable. Dura. A veces incluso retorcida, aunque no me arrepiento de eso. Tan solo hice lo que se suponía que debía hacer para mantenerme a flote: esboqué una larga sonrisa y fingí que todo estaba bien. Pero hoy estoy cansada de todo eso. Estoy cansada de las máscaras. De fingir. De hacer lo que se espera de mí. De sonreír cuando mi interior está congelado por completo.

Cojo otra piedrecilla y la lanzo hacia las olas. He perdido una parte de mí misma y no sé qué hacer para recuperarla. ¿Quiero recuperarla? No lo sé. Todo se ha vuelto demasiado confuso. Tiro otra piedra, esta vez más grande que las primeras. Pequeñas gotas de agua me salpican en la cara cuando se encuentra con el mar. Contemplo con la mirada vacía cómo es tragada por la corriente.

Alguien, a mis espaldas, coge una piedra y la lanza con fuerza. La suya llega más lejos que la mía.

—Un buen golpe —comento. No me giro para mirar quién es. Ya lo sé.

—Siempre se me ha dado bien el béisbol —dice él, antes de sentarse a mi lado.

Pasamos los siguientes segundos en silencio, los dos con la mirada perdida en el vacío.

—Búscate tu propia roca.

—A mí también me alegra verte, preciosa.

Dejo escapar un largo suspiro.

—¿Qué quieres, Nate?

Lanzo otro par de piedras al agua hasta que él se dispone a contestar.

—Pensaba que lo había dejado claro anoche. Te quiero a ti.

—Llegas tarde.

Nathaniel me agarra la barbilla para obligarme a mirarle y, en cuanto lo hago, sacude la cabeza para negarlo. Mientras dura su silencio, examino ensimismada lo turbios y tristes que brillan sus ojos y lo alborotado que está su pelo, como si se hubiese pasado el día mesándose.

—Nunca es demasiado tarde, preciosa. Sabes que te quiero. Nunca he dejado de hacerlo.

—Debiste decirlo cuando tuviste la oportunidad.

—¡Lo sé! —me grita, desesperado—. Lo sé... —musita, dejando caer la cabeza—. Pero lo estoy diciendo ahora.

—¡Ahora no vale!

Me lanza una mirada larga y atormentada.

—No me había acostado con ella —murmura—. ¡No hubo nadie aparte de ti! Dime que lo sabes. ¡Tienes que saberlo! Tú tienes... —se detiene y traga en seco—.

Tú tuviste que saber que yo te ama. Lo sabías antes de que yo me lo admitiera a mí mismo, así que tienes que saber que lo que te dije esa noche era una mentira. ¡No me había acostado con nadie! Yo... —baja la mirada al suelo y resopla— por favor, di algo.

Permanezco callada durante unos instantes y al final asiento.

—Lo sé. Supongo que una parte de mí siempre lo ha sabido.

Coge mi cabeza entre las manos, lo que hace que nuestras miradas se encuentren de nuevo.

—Entonces ¿por qué te fuiste, princesa? ¿Por qué dejaste que me hundiera?

Guardo silencio puesto que no soy capaz de formar ni una sola palabra. Su angustia es tan intensa que puedo sentirla como si de la mía propia se tratase. Tengo que

respirar hondo varias veces para impedir que amargas lágrimas se deslicen por mis mejillas.

—Ya no era capaz de mantenerse a flote —musito, evitando su mirada—. Yo misma estaba hundiéndome.

El silencio que se instala entre nosotros se vuelve sofocante a medida que pasan los segundos.

—Tu mundo me asfixiaba —continúo, ausente—. Todo... los rumores, los *paparazzi*, la presión. La fama. Era más de lo que yo podía aguantar. Tu mundo giraba demasiado deprisa para mí, Nate. Solo quería un poco de normalidad.

Meditabundo y callado, extiende el brazo y acaricia mi labio inferior con el pulgar.

—No te ha ido precisamente bien, amor —dice al fin.

Soy incapaz de retener una sonrisilla. A pesar de lo triste que parece, he detectado cierta diversión maliciosa en su tono de voz.

—Nate, quiero que te mantengas a una distancia razonable.

Resopla antes de empezar a tantearse los bolsillos en busca del paquete de cigarrillos. Cuando al fin lo encuentra, se saca uno, consigue encenderlo a pesar de la lluvia y el viento, y le da una larga calada.

—Define distancia razonable —me pide, soltando el humo hacia arriba de forma muy sensual.

Giro la cabeza hacia el mar y observo distraída la violenta danza de las olas.

—Un océano de por medio. Este lado del Atlántico es demasiado pequeño para los dos.

Al ver que no replica, vuelvo la cabeza hacia él, conmovida por lo sombrío que luce ahora su rostro.

—No voy a renunciar a ti, amor —sacude la cabeza—. Esta vez no. Y si tengo que pasarme toda la noche durmiendo en tu porche hasta que cambies de opinión, lo haré. Y tú lo sabes.

Se levanta, me da la espalda y desaparece entre la niebla. Me quedo otros diez minutos tirando piedrecillas al mar y luego me levanto y tomo el camino de vuelta.

Por supuesto, Nathaniel Black hablaba en serio. Cuando llego a casa, está sentado en las escaleras, fumándose un cigarrillo. Finjo no reparar en su presencia y paso por delante como si nada, sorprendida al ver que él tampoco me habla. Lo primero que hago al entrar es avivar el fuego y subir a la primera planta para cambiarme de ropa. Estoy empapada y calada hasta los huesos. Acabada esa tarea, vuelvo a bajar la escalera, entro en la cocina y me preparo una taza de té para entrar en calor. Regreso al salón, dónde me siento plácidamente en una butaca al lado de la ventana, me tapo con una suave manta azul y tomo a sorbitos mi té de menta. Suspiro satisfecha al pensar en lo a gusto que estoy aquí, al lado del fuego.

Pero entonces tengo la ocurrencia de mirar por la ventana y ver cómo Nathaniel está de espaldas a mí, en la lluvia, abrazado a sí mismo. Tiene la ropa empapada, el pelo goteando y sus anchos hombros parecen encogidos de frío. *¡Oh, por el amor de Dios!* Me levanto con brusquedad, me deshago de la taza de té y me abrocho la bata de camino hacia la puerta.

—¿Quieres entrar antes de coger una neumonía? —digo al abrir.

Durante unos segundos, Nathaniel Black se queda inmóvil, de espaldas a mí. Apostaría mi alma a que en este preciso instante está esbozando una sonrisa tan astuta como la de Lucifer. Espero impaciente hasta que se levanta y entra.

—Siéntate al lado de la chimenea —le indico una butaca con un gesto de la mano—. Te buscaré algo de ropa en el armario de mi padre. Lleva quince años sin lavarse, pero al menos estará seca.

Me dispongo a darle la espalda cuando me agarra la muñeca y me detiene.

—Gracias —musita, buscando mi mirada.

El mero contacto de su piel hace que mi corazón pegue un brinco.

—De nada —susurro antes de darle la espalda.

Subo por la escalera de madera, que cruje un poco bajo mi peso y, una vez en la primera planta, voy a la que fue la habitación de mis padres. Aún no me he atrevido a entrar y, a decir verdad, no tenía pensado hacerlo, pero es una situación de fuerza mayor y no me queda otra. Respiro hondo, enderezo los hombros y cruzo el umbral.

Me dirijo directamente al armario, donde elijo un par de vaqueros viejos y un jersey de pico de *cashmere* negro. No sé si es a causa de la nostalgia o porque una parte de mí esté echando de menos a mi padre, el caso es que me lo llevo a la nariz e inspiro hondo. Me doy cuenta de que, de manera sorprendente, su jersey no huele ni a humedad, ni a viejo, sino a colonia. Me niego a pensar que después de quince años aún mantiene el olor de mi padre. Casi seguro que Hanna los ha lavado hace poco. No me entretengo más, me pone nerviosa estar aquí dentro, donde todo me recuerda a él. Bajo por la escalera casi corriendo y, una vez abajo, le alargó la ropa a Nathaniel.

Él se levanta, la coge y la coloca encima del sofá. Observo en silencio cómo se quita las botas moteras que lleva, la chaqueta de cuero, el jersey y el pantalón. Mi mirada se pasea por todo su cuerpo, tan firme y bien definido como recordaba. Cada musculo de él, cada pequeño rincón, parece suplicar mis caricias. Tengo que apretar fuertemente los puños para reprimir las ganas de tocarle.

—¿Y los calzoncillos? —pregunto, al ver que no hace ademán de quitárselos.

Enarca una ceja, muy divertido a causa del rumbo que está cogiendo la conversación.

—Si me los quito, tendré que cobrarte por el *show*. Y te lo advierto, muñeca, soy muy caro.

Ahogo una risita tonta.

—Y yo te lo advierto, *playboy*, soy muy rica.

Suelta una carcajada y se viste de prisa. *¡Puritano!*

—Fíjate lo que consigue un cacho de tela. Parezco un chico respetable —comenta con sorna, examinándose a mí mismo con la mirada.

Asiento, en silencio. La ropa le sienta perfectamente. El jersey se amolda a su fuerte pecho y a esa ancha espalda suya, y el pantalón es de su talla.

Nos sentamos delante de la chimenea, cada uno en una butaca.

—Tú, yo y una chimenea. ¿No te suena de algo?

La imagen de nosotros dos haciendo el amor como si el mundo fuera a acabarse acude a mi mente. Bloqueo ese pensamiento.

—Ni de lejos.

—Embustera.

Me esfuerzo por disimular una sonrisilla.

—Cuéntame, Nate, ¿qué es de tu vida ahora? He oído que *El Oscuro Secreto* ha sido un éxito en taquillas. Y que tu interpretación del doctor Von Bon fue...*majestuosa* —palabras textuales de los críticos.

Me mira de una forma muy intensa, como si pudiera ver más allá de mis ojos, y tarda un tiempo en contestar.

—Lo único que tuve que hacer fue imaginarme que mi compañera eras tú. Los deslumbré con mi actuación.

En las esquinas de mi boca aflora una sonrisa. Tengo que admitir que estoy muy orgullosa de él.

—No esperaba menos de ti.

El ritmo de mi respiración se acelera cuando coge mi mano entre las suyas y empieza a acariciar mi palma con su pulgar. No me sorprende demasiado al ver que su contacto aún me quema. Supongo que hay cosas que nunca cambiarán.

—¿Y tú, amor? ¿Qué has hecho últimamente, aparte de prometerte?

—Ahora soy una mujer de negocios. La presidenta ejecutiva de Industrias Collins.

—El camino fácil. Hiciste lo que todos ellos esperaban que hicieras. La Catherine a la que yo conocía no se habría rendido.

—La Catherine a la que tú conocías ya no existe. Esto es lo que hay —gesticula con la mano que tengo libre.

Curva las comisuras de su boca en la perturbadora sonrisa que tanto me ponía de los nervios en el pasado. Instintivamente, sé que va a decirme algo malicioso.

—Me gusta lo que veo. Aunque esa bata de *señoritinga* no te favorece demasiado.

Le lanzo una miradita de reprobación, lo que le divierte más de lo que debería.

—Gracias por recibirme en tu casa —musita, de pronto serio, sin dejar de acariciarme la mano.

—No podía dejar tu prepotente trasero bajo la lluvia. Habrías sido capaz de demandarme por intento de asesinato.

Se inclina hacia mí, con los ojos muy abiertos.

—Tengo buenos abogados —susurra, en tono conspiratorio.

Sonríó mientras me levanto de la butaca.

—No me cabe ni la más mínima duda —suelto un suspiro—. Estoy muy cansada. Necesito echarme un rato. Si quieres comer, beber o cualquier cosa, estás en tu casa. Hanna, nuestra ama de llaves, ha dejado lasaña en el horno.

—Gracias —me dice con voz suave.

Me inclino, le doy un beso en la mejilla, demorándome más de lo necesario en hacerlo, y me dirijo hacia la escalera. Entro en la que solía ser mi habitación cuando era niña. Aparto todos los peluches de la cama, me quito la bata y los pendientes y, tras bajar las persianas, me meto bajo las sábanas de Barbie. No tardo más de dos minutos en caer en un sueño profundo.

Está lloviendo. Grandes gotas de lluvia se estrellan contra mi cabeza con tanta rapidez que apenas puedo respirar. Es de noche y tengo frío. Intento caminar, pero no soy capaz de moverme. Sencillamente estoy paralizada aquí, bajo la tormenta, envuelta por la oscuridad y el frío aire. Estoy aterrada. Y sola. Nunca en mi vida había sentido una soledad tan aplastante. De repente, distingo su ancha espalda alejándose de mí. Quiero acercarme a él, pero se aleja cada vez con más rapidez. No consigo gritarle, las palabras se marchitan en mi garganta. *¡No me dejes sola en la oscuridad! ¡Prometiste que siempre ibas a estar aquí...!* Me dejo caer al suelo, de rodillas, y murmuro en voz apenas audible: *conmigo*. Sin embargo, él se va. Sus pasos resuenan en el silencio de la noche hasta que su chaqueta de cuero se desvanece entre las sombras. Estoy otra vez sola en la oscuridad. Y aterrada. *¡Si tan solo la lluvia cesara! ¡Si pudiera encontrar el camino de vuelta! El camino de vuelta... a él...*

—¡Nate! —grito, incorporándome de forma brusca, con el corazón martilleando dentro de mi pecho.

Durante unos instantes, no soy capaz de moverme, así que permanezco en la cama, paralizada y aturdida, intentando controlar el acelerado ritmo de mi respiración. Mientras trato de coger aire de forma tranquila y silenciosa, me esfuerzo por apartar de mi mente esas imágenes que parecían tan reales hace solo unos instantes. Ahora sé que solo eran espejismos, pero en aquel momento fui capaz de sentir cómo las heladas gotas calaban la fina tela de mi vestido y me enturbiaban la visión. ¡Oh, y el dolor! El dolor que me asaltó al darme cuenta de que estaba perdiéndole para siempre fue demasiado real. *No, no voy a pensar más en eso. Es ridículo. No era real.*

A pesar de que me obligo a mí misma a deshacerme de mis pensamientos, las imágenes no se van, siguen rondado por mi mente, atormentándome, dejándome con la horrible sensación de que algo malo va a pasar. *¡Nada malo va a pasar!*, me grito a mí misma, exasperada por mis estúpidos miedos. *Está claro que tu mente está jugándote una mala pasada. No existen las premoniciones, ni el destino, ni la suerte. Punto.*

Me levanto de forma brusca, recupero la bata y me arrebujó en ella. Acto seguido, subo la persiana. Me sorprende al ver que ya es de noche. He debido de dormir unas cuantas horas. Mientras miro por la ventana, distraída por la completa oscuridad que se ha instalado en el jardín, de pronto me invade una abrumadora sensación de soledad, la misma que me invadía en mi sueño. Es como si esta noche necesitara ver a Nathaniel más que nunca. Es mala idea y lo sé, pero ya no puedo luchar contra la tentación.

—Nate... —susurro, bajando despacio por la escalera.

A través de la oscuridad de la estancia, le diviso sentado encima de la alfombra de pelo marrón, delante de la chimenea. Tiene los cascos del *iPod* en las orejas. Me acerco a él, le quito un casco y me lo pongo. Está escuchando *Hello*, la nueva canción de *Adele*, solo que la voz no es de ella, sino de un hombre.

—No recordaba que fueras un sentimental.

—Esta canción me hace pensar en ti.

—¿En serio?

—Sí. En realidad, cualquier cosa me hace pensar en ti. De todas mis adicciones, tú eres la más fuerte. Nunca he podido superararte. Supongo que eso me convierte en un adicto a ti.

Suelta un suspiro y me mira por primera vez desde que he entrado. Sin ser capaz de romper el pesado silencio que flota entre nosotros, evalúo sus ojos, con la garganta cerrada. Hay un brillo en su mirada, un brillo extraño que nunca antes había visto en un ser humano, tan solo en los animales heridos. Y es ese brillo lo que hace que mi corazón se niegue a latir durante unos instantes.

—Es un *cover* —remarco, refiriéndome a la canción—. ¿Quién es el tío que está cantándola? Tiene una voz preciosa.

—Gracias.

Parpadeo asombrada.

—¿Eres tú? —pregunto, sin dar crédito. Asiente—. ¡Vaya, Nate! ¡Podrías haber sido músico! Cantas... ¡vaya! ¡Es increíble! ¿Y quién te acompaña al piano?

Él alza las cejas con gesto malicioso.

—¡No! —exclamo, todavía más sorprendida.

Asiente.

—Sip. Me obligaste a estudiar los preludios de Chopin, ¿recuerdas?

—¡Pero si nunca ibas a clase! Y si ibas, seguro que lo hacías borracho.

Suelta una risita suave.

—Yo no era tan malo como me gustaba aparentar, amor. Fui a clase, sin decírtelo. Estudie mucho porque quería impresionarte algún día. Me hice con las teclas enseguida, puesto que ya toco la guitarra y...

—¿Tocas la guitarra? —interrumpo, levantando el tono—. ¡Dios mío! ¡No te conozco en absoluto! ¿Y qué más virtudes ocultas?

—Unas cuantas que me muerdo de ganas por enseñarte.

Hace una mueca maligna mientras se muerde el labio inferior. Siento cómo la sangre empieza a afluir a mis mejillas. Sé exactamente en lo que está pensando su perversa mente. Lo sé porque la mía piensa justo lo mismo. Alguien dijo una vez que las grandes mentes funcionan igual. Desde luego que aquel era un ser inteligente.

—Baila conmigo, princesa —me susurra, mirándose como si estuviera viéndose por primera vez.

Antes de erguirse, quita el cable de los cascos, lo que hace que su suave, increíble, perfecta voz resuene ahora por toda la habitación:

*Así que hola desde el otro lado,
Debo de haber llamado mil veces para decirte
Lo siento, por todo lo que he hecho
Pero cuando te llamo nunca parece estar en casa
Hola desde el exterior
Por lo menos puedo decir que he tratado de decirte
Lo siento, por romper tu corazón
Pero no importa, está claro que no se romperá más*

Sé que esta es su forma de disculparse por todo lo que ha pasado entre nosotros y, desde luego, es una forma tan conmovedora que no puedo evitar que mis ojos se carguen de lágrimas de emoción. Me acerco despacio a él, le abrazo y empezamos a movernos.

—Estuve soñando contigo.

—¿En serio? ¿Hacíamos el amor salvajemente?

Me humedezco los labios y levanto la mirada hacia la suya. Se vuelve serio al ver el extraño brillo que adquieren mis ojos a causa de las lágrimas que los invaden.

—Te perdía, Nate. Te perdía para siempre. Me dejabas sola en la oscuridad y en la lluvia, y estaba aterrada. No volver a verte es una idea horrible.

Me estrecha tan fuerte contra su cuerpo que apenas puedo respirar. Parece desesperado por hacerme comprender que eso nunca va a pasar. Sin embargo, su desesperación no consigue que mi dolor disminuya. Sigue allí, clavado en mi corazón. Al igual que la horrible sensación de que algo malo va a pasar.

—Te prometo que nunca te dejaré sola en la oscuridad y en la lluvia. Sabes que siempre estaré contigo, incluso cuando tú me grites que me vaya —me agarra la cabeza con ambas manos para evaluar mi mirada—. Nunca te dejaré, Catherine, me digas lo que me digas. Porque te quiero. Daría lo que fuera por habértelo dicho cuando tú necesitabas oírlo.

—Estás diciéndomelo ahora —murmuro, perdida en su mirada.

Me sonrío con ternura.

—Dijiste que es demasiado tarde.

Parpadeo para retener las lágrimas.

—Lo es. Voy a casarme dentro de unas cuantas horas, pero gracias por mencionarlo. Es todo un detalle —intento bromear para evitar que esto se convierta en otro momento dramático.

Nathaniel alza mi barbilla y me mira fijamente a los ojos.

—No puedes casarte con él. Tú quieres un cuento de hadas que solo yo puedo darte.

Hago un amago de sonrisa.

—Lo que tú estás dándome es una versión retorcida, con la Bestia devorando a la Bella en el acto final.

Guarda silencio, y, si bien su rostro se mantiene inexpresivo, sus ojos traicionan el agónico tormento que se desarrolla en su interior. Traga saliva, con la mandíbula apretada.

—Nunca te he dado algo que no pudieras aguantar o no necesitaras.

Se me encoje el corazón al darme cuenta de que su voz resuena horriblemente triste. Hago una larga pausa, limitándome a abrazarle y a moverme despacio. Exhalo con fastidio.

—Yo tampoco he podido superarte a ti, ¿sabes? Eres la única droga lo bastante potente como para calmar mi ansia —murmuro mientras levanto el rostro hacia el suyo.

Y él solo necesita oír eso. Antes de que me dé tiempo a cambiar de opinión, sus caderas me inmovilizan contra el respaldo del sofá. Coge mi rostro entre las manos y lo atrae hacia el suyo hasta que nuestros labios se encuentran en un beso devastador. Su lengua castiga mi boca durante un tiempo inconmensurable, de forma violenta, exigente e implacable, con una devoción que hace que me estremezca en lo más profundo de mí ser.

—Si vas a salir corriendo, hazlo ahora —musita, pegado a mis labios.

—Deberías saber que solo salgo corriendo cuando me persiguen los perros sanguinarios.

Ríe entre dientes.

—Eso quiere decir que tú y yo... vamos a...

—Chisssss.

Deslizo las manos por debajo de su jersey, arrastro los dedos por sus tensos músculos y le ayudo a quitárselo. Incapaz de controlar el acelerado ritmo de su respiración, se detiene y, durante un instante, me mira fijamente a los ojos, con el rostro enardecido y los labios separados.

—No te cases con él —susurra, moviendo la cabeza—. Haré cualquier cosa que tú me pidas, pero, por favor, no te cases con él. Pensar que estoy perdiéndote me vuelve completamente loco. Y sé que estoy siendo egoísta contigo, pero no puedo dejarte marchar —cierra los ojos, sin esforzarse por ocultar la intensa lucha que se desarrolla en su interior—. Te dejé marchar una vez. No volverá a pasar.

Al mirarme de nuevo, el dolor reflejado en su mirada consigue dejarme sin aliento. Como no se me ocurre ni una sola palabra de consuelo, me limito a acariciar su rostro suavemente, con la esperanza de que eso logre el mismo efecto.

—Nate, lo nuestro es...

—Intenso. Enloquecedor. Adictivo. *Perfecto*. ¡Y sí! Complicado. ¡Y sí! Tóxico, a veces —pega una mano a mi mejilla, lo que hace que nuestras miradas se encuentren—. Pero tú y yo somos como imanes, amor. Es imposible manteneros lejos el uno del otro y tú lo sabes.

Imposible. Esa es la palabra que no me ha dejado formular. Por mucho que me duela admitirlo, lo nuestro es imposible. Sin embargo, ahora no es el momento de decirselo.

—Magnético —resoplo—. No te olvides de que lo nuestro también es magnético.

Me evalúa con la mirada y, por el amago de sonrisa que hace, me doy cuenta de que sabe perfectamente que soy suya en este instante. Es consciente de que, una vez más, vuelvo a rendirme. Cuando me quita la bata, dejándola caer al suelo, no hago nada para detenerle. Su boca baja por mi hombro desnudo mientras que sus manos se aferran a mi trasero y me aplastan contra su erección. Deslizo las manos por su espalda, lo que le hace gemir antes de estampar su boca contra la mía. Me besa con ansia, como si fuera incapaz de apartarse de mí.

—Oh, Nate, no pares. Nunca pares... —exhalo cuando se detiene para poder respirar.

Conmovido por la desesperación que enmarcan mis palabras, se abraza más fuerte a mi cuerpo desnudo. Y entre sus brazos, el tiempo se ralentiza hasta que se detiene por completo y ya no queda nada aparte de nosotros dos. No hay un mundo ahí fuera, no hay un pasado ni un futuro, tan solo tenemos este perfecto momento. Él... yo... una chimenea. La historia siempre se repite, ¿verdad?

—Déjame demostrarte que puedo ser mejor hombre —me susurra.

Dios... Esto es abrumador. Su vulnerabilidad, su angustia, la intensidad de su tormento, todo eso me desconcierta. No sé si estoy preparada para el Nathaniel bueno. Él puede derrumbar mis muros. Puede destrozar mi corazón como ya lo hizo una vez. Con una simple sonrisa. Sin remordimientos siquiera.

—No soporto la idea de que él esté tocándote —confiesa, con voz sofocada—. Pensar en que te besa y... te acaricia... y... posiblemente te diga todo lo que yo tenía que haberte dicho...

Coloco un dedo en sus labios para detenerle.

—Chisssss... él no significa nada para mí —murmuro antes de empezar a besar su cuello.

Noto su cuerpo estremeciéndose y su erección empujando contra mi abdomen.

—Dime que eres mía —suplica, inclinándose para rodear uno de mis pezones con su boca.

Mis ojos se cierran de forma involuntaria y un gemido gutural escapa de mi garganta.

—Soy tuya —jadeo, arqueando la espalda—. Sabes que siempre seré tuya.

Entonces, coloca una mano por detrás de mis rodillas y la otra en mi espalda, me levanta en brazos y me lleva al sofá. Nada más quitarse el vaquero y los bóxer, se deshace de mis bragas con impaciencia y se inclina sobre mí.

—¿Estás conmigo? —me susurra en tono suave.

Le guiño un ojo.

—Siempre.

Su boca se encuentra con la mía en un beso cargado de corriente eléctrica, que parece durar toda una eternidad, mientras que sus manos reclaman cada centímetro de mi piel, casi con veneración.

Pega los labios a mi oído.

—No puedo volver a perderte —me dice en voz muy baja.

Se coloca entre mis piernas, me levanta las rodillas y se hunde dentro de mí, con una suavidad y una ternura que me pillan por sorpresa.

—Dios, cómo te he echado de menos —murmura, embistiéndome lentamente.

Siento que me derrito con cada movimiento suyo.

—¿Nate?

—¿Bizcochito?

Nos detenemos para mirarnos a los ojos.

—Me alegro de que estés aquí esta noche.

Coloca los codos a ambos lados de mi cabeza, se inclina y me besa suavemente los labios.

—No quisiera estar en ningún otro lugar sobre la faz de la tierra —jadea en mi boca.

Mis manos se agarran a la tela del sofá y mis ojos se cierran de nuevo. Una vez más, el mundo exterior desaparece de mi mente y tan solo quedamos él, yo y este momento. Porque, en el fondo, nada más importa.

Nathaniel me hace el amor como nunca antes lo habíamos hecho. Sus caderas se mueven muy despacio mientras que su lengua se hunde una y otra vez dentro de mi boca. Sus labios, que se pasean por todo mi cuerpo, me susurran palabras de amor al oído y absorben mis gemidos. Y yo me permito el capricho de derretirme entre sus brazos. Una vez más...

Teniendo en cuenta lo que acaba de suceder, cualquiera diría que he recaído. Pues ese cualquiera se equivocaría.

—¿Qué vas a decirle a Jonathan?

Abro los ojos de golpe. Nathaniel tiene la barbilla apoyada encima de las dos manos y me observa de una forma bastante tenebrosa. Hay que admitir que guarda cierto parecido con Drácula.

—Nada —murmuro, parpadeando para adaptar mi vista a la luz de la mañana.

Los ojos azul marino me espetan con repentina rabia.

—¿Nada?! —ladra, colérico—. ¿Cómo que *nada*?

Me incorporo y lo miro, con frío desdén.

—Qué me haya acostado contigo —*varias veces*, apostilla con complacencia el demonio Catherine— no quiere decir que volvamos. Solo ha sido un desafortunado incidente.

Al escucharme, su atractivo rostro adquiere un color casi cadavérico. Y luego, poco a poco, su expresión se vuelve inescrutable.

—Así que un desafortunado incidente —murmura, moviendo la cabeza con incredulidad—. ¿Quién demonios eres tú?

Alzo la barbilla y dejo que mi rostro se convierta en una máscara inexpressiva.

—La misma Catherine de siempre —mi voz resuena tranquila y seca, igual de vacía que como se ha vuelto mi alma. Dicen que después de medianoche, los hechizos acaban. Eso es cierto.

La mirada de Nathaniel se torna asesina.

—¡La Catherine de siempre jamás habría dicho algo así! —me grita.

—Porque no era más que una niña con delirios de grandeza —repongo en tono frío—. He madurado, Black. Y siento que no te guste la nueva yo. A mí me encanta.

Al fin y al cabo, es la mejor versión de mí.

Nathaniel ladea la cabeza y se queda muy quieto mientras me examina sin tan siquiera pestañear. Mueve la cabeza como si acabara de caer en la cuenta de algo revelador.

—Lo has hecho, ¿verdad? —pregunta tras un largo silencio—. Has encontrado la manera de convertirte en alguien como yo.

Curvo los labios en un gesto de desprecio.

—Te equivocas. He encontrado la manera de convertirme en alguien mejor que tú. Yo no soy vulnerable como tú, Nate. Ya no soy fácil de herir. Ni débil. ¡Ni patética! —alzo el tono y luego añado, como si nada—: Ni locamente enamorada de ti. De hecho, ni siquiera soy capaz de recordar por qué te quería en aquel entonces.

Los labios de él dibujan una cruel sonrisa.

—No era eso lo que decías anoche mientras besabas partes ocultas de mi cuerpo.

—Estaba excitada y quería llevarte a la cama. Habría dicho cualquier cosa.

No recuerdo haber visto alguna vez a Nathaniel Black tan furioso como ahora. Sin embargo, se contiene, obligándose a sí mismo a adoptar una sonrisa glacial.

—Al menos ten la decencia de no luchar contra mí usando mis propias armas, preciosa. Me esperaba un poco más de creatividad por tu parte.

Ladeo la cabeza, con una falsa ternura reflejada en mi rostro.

—Vale. Seré creativa, si es lo que deseas. Haré algo que tú nunca me hiciste a mí: *echarte*. Sal de mi casa y no vuelvas jamás —le digo con tranquilidad, sin dejar de sonreír.

Fuera de quicio, se baja del sofá, veloz como una serpiente letal, y empieza a vestirse de prisa.

—¡Por favor! —bufa con desprecio—. Como si yo quisiera estar bajo el mismo techo que tú.

Se calza las botas y da unos cuantos pasos hacia la puerta.

—No, ¿sabes qué? —se detiene, girándose hacia mí con los labios curvados en una de sus sonrisas odiosas—. ¡Hagamos esto divertido! Te doy un ultimátum. El día de tu boda, antes de medianoche. ¿No te gustaban los cuentos de hadas? Pues ahí tienes el tuyo.

Me cruzo de brazos y lo observo divertida, con ambas cejas enarcadas.

—¿Ultimátum para qué? —quiero saber.

—Para suplicarme que vuelva contigo —me dice con esa arrogancia tan suya—. Recuerda *Mary Poppins*: domingo, *antes* de medianoche. Llega un solo segundo tarde y la magia se habrá acabado. Tu príncipe estará en el Palace, como siempre —se inclina con exagerada cortesía, me guiña un ojo y cierra de un portazo.

Durante unos instantes, contemplo la puerta sin dar crédito. ¡La arrogancia de este hombre no conoce límites! Sacudo la cabeza con incredulidad, incapaz de retener unas cuantas carcajadas. Al darme cuenta de que no va a volver, me bajo del sofá, corro hasta la ventana y la abro.

—¿Nate? —grito. Se detiene y, con una lentitud desquiciante, alza sus ojos azules hacia mí—. Estoy cansada de tu arrogancia, de tu actitud de superioridad, del tamaño de tu ego y de ti. ¡Voy a casarme! Lo nuestro se ha acabado. Así que no me esperes. No voy a ir.

Se echa a reír y empieza a andar hacia la salida, volviéndome la espalda.

—Vendrás —me dice muy convencido de ello—. Solo que será demasiado tarde.

Con las manos en jarras, empiezo a dar vueltas por el salón como una demente. Incapaz de controlarme, agarro un florero y lo estrello contra la puerta. ¡*Hala! ¡Más destrozos!* Por el bienestar de nuestra casa de verano, me obligo a mí misma a coger grandes bocanadas de aire. ¡*Un ultimátum!* Me llevo una mano a la sien derecha, como si eso pudiera calmar la ira que se apodera de mí. Está dándome un ultimátum ¡para que suplique! ¡Ja! Si piensa que voy a ir, está más que equivocado. ¿Y qué si se acaba para siempre? ¡Es lo que quiero! Quiero que este retorcido *remake* de la Bella y la Bestia acabe de una vez por todas. Quiero que, al irme a la cama, no sea su rostro lo último que vea y quiero que, al despertarme por la mañana, no sea su nombre lo primero que acuda a mi mente. Nathaniel Black es como un demonio que siempre está presente en mi alma. Es el fantasma que me atormenta cada vez que cierro los ojos y yo, lo único que quiero es encontrar la paz.

—La paz... —murmuro agotada mientras me dejo caer al suelo, de rodillas, y entierro el rostro entre las manos—. Solo quiero... un poco de paz... —balbuceo, con los ojos llenos de lágrimas.

No, no vas a llorar. Ni una sola lágrima más. Te vas a levantar de este suelo, como siempre has hecho, esbozarás una larga sonrisa y fingirás que esto nunca ha pasado. Volverás a tu perfecta vida y te casarás con Jonathan Hunt. Seréis muy felices.

Mi corazón está roto de dolor, pero, aun así, sonrío. Si me esfuerzo lo bastante fingiendo que estoy bien, tal vez se vuelva real. Me enjuago las lágrimas antes de levantarme, muy convencida de cuál es el siguiente paso que debo dar. Iré a Londres. Tengo una boda a la que acudir. Miro el reloj. Son las doce de la mañana del sábado. Me caso dentro de exactamente treinta y dos horas. ¡*Ay, madre, la manicura!* Ni me molesto en coger las maletas, solo agarro mi bolso, las llaves del coche y

salgo por la puerta.

Conduzco de camino a Londres lo más rápido que puedo, obligándome a mí misma a no pensar en Nathaniel Black ni una sola vez. Jessie J es de gran ayuda. Canto su *Do it like a dude* lo más alto que los pulmones me permiten, marco el ritmo con pequeños golpecitos en el volante y casi me convengo a mí misma de que estoy bien. *Casi.*

Me examino en el espejo mientras mi madre coloca la larga cola de mi vestido de novia color blanco roto. Siempre he querido un vestido de princesa, con cancan y todo, y aquí estoy, casándome con uno de sirena. Bufo para mis adentros. ¡Qué tontería! ¿Qué más dará cómo sea el vestido? Recorro con la mirada mi propio rostro en el espejo, cada rincón, cada facción. Debo de ser la novia más triste del universo. No soy capaz de esbozar ni una sola sonrisa. Contemplo disgustada a la mujer en la que me he convertido ahora y ella, a su vez, me contempla a mí. Creo que a ninguna de las dos le gusta lo que ve. Dejo escapar un largo suspiro. Esto es lo que hay.

Me peino las ondas con los dedos, me pongo los pendientes de diamantes de la abuela, que mi madre me ha regalado esta misma mañana, y me coloco una flor blanca en el lado derecho. Ni siquiera he contratado a una peluquera. ¿Para qué? Total, el evento va a ser un asco.

—¡No puedo creer que sigas adelante con esta idiotez de la boda! —protesta mi madre a mis espaldas.

—¿Y qué es lo que sugieres que haga? ¿Mmmm? ¿Qué me tire al suelo y lllore hasta quedarme sin lágrimas? —le propongo en tono arisco—. ¿Qué vuelva a ser esa chica vulnerable, patética y débil que volvió de Nueva York con el corazón hecho pedazos?

Se coloca frente a mí para poder mirarme a los ojos. Parece preocupada.

—Estás muy herida y...

—Mmmm, nop, no estoy herida, madre —curvo los labios en un gesto de desprecio—. Para estar herida debería tener sentimientos y te garantizo que no hay nada de eso dentro de mí. Nunca volveré a sentir. Nada. Ni dolor, ni amor. Nada en absoluto.

Sacude la cabeza, con sus ojos verdes cargados de lágrimas. Está muy guapa, con un conjunto negro de falda ceñida al cuerpo y chaqueta entallada. Su pelo, rubio y brillante, peinado en un recogido bajo, acentúa la perfección de su cutis, tan suave y blanco como las flores de magnolia. Sin embargo, la tristeza reflejada en sus esculturales facciones y esos ojos brillantes le da cierto toque hosco.

—¿Qué te pasó en Nueva York, cielo? Nunca quieres hablar de ello.

Guardo silencio durante un tiempo inconmensurable.

—Nada que valga la pena contar.

Nos miramos, ambas sorprendidas por lo dura que ha sonado mi voz.

—Está bien —dice, resoplando—. Si quieres casarte, cástate. Haré que entre el padre William para que te confiese.

Entorno los ojos. Lo que me faltaba para rematar la peor semana de toda mi vida. ¡Un cura!

—¡No voy a confesarme! Nunca he sido una buena cristiana. Además, no quiero provocarle un infarto al pobre padre Billy con mi escandalosa vida. Al fin y al cabo, es nuestro primo segundo.

Mi madre sonríe, me da la espalda y sale. Solo pasan diez segundos hasta que entra el primo Billy, con su ropa de sacerdote. *¡Así me gusta, que la gente me haga caso!* De muy mala gana, me siento encima de una silla, delante de él.

—Estás guapísima —me dice con voz suave.

No entiendo cómo puede ser sacerdote a los treinta años. ¡Y encima católico! ¿No echará de menos el sexo? Aaaarrggg, no quiero pensar en el primo Billy y sexo a la vez.

—Gracias —musito—, he hecho lo que he podido.

—¿Qué es lo que te preocupa, querida prima?

—Mira Billy, voy a contarte la verdad...

—Padre William, si no te importa.

Hago una mueca. ¿En serio? ¡Si jugábamos de pequeños!

—Padre William. Estos son los hechos. Me caso dentro de cuarenta minutos, como ya sabes —asiente—. Con Jonathan Hunt, un contable de Savannah. Hasta aquí todo bien. El problema es que en la última semana me he acostado... *varias* veces... con mi ex —entorno los ojos mientras hago un gesto de impaciencia con la mano—, un actor de pacotilla con fama, fortuna y mucho *sex appeal*.

Le dedico una sonrisilla de niña adorable al darme cuenta de que me mira horrorizado. Es católico, con lo que es normal que no apoye las fornicaciones.

—A ver, hija mía, ¿intentas decirme que no le fuiste fiel a tu prometido?

—Básicamente... aunque según Lilly, y para que conste, yo estoy de acuerdo con ella, eso no son cuernos. Es lo que los jóvenes de hoy en día llamamos despedida de soltera.

Resoplando, sacude la cabeza con reprobación.

—Solo dime una cosa, ¿quieres al otro hombre?

No me hace falta meditarlo. Sé que, a pesar de todos mis esfuerzos, mi amor por el *playboy* no puede ser reprimido. Solo ignorado.

—Más de lo humanamente posible —confieso, con tristeza—. Pero no puedo estar con él. ¡Me saca de quicio, Billy! —entorno los ojos—. Padre William, quiero decir. Esa bestia retorcida despierta en mí sentimientos muy extraños. No sé si quiero besarle o darle una patada en sus prepotentes posaderas... con perdón. El caso es que Nate y yo somos muy malos el uno para el otro. Para que te hagas una idea, él es como el frío y seco aire polar y yo soy el húmedo aire tropical. Y siempre que nos encontramos, se produce un tornado.

Yo misma me doy cuenta de que mi metáfora apesta. La mirada que me dedica Billy tan solo me lo confirma.

—Así que has decidido casarte con otro para evitar tornados —comenta con sequedad.

Carraspeo, avergonzada.

—Algo así.

—Entonces... ¿cuál es el problema, hija mía? Veo que lo tienes claro. ¡Cásate con el otro y ya está!

¡Pues vaya mierda de consejo! ¿No debería rebatir mis argumentos? ¿Abrirme los ojos? ¿Iluminarme? ¿Convencerme para que no lo haga?

—Pues vale —de un tremendo malhumor, me cruzo de brazos—. Me casaré.

Asiente mientras se pone en pie.

—De acuerdo, pues. Supongo que te veré en el altar.

Le lanzo una mirada hostil.

—¡Pues claro! ¿Dónde ibas a verme, si no?

Me dedica una sonrisa bondadosa antes de salir por la puerta. *¡Católicos! ¡Tenía que haberme hecho protestante! Seguro que ellos habrían intentado convencerme para que no me casase con Jonathan.*

Estoy dándome un último repaso en el espejo cuando se abre la puerta y entra Emma, luciendo un *look* horriblemente negro, en señal de protesta por mi mala decisión de casarme.

—¡Por el amor de Dios! ¿Vas a un funeral? —pregunto, disgustada.

Levanta el velo negro que cubre su rostro para poder mirarme a los ojos.

—Mucho peor. En los funerales entierran a los muertos. A ti van a enterrarte viva.

Resoplo con fastidio, le doy la espalda y finjo estar mirando por la ventana cómo las hojas de los árboles flotan, movidas por una ligera brisa.

—No estoy de humor, Emma.

—No me sorprende. Es el día más repugnante de toda tu vida.

Su voz, antes suave, adquiere ahora un tono duro.

—¿Qué quieres... aparte de recordarme el enorme... gigantesco... monstruoso error que estoy a punto de cometer?

Acorta la distancia que nos separa, se coloca a mi izquierda y me pasa una mano por el hombro.

—Quiero que te des cuenta de lo equivocada que estás. Entiendo por lo que estás pasando, de verdad que sí, pero casarse por despecho no es la solución. Sé que te quemaste con la sopa y ahora lo que pretendes es enfriar hasta el helado, pero...

—Formidable metáfora —interrumpo con sequedad antes de que acabe la frase.

Ella hace un amago de sonrisa y de pronto se vuelve tan seria que una oleada de repentina inquietud se enrosca en mis entrañas. Una parte de mí sabe que lleva razón.

—Catherine, he visto cómo os mirabais mientras bailabais la otra noche. Saltaríais en el fuego el uno por el otro, y lo haríais sin vacilar. A eso se resume vuestro amor. ¿Es que no lo ves? Hoy en día nadie ama con esa intensidad. Los demás mortales nos conformamos con mucho menos, ¡pero vosotros! vosotros tuvisteis la increíble suerte de vivir esa clase de amor que elogiaban los clásicos del romanticismo. No tienes nada que envidiarle a Heathcliff, ni a Gatsby, ni a Romeo. No lo echas a perder solo porque te hayas quemado una vez.

Permanezco unos instantes estudiándola en silencio.

—Me perdí por el camino —mi voz resuena vacía, igual de fría que la expresión que brilla en mis ojos—. Y no ha sido hoy, ni hace dos años, sino hace mucho tiempo. El problema es que ya no sé quién soy. Y créeme, pequeña Emma, no hay nada más terrible que eso.

Nos examinamos la una a la otra como si no fuéramos capaces de interrumpir ese contacto visual.

—Eres Catherine Collins-Fitzgerald —murmura, aunque su voz se rompe antes de acabar la frase a causa del destello de dolor que percibe en mis ojos.

—No me digas. ¿Y quién es Catherine Collins-Fitzgerald? ¿Acaso alguien lo sabe? ¿Acaso ella misma lo sabe? —añado alzando la voz—. ¿Es esa niña superficial y vacía cuya única preocupación a lo largo del día es que sus zapatos combinen a la perfección con su bolso? ¿Eh? ¡Dime! —grito—. ¿O acaso es una mujer insegura y débil que es incapaz de encontrar su lugar en este jodido mundo? Estoy harta de que la gente me diga que soy Catherine Collins-Fitzgerald cuando nadie, ni siquiera yo, tiene ni PUTA idea de quién soy en realidad.

El toque de desesperación que hay en mis palabras estremece a Emma. Lo veo en sus ojos, que se vuelven de pronto vidriosos.

—Lo bueno de Catherine Collins-Fitzgerald es que ella elige quién quiere ser en cada momento. Siento que lo hayas olvidado —musita antes de darme la espalda.

Sale de la habitación sin decirme nada más.

Richie y yo andamos lentamente por la alfombra roja que conduce al altar, donde nos esperan Jonathan y el padre Billy... William, quiero decir. Inclino la cabeza a derecha e izquierda, saludando a los invitados. La élite de Londres: duques, marqueses, primos de la reina, importantes empresarios y, en las primeras filas, los Collins y los Fitzgerald con sus mejores galas. Tal y como era de esperar, el novio, ataviado con un sombrío traje, no tiene ni un solo invitado. Me detengo a su lado y le lanzo una sonrisa, pero él no se digna a mirarme, sino que permanece serio, con la barbilla alzada con determinación.

—Bonito traje —le susurro.

Silencio absoluto, como si no me hubiese escuchado. Bien empezamos.

—Hermanos y hermanas, nos hemos reunido hoy aquí...

Bla, bla, bla. Es lo único que escucho. Estoy demasiado ocupada pensando en el chico malo de la tele. Tiene que estar esperándome ahora en el hotel. Me encantaría ver su rostro a las doce en punto, cuando se dé cuenta de que no voy a ir. Ahogo una risita tonta.

—¿Catherine?

La voz del Billy llega hasta mis oídos, de alguna forma.

—¿Eh?

—Qué si quieres casarte con él —aclara, con sus verdes ojos entornados. La impaciencia de los Fitzgerald es legendaria.

Sonrío avergonzada. Jonathan, aún sin mirarme, se aclara la voz.

—Aaaaah, eso. Pues yo...

Miro hacia atrás y le sonrío a mi madre, que sacude la cabeza con reprobación. Descontenta a causa de su reacción, saludo con la mano a Emma, quien finge estar vomitando. Ya fuera de quicio, le guño un ojo a Lilly, con la esperanza de encontrar en ella una cara amigable, pero Lilly ni me mira puesto que está muy ocupada metiéndole mano al chico que vende velas. *En serio, ¿el de las velas?* Hay que admitir que está cachas, el muchacho.

—¿Quieres contestar ya? —gruñe el novio entre dientes, inclinándose hacia mi oído.

Me vuelvo hacia el altar.

—S... sí —bisbiseo.

El sacerdote acerca su rostro al mío.

—¿Estás segura? —me susurra.

Jonathan, a punto de perder los nervios, fulmina a mi primo con su oscurecida mirada.

—¿Se puede saber de qué vas? ¡Ya ha dicho que sí!

—Quería asegurarme de que lo he oído bien —se defiende el padre—. Bien, la novia ha dicho que sí —añade lo bastante alto como para que todo el mundo le escuche.

Los invitados aplauden, entusiasmados. Intento relajarme y prestarle atención a la ceremonia, pero no lo consigo, puesto que las palabras de Emma resuenan dentro de mi mente, una y otra vez, atormentándome y enloqueciéndome. *Lo bueno de Catherine Collins-Fitzgerald es que ella elige quién quiere ser en cada momento.*

—Por el poder que me ha sido concedido...

¡¡Ella elige quién quiere ser en cada momento!! ¡Ella no quiere ser esto!

—¡Para! —grito, levantando las manos en el aire para frenar esas diabólicas palabras que me unirán a Jonathan por toda la eternidad.

El alboroto y la confusión se apoderan de la sala.

—Ya que insiste usted tanto, padre Billy... ejem... William —me giro hacia Jonathan, adoptando un aire solemne—. Lo siento, no voy a casarme contigo. Elijo que la bestia me devore en el acto final.

Jonathan frunce el ceño y me mira boquiabierto.

—¿Qué? —musita, muy confuso.

Hago un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

—Una larga historia. Lo siento. Qué seas muy feliz. Adiós —me agarro los bajos del vestido y rompo a correr hacia la entrada. Siempre he sido muy teatral. Supongo que a causa de los genes Fitzgerald—. Gracias por venir... —grito mientras corro—. Y por los regalos... Madre, no me esperes a cenar... Adiós, Billy...

Abro la maciza puerta de madera y dejo que se cierre ruidosamente a mis espaldas. Me detengo durante un instante para coger aire en los pulmones. Vale, lo he hecho. No es el momento de ponerse nerviosos ahora. Lo haré luego, cuando tenga que suplicarle a esa bestia arrogante, vanidosa y prepotente que vuelva conmigo. Me meto los dedos en la boca y hago un gesto en absoluto adecuado para una dama como yo: silbo como un pastor de ovejas. El primer taxi que pasa, se detiene. Me monto a la parte de atrás.

—Al Gran Palace lo más rápido que puedas.

El conductor, indio por su tono de piel y sus rasgos, me mira divertido.

—¿Eres una novia a la fuga?

—Algo así.

—Mola.

Se incorpora al tráfico, se salta todos los semáforos y, a las ocho y media de la noche, se detiene delante del Palace. Le doy una propina escandalosa.

—Gracias, novia a la fuga.

¡No hay tiempo para contestarle! Bueno, sí que lo hay, aún me quedan unas cuantas horas hasta medianoche, pero es que me mata la impaciencia. Cojo la cola de mi vestido y entro corriendo por las puertas giratorias.

—¿La habitación de Nathaniel Black, por favor? —pregunto en recepción.

—¿Eres Catherine Collins? —me pregunta el recepcionista.

—La misma.

—Dijo que vendrías —me ofrece una tarjeta—. La 669.

Como no. Sé que la cogió porque no había una 666.

—Gracias.

Salgo corriendo hacia el ascensor y en exactamente quince segundos, que voy contando en voz alta, me bajo en la sexta planta del Palace.

—¿Nate? —grito al entrar.

No le veo por ninguna parte.

—Vaya, vaya, vaya, pero si es *Mary Poppins* —oigo su voz, acariciadora y burlona, a mis espaldas—. La que no iba a venir.

Me giro sonriendo, pero la sonrisa se borra de mis facciones al darme cuenta de que me habla desde la pantalla de un *iMac*.

—¿Qué demonios es esto? ¿Otra de tus bromitas de mal gusto?

Finge incompreensión.

—En América lo llamamos *FaceTime*, amor.

Me cruzo de brazos, con las pupilas encogidas.

—¿Se puede saber que estás tramando esta vez? ¿Y dónde demonios estás?

—En un avión, de camino a Mónaco. Mañana corro en el circuito de ahí. ¿Sabías que soy la nueva imagen del Murciélagos?

Siento que empiezo a perder la paciencia con él. ¡Qué raro! Eso no suele pasar.

—¡Me importa una mierda! Lo que quiero saber es por qué... demonios... no estás... ¿AQUÍ?

Nathaniel Black entorna sus maliciosos ojos azules.

—Ooooooh... ¡jeso!

—¡Sí, eso! —le grito, completamente fuera de quicio.

—No iba a esperarte hasta medianoche, Catherine —me dice con esa arrogancia marca Black—. Tan solo quería que te admitieras a ti misma que me amas con locura. ¡Reconócelo! ¡No puedes vivir sin mí!

Dios es mi testigo que lo intento, de verdad que me esfuerzo, pero este hombre pone muy a prueba mi paciencia.

—Déjate de jueguecitos y mueve tu arrogante culo hasta aquí. ¡CAGANDO LECHES! Dijiste antes de medianoche y aquí me tienes. ¿Qué más quieres que haga? ¿Qué suplique?

Acerca su inquietantemente atractivo rostro a la cámara.

—¿De verdad que vas a suplicar? —susurra, en tono confidencial—. ¿Tú?

¿Catherine Collins-Fitzgerald?

—¡Sí! —grito exasperada. Me detengo, sacudo la cabeza y dejo escapar un largo suspiro, con los ojos clavados en los suyos—. Suplicaré si es lo que quieres —digo al fin, en voz baja.

Durante un instante, su mirada adquiere un brillo extraño, como si sus ojos intentaran decirme algo que yo no consigo entender. Luego, hace una mueca de aburrimiento y vuelve a apoyar la espalda contra el respaldo de su asiento.

—Es que si suplicas no tiene gracia, amor —suspira hastiado—. En fin. Quería decirte una cosa.

Sus labios susurran esas palabras, sin embargo, sus ojos me dicen todo lo contrario. Tan solo sus ojos desvelan que detrás de ese falso aburrimiento se oculta un dolor casi agónico. Empieza a arderme la garganta a causa de las lágrimas que reprimo.

—¿Qué? —musito, incapaz de interrumpir nuestro inquietante contacto visual.

La expresión de su rostro se torna maliciosa. Entrecierro los ojos, deseando con todas mis fuerzas que no fastidie las cosas como siempre hace. Me tiene delante, dispuesta a dejar de lado mi orgullo y mi arrogancia, dispuesta a borrar de mi mente todo lo que ha hecho. Esto no volverá a pasar y él lo sabe. Si lo fastidia ahora, es definitivo.

Me escruta en silencio durante un tiempo incalculable. Una parte de mí sabe que va a fastidiar las cosas. Son sus ojos los que me lo aseguran, esos ojos turbios que me miran como si estuvieran despidiéndose de mí.

—En realidad quería decirte varias cosas. Uno. Te presento a Nathalie.

Mi mundo se detiene cuando una pelirroja escultural aparece en la pantalla y me saluda con la manita. *Dios mío, esto es un adiós. Otra vez...*

—Nat... —carraspeo, con el ceño fruncido—. ¿Nathalie?

Nathalie se inclina sobre Nathaniel y le susurra algo al oído. Y entonces el mundo vuelve a girar para mí, pero lo hace con más rapidez que nunca. En cuestión de instantes, me invade una furia tan devastadora que no me permite pensar con claridad. Aprieto los puños y los dientes mientras me esfuerzo por respirar, tal y como me ha aconsejado Arthur. Dice que suele ayudar a la hora de controlar la ira. Sinceramente pienso que mi ira es incontrolable, pero bueno, no pierdo nada intentándolo. Total, esto no puede empeorar.

—No hagas esa mueca, amor. No hay nada entre ella y yo. Solo me la llevo a Mónaco porque le sienta bien el bikini —ríe entre dientes, con maldad, antes de hacer un gesto con la mano—. Tranqui, era broma. En realidad, se viene porque esos capullos de publicidad me obligan. Dicen que da bien en las fotos que los dos modelos, o sea, ella y yo, bajemos juntos del avión. Eso no lo discuto. Pero quiero que sepas que, a pesar de todo lo que va a pasar esta noche entre tú y yo, eres y siempre serás mi único gran amor. Solo te comento esto porque no quiero que, al ver las fotos de los *paparazzi*, que mañana mismo darán la vuelta al planeta, te desquicies como siempre haces.

Intenta bromear y ser malicioso, pero yo lo conozco lo bastante como para saber que esa tan solo es la máscara que luce hoy. Lo sé porque durante un instante me deja entrever más allá de ella, y al distinguir su verdadero rostro, sé que esto es mucho más profundo que una de sus estúpidas bromitas.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunto, y, al hacerlo, mi voz resuena tan gélida como un iceberg.

Nathaniel baja la mirada al suelo, en completo silencio. Tarda toda una eternidad en volver a mirarme.

—¿Qué fue lo último que te dije, Catherine?

Hago un esfuerzo por recordar sus palabras exactas.

—*Vendrás, solo que será demasiado tarde...* —me detengo al comprender lo que realmente significaban sus palabras. Hago un amago de sonrisa, sin poder creer lo idiota que he sido—. Entiendo. Nunca has tenido intención de estar aquí, ¿verdad?

Sacude la cabeza para decir que no. Guardamos silencio mientras nos miramos a los ojos, ambos conscientes de que es aquí dónde va a acabar lo nuestro.

—Estás castigándome —musito, con una oleada de dolor envolviendo todo mi ser—. ¿Por qué?

Me observa, callado. Su rostro luce casi demacrado a causa de las contracciones de dolor retratadas en él. No necesito un espejo para saber que el mío trasparenta la misma expresión.

—No estoy castigándote, Catherine. Solo estoy haciendo lo que es necesario para recuperar al amor de mi vida.

Al escuchar esas palabras salir de su boca, sin poder evitarlo, los ojos se me cargan de lágrimas y mis labios empiezan a temblar, tal y como lo hacen mis manos.

—¿Eres consciente de que estás perdiéndola en este preciso instante? —le digo con un hilo de voz.

Hace otro gesto de negación mientras curva los labios en una mueca parecida a una sonrisa. No es una sonrisa. Es un gesto torcido, amargo, que deja entrever la intensidad de su lucha interna.

—No puedes perder algo que ya no existe, princesa. Ella se fue. Yo hice que se fuera. Y si destruyéndola a ella te creé a ti, tal vez destruyéndote a ti... —se calla, clava su mirada ausente en el suelo y añade, en voz casi audible— tal vez así consiga que vuelva. Sé que es difícil de entender, pero necesito que la Catherine a la que yo conocí vuelva. Ella... ella... ¡tiene que volver! —cierra los ojos y añade— a mí. Tiene que encontrar la manera de volver a mí.

Miro su rostro distante, tan lejano que no parece humano, mientras me enjuago las lágrimas que han empezado a rodar por mis mejillas.

—Estás mal de la cabeza. ¿Tú te has escuchado a ti mismo? ¡No hay dos personas! —le grito, de pronto enfurecida—. ¡Ella soy yo!

Cuando vuelven a encontrarse nuestros ojos, Nathaniel Black me mira de una forma que me deja sin aire. Es la segunda vez que veo ese espasmo de dolor en su rostro. La primera fue cuando apreté el gatillo. Instintivamente, sé que volverá a hacerlo.

—Te equivocas. Ella es mucho mejor persona que tú, muñeca —su mirada, cargada de frío desprecio, me recorre de arriba abajo—. Tú no le llegas a la suela del zapato.

Eso me duele de una forma que jamás habría imaginado, pero prefiero centrarme en la furia que me invade. La furia siempre es mejor que el dolor. El dolor te vuelve débil y vulnerable, expuesto, fácil de destruir. Sin embargo, la furia... oh, la furia es lo que más viva me hace sentir. Mi más preciada armadura, lo único que me mantiene a salvo, lo único que impide que regrese al abismo en el que me hundí la última vez.

—¿Y dos? —ladro a través de los dientes apretados—. Dijiste que tenías varias cosas que decirme.

—¿Dos? ¡Oh, sí, dos! —sacude la cabeza, muy divertido por su propia maldad—. ¿Recuerdas la noche de tu despedida de soltera?

La lanzo una mirada hostil. ¡Como para olvidarlo! Volvió a seducirme borracha.

—¡Sí!

Su rostro se convierte en una mueca maliciosa cuando se inclina de nuevo hacia la cámara.

—No nos habíamos acostado —me susurra, con los ojos muy abiertos.

La furia se apodera por completo de mi mente y tengo que hacer un enorme esfuerzo por no estallar.

—¿Por qué dijiste que sí? —a pesar de las intensas emociones que estoy experimentado en este momento, mi voz no registra inflexión alguna.

Se encoje de hombros con indiferencia.

—Ya sabes que tengo una perversa fascinación por las triquiñuelas. Además, ¿cómo sino iba a boicotear ese horrendo evento al que tú llamas boda?

Mi mirada se oscurece, como suele pasar cada vez que me da un ataque de ira, y palabras como *control* y *sentido común* se borran de mi cabeza.

—Eres un cabrón... capullo... hijo de puta... arrogante... vanidoso... —suelto un grito de exasperación, agarro un voluminoso florero metálico y lo lanzo contra la pantalla, resquebrajándola por la mitad—. Eres irritante... desagradable... horrible... ¡y te odio!

—¡Auch! ¿Besas a tu madre con esa boca?

Y ya no soy capaz de controlarme —tampoco es que hasta ahora haya sido un ejemplo de autocontrol—. Agarro todo lo que puedo y lo tiro contra el *iMac*, contra las paredes, lo estrello contra el suelo, en fin, destrozo toda la habitación en pocos minutos.

—Si has acabado ya... —su voz me detiene justo antes de golpear la mesa de cristal con una silla metálica— me gustaría cortar la comunicación. Vamos a aterrizar en breve y acaban de llamarme la atención por tener el *iPad* encendido. Y yo, que soy la imagen misma del buen comportamiento, no puedo hacer otra cosa que obedecer.

Con una expresión demente apoderándose de mi rostro, levanto la silla en el aire y la golpeo contra la mesa hasta que el cristal cede y los trocitos caen estrepitosamente al suelo. Mira que era duro, el maldito. Después, satisfecha por los destrozos que he causado, me aliso el vestido, me paso una mano por el pelo y me acerco a la pantalla, desde donde Nathaniel Black me mira con cara de estar pasándose en grande.

—¡Espero que tu avión se estrelle y te mueras de una vez! —escupo con veneno.

Quiere fingir horror, pero no es capaz de dejar de sonreír. ¡*Bestia!*

—Qué palabras más crueles, cielito mío. Si me pasara algo, ¿podrías vivir con ello?

Hago una mueca muy desagradable.

—Si te pasara algo, bailarías una samba.

Suelta un suspiro afectado.

—Cambiarás de opinión. Te daré un par de días para que reflexiones y luego hablaremos. ¡Uy, qué tarde! Adiós, amor. Me alegra haberte visto —me saluda con la manita y añade—. Por cierto, un vestido precioso.

—¡Pero serás...! ¡Aaaaah!

Como ya no encuentro nada que tirarle, me agacho, me quito el zapato y lo arrojo contra la pantalla. Para mi desesperación, Nathaniel Black ya no puede verlo porque ha colgado. ¡*Cabrón!* Exasperada, pateo el suelo.

—¡La madre de Dios! —grito al clavarme un cristal en el talón. Me agacho y lo arranco. Genial. ¡Sangre! Será mejor que vuelva a calzarme.

Estoy de puntillas, intentando agarrar el dichoso zapatito, cuyo tacón está colgando de la pantalla del *iMac*, cuando se abre la puerta de la entrada, dejándome paso al director del hotel. Atónito, el hombre se detiene nada más entrar. Alguien ha debido de alertar sobre gritos y golpes en la *suite*.

Echo una escrutadora mirada a mí alrededor, para evaluar los daños. ¡*Dios mío, qué desastre! ¿Y si me hago la loca y digo que ha sido un duende? ¿Se lo tragará?* Miro la mueca de vinagre del señor director, pasado de la primera juventud, y me doy cuenta de que esa explicación no es plausible.

—Lo pagaré todo —murmuro, avergonzada.

Enarca una ceja, con gesto muy severo. Bajo la mirada al suelo y me observo la punta del único zapato que llevo, mientras me mordisqueo con nerviosismo el labio inferior. Tengo demasiada vergüenza como para levantar la mirada hacia esos pequeños ojos suyos.

—No hará falta —dice tras un largo silencio—. El señor Black dijo que esto podría pasar y ha hecho un donativo más que suficiente antes de marcharse.

¡No ha sido más que otra de sus estúpidas provocaciones! Y yo, como una marioneta, he hecho exactamente lo que él esperaba que hiciera. Noto los calores de la furia —satánica, muy satánica— subiendo por mi cuello.

—¿Y... ha... dicho... algo... más... el señor... Black? —pregunto con la voz entrecortada, haciendo uso de todo mi autocontrol para no explotar.

Sus serenos ojos marrones se clavan en los míos.

—De hecho, sí. Dijo que se tome usted una tila antes de irse. No es conveniente que conduzca así de alterada.

Grito. Y lo siguiente se vuelve muy borroso. Creo recordar haberme abalanzado sobre el director... haberle sacudido... debí de morderle en algún momento —no estoy muy segura de ello—, seguro que le arañé... vinieron los de seguridad... me llevaron a prisión... y aquí estoy, fresca como una rosa, saliendo por la puerta de la comisaría a las diez de la mañana del día siguiente.

—¿Quieres explicar esto? —me pregunta mi madre de camino al coche.

—No exactamente.

—Sabes, en tu adolescencia fuiste muy responsable —comenta, como de pasada.

—Eso recuerdo.

Se detiene y yo hago lo mismo.

—¿Nos vamos de compras?

Frunzo el ceño. Eso suena muy bien. Iré a comprarme ropa para ponerme en el manicomio en el que pienso ingresar en breve. Lo mío no es normal.

—Madre, esa es la mejor idea que has tenido en toda tu vida. Pero antes quiero quitarme este horrible vestido de novia —digo recordando el día de ayer— Por cierto, ¿cómo se tomaron los invitados el espectáculo de mi boda?

Mi madre se coloca sus oscuras gafas de sol marca *Chanel* y esboza una maliciosa sonrisa, mientras nos montamos en su Range Rover negro.

—Están consternados.

No me esperaba menos.

Estoy tirada en el sofá de mi casa, viendo la octava temporada de *S de Siniestro*. Esta semana he visto las otras siete temporadas, así, de tirón. ¡Qué diferencia entre el vampiro siniestro y el capullo que le da vida! Mientras que Drake daría su vida por su único gran amor —interpretado en la ficción por, y me fastidia bastante, Anne Blunt—, Nathaniel hace que el amor de su vida desee estar a siete millas bajo tierra. Suelto un suspiro y me meto otro caramelo de chocolate en la boca. *Demonios, es el último. Debo ir a por más*. El irritante sonido de mi móvil interrumpe mis pensamientos.

—Catherine Collins —descuelgo con desgana.

—¿Se puede saber por qué no has acudido a la reunión de hoy? —me grita Alexandre—. ¿Debo recordarte que se deciden los presupuestos anuales? ¿O es que las mechas han afectado las pocas neuronas que tienes?

Ni me molesto en cabrearme. Desde la crisis nerviosa que sufrí el pasado domingo, no puedo enfadarme. Creo que, si el mundo entero estuviera hundiéndose a mi alrededor, no me alteraría en absoluto. Es como si todo me importara un carajo.

—Estoy deprimida —le contesto, masticando el delicioso y pecaminoso caramelo cuyas grasas saturadas, en un futuro no tan lejano, se apoderarán lentamente de mis caderas—. ¿No te ha dicho Andrew que me he pedido la baja por depresión?

Lo más divertido de toda esta situación es que yo, que siempre me he considerado inmune a las depresiones, sufro la más intensa de todas. Si no me he ahogado en vodka es solo porque soy demasiado egocéntrica como para destrozar mi hígado.

—Déjame adivinarlo. El vestido que te gustaba no estaba disponible en tu talla —se aventura a sacar sus idiotas conclusiones, el agradable señor—. O puede que en vez de color chocolate, te hayan echado un tinte color miel. Eso sería verdaderamente nefasto.

—Mira, ni siquiera me voy a dignar a contestar a eso. Decidid los presupuestos con Andrew.

—No podemos decidir los...

Cuelgo, con una mueca de aburrimiento. Tiro el móvil detrás del sofá. A los dos minutos vuelve a sonar, pero sé que esta vez no es Alexandre. La canción de ahora es *Hello* de Adele y es la que tengo seleccionada para las llamadas de Nathaniel Black. Ha debido de llamarme esta semana más de mil veces. Estoy sopesando muy serio la posibilidad de cambiar de número.

Elevo el volumen de la tele y me centro en la escena de amor que están protagonizando Drake y Amanda. Es increíble la pasión que demuestran ambos personajes.

He debido de quedarme dormida en el sofá porque es de día cuando oigo el timbre de la puerta. Me levanto con dificultad, a causa de un horrible dolor de cuello. Tengo que instalar una nueva tele en el dormitorio, pero ya. Al menos así, si me quedo dormida viendo las actuaciones de Nathaniel Black, no despertaré con torticolis.

Arrastro los pies hasta la puerta y abro. Con los ojos hinchados de sueño, veo a mi madre y a Emma, ambas sin maquillaje y con cara de entierro.

—Catherine —dice mi madre, rodeándome entre sus brazos—, hemos venido lo antes que hemos podido. ¿Estás bien?

Pongo cara de incomprensión.

—¿Qué hacéis aquí... y sin llevar tan siquiera una BB cream? ¿Se ha hundido Industrias Collins por haberme cogido la semana libre?

Mi madre entrecierra los ojos. Con un enorme nudo estrujando mi garganta, miro a Emma y me doy cuenta de que le tiembla el labio inferior, como si estuviera a punto de romper a llorar.

—Qué... ¿qué ha pasado? —balbuceo.

—Pon las noticias, cielo.

Entramos las tres en el salón, en absoluto silencio. Cojo el mando y presiono el botón con manos trémulas. Se enciende la *CNN*, donde una mujer rubia, de aspecto muy profesional, informa:

—El actor de 38 años iba al volante de su *Porche 550 Spyder* cuando perdió el control del vehículo y chocó contra un árbol. Los investigadores han establecido que la velocidad del bólide de Black era de 145 km/h en el momento del accidente. La policía de Nueva York aún no ha podido descartar la teoría de un intento de suicidio, puesto que no se han encontrado marcas de frenada en la calzada.

El titular del programa es: **Nathaniel Black en estado crítico tras sufrir anoche un accidente de coche.**

El mando se precipita hacia el suelo. Mis dedos ya no tienen fuerzas para agarrarlo. Y en el mismo momento en el que el mando golpea el mármol con un ruido sordo, en ese preciso instante, el universo entero se colapsa para mí. Me envuelve una densa oscuridad que me arrastra a una velocidad de vértigo hacia precipicios llenos de agonía. En cuestión de un instante, mis peores pesadillas cobran vida.

Y es ahora cuando me doy cuenta de que mis mayores temores, todos y cada uno de los demonios que me han torturado a lo largo de mi vida, carecen de sentido. ¡Son mediocres! Ridículos, comparados con esto. Pensé que conocía el dolor. Estaba muy equivocada. Ni en mis momentos más oscuros he sentido algo tan desgarrador.

—No me queda nada... —mi voz apenas es audible, pero, aun así, puede percibirse el terror que hay en ella— ¡Nada!... ¡No hay nada!

Mi cuerpo destrozado de dolor ya no es capaz de mantenerse en pie, así que me dejo caer al suelo, con las rodillas apoyadas contra las frías baldosas. Cierro los ojos con fuerza mientras balbuceo una y otra vez: *nada... no queda nada... ¡nada!*

—Catherine, por favor...

Voces lejanas... alguien me abofetea... un llanto... una mujer llorando. ¿Soy yo? No, no soy yo. Ojalá pudiera llorar. Una sola lágrima que aliviara mi calvario. Es todo cuanto pido, pero no soy capaz de hacerlo. Sencillamente permanezco de rodillas en el suelo, completamente devastada, sumergida en el abismo más profundo, oscuro y aterrador que existe. El dolor es demasiado real, demasiado fuerte y me consume, tal y como me consumió hace tiempo mi amor por él.

Debería pintar el salón. Estoy cansada de este beige. Es demasiado elegante.

—Catherine, por favor, tienes que reaccionar. Háblame. Di lo que sea.

Oigo a mi madre, claro que la oigo hablar, pero no puedo concentrarme en lo que está diciendo. Estoy sentada en el sofá. Ni siquiera sé cuándo me he movido, ni si lo he hecho sola o lo han hecho mi madre y Emma. El caso es que aquí estoy, con una manta sobre mis hombros y una taza de valeriana entre las manos, recorriendo toda la pared con la mirada. *Tengo que decidir el color. No, mañana no haré. ¡No! ¡Tienes que hacerlo ahora, Catherine! Es fundamental que te centres en ello.*

—Cariño —mi madre coloca una mano en mi hombro y su caricia me hace girar la cabeza y mirarla, con ojos ausentes—. Por favor... cielo... di algo.

Guardo silencio durante lo que a mí me parece una eternidad.

—Le dije que ojalá se muriera. ¿Qué clase de persona diría algo así? —mi voz se quiebra, con lo que vuelve a instalarse un largo silencio entre nosotras.

Bajo la mirada al suelo y sacudo la cabeza.

—Le dije que, si le pasara algo, bailaríamos una samba —de mi garganta brota una carcajada que suena tan vacía como lo es mi mirada—. ¿Te puedes creer que eso fuera lo último que le dije?

Cierro los ojos y me quedo callada durante un largo momento. Ni mi madre, ni Emma se atreven a decir nada. Permanecen las dos sentadas en el sofá a mi lado, una a mi derecha y la otra a mi izquierda.

—Y ahora se ha ido y no puedo decirle lo mucho que lo siento... No me queda nada... ¡Nada! Salvo el vacío, el dolor y la oscuridad.

Como todo mi cuerpo tiembla sin control, Emma me coge la taza de las manos, antes de que me la vierta encima, y la coloca encima de la mesita de café que hay frente al sofá.

—Tienes que encontrar una manera de superar esto —me dice mi madre, cogiendo mi mano entre las suyas—. Me da igual dónde ocultes todo este dolor, me da

igual el cajón de tu mente que elijas para enterrarlo, pero tienes que hacerlo porque él te necesita ahora. Vas a levantarte de este sofá, vas a fingir que estás bien como siempre has hecho y vas a afrontar esto como es debido. ¡Porque eres Catherine Collins-Fitzgerald y es lo que se supone que debes hacer! —su potente voz consigue, de alguna forma, que mi cerebro empiece a funcionar de nuevo—. Y si tienes ganas de derrumbarte, hazlo por la noche, en la intimidad de tu dormitorio.

Lleva razón. Soy Catherine Collins-Fitzgerald, la que nunca se derrumba, nunca sufre y a la que nada hiere. ¿Por qué será que eso suena a la mayor mentira que he oído en toda mi vida?

—Es así como lo hiciste tú, ¿verdad, madre?

Ella baja sus hermosos ojos al suelo y se queda en silencio durante unos latidos del corazón. Evaluándola con la mirada, me doy cuenta de lo rígida que se ha vuelto de repente.

—Sí, Catherine, es así como lo hice yo —me contesta con una voz increíblemente fría.

—Deberías hacer la maleta —sugiere Emma mientras mira algo en la pantalla de su móvil—. El primer vuelo hacia Nueva York sale dentro de tres horas. Voy a hacer la mía y te espero en el aeropuerto.

Giro la cabeza hacia ella.

—Es que... ¿vienes conmigo?

—¿Para qué están las buenas amigas?

Le muestro una sonrisa vacilante y me levanto del sofá. Mi madre lleva razón. Soy Catherine Collins-Fitzgerald. Afrontaré esto como es debido. Puede que el mundo haya estallado en llamas a mi alrededor, puede que mi corazón se haya roto en tantos pedazos que nunca voy a ser capaz de encontrarlos, puede que esté muriéndome por dentro en este preciso instante, pero tengo que colocarme mi sonrisa una vez más para convertirme en la persona que todos esperan que sea. La persona que a veces me gustaría ser. La mejor versión de mí misma.

Una vez tomada esa decisión, alzo la barbilla, endezco los hombros y voy de camino a mi habitación, donde elijo cuidadosamente todos los vestidos que pienso llevarme. El tener que escoger dos conjuntos de color negro duele más de lo que cualquier ser humano podría aguantar sin venirse abajo. Sin embargo, consigo hacerlo sin derrumbarme.

—¿Turismo o negocios? —me chilla un funcionario de color. *¿Será el mismo de la vez pasada?*

—¿Y a usted que le importa?

El hombre levanta la mirada de mi pasaporte y me lanza una mirada de incompreensión.

—Señorita, yo solo cumplo con el procedimiento.

Pongo los ojos en blanco, decidida a suavizar el tono. El pobre hombre no tiene la culpa de nada.

—Ni la una ni la otra. Resulta que el amor de mi vida, el único hombre al que he amado en mis casi veintiocho años de edad, se debate entre la vida y la muerte en una clínica privada del Upper East, un sito de esos para pijos ricachones, ¿sabe? ¿Me devuelve ya el pasaporte?

Me mira conmocionado.

—Yo... lo siento. Tenga.

—Gracias —bramo antes de arrancárselo prácticamente de las manos.

Emma y yo, cargadas de maletas, salimos a la calle.

—¿Y ahora qué? —me pregunta.

Ahora tengo que enfrentarme al peor momento de toda mi vida y no sé cómo hacerlo, es lo que debería contestar. Pero no puedo decir eso porque si formulo esas palabras en voz alta, todo esto se volverá real. Y si se vuelve real, tendré que enfrentarme a lo que estoy sintiendo, y sé perfectamente que no puedo enfrentarme a todo ese dolor sin venirme abajo.

—Ahora cogemos un taxi —informo con tranquilidad mientras me monto en la parte de atrás de uno.

Irritada a causa del sol que me deslumbra a través de la ventanilla, observo cómo el coche se incorpora al infernal tráfico de Nueva York. Hubiese preferido una imagen otoñal, deprimente y acorde con mi estado de ánimo. Supongo que me molesta el hecho de que el mundo siga su curso, el sol salga y la gente viva sus vidas mientras él está en un profundo abismo, rodeado de tinieblas. Y si eso me convierte en una egoísta, pues... ¡a la mierda!

—Quiero hacer esto sola, Em —le digo, mirando de forma ausente los rascacielos—. Voy a dejarte en el Hilton. Haz el *check in* y espérame ahí hasta que vuelva.

—Pero...

Me giro de cara a ella y le lanzo una mirada que hace que se detenga.

—No hay peros. Hoy necesito estar sola. Agradezco que hayas venido y sabes lo importante que es para mí tu apoyo, pero necesito hacerlo sola... por favor.

Sé que, si ella está conmigo, me derrumbaré. Y no puedo derrumbarme. Aún.

Media hora después, el taxi se detiene delante de la clínica privada en la que, según la *TMZ*, está él. Hay cientos de *paparazzi* bloqueando la entrada. ¡Esto es maravilloso! ¡Sencillamente genial! Me coloco mis gafas negras de Dior para ocultar mi turbia mirada y los oscuros círculos que rodean mis ojos.

En cuanto uno de mis altos tacones toca la acera, en menos de lo que dura un parpadeo, los *paparazzi* salen corriendo hacia mí y empiezan a sacar fotografía tras fotografía.

—Catherine, ¿qué puedes contarnos sobre el estado de salud de Nathaniel Black?

—Buenas tardes. No haré ninguna declaración y agradecería que respetarais eso por una vez en vuestra vida.

—¿Estáis juntos de nuevo?

Intento caminar, pero me impiden el paso.

—¿Es cierto que estuvo en Londres para sabotear tu boda la semana pasada?

—¿De verdad dejaste a tu novio colgado al altar?

—¿Es cierto que Nathaniel Black y tú os casasteis la semana pasada en un casino de Londres?

Me detengo y miro por encima de las gafas a la mujer que me ha hecho la pregunta.

—En Inglaterra la gente no se casa en los casinos, señorita. Si hubiese leído algo más, aparte de los cotilleos baratos de la *Page Six*, lo sabría. Ahora si me disculpáis, tengo sitios a los que ir y gente a la que ver.

Empujo a los que me impiden el paso y ando hasta las puertas giratorias del edificio de cristal, con la cabeza bien alta, la espalda tensa y los hombros enderezados.

—Disculpe —le digo a una recepcionista pelirroja, quien alza la mirada desde su mostrador de granito blanco—, estoy buscando la habitación del señor Black.

Comprueba el ordenador.

—La ochocientos veintidós. Última planta.

—Gracias.

Me alejo del mostrador con paso tranquilo y entro en uno de los siete ascensores que hay, que me transporta a una velocidad increíble hasta la última planta del lujoso edificio, demasiado lujoso por tratarse de un hospital. *¡Por el amor de Dios! ¡Si por los pasillos huele a jazmín! ¿No debería oler sencillamente a hospital?* En fin.

Recorro el luminoso pasillo pintado en un cálido tono vainilla, hasta llegar delante de la habitación ochocientos veintidós, donde tengo que detenerme. Hay dos agentes del FBI bloqueando la entrada. Y son muy intimidantes, ambos macizos, morenos, con el pelo muy corto y vestidos de negro.

—Disculpen, agentes —les muestro una sonrisita tonta—, vengo a ver al señor Black.

—No puede entrar —me dice uno de ellos en tono categórico.

Pongo mala cara. *¿En serio? ¿Es que hay que pasar otra vez por lo mismo? ¿Qué fue lo que hice la última vez? Oh, sí, tirarlo al suelo. Pero ahora son dos. Y son federales, como los de *Mentes Criminales*. ¡Piensa, Catherine!*

—Verá, agente, resulta que el hombre que está detrás de esta puerta es mi novio, así que, si tiene usted el detalle de dejarme pasar, le estaría muy... muy... muy agradecida —después de soltar eso, me humedezco los labios muy despacio y le lanzo una mirada sugestiva.

El hombre frunce el ceño mientras que su compañero ni se digna a mirarme.

—¡Oh, que es usted la novia de Nathaniel Black!

—Exacto.

—Tenía que habérmelo dicho desde el principio.

Dejo escapar un suspiro de alivio. La verdad es que no esperaba que esto fuera tan fácil. *¿Dónde estará el truco?*

—¿Entonces me deja pasar? —pregunto, al ver que no hace ademán de quitarse.

—Nop.

—Pero usted dijo... —me detengo y lo miro, confusa— dijo que...

—Señorita, es usted la duodécima mujer que me dice hoy que es su novia.

Entorno los ojos. *¿Por qué será que eso no me sorprende?*

—Eso es comprensible. El señor Black es un *playboy* con mucho *sex appeal* —le explico con toda la elegancia de mi ser.

El rostro del hombre se mantiene inalterable, aunque yo juraría haber visto un atisbo de sonrisa en las esquinas de su boca.

—Ya. Escuche, le diré lo que les he dicho a las otras. Vuelva con una autorización firmada por el subdirector Parker y podrá pasar. Si no la consigue, no se moleste en volver. Tenemos órdenes de no dejar pasar a nadie.

De acuerdo, señor Cascarrabias. Conseguiré esa puñetera autorización, aunque sea lo último que haga.

—¿Quién es ese Parker y dónde puedo encontrarle?

—Joe-el-tiburón-Parker —se entromete el otro agente—, es un peso pesado dentro de la agencia. Se rumorea que tiene casi tanto poder como el mismísimo alcalde. Pregunte por él en la oficina central. Todos saben quién es.

Asiento con la cabeza y me dispongo a darles la espalda.

—¿Señorita?

Giro la cabeza hacia aquella masculina voz.

—Si no es miembro de la familia, no vaya. No le firmará nada.

Medio sonrío, les doy la espalda y empiezo a taconear por el suelo de mármol color crema. Mármol del caro, me atrevería a decir.

—Eso queda por ver.

Tras haberme pasado toda la mañana siguiente acosando a un pobre agente de la ley, quién, por cierto, ha amenazado al menos ocho veces con detenerme si no dejaba de perseguirle, consigo cita con el tiburón para las dos en punto. Son las dos menos tres minutos y aquí estoy, sentadita como una niña buena en el intimidante vestíbulo del FBI, en un asiento metálico muy incómodo y muy frío. Tengo mi bolso *Luis Vuitton* encima de las rodillas y lo sujeto con ambas manos. Debo de parecer una republicana en la misa de los domingos, con mi pelo recogido en un severo peinado, una blusa blanca y una falda negra por debajo de las rodillas. Llevo también un pequeño pañuelo negro atado al cuello para parecer más remilgada.

Le lanzo una sonrisa a un agente, quien, sentado detrás de un ordenador, está mirándome fijamente, sin pestañear siquiera. ¿No le escocerán los ojos?

—¡Collins! —truena alguien desde un despacho.

¡*A la orden, mi capitán!* Me pongo en pie con rapidez y recorro los pocos metros que me separan de la puerta. El agente, aún sin parpadear, me sigue con la mirada. Vale, eso es siniestro. Presiono la manilla y entro, aunque me detengo nada más hacerlo. ¡*Oh, genial! Mi especialidad. Los cincuentones amargados. Esto no va a salir bien.* Sacudo la cabeza para bloquear ese pensamiento y me pongo en marcha.

El tiburón, vestido con un riguroso traje negro, está sentado detrás de un escritorio de madera maciza, con las dos manos apoyadas encima de la mesa, mirada inexpresiva y el rostro endurecido.

—Subdirector —saludo con un gesto de cabeza mientras me siento delante de él, en la única silla que hay.

—Sea breve —brama.

—Oh, seré muy breve. Solo necesito que me firme una autorización para que pueda ver a Nathaniel Black. Nada más —curvo los labios en una sonrisilla dulce para resultarle cercana y cariñosa. Es una estrategia que he ido trazando mientras esperaba.

—Negativo.

Mi sonrisa le deja lugar a una mueca enfurruñada. Observo, callada, cómo abre una carpeta y empieza a leer un papel como si yo no estuviera delante. Al ver que no estoy moviéndome, pregunta, sin alzar la mirada:

—¿Algo más?

—¿Eso es todo lo que piensa a decirme? ¿Negativo y ya está? ¡Ni siquiera sabe quién soy!

—Ni me importa saberlo —repone secamente—. Lo que sí sé es que no es usted un miembro de la familia, con lo cual no puede entrar. Gracias por venir —dice mientras cierra la carpeta con brusquedad.

Se pone de pie para indicarme que la cita ha concluido. Su mirada se torna feroz al ver que no solo que hago ademán de moverme, sino que encima cruzo las piernas y adopto una expresión adorable.

—No tan rápido, subdirector. No pienso salir de este despacho hasta que no me firme la dichosa autorización —me saco el papel del bolso y lo pongo en su mesa, ruidosamente—. ¡Así que firme y dejémoslos de rollos!

Se inclina hacia mí, apoyando ambas manos en su escritorio para poder mirarme a los ojos con su intimidante mirada gris. Encogida en mi asiento, trago saliva y me obligo a mí misma a mantener la compostura. *No tengo miedo. No tengo miedo. ¡Y un cuerno! Estás aterrada.*

—¿Señorita Collins, tengo que usar acento británico para que me entienda usted? ¡NO VOY A FIRMARLE NADA! ¡LARGO!

Aprieto los dientes con rabia. Si el delfín este piensa que me iré sin más, después de haber cruzado el océano para ver a Nathaniel, está muy equivocado.

—Vale, de acuerdo —me saco el talonario del bolso y cojo uno de los bolígrafos que hay encima de su mesa—. ¿Cuánto?

Parker me mira como si quisiera estrangularme.

—¡¿Intenta usted sobornar a un agente federal?! —grita, completamente fuera de quicio.

Hago un gesto de exasperación con los ojos.

—Por favor. Yo jamás haría algo tan ruin —muevo la mano con impaciencia, y añado con dulzura—: Llámelo donativo.

Sus puños se golpean contra el escritorio. Pego un brinco. ¡Qué miedo!

—¡Salga de mi despacho ahora mismo! ¡Estoy harto de este caso! ¡Estoy harto de ese *playboy* y de que todas las mujerzuelas vengan a molestarme!

—¡Yo no soy una mujerzuela! —me defiendo, muy indignada por sus viles acusaciones—. Soy su novia. ¿No lee usted la *Page Six*?

—¡Me importa una mierda! ¡No voy a firmarle la puta autorización! ¡Largo antes de que la detenga!

Invadida por una furia rabiosa, me levanto con gesto brusco y cruzo el despacho a grandes zancadas. Antes de abrir la puerta, me detengo, girándome hacia él para añadir una última cosa.

—Volveremos a vernos, subdirector. Y le garantizo que la próxima vez no seré así de agradable.

El rostro de Parker se vuelve rojo a causa de la ira. Coloca ambas palmas encima de la mesa e inclina hacia adelante su macizo cuerpo de un metro noventa de estatura con una lentitud espeluznante. Si no retrocedo solo es porque mi espalda ya está pegada contra la puerta. Tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para aparentar indiferencia.

—¿Está usted amenazando a un agente federal? —gruñe entre dientes.

Bufo con desprecio.

—¡Por favor! Si yo solo soy una mujerzuela —compongo una sonrisilla brillante, le doy la espalda y salgo por la puerta, cerrando de un portazo.

Al encontrarse nuestras miradas, el agente de antes me sonríe con satisfacción.

—¡Borra ese regocijo! —le grito enfurecida mientras camino hacia el ascensor—. Aún no he perdido la batalla.

Me dirijo hacia la salida con toda la dignidad de mi ser. Una vez en la calle, me dejo caer en un banco de madera, intentando buscar una solución a todo esto. La mañana de primeros de octubre ha amanecido soleada, pero ahora oscuras nubes se centran sobre el Upper East, envolviendo los rascacielos entre una fina capa de niebla. Dejo de mirar los edificios y me centro en mi siguiente movimiento. Seguro que hay alguien con más autoridad al que yo pueda sobornar... o seducir. ¡Ese tiburón no puede salirse con la suya!

A ver, piensa. ¿Qué haría Catherine Earnshaw? Frunzo el ceño mientras sopeso la respuesta. *Coger una neumonía*, me contesto a mí misma. *Vale, buscaré otro ejemplo. ¿Qué haría Anna Karenina?* Sacudo la cabeza con exasperación. ¡*Tirarse delante de un tren!* ¡Maldición! Esto no me lleva a ninguna parte. *¿Qué haría Nathaniel Black?* Y entonces sé perfectamente lo que hay que hacer.

—Lo que fuese necesario —murmuro en voz alta, con una media sonrisa bastante maliciosa dibujada en mis labios.

¡Eso es! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Me saco el móvil del bolso y decido ser una zorra por una vez en la vida.

Diez minutos después, abro con brusquedad la puerta del subdirector Parker y entro como un huracán. El agente de la entrada no ha conseguido detenerme. Le he propinado una patada en sus partes más sensibles y ahora está lloriqueando como una nenaza. ¡Qué débiles son algunos!

—¿Pero qué coño hace usted? —grita Parker furioso, levantándose del sillón de forma tan brusca que su taza de café cae encima de unos papeles—. Va a pasar un buen tiempo en una celda y me da igual quién sea usted, quién sea su madre o el número de ceros que tenga su cuenta bancaria. Y le garantizo que las cárceles de este

país son...

El sonido de su teléfono interrumpe aquellas terroríficas amenazas.

—Tal vez quiera contestar a eso —le propongo, con una mueca de suficiencia.

Me mira confuso. Aun así, descuelga.

—Subdirector Parker —brama con autoridad—. ¡Senador! Sí, está aquí... —me lanza una mirada, así que yo alzo las cejas con gesto burlón y saludo con la manita como una niña adorable—. Pero señor, si me permite, ella no puede... claro que lo entiendo, pero... no, claro que no... aun así... —resopla con fastidio y vuelve a mirarme, con oleadas de furia satánica reflejadas en sus penetrantes ojos—. De acuerdo. Lo haré.

Sin molestarme en disimular mi satisfacción, me saco el papel del bolso una vez más y lo pongo encima de su despacho, golpeándolo con el dedo.

—Cuando quiera... *subdirector* —me aseguro de subrayar la palabra subdirector en el tono más insultante del que soy capaz.

Durante un tiempo inconmensurable, no se dispone a moverse, sino que me mira a los ojos, sin más. Fastidia perder, ¿a qué sí?

—No quiero saber lo que ha hecho usted para conseguir esto —dice al fin.

—Lleva razón. No quiere.

De muy mala gana, se inclina y firma el maldito papel. ¡Mira que he intentado ser buena! He intentado ser correcta y jugar según las normas. ¡Pues eso se ha acabado! Esto es Nueva York, no el jardín del Edén, y en este mundo las cosas funcionan así. La información es poder y resulta que yo poseo mucha información sobre cierta persona influyente. Solo tuve que tirar de los hilos adecuados.

Salgo del despacho de un tiburón Parker colérico y no me detengo hasta la calle, donde inspiro hondo, muy complacida por mi propia maldad. Estoy tan absorta en mi malicioso regocijo que, sin darme cuenta, choco contra el pecho de alguien.

—¿Catherine?

Levanto la mirada y me encuentro con unos inteligentes ojos marrones. Miro confusa su atractivo rostro, cubierto por una oscura barba incipiente. Tardo varios instantes en recordar quién es.

—¿Carey? ¡Gage Carey! —le doy un abrazo, contenta de volver a vernos—. ¿Qué haces aquí?

Gage, vestido de forma casual con vaqueros desgastados, una sudadera blanca de Adidas y unas Converse, alza sus fornidos hombros con despreocupación.

—Tenía una cita con Parker.

—Está de los putos nervios —comento con desdén—. Será mejor que no vayas hoy.

Me mira asombrado.

—¿Le has visto?

Hago un gesto de picardía con la mirada antes de sacarme el papel del bolso. Gage abre los ojos de par en par.

—¡No! ¿Lo has conseguido? ¿Cómo?

Y por alguna oscura razón, se lo cuento mientras cruzamos la calle para entrar en un Starbucks.

—¡No puedo creer que chantajeas a un senador de Estados Unidos! Eres verdaderamente retorcida. Nathaniel llevaba razón.

Suelto mi taza de cappuccino y lo miro a los ojos con mucho interés y la cabeza ligeramente ladeada hacia la derecha.

—¿Hablabas sobre mí? —quiero saber, esperanzada, por alguna razón.

Entorna los ojos.

—Constantemente. Solía decir que eres la única mujer a la que puede amar porque tú eres igual de mala que él. Y creo que eso es cierto. Nate y tú tenéis la misma naturaleza maliciosa.

—¡Yo no soy como él! —protesto ofendida.

Suelta una carcajada.

—¿En serio? ¿Y cómo explicas lo de hoy? —pregunta, dándole un sorbo a su café.

—¡Un caso de fuerza mayor! —exclamo, como si eso fuera evidente.

Sus hombros se contraen de la risa.

—Sí, él también habría usado esa explicación. No te enfades, Catherine, no tiene nada de malo ser como él.

De repente, el atractivo rostro de Gage se vuelve triste y sus ojos se quedan perdidos en el vacío durante unos segundos. Está mordiéndose el labio inferior con nerviosismo.

—¿Gage? —murmuro—. ¿Estás bien?

Sacude la cabeza y una de sus cálidas manos se coloca encima de la mía. Mis ojos buscan sus turbias pupilas.

—¿Cómo lo llevas, preciosa?—susurra.

Casi noto mi rostro contrayéndose de dolor. Él asiente, en silencio.

—¿Y tú? —musito, sosteniendo su mirada.

Con la mandíbula tensa, se pasa una mano por su oscuro cabello antes de contestar.

—Es mi mejor amigo. Si le pasara algo...

Toda la emoción se centra en mi garganta y, en cuestión de segundos, los ojos se me nublan a causa de las lágrimas. *No, no voy a llorar.* Parpadeo con rapidez para impedir que eso pase. No puedo llorar porque si lloro, acabaré derrumbándome. Y no puedo hacerlo aún. No hasta esta noche.

—No va a pasarle nada —murmuro, dedicándole algo parecido a una sonrisa—. Va a salir todo bien, ya lo verás.

Gage asiente, pero no parece para nada convencido de ello. Es curioso. Yo tampoco me lo creo.

Los agentes alucinan al ver el papel firmado por el tiburón Parker. Incluso llaman a la oficina central para asegurarse de que no es una falsificación. Hechas las debidas comprobaciones, no les queda otra que dejarme pasar. Mientras estuve esperado, sentada en un asiento de cuero blanco en el vestíbulo, me encontraba bien, bastante tranquila, pero ahora, a punto de abrir la puerta que me separa de él, noto mi estómago contrayéndose de la emoción, mis rodillas temblando y unos escalofríos recorriendo toda mi espina dorsal. Soy consciente de que, al girar el pomo, no habrá vuelta atrás. Tendré que enfrentarme a mis demonios más oscuros y no sé si podré hacerlo. No sé lo que me espera detrás de esta puerta y me aterra el hecho de que pueda derrumbarme nada más entrar.

Me observan con expresión insondable al verme parada delante de la puerta, con una mano temblando sobre el pomo. Vacilo varias veces antes de girarlo. Inspiro hondo, enderezo los hombros, me armo de valor y entro al fin. Recibo un impacto tan fuerte al verle que tengo que cerrar los ojos durante varios segundos. No soporto seguir mirándole.

—Parece que esté durmiendo —musita Robert, hundido en una butaca al lado de la ventana.

¡Parece que esté muerto! quiero gritarle. Quiero abalanzarme sobre él y zarandearle para que lo entienda. Tiene que entender que aquella persona cuyo rostro apenas es reconocible, aquella persona conectada a unos estúpidos aparatos, esa persona no es el Nathaniel Black que yo conocía. Siento tanta furia en mi interior que quiero destrozar por completo esta ridículamente grande *suite* y, acto seguido, dejarme caer al suelo, enterrar la cabeza entre las rodillas y chillar hasta que la rabia y el dolor desaparezcán. Sin embargo, no hago nada de eso. Sencillamente permanezco al lado de la puerta, con el rostro devastado.

Robert se levanta y arrastra los pies hacia mí. No me muevo cuando se inclina y me da un beso en la mejilla. No soy capaz de recuperar el habla, ni el aliento, así que me limito a seguir de pie, paralizada.

—Él también se alegraría de verte.

Una contracción de dolor recorre mi rostro tan veloz como un rayo. Vuelvo a cerrar los ojos y trago en seco.

—Estaré esperando fuera —informa en un susurro, y sale.

Durante una eternidad, me quedo en la misma postura. Acaricio con la mirada ese rostro lleno de contusiones y cortes; ese cuerpo, una vez vigoroso, pero ahora tan frágil y destrozado. Pasados unos instantes, me obligo a ponerme en marcha. Me acerco a su cama con paso vacilante.

Extiendo el brazo y, con dedos trémulos, apenas rozo su mejilla. Retiro la mano de inmediato al darme cuenta de que su piel está casi tan fría como la de un cadáver. Me dejo caer en una silla que hay al lado de su cama. No me veo capaz de seguir de pie por mucho más tiempo. Guardo silencio.

—¿Te acuerdas de ese momento cuando nuestras miradas se cruzaron por primera vez? —digo al fin, en voz apenas audible—. Estoy convencida de que tú recibiste el mismo impacto que yo, así que debes acordarte de ello. Creo que ese fue el momento en el que supe que me iba a enamorar de ti. Supongo que a ti te pasó lo mismo... —cierro los ojos con fuerza—. ¿Por qué no podemos volver a ese instante? —susurro, tragando en seco para retener las lágrimas.

Curvo los labios en una especie de sonrisa, mientras cojo su mano entre las mías. Está tan inerte. Tan fría. ¿Por qué está tan fría? ¿Por qué está tan fría?! ¡Su mano no puede estar fría! No puede... no puede... no puede... Y ya no puedo contenerme más. Me desplomo, rompiendo a llorar. Los sollozos se convierten en aullidos de dolor cuando aprieto su mano contra mi corazón y me doy cuenta de que él ya no puede sentir sus latidos. ¡Porque se ha ido! Tal y como lo hizo dentro de mi sueño, me ha dado la espalda, dejándome sola entre las sombras.

—Dijiste que nunca me dejarías sola en la oscuridad y en la lluvia... —el dolor es tan intenso que me parte en dos, y me deja sin aliento y sin voz durante un largo momento. Me enjuago las lágrimas que empiezan a escurrirse por mis mejillas en arroyos—. Me pregunto si alguna vez serás capaz de respetar una promesa —la voz me falla al decirlo, así que me quedo callada de nuevo—. Lo siento... lo siento tanto... Daría lo que fuera por estar en tu lugar ahora mismo. Siempre le resulta más fácil al que se va.

Suelto su mano, me tapo el rostro con las dos manos y sollozo sin control.

—No puedes irte... —baluceo entre llantos, con todo mi cuerpo temblando sin control alguno—. Tú no. El mundo entero puede irse al traste a mi alrededor. ¡Me importa una mierda el mundo! ¿Por qué debería importarme? Pero necesito saber que, aunque finjamos odiarnos el uno al otro... aunque haya un océano de distancia entre nosotros dos... necesito saber que siempre vas a estar ahí. Ha pasado tanto tiempo y aún no soy capaz de imaginar mi día sin que tú estés en él.

No sé el tiempo que paso al lado de su cama, sentada en esa silla, sollozando. Ya no soy capaz de hablar. Hay tantas cosas que necesito decirle, cosas que nunca tuve la ocasión de contarle, pero no soy capaz de hacerlo. No encuentro las palabras, así que me limito a observar su rostro, cada pequeño rincón, cada horrible golpe, cada moratón. Espero que no tuviera miedo en ese momento. ¡Ojalá haya sido rápido!

Me levanto y arrastro mi cuerpo roto de dolor hacia la puerta. Al salir, tengo que apoyar una mano en la pared porque no puedo seguir manteniendo el equilibrio. Robert, quien está esperándome sentado en una silla, acude a mí corriendo y me atrapa entre sus brazos, justo antes de precipitarme hacia el suelo. Me agarro fuertemente a él y rompo a llorar de nuevo. Se limita a abrazarme y a acariciar mi pelo. A estar ahí como siempre ha estado en el pasado, cada vez que lo he necesitado.

—Me aterra —murmuro ausente, agarrada a sus fuertes brazos.

Descanso la barbilla encima de su hombro.

—¿Qué es lo que te aterra, ángel? —susurra, sin dejar de acariciar mi pelo.

Hago una larga pausa, con los ojos clavados en el mármol del suelo.

—La muerte —y yo misma me estremezco a causa de lo fría y vacía que resuena mi voz.

Robert sacude la cabeza y coge mi rostro entre las manos.

—¿No está muerto! ¿Me has oído?

Me agarra del brazo con brusquedad, abre de nuevo la puerta de la *suite* de Nathaniel y me arrastra dentro.

—¡Míralo! —ruge, señalándome la cama con la mano. Muevo la cabeza mientras cierro los ojos con fuerza—. ¡Abre los ojos y míralo, maldita sea! Míralo... por favor, Catherine —musita, desesperado— míralo y dime que no está muerto.

Me trago las lágrimas y abro los ojos para examinar el rostro de Robert. Está hecho polvo, tiene los ojos turbios y todo su ser destrozado de dolor. Extiendo el brazo y apenas rozo su mejilla con las yemas de los dedos. Él cierra los ojos y traga saliva, sin conseguir moverse o hablar. Quiero consolarlo de alguna forma, decirle que todo va a salir bien, pero luego giro la mirada hacia Nathaniel y me doy cuenta de que eso no es cierto. Sacudo la cabeza, con los sollozos atenuándose a la garganta.

—No queda nada... —me detengo porque vuelve a fallarme la voz. Las lágrimas se me juntan ahora por debajo de la barbilla y se me escurren encima de la blusa—. ¡No hay nada ahí! Solo es un cuerpo —me tapo la boca con la mano y cierro los ojos mientras hago otra larga pausa—. No soy capaz de sentirlo, Robert. Su alma, su... su... ¡esencia!... todo él... se ha ido. Y tan solo queda un cuerpo vacío —baluceo, incapaz de retener los sollozos.

Sin fuerzas, me deslizo por la pared hacia abajo. Él me sigue. Nos sentamos en el suelo, ambos con la espalda apoyada contra la fría pared. Ninguno de los dos habla durante un largo rato.

—Te prometo que va a salir de esta.

Sus ojos ausentes parecen estar mirando por la ventana, aunque yo sé que en realidad no están viendo nada.

—Las promesas de un Black valen una mierda para mí —le respondo en voz horriblemente fría.

Cuando el Maserati de Robert se detiene delante del Hilton, son las cuatro de la tarde. Abro la puerta para salir, pero él coloca una mano encima de la mía y me detiene.

—¿Vas a estar bien? —musita, evaluándome con su mirada azul.

—Mañana sí —digo en voz muy baja—. ¿Y tú?

Asiente con la cabeza y suelta mi mano. Mientras bajo, él sube el volumen de la música. Entorno los ojos al darme cuenta de que lo que está escuchando es *Highway to Hell*. Sí, definitivamente es un Black.

Como una autómatas, entro por la puerta de nuestra habitación, dejo caer el bolso al suelo y sacudo los pies para deshacerme de los zapatos. Emma se levanta del sofá al percibir el destello agónico que hay en mi mirada. En completo silencio, se me acerca y se abraza a mi cuerpo. Tardo toda una eternidad en rodearla entre mis brazos.

—¿Estás bien? —musita.

Hago un gesto afirmativo y curvo los labios en una sonrisa amarga antes de apartarme de ella. Ando hasta el sofá, donde me dejo caer, con la mirada perdida en el vacío y miles de demonios atormentándome la mente. Veo de forma ausente cómo ella sigue mi ejemplo.

—Toma —me dice, ofreciéndome una de las copas de vino tinto que hay encima de la mesa de café.

La cojo, agradecida, y le soy unos sorbos.

—Gracias. Me hacía falta.

Asiente. Empezamos a beber, despacio y en silencio.

—¿Cuándo supiste que le amabas? —dice al fin, volviendo la mirada hacia mí.

—En cuanto vi que no era tan malo como pretendía ser —murmuro en voz suave.

Hay lágrimas en mis ojos cuando nuestras miradas se encuentran en el aire. Reparo en que la suya se ha vuelto algo turbia.

—¿Y cómo te diste cuenta de que él te amaba también? —su voz trémula delata la emoción que la invade al formular esa pregunta.

La contemplo en silencio durante un tiempo inculcable.

—Él ha hecho un único gesto falto de egoísmo en toda su vida. Y ese gesto fue dejarme marchar. En cuando dijo las palabras liberadoras, en cuanto apretó el gatillo, lo supe. Supe que me amaba más que a nada. Lo supe y, aun así, me marché. ¡Le dejé! —me detengo, con el rostro contraído de dolor y amargas lágrimas bañando mis mejillas—. Ese ha sido el mayor error de toda mi vida. Fui una cobarde, pero estaba tan cansada... estaba... —me humedezco los labios mientras sacudo la cabeza— estaba horriblemente cansada de tanto hundirme... yo... El dolor que me producía amarle era demasiado fuerte.

Emma coge mi mano entre las suyas. Su preocupación es palpable.

—¿Cómo era? —musita.

Sonrí melancólicamente mientras me enjuago las lágrimas.

—Todo el mundo te diría que era carismático... y divertido... y muy excéntrico. Pues yo te diré que el mundo no sabía una mierda sobre él —me río con amargura—.

Todos querían ser sus amigos, como si no fueran capaces de darse cuenta de que él no quería ser el amigo de nadie. Estaba cansado de todos. De todo, supongo. No paraba de decir que estaba harto de ser lo que ellos esperaban que fuera. Él no se daba cuenta de ello, pero era *mucho* más que una cara bonita que movía millones de dólares al año. Era intenso. Complejo. Y, sí, puede que mentalmente jodido... —nuestras miradas se cruzan— pero era mío.

—¿Crees que es cierto lo del suicidio? Hay que admitir que es un hombre atormentado.

Dejo la copa de vino sobre la mesa y sacudo la cabeza.

—La gente como Nathaniel Black no se suicida, Emms. Es demasiado egocéntrico para incluso pensarlo. De eso estoy segura.

Emma me examina con su mirada. No parece muy convencida.

—Dicen que no había marcas de frenada en la calzada. A no ser que te creas la estúpida leyenda de *Little Bastard*, no hay explicación alguna.

Ahogo un suspiro.

—Sí que la hay. Nunca te lo he contado, pero un día me llevó a una carrera ilegal de coches.

—¡No! —su voz resuena entre divertida y asombrada—. ¿Y corriste?

—Oh, sí, corrí —confieso en tono melancólico—. Habría hecho cualquier cosa por él en aquellos tiempos. Correr al bordo de un Lamborghini Veneno tan solo fue una de ellas.

—¡No puedo creer que te llevara a una carrera ilegal de coches!

Hoy, más que nunca, siento una estúpida necesidad de defenderle. Supongo que una parte de mí quiere que el mundo vea que él no es tan malo como parece. Ellos tienen que saber que hay algo humano en Nathaniel Black.

—No le culpes. Esa era su idea sobre una jornada romántica —sonrí al recordar ese día. Nate parecía feliz, y joven, y despreocupado—. Solo estábamos él... yo... una carretera vacía. El caso es que fue increíble... hasta que me di cuenta de que mi coche no tenía frenos. El coche más caro del mundo... —giro la cabeza y me encuentro con su mirada— ¡un coche nuevo, Emma! no frenó.

Mi amiga abre los ojos con horror.

—Intentas decir que piensas que alguien...

—Hay federales en la puerta —le explico en voz fría, dejando caer la espalda hasta apoyarla contra el respaldo del sofá—. No puedes entrar a no ser que seas de la familia o consigas una autorización firmada por un peso pesado del FBI. Saben más de lo que cuentan.

Emma sacude la cabeza con incredulidad.

—No lo entiendo. ¿Por qué alguien...?

—No lo sé —interrumpo antes de que acabe la frase—. Pero lo averiguaré. Juro por Dios que no descansaré hasta saberlo —cuando alzo la barbilla, el sufrimiento desaparece por completo de mi mirada y ahora tan solo queda furia en su estado más puro—. Se lo haré pagar, tarde o temprano, de una forma u otra. Sabes que yo no comparto lo de la otra mejilla. Y sé perfectamente quién va a ayudarme.

Nada más tomar esa decisión, me levanto y camino hacia la puerta, donde recupero mi móvil del bolso tirado en el suelo. Marco un número y espero varios segundos hasta que lo coge.

—Soy...

—Catherine. Sí, lo sé. Tengo tu número.

¡Claro que tiene mi número! ¿Por qué será que eso no me sorprende?

—Tenemos que hablar.

—Sí, tenemos que hacerlo —asiente él—. Coge un taxi y asegúrate de que nadie te siga. Sobre todo, los federales. Ve a Brooklyn, a esa tienda de ropa interior de segunda mano en la que ya has estado una vez, y ahí encontrarás instrucciones.

Hago una corta pausa antes de hablar.

—Gracias —y cuelgo.

Emma frunce el ceño.

—¿Qué tramas, amiga mía?

Sonrí, aunque el gesto no pasa más allá de mis labios.

—Si te lo contará, tendría que matarte, pequeña Emma.

Sacude la cabeza con incredulidad mientras se lleva la copa a los labios y toma otro sorbo de vino. Yo voy al dormitorio, me pongo unos vaqueros negros, una chaqueta negra de cuero y unas enormes gafas de sol. Por supuesto que negras.

Noticias de última hora

«**Miles de fans conmocionados.** Seguidores de Nathaniel Black acuden en masa al lugar del siniestro para encender velas y rezar por la vida del actor, quien sigue en estado crítico después del accidente sufrido el pasado sábado». *CNN NEWS*

«**Según fuentes cercanas a Nathaniel Black, los médicos son muy escépticos.** Aseguran que, si el actor despierta del coma, y eso siendo muy optimistas, es improbable que vuelva a ser la persona que era». *TMZ*

«**Catherine Collins, la ex novia de Nathaniel Black, viaja a Estados Unidos para estar al lado del actor y su familia en estos momentos tan duros.** La *socialité* fue fotografiada ayer en compañía de Robert Black. Según algunos testigos, parecían muy unidos cuando se despidieron en el aparcamiento del hotel Hilton». *PageSix.com*

«**Los productores de «S de Siniestro» interrumpen la gira de la novena temporada del show al enterarse del grave accidente que ha sufrido su vampiro más famoso.** Anne Blunt ha cancelado todos sus compromisos en Colombia para poder volver cuanto antes a Estados Unidos. Recordemos que el actor y su ex novia mantienen una estrecha relación, con lo que es comprensible que ella quisiera estar a su lado». *The New York Post*.

En la tienda de ropa interior me ofrecen un sobre y me indican la salida de los empleados, que da a un callejón vacío. Estoy cruzándolo cuando una moto, que frena a escasos centímetros de mi cuerpo, se interpone en mi camino. No puedo divisar el rostro del conductor a causa del casco negro que lo oculta por completo, pero sí puedo afirmar con certeza que se trata de un hombre.

—Suba —fin. No dice nada más.

Puede que sea una locura. Seguramente sea una locura. Definitivamente, es una locura.

Subo sin vacilar. En cuanto me pongo el casco que me ofrece y me agarro a su espalda, arranca, llevándome a una velocidad de vértigo hasta el distrito de Queens.

—Baje.

Bajo. Le devuelvo el casco.

—Y ahora ¿qué?

Gira la cabeza hacia mí. Durante unos instantes no se mueve, sencillamente se limita a escrutar me en silencio. Yo, por mi parte, hago lo mismo. Hay algo en él que me resulta familiar, aunque no sepa decir el qué.

—Abra el sobre —me dice antes de incorporarse al tráfico.

Observo cómo se aleja de mí, dejándome sola en una zona que no me es en absoluto familiar. Sé que estamos en Queens solo porque lo ponía en un cartel. Rasgo el sobre lo más rápido que puedo, con una impaciencia que hace que mis dedos se vuelvan torpes. Pongo los ojos en blanco. Lo único que hay dentro es la tarjeta de un bar de Nueva Jersey.

—Ni Sherlock Holmes ha tenido que pasar por todo esto —mascullo mientras alzo la mano para detener un taxi.

Paso todo el trayecto desde Queens hasta Jersey intentando encontrar un hilo de luz en toda esta densa oscuridad que está envolviéndome. Miles de preguntas sin respuesta flotan por mi mente. ¿El accidente de Nathaniel fue un accidente? Una parte de mí sabe que no lo fue. Estoy convencida de que tampoco se trata de un intento de suicidio según especulan los medios y la policía. ¿Qué sabrán ellos sobre él? No le conocen como yo. Él jamás se suicidaría. Entonces ¿qué fue lo que realmente pasó esa noche? El coche no frenó. De eso estoy segura. Igual que no lo hizo hace dos años. La pregunta del millón es: ¿por qué no frenan los coches de Nathaniel Black? ¿Quién está detrás de todo esto? ¿Y por qué?

—¿Efectivo o tarjeta? —esa masculina voz me devuelve a la realidad.

—¿Eh?

—Que cómo va a pagar.

—Oh, disculpe. Efectivo —me saco un billete del bolso—. Tenga. Gracias.

Me bajo delante del local, entro y me siento en una mesa, sin quitarme las gafas de sol. He visto bastantes películas de espías como para saber que eso es lo que la gente normal haría.

—¿Te han seguido? —murmura él a mis espaldas, sentado en otra mesa.

Estamos espalda contra espalda. No soy capaz de retener una sonrisa. Mi vida se ha convertido en una versión retorcida de *007*.

—No. ¿Y de verdad era necesario todo este numerito?

No puedo ver su rostro, pero sé que sonríe.

—La verdad es que no. Pero lo he pasado bien acojonándote.

Frunzo los labios.

—No estaba acojonada.

Hago un gesto con la mano para llamar a la camarera y me pido un café en cuanto se me acerca. Guardamos silencio hasta que me traen el pedido.

—¿Puedo sentarme a tu mesa? —murmuro, fingiendo estar leyendo un periódico que alguien ha debido de dejarse.

—No —gruñe él por lo bajo—. Quédate donde estás.

Hago una mueca de exasperación.

—De acuerdo, *Bourne*. Lo que tú digas —tomo un sorbo de café, pero tengo que volver a escupirlo. Es el peor que he probado en mi vida—. ¿Qué demonios está pasando?

—Los federales se niegan a desvelarnos nada, pero mi contacto dice que han analizado su coche y que alguien ha manipulado los frenos.

Mi respiración se ralentiza hasta detenerse. No está diciéndome nada nuevo, lo he sabido todo este tiempo, pero al oírlo de su boca, por alguna razón, me quedo helada y tardo varios instantes en recuperar el habla.

—¿Saben quién ha sido? —pregunto con la voz mortalmente fría.

—No.

Aprieto los dientes con rabia.

—¿Lo sabes tú?

Se queda callado durante un tiempo. Resopla.

—Estoy cotejando datos. De momento, lo único que sé es que tiene algo que ver con su pasado.

Asiento en silencio. El pasado es un tema del que Nathaniel nunca hablaba.

—No tengo gran cosa —susurra, y en su tono de voz percibo tristeza.

—Quiero ayudar.

Se levanta de su silla y pasa a mi lado, dirigiéndose hacia la salida. Se detiene durante un instante cuando nuestras miradas se encuentran. Es tan alto, y tan fuerte, y tan... intimidante.

—La clave es Mary —me dice antes de darme la espalda.

—¿Su novia? —susurro en tono confidencial.

Se gira hacia mí y se inclina para ofrecerme un pendiente caído al suelo. No es mío, pero lo cojo igualmente. Supongo que forma parte del espectáculo.

—Busqué datos y resulta que hay muchas lagunas en la investigación del supuesto accidente —susurra—. No estoy muy seguro de qué fue lo que realmente pasó esa noche, pero tengo la sensación de que hay gato encerrado. Cuando tengas algo, llámame —se endereza y me da la espalda de nuevo—. Oh, y... ¿Catherine?

—¿Liam?

—El haría lo mismo por ti.

Sonrío con amargura.

—Soy consciente de ello.

Lo sigo con la mirada hasta que desaparece de mi cambio visual. Me tomo unos instantes para reflexionar sobre mis siguientes pasos y decido llamar a mi madre para informarla sobre los últimos acontecimientos. Oír su voz es lo único que me tranquiliza últimamente.

Al día siguiente, aparco mis investigaciones criminales para ir a ver a Nathaniel. Paso por el Starbucks que hay en frente del hospital, donde compro café para los agentes. Tras una noche de reflexión en la que apenas he pegado ojo, decido que será mejor que nos hagamos amigos cuanto antes. No me cabe duda de que, en algún

momento, necesitaré favores del FBI. Es mejor preparar el terreno con antelación. Sé que al subdirector Parker no puedo pedirle ninguna información confidencial. En cambio, los agentes que custodiaban la puerta parecían simpáticos. Seguro que ellos y yo podemos llegar a un acuerdo.

Complacida por mi propia astucia y con los cafés en la mano, me bajo del ascensor en la última planta y contoneo las caderas por todo el pasillo.

—Buenos días —me detengo a su lado—. No nos hemos presentado formalmente. Soy Catherine Collins, la novia... ejem... ex novia... o algo así... de Nathaniel.

Vais a verme todos los días por aquí. Oh, esto es para vosotros. Seguro que os apetece tomar un poco de café calentito. En esta ciudad hace un frío impresionante.

Me devuelven la sonrisa mientras cogen los vasos de plástico que les ofrezco. Y no necesito más para saber que los tengo en el bote a los dos.

—Calvin —me dice uno de ellos, ofreciéndome una mano que estoy más que contenta de apretar.

—Calvin, es un placer conocerte.

Me sonrío. Le sonrío. Giro la cabeza hacia su compañero.

—Paul —se presenta este.

Aprieto también la mano de Paul mientras le digo exactamente lo mismo.

—Es todo un detalle por tu parte traernos un café —comenta Calvin.

Sonrío brevemente.

—Hacéis un gran trabajo. Es lo mínimo que puedo hacer.

Me despido de ellos con un gesto de cabeza y abro la puerta.

—Catherine —me saluda Robert, levantándose de la silla que hay al lado de la cama de Nathaniel—. ¿Cómo estás?

Le doy dos besos y hago un amago de sonrisa.

—He estado mejor. ¿Y tú?

Resopla a modo de contestación.

—Ven. Voy a presentarte a mi madre —me señala con la cabeza a una elegante mujer morena, de apariencia frágil, quien, de espaldas a nosotros, está mirando por la ventana.

Tan distraída está que no se percata de mi presencia hasta que Robert coloca una mano en su hombro. Cuando se gira y su mirada se clava en la mía, recibo un impacto tan fuerte que, durante unos segundos, el tiempo se detiene y todo lo que me rodea deja de tener nitidez. Tan solo puedo contemplar esos ojos azul marino. Son iguales a los de Nathaniel.

—Mamá, esta es Catherine.

La señora Black alza una ceja.

—¿Catherine? —repite asombrada, dedicándome una amable sonrisa—. ¿Vuestra Catherine?

¿Eh? Robert carraspea, con el ceño fruncido.

—La misma —dice al fin, algo avergonzado.

¿De qué podría avergonzarse una persona como Robert? Su vida es intachable. No tiene multas sin pagar, no protagoniza ningún titular escandaloso y estoy casi convencida de que no tiene problemas con el Fisco. O si los tiene, no se han hecho públicos en la *Page Six*.

—¡Vaya! Así que tú eres la famosa chica buena de Londres. Al fin nos conocemos. ¿Sabes?, mis hijos discutieron mucho por ti. Más de lo que discutieron por Natacha... Amber... Alice... Brooke —he debido de quedarme horrorizada porque ella suelta una risita suave—. No te dejes engañar por las apariencias, en el fondo son buenos chavales. Por cierto, soy Holly.

Sonrío abochornada.

—Catherine.

Le ofrezco la mano, pero ella no la coge. A cambio me da un fuerte abrazo.

—Encantada, querida Catherine. ¿Quieres tomar un café conmigo?

—Será un placer.

Espero a que coja su bolso y bajamos juntas a la cafetería del hospital. Para referirme a la madre de Nate, solo se me ocurren palabras como *chic* y *sofisticada*. Me encanta su corte de pelo. Es una media melena muy brillante y muy cuidada, teñida de un cálido tono castaño que la favorece muchísimo. Viste un clásico traje dos piezas con falda negra y chaqueta a cuadros, en tonos de blanco y negro. Un *Chanel*, claramente. Su pálida piel luce perfecta, con un ligero brillo perlado que solo se consigue usando buenas cremas durante años. Huele a colonia de *Lancôme*, igual que mi madre.

—¿Qué quieres tomar, Holly?

—Café solo.

—Siéntate si quieres. Me ocupo yo de ir a pedir.

Me sonrío y se sienta en una mesa para dos. A los dos minutos, vuelvo con los cafés. Le ofrezco su taza y ella me lo agradece con un gesto de cabeza.

—¿Sabes que iba a verte?

Estoy a punto de tomar un sorbo, pero me aparto la taza de los labios y la miro parpadeando, sin tener ni idea de lo que está hablando.

—Nate —aclarar, al darse cuenta de mi confusión—. La noche del accidente. Iba de camino al aeropuerto. Tenía un vuelo hacia Londres a las dos menos cuarto de la madrugada —se queda callada, con los labios temblorosos.

¡Por eso me había llamado! ¡Venía a verme! Si le hubiera cogido el maldito teléfono, tal vez él... Me tapo la boca con una mano y sacudo la cabeza.

—Yo... no... —tengo que aclararme la voz varias veces porque la emoción no me permite hablar— no tenía ni idea.

Los ojos de Holly se vuelven vidriosos al instante.

—Me llamó esa noche. Nunca me llamaba, ¿sabes? Por norma general tenía que acosarle yo para que me hablara, pero esa noche me llamó por iniciativa propia. Estuvimos hablando como nunca. Media hora... —baja la mirada al suelo y añade, ausente— tal vez más...

Coloco una mano encima de la suya para captar su atención.

—¿Qué te dijo, Holly?

Posiblemente fuera la última en hablar con él. Puede que algo de esa conversación aporte alguna pista.

—Dijo... "*por primera vez en mi vida, voy a hacer las cosas bien, mamá*" —su voz se quiebra cuando pequeñas lágrimas empiezan a invadir su rostro—. ¡Estaba tan orgullosa de él!

Hunde la cara entre las manos y solloza durante largo rato. Tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no echarme a llorar también. Aun así, no puedo impedir que las lágrimas nublen mi visión.

—Te quiere mucho, lo sabes, ¿verdad? —farfulla.

Alza el rostro y se enjuaga las lágrimas con las mangas de su chaqueta. Yo asiento, con un nudo del tamaño de una pelota de tenis en mi garganta.

—Nunca le había visto tan enamorado, Catherine.

—¿Ni siquiera cuando estaba con Mary? —me atrevo a preguntar.

Vale, puede que no sea el momento más indicado para sacar el temita, pero ¿y si no tengo otra oportunidad? El hombre al que amo con locura está en coma porque alguien ha manipulado su coche. No tengo tiempo para delicadezas. ¡Exijo saber quién es ese alguien!

—¿Mary? —me mira confusa—. ¿Aquella que murió? —susurra.

—La misma. Supongo que fue el amor de su vida.

Holly sacude sus oscuros cabellos.

—No... —murmura, evaluando mi mirada—. No. Nate no quería a Mary. Nunca la quiso. Si aún se acuerda de ella, solo es porque sufrió un accidente mortal en uno de sus coches.

No estoy convencida de haberlo entendido bien. *¿Nate no quería a Mary? Pero él dijo... dijo...* Mis pensamientos se detienen al darme cuenta de que Nathaniel nunca formuló la palabra amor. Lo que dijo es que tuvieron una relación que le marcó de por vida. Porque ella murió en su coche.

—¿Estás segura de que el coche era de él? —susurro, inclinada sobre la mesa, como si quisiera asegurarme de que nadie más escucha nuestra conversación.

—Sí. Era su coche favorito, además. Ella... —Holly sonríe con incomodidad— ellos estaban separados porque ella le había sido infiel con un chico de su universidad. Pero esa noche volvió llorando y le dijo que le amaba. Nate, por supuesto, no quiso volver con ella. Tengo entendido que discutieron. Ella se fue cabreada. Y luego sufrió ese terrible accidente.

Y con eso suman tres. Tres coches, tres accidentes. No pueden ser coincidencias.

—Holly, es muy importante que te centres en esto. ¿Sabes quién era ese compañero de universidad?

Holly parpadea confusa.

—No... —su mirada azul se encuentra con la mía—. ¿Qué está pasando, Catherine? ¿Qué es lo que no me cuentan? La gente me pregunta cosas extrañas sobre el pasado de Nate.

Finjo incompreensión.

—¿Gente? ¿Qué gente?

—El FBI, Wesley... tú. Algo está pasando y yo quiero saber el qué.

Dejo que mi rostro se vuelva inexpresivo mientras apoyo la espalda contra el respaldo de mi silla.

—No está pasando nada, Holly. Es solo que necesitamos entender por qué Nate intentaría suicidarse.

—¡Mi hijo no se suicidaría! —me grita, fulminándome con su mirada azul—. ¡Jamás se suicidaría! ¡Era feliz!

Asiento con la cabeza y coloco una mano encima de la suya para tranquilizarla.

—Llevas razón. Ha sido un accidente —le doy unas cuantas palmaditas a su mano mientras me humedezco los labios con el café—. Un terrible accidente. Los coches fallan constantemente.

Ella suspira y, con la mano temblorosa, se acerca la taza de café a los labios y toma unos sorbitos. Iba a confesarle mis sospechas, pero al final decido que será mejor que no sepa la verdad. Como solía decir Nathaniel Black, hay felicidad dentro de la ignorancia.

—Ya abro yo —le grito a Emma cuando alguien llama a la puerta de nuestra habitación.

Está tumbada, viendo la tele, pero alza la cabeza para mirarme por encima del respaldo del sofá al escuchar mi alegre tono de voz.

—¿Y ese repentino entusiasmo? Hace media hora estabas llorando. ¿Eres bipolar o qué?

—En mi sano juicio no estoy, hay que admitirlo.

Le lanzo una sonrisilla, me echo mi alta coleta hacia atrás y corro hacia la puerta. Abro.

—¡Collins, llevas un chándal!

—En efecto, Black, pero, para que conste, lo ha diseñado *Versace*.

Con su ceño fruncido, Gage mueve la cabeza de izquierda a derecha, mirando primero a Robert, después a mí. Sacude la cabeza como para deshacerse de algún pensamiento. Malicioso, seguramente.

—No quiero saber por qué estáis manteniendo una conversación sobre ropa —murmura. Sonríe, se me acerca y me da dos besos—. ¿Qué tal, preciosa?

—No tan bien como usted, señor Carey —contesto, mirándole con aprobación.

Hay que admitir que este chico es horriblemente guapo. No puedo decir otra cosa sobre Robert. Los dos visten de forma casual, con vaqueros y camisas de mangas arremangadas. Me echo a un lado para que puedan pasar.

—Robert, Gage, esta es mi mejor amiga, Emma Bennett. Emms, estos son Robert Black y Gage Carey, unos amigos míos.

Emma se levanta del sofá, se cierra la bata, un poco avergonzada por la presencia de estos dos caballeros —creo— y se acerca a nosotros para apretar sus manos.

—Encantada de conoceros —dice, con su acento de niña bien.

Gage enarca una ceja mientras la mira desde la punta de sus zapatillas de estar por casa hasta sus ondas marrones. ¡Huy, qué mal pinta eso! Tiene la misma mirada de depredador que solía tener Nathaniel cada vez que me veía.

—Sentaros en el sofá —intervengo para acabar con ese escrutinio, puesto que Emma parece ruborizada. Los tres obedecen—. ¿Queréis tomar algo? —miro a Robert—. ¿Vino? —sacude la cabeza para decirme que no, así que miro a Gage—. *¿Bourbon?*

Este finge estar muy escandalizado.

—¿Qué te hace pensar que yo bebo licores tan fuertes a estas horas, preciosa?

Entorno los ojos. No entiendo por qué parece así de ofendido.

—Eres el mejor amigo de Nate. Seguro que os conocisteis en Alcohólicos Anónimos.

Sonríe maliciosamente.

—En realidad, fue en la terapia de control de la ira.

Emma suelta un bufido. Gage se gira de cara a ella.

—¿Tiene usted algún problema con la terapia de control de la ira, señorita Bennett?

Ella alza la barbilla con gesto digno.

—En absoluto. Me parece bien que la gente trastornada siga esas terapias, señor Carey.

Robert y yo ahogamos una risita mientras que los ojos de Emma y Gage se enfrentan en un duelo de miradas. Como ninguno hace ademán de apartar la vista y mi paciencia está acabándose, decido intervenir de nuevo.

—¡Basta! No os he convocado para que Gage intente ligarse a Emma.

—Yo no intentaba... —protesta este— ¡ni siquiera me cae bien!

—¡Ni usted a mí! —exclama Emma, muy ofendida, mientras acerca su cuerpo hacia el de Robert para poner la máxima distancia entre Gage y ella.

—Tengo que contaros una cosa, chicos. He estado meditando sobre si compartirla o no y al final he decidido que debéis saberlo.

A causa de ese tono mío tan serio, los seis ojos se centran en mí.

—¿Qué es lo que pasa, angelito? —pregunta Robert, con aire de preocupación.

Cojo aire en los pulmones y lo suelto ruidosamente. Allá voy.

—El accidente de tu hermano... no fue un accidente en absoluto —los seis ojos se dilatan de espanto—. Tengo razones para pensar, y el FBI también las tiene, que alguien ha manipulado los frenos de su coche —me dejo caer en una butaca que he colocado delante del sofá para poder mirarlos a los tres—. Os he hecho venir porque necesito elaborar una lista con los enemigos de Nate.

Durante unos instantes nadie habla. Están todos conmocionados.

—¡Eso es absurdo! —exclama Robert, quien, al recuperar el habla, se pone en pie con brusquedad—. Nadie tenía acceso al coche de mi hermano.

—Dime la verdad, Robert. ¿Realmente piensas que tu hermano intentaría suicidarse? O sea, el tío es una bestia manipuladora, burlona, retorcida, chantajista... egocéntrica...

—Es impresionante el amor que le procesas al pobre muchacho —remarca Gage con sarcasmo.

Hago caso omiso de él y añado:

—Pero en su gran lista de defectos hay uno que no me cuadra: *suicida*. Deberías saber mejor que yo que tu hermano es tan ególatra que jamás habría sido capaz de provocarse el más mínimo daño a sí mismo. ¡Por el amor de Dios! Nathaniel Black siempre ha sido un *playboy* narcisista.

—En esa tengo que darle la razón, tío. Yo tampoco creo que Black se suicidara. No tiene sentido. Iba a recuperar a su chica. Era feliz.

Ladeo la cabeza y miro atentamente las oscuras pupilas de Gage.

—¿Iba a recuperarme? —pregunto, confusa.

Robert hace una mueca y se frota la barbilla, cubierta por una oscura barba incipiente.

—Sí, tenía un plan malicioso para volver a conquistarte. Se sentía fatal por su última bromita —alza los hombros como excusándose y añade a modo de explicación—. Es una bestia retorcida.

—Yo no sé qué pensar —interviene Emma—. Los famosos suelen hacer locuras así.

—¡Él no! —gritamos Gage y yo a la vez.

Ella sonríe avergonzada y parece encoger en el sofá.

—De acuerdo —Robert vuelve a sentarse, visiblemente más tranquilo—. Digamos que hay alguien detrás de todo esto. ¿Quién y por qué?

Muevo la cabeza.

—Pensemos. ¿Enemigos conocidos?

Gage suelta un bufido.

—Todos los maridos cornudos de Nueva York.

—Y las esposas casquivanas —puntualiza Emma.

Él se gira hacia ella y la mira con el ceño fruncido.

—¿Quién dice casquivana hoy en día?

Bueno, lo que faltaba. Otro duelo. Empiezo a masajearme el ceño para calmar el horrible dolor de cabeza que me provocan estos dos.

—Esa no es la cuestión, Gage —dijo resoplando—. Gracias por tu intervención.

Me dedica una amplia sonrisa.

—De nada, preciosa.

Chasqueo los dedos con impaciencia.

—Venga, ideas, ideas. Quiero que me contéis todo lo que sepáis sobre Mary.

Gage me mira con incompreensión.

—¿Quién coño es Mary?

—¿Qué tiene que ver Mary con todo esto?

—Wesley dice que ella es la clave —le respondo a Robert, ignorando la pregunta de Gage.

Los ojos azules de Robert parpadean sorprendidos.

—¿Wesley está metido en esto?

—¡¿Quién coño es Wesley?! —grita Gage, desquiciado.

—¡El guardaespaldas! —exclama Emma, irritada—. ¡Menudo amigo! Hasta yo lo sabía.

—Porque eres una sabelotodo —repite él con burla.

Entorno los ojos. Esto no lleva a ninguna parte.

—A ver, ¿por qué no vais los dos a comprar algo para cenar mientras Robert y yo seguimos con nuestra investigación criminal? Está claro que no sois de mucha ayuda y no hacéis más que estorbar.

Gage se levanta del sofá y asiente.

—Me parece bien. Voto por un chino. ¿Alguien respalda mi propuesta?

—¡Chino! —escupe Emma con desprecio mientras se pasa una mano por sus perfectas ondas oscuras—. ¡Qué vulgar! Yo elijo un italiano.

Él se encoge de hombros.

—Las pizzas también molan —y dicho eso en tono muy serio, empieza a andar hacia la puerta con las manos hundidas en los bolsillos de su vaquero azul.

Emma se inclina sobre mí para susurrarme:

—Cuando dijo pizzas... bromeaba, ¿verdad?

Sacudo la cabeza, muy divertida.

—Me temo que no. Los conocimientos de Gage sobre la cocina italiana no van más allá de las pizzas.

—Es de Texas —susurra Robert, como si eso lo explicara todo.

Yo parpadeo, asombrada.

—¿Es de Texas? Gage, ¿eres de Texas?

Él se gira hacia mí, con una pícaro sonrisa en las comisuras de su boca.

—¡Jiiii Jaaaaa! —dice a modo de contestación.

Dejo escapar una risita. La cosa promete. Casi puedo imaginarme su primera cita. Ella hablaría sobre la moda de los años sesenta y Gage sobre la tenencia ilícita de armas. Una pareja fascinante.

—Si Nathaniel y yo somos la dama y el *playboy*, estos dos son la dama y el *cowboy* —me mofo.

Robert ahoga la risa. Emma, a cambio, me mira enfurruñada. Está claro que a ella no le hace mucha gracia toda esta situación.

—¿Vienes, preciosa? —grita Gage, de pie al lado de la puerta.

Emma entrecierra los ojos, suelta una palabrota en voz muy baja y se gira hacia él.

—Supongo que me dará tiempo de quitarme el camisón.

Los dientes de Gage se asoman bajo una sonrisa malvada.

—Si necesitas mi ayuda con eso, solo tienes que pedírmela.

Ella bufó, Robert se ríe entre dientes y yo sacudo la cabeza con incredulidad.

—Estaré fuera —informa Gage, en cuando Emma entra en la habitación para cambiarse.

—¿Y tú qué? —interrogo a Robert, nada más quedarnos solos—. ¿Tienes alguna novia por ahí?

Su atractivo rostro se ilumina con una sonrisilla.

—Unas cuantas.

Impactantes ojos azules, camisa de mangas arremangadas, pelo despeinado, muchas novias y sonrisa maliciosa. Sí, es un Black.

—¿Por qué pensáis que esto tiene que ver con lo de Mary? —baja la mirada al suelo y sacude la cabeza, desconcertado—. Quiero decir, eso pasó hace casi veinte años.

Me levanto de mi butaca y me dejo caer a su lado, en el sofá. De reojo, veo a Emma, ataviada con sus mejores galas —¿quién va a comprar pizzas con un vestido morado de *Just Cavalli*, por el amor de Dios?—, salir por la puerta.

—Wes piensa que todo esto se remonta a los tiempos de Mary. ¿Qué sabes del novio de ella? ¿Conoces su nombre?

Robert se lo piensa durante largo momento y al final hace un gesto de negación.

—Yo aún iba al instituto cuando pasó aquello. Vivía en Atlanta, con mi madre. Según te imaginarás, Nate no me contaba sus cosas. Lo único que sé es que, tras su muerte, él fue a rehabilitación durante meses por un grave problema con las drogas. Nada más.

Cojo su mano entre las mías y retengo su mirada.

—¿Hay alguien que tenga esa información? Piénsalo bien, por favor. Esto es muy importante. ¿Quiénes eran los amigos de Nate en aquel entonces?

—Un tal Donovan... pero está muerto. Era adicto a la heroína y murió de una sobredosis hace cinco años.
¡Maldición! Seguro que ese novio es la clave. ¡Siempre es el novio! Si tan solo pudiera averiguar su nombre...

—Escucha, Catherine, he hablado con el médico hoy. No está siendo muy optimista.

Me quedo paralizada, y mi espalda y mi cuello se vuelven rígidos de pronto.

—Va a... —la voz me falla y no soy capaz de formular esa palabra tan aterradora.

Robert lo niega.

—No lo creo. Está estable. Pero no saben cuándo va a despertar del coma... si es que despierta. Deberías pensar seriamente en alquilar un piso en Nueva York. Esto va a ser largo.

Y lo es. Largo y muy doloroso. Me destroza verle en esa cama de hospital, día tras día, sin moverse, sin mirarme y sin hablar conmigo. Poco a poco su rostro ha ido sanándose. Los moratones y los cortes se han curado. Vuelve a lucir tan atractivo y perfecto como siempre, solo que está tan pálido como un cadáver. Han pasado tres semanas. No he conseguido averiguar nada más, ni el nombre de aquel misterioso novio, ni ningún otro dato de interés. Ni yo, ni Wesley y creo que ni siquiera el tiburón Parker. Entre tanto, Emma y yo alquilamos el otro ático del edificio de Nathaniel. Siempre que salgo de casa, me pregunto si el asesino podría haber sido el conserje. Hay que admitir que Jerrod es un poco tenebroso. He tenido que descartarle solo porque en el momento de la muerte de Mary tendría como cinco años. Estoy en punto muerto. Y Nate se niega a abrir los ojos. La desesperación se apodera de mí a medida que pasan los días.

No hay nadie en la habitación. Solo estamos él y yo, envueltos en un silencio mortuario. Hay días en los que le leo alguna cosa o le pongo música, pero hoy me limito a contemplar su distante rostro. Paseo la mirada por sus esculturales rasgos, una y otra vez. Ni uno solo músculo de su cuerpo se mueve. *¿Por qué no se mueve? ¡Joder! ¿Por qué no abre los ojos? ¡¿Por qué no abre los putos ojos?! Entonces, en uno de mis ya frecuentes momentos en los que me abandona toda lucidez, me inclino sobre su cama.*

—Los médicos dicen que no puedes oírme —le susurro al oído—, pero yo sé que eso no es cierto. Y quiero que sepas que pienso que eres un capullo. Sé que estás haciendo esto aposta, solo para torturarme y volverme loca y, para que lo sepas, no lo estás consiguiendo. Así que déjate de jueguecitos. ¡Abre los ojos y enfrentate a esto como los hombres de verdad! —lo insto, a través de mis dientes apretados.

Al ver que no reacciona, me abalanzo sobre él y empiezo a sacudir su cuerpo, incapaz de controlar la repentina ira que hierve en mi interior.

—¡Abre los putos ojos, maldito seas! —golpeo violentamente su pecho varias veces, pero su rostro pétreo no se inmuta—. ¡Abre los condenados ojos y mírame cuando te hablo, joder!

Me dejo caer al suelo a su lado, con el rostro descompuesto de dolor, la cabeza entre las manos y la espalda apoyada contra el radiador.

—Por favor —baluceo agotada, con lágrimas de pura agonía brotando de mis ojos—, te lo suplico, Nate, abre los ojos... —guardo silencio mientras lloro sin control—. Querías que suplicara, ¿no es verdad, hijo de puta? —le grito, otra vez furiosa, alzando la mirada hacia su cama—. ¡Pues te lo estoy suplicando ahora! —me pongo de rodillas— Por favor... por favor... solo... solo mírame —musito en voz apagada—. ¡Mírame! —ruego—. Estoy de rodillas delante de ti, implorándote que abras los ojos...

Estoy segura de que he perdido por completo el juicio. Paso de un estado a otro con la rapidez de un bipolar. Ahora estoy riéndome, ahora chillo, ahora estoy contenta de nuevo. Ni el mismísimo Freud conseguiría entenderme.

Permanezco de rodillas durante varios instantes, llorando, hasta que todo cesa: los sollozos, los llantos, los gemidos de dolor. Ya no tengo lágrimas para verter. Miro de nuevo su rostro, tan sereno, como si de una estatua se tratase, y me doy cuenta de que no va a abrir los ojos. Así que me levanto, recupero la compostura y me acerco a su cama.

—Por cierto —le susurro al oído—, ayer besé a tu amigo Gage Carey. Solo quería que lo supieras. *Au revoir.*

Cojo el bolso y salgo por la puerta medio sonriendo. En el pasado, eso habría sido suficiente para conseguir que Nathaniel reaccionara. Veremos a ver si su deseo de vengarse es más poderoso que el coma. Complacida por mi propia maldad, me despido con un gesto de la mano de los dos agentes federales que siempre están en la puerta y vuelvo a casa.

Dos meses después:

Miro ese cuerpo inerte tendido en una camilla de hospital mientras coloco un ramo de rosas negras encima de su mesilla. ¡Ojalá pudiera verlas! *¡Pero no puede! ¡No puede verlas, Catherine, porque hace tiempo que se fue! ¡Se fue y nunca más volverá! ¿Por qué no eres capaz de comprenderlo?* grito para mis adentros.

Y al admitirme eso a mí misma, al reconocerme que lo he perdido para siempre, me derrumbo. Me cubro el rostro con las dos manos y rompo a llorar desconsoladamente. No soy capaz de mantenerme en pie, así que me deslizo hacia abajo, hasta que noto el frío mármol en las rodillas. Apoyo la frente contra su mano y cierro los ojos.

—Castígame —sollozo—. Destruyeme. Redúceme a cenizas una vez más o... clavame un puñal en el corazón, me da igual, pero quédate conmigo. Dijiste que siempre estarías aquí. No puedes dejarme sola... ¡Lo prometiste! ¡Maldito seas! ¡Cumple con tu promesa! No me dejes sola... —mis lágrimas se escurren encima de su mano y, acto seguido, se deslizan hacia la blanca sábana—, No me dejes sola... no... no... ¡NO! —los llantos se convierten en desgarradores gritos.

Tan absorta estoy en mi agonía que ni siquiera me doy cuenta de que se abre la puerta hasta que noto los brazos de Robert a mi alrededor, levantándose del suelo.

—Eh, ¿qué ha pasado?

—No va a volver, ¿verdad? —pregunto entre hipos, con el rostro bañado por las lágrimas.

—¡Claro que sí! ¡Eh, mírame! —me eleva la cara y me enjuaga las lágrimas con la palma de su mano—. ¡Va a volver! ¿Me has oído, Catherine? Mi hermano va a volver.

Sacudo la cabeza con desesperación.

—No... Han pasado casi tres meses y no hay ningún cambio. ¡No hay nada! ¡Míralo! Nada... ¡No queda nada dentro de él! ¡Se fue y me dejó sola! —sin fuerzas, me dejo caer al suelo. Robert me sigue, sin romper el abrazo—. Me prometió que siempre iba a estar aquí... que nunca iba a dejarme sola... No era más que otra de sus mentiras. ¡Una mentira! —baluceo entre llantos—. No cumplió con su promesa. Nunca cumple con sus promesas.

Con los ojos cargados de lágrimas, se abraza más fuerte a mi cuerpo tembloroso.

—Chissss... Tranquila. Te prometo que todo va a salir bien —murmura, besando mi pelo.

—Las promesas de un Black valen una mierda para ella, hermano.

Y entonces se hace el silencio. Y tras ese opaco silencio, sigue una densa niebla que me agarra entre sus brazos, arrastrándome hacia lugares desconocidos, oscuros y espantosos. Quiero volver hacia la luz. Quiero aferrarme a las voces que, de vez en cuando, consiguen romper el velo y llegar hasta mí, pero mi cerebro debilitado de dolor se niega a obedecer. Así que, sencillamente, dejo caer los párpados y me precipito por el hondo pozo que se abre bajo mis pies.

Lo primero que veo son sus ojos. Esos maléficis ojos azul marino, rodeados de largas y oscuras pestañas. Luego sus sensuales labios curvados en una sonrisa. Parpadeo varias veces. *He debido de morir y ahora estoy en el Paraíso. ¿Paraíso? ¿Nathaniel Black está de pie delante de ti! Debe de ser el infierno.*

—Si llevo a saber que me haces este recibimiento, me quedo en coma otros tres meses más.

Alargo una mano temblorosa y deslizo las yemas de los dedos por su oscura barba incipiente.

—Has... —la conmoción me impide hablar. Trago en seco varias veces seguidas— has... ¿vuelto?

Se inclina sobre mí y besa mi frente. Cierro los ojos cuando sus cálidos labios se apoyan contra mi piel. No hay palabras en el mundo que puedan expresar lo mucho que he echado de menos su contacto.

—Una promesa es una promesa, ¿no?

No sé de dónde consigo las energías, pero me abalanzo sobre él y me agarro a su cuello con tanta fuerza que noto cómo su cuerpo se tambalea.

—Eh, preciosa, despacio. Aún estoy débil.

—Perdón —me aparto, arrepentida—. Lo siento. Es que te había echado mucho de menos.

Mis ojos vuelven a cargarse de lágrimas, solo que esta vez no tengo pensado lloriquear como una niña. No con él observándome de manera tan intensa. Esta vez voy a comportarme como la dama que soy. Voy a fingir una sonrisa y voy a recuperar la compostura. Y eso hago.

Él, meditabundo y ausente, se sienta en una de las butacas que hay al lado de mi cama. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que no es mi cama, es la suya. Estamos en su habitación del hospital.

—Qué...

—Te has desmayado —me informa, mirándome fijamente, de una forma muy tenebrosa—. Tu débil corazón no pudo con el impacto producido por mi angelical vocecita.

Hago un mohín.

—No estoy para bromitas —me acomodo el cojín y apoyo la espalda contra él—. ¿Cómo estás? Los médicos dijeron que si volvías... tan vez... —me entran calores solo de pensar en el cruel diagnóstico que nos dieron al principio— tal vez no... en fin... que no serías igual.

Medio sonrío, aunque el gesto no pasa más allá de sus labios.

—Los médicos son idiotas. Y no me conocen. No te preocupes, muñequita, todas las partes de mi cuerpo están perfectamente bien —hace una mueca divertida, se inclina sobre mí y me susurra en tono confidencial—: y cuando digo todas, quiero decir... *todas* —énfatisa la palabra, alzando las cejas con gesto burlón.

Sacudo la cabeza con incredulidad. Hay cosas que nunca van a cambiar.

—De acuerdo. No hace falta que lo jures.

Se ríe entre dientes.

—Bromas aparte, me han examinado mientras tú dormías y han dicho que estoy bien. Aun así, quieren hacerme más pruebas.

—¿Cuándo?

Se encoge de hombros con indiferencia.

—Ni lo sé, ni me importa. No pienso hacerlas. Como he dicho, estoy perfectamente bien.

—Nate...

—No me des el sermón, ¿vale? Lo único que quiero es salir de este estúpido hospital. Y un cigarrillo. ¿Sabías que no se puede fumar aquí dentro?

Le pongo mala cara. Durante unos instantes, ninguno de los dos habla. Me he imaginado este momento miles de veces. He pensado en todo lo que le diría al tenerle de nuevo delante de mí, y sin embargo ahora, soy incapaz de encontrar las palabras.

—Has estado durmiendo durante diez horas seguidas —dice en voz baja—. ¿Cuánto tiempo llevabas sin dormir?

Me tomo mi tiempo en contestar porque sé que no va a gustarle mi respuesta. Su rostro se endurece a medida que el silencio se vuelve cada vez más incómodo.

—Unos cuantos meses... tal vez —la voz me sale ronca al confesarlo.

Nathaniel entrecierra los ojos, pero eso no me impide ver lo desolado que está.

—Meses... —murmura, ausente.

—Nate, yo...

—Lo siento —me interrumpe, con voz trémula—. Siento haberme comportado como un idiota la última vez que hablamos. Estaba tan furioso contigo... estaba tan herido que... y sé que no es una excusa... —suelta el aire ruidosamente al cruzarse nuestras miradas—. Perdí el control, como siempre hago. Estaba equivocado. Lo siento. Lo que te dije... yo... nunca pienso las cosas que digo.

Guardamos silencio.

—De verdad que lo siento, amor —repite, susurrante.

Me trago el nudo de emoción de la garganta y sonrío, apenas.

—Es igual. Yo tampoco he sido un modelo a seguir, precisamente. También siento lo que te dije. No iba en serio.

Se levanta de su silla, se arrodilla delante de mí y coge mi mano entre las suyas.

—Iba a verte.

—Lo sé —musito, con la emoción atenazando mi garganta—. Me dijo tu madre que tenías un vuelo...

—No... —me detiene, sacudiendo la cabeza—. Me refiero a que iba a verte mucho antes de tu despedida de soltera. Meses antes. Mandé a Wes a Londres y me dijo que estabas saliendo con aquel idiota, Jonathan *lo-que-sea*. Entonces me di cuenta de que estaba perdiéndote. Y eso me aterraba. Supongo que una parte de mí no estaba preparada para dejarte marchar.

—¿Y qué fue lo que te lo impidió? —me obligo a preguntar, al ver que se detiene. Parece tan abatido, tan horriblemente triste.

—Compromisos laborales. Empezamos a grabar el *El Oscuro Secreto* de forma precipitada y tuve que irme a la India durante unos cuantos meses. Cuando volví a Estados Unidos, estabas ya prometida y yo... —tensa la mandíbula, baja la mirada al suelo y resopla hastiado— yo perdí el norte... un poco —sus penetrantes ojos se clavan de nuevo en los míos—. Perdí el norte bastante, a decir verdad, pero prometo que a partir de ahora me comportaré.

Le dedico una sonrisa tan radiante que deja de fruncir el ceño, relaja la expresión del rostro y su mirada se suaviza. Sabe que está más que perdonado, por todo.

—Tenemos un trato.

Le ofrezco una mano que él aprieta como el hombre de palabra que es. De manera firme y con fuerza. Mucha fuerza. Demasiada fuerza. ¡Duele!

—¿De verdad besaste a Gage Carey? —gruñe a través de los dientes apretados.

Mis ojos se abren de golpe. Retiro la mano con brusquedad puesto que su agarre me hace cada vez más daño. ¡Ay, madre! Se me había olvidado que le dije eso. ¡Malditos médicos! ¿Es que no dan una? Dijeron que no podía oírme.

—Ejem... bueno, en realidad fue más bien un... eh... un besito tonto entre amigos —convenientemente y por pura malicia, se me escapa mencionar que en realidad pretendía besar su mejilla, pero hubo un problemilla de coordinación.

Nathaniel gira sobre sus talones de forma brusca y empieza a andar hacia la puerta hecho una furia. ¡Lo que siempre había soñado!

—¿Adónde demonios vas? —le grito.

—¡A llamar a mi padre! —me responde, enfurecido—. Ningún hombre decente está a salvo contigo suelta.

Cruza el umbral de la puerta.

—¡Tu padre es gay! —grito tras él al mismo tiempo que se cierra la puerta.

Solo pasan dos segundos hasta que Nathaniel Black vuelve a entrar. Camina hacia mí con el ceño fruncido, mirándome con suspicacia.

—¿Cómo demonios sabes tú eso?

Me peino las ondas con los dedos, fingiendo estar mirando las musarañas.

—¿Qué iba a decirte, Nate...? ¡Ah! ¿Sabías que alquilé el otro ático de tu edificio? Sip. Ahora somos vecinos. Es una casa preciosa. Amplia y luminosa. El salón da hacia la Quinta Ave...

—Mi hermanito abrió su corazoncito contigo, ¿verdad? Te contó más de lo que debía.

Entorno los ojos y resoplo.

—Puede que le tirara un poco de la lengua.

—Mm... ¡qué maquiavélico! Aprovecharse de un pobre muchacho débil, usando tus sucias artimañas. Sabía yo que tú tenías potencial.

Hago una mueca adorable.

—Alguien me ha enseñado que hay que hacer lo que es necesario para obtener lo que uno quiere.

Medio sonrío, camina hacia la ventana y se queda durante un largo momento contemplando las vistas, de espaldas a mí.

—Ese *alguien* es un hombre inteligente —susurra.

—¿Nate?

—¿Mmm? —murmura distraído.

—¿Qué hacemos ahora? —me encojo de hombros—. Quiero decir... ¿volvemos?

Gira hacia mí su pétreo rostro.

—¿Volver? ¿Tú y yo? Como... ¿novios?

Asiento, aguardando su respuesta con el corazón martilleando dentro de mi pecho. Sin embargo, su respuesta no llega. Se acerca a mí con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones. Parece angustiado, triste, apacible. ¿Por qué iba a estar angustiado, triste y apacible? Esto es lo que siempre ha querido: a mí suplicando y jugando a sus estúpidos jueguecitos. ¿Por qué no parece feliz?

—Creo que... verás, Catherine, creo que deberíamos tomarnos un tiempo para... —arruga la frente y sacude la cabeza— no sé, simplemente decidir qué es lo que queremos de la vida. ¿Sabes?, parece que siempre vamos a contratiempo, por alguna razón. Cuando quiero estar contigo, resulta que te casas. Cuando quieres estar conmigo, resulta que meto la pata. Luego sufro un accidente de coche... No sé... Estoy algo confuso.

Al mirar su rostro atormentado, me invade un extraño cúmulo de sentimientos: una mezcla de furia, recelo y algo de desesperación. ¡No puedo creer que esté diciéndome esto! No, sencillamente no puedo creerlo.

—¿Confuso?! —repito, pasmada—. ¡Me has hecho vivir un calvario todos estos meses! Me he vuelto loca pensando que te perdía y ahora vienes y... y... me dices que estás... ¿confuso?! ¿Qué coño quieres decir con eso?

Incapaz de recuperarme del impacto que acabo de recibir, me paso las dos manos por el pelo mientras sacudo la cabeza con incredulidad.

—¡Estás confuso! —le grito, furiosa—. Mira, ¿sabes qué? ¡Olvídalo! ¡A la mierda todo!

Me levanto de la cama bruscamente. Rastreo la habitación con la mirada, intentando localizar mis zapatos y mi bolso.

—¡Eh, para el carro! —como no le hago ni caso, me agarra por los hombros y me detiene—. Solo digo que deberíamos ir despacio esta vez. Las últimas veces salí mal y no quiero volver a arriesgarle a perderte. Tú eres lo más importante que tengo.

Sus ojos azules parecen sinceros, pero yo estoy demasiado cabreada y, además, acabo de ver los zapatos, así que me deshago de sus manos, me calzo, agarro mi bolso y salgo por la puerta.

—¡A esto le llaman amor! —vocifero por los pasillos del hospital.

—¡Es un cabrón! —protesto enfurecida, acabando mi copa de Martini de un solo trago.

Emma me mira con una ceja alzada.

—¿No crees que estás exagerando un poquito?

La miro sin dar crédito.

—¿Exagerando? ¿Yo? ¿A ti te parece esto normal? ¡Está confuso, el muy señorito!

—¿Y qué esperabas que dijera? —repone ella, levantando el tono—. El hombre acaba de despertar del coma. ¡Está en su derecho de estar confuso!

Disgustada, le hago un gesto al camarero para que me sirva otro Martini.

—Y yo estoy en mi derecho de estar cabreada.

—¿Sabes lo que creo yo, Catherine? Qué vosotros dos no sois felices si no discutís el uno con el otro. Las peleas forman parte de vuestra retorcida relación y por eso siempre hacéis tormentas en un vaso de agua.

Hago una mueca enfurruñada mientras sopeso la idea. Está claro que Emma lleva razón, pero no lo admitiría ni durante una tortura con agua putrefacta.

—Nuestra relación no es retorcida —mascullo, malhumorada.

Mueve la cabeza lentamente.

—Es lo siguiente. Mira, creo que deberías dejarle un poco de espacio. ¿Por qué no salimos esta noche de fiesta? Tú, yo, Robert... Gage. Hay que celebrar que Nate ha vuelto a las andadas.

Sonríó al ver el rubor que adquieren sus mejillas al susurrar el nombre de Gage. Sé que le gusta y también sé cuánto le gusta. Es que los chicos malos tienen algo irresistible.

—Está bien. Iré. Pero con una condición.

Enarca una ceja.

—¿Cuál?

Le dedico una sonrisa maliciosa.

—Quiero tu vestido morado de *Just Cavalli*.

—¡Catherine! —me riñe, indignada—. Tú no haces nada gratis, ¿verdad?

Mi rostro adopta una expresión dulce.

—Nop.

—Ese vestido es demasiado corto para ti. Con tu metro setenta de altura, vas a conseguir que solo te tape el trasero.

—Lo sé —doy unas cuantas palmaditas de entusiasmo— Es perfecto para mí.

Mi mejor amiga sacude la cabeza y me ofrece una miradita cargada de reprobación. Yo, aunque sonrío como la niña dulce que pretendo ser, pongo los ojos en blanco para mis adentros. Llevaba razón Lilly al decir que la señorita Bennett siempre quiere sermonearnos.

—Tienes que avisar a Gage y a Robert —le digo, buscando mi *iPhone* por todo el bolso. Como siempre, no aparece—. Yo buscaré un antro decente en Google. Quiero un reservado VIP, con champán escandalosamente frío y todos los lujos. Tiraremos la casa por la ventana hoy. Estoy deprimida.

Se acaba la copa antes de hablar.

—O sea, en cristiano: piensas cogerte la cogorza del siglo.

Le lanzo una mirada escandalizada, aunque hay que admitirlo, ese es mi malicioso plan.

—¡Yo jamás me cojo cogorzas! —exclamo, ofendidísima—. Soy una dama.

—Y yo la madre Teresa. Voy a hacer unos recados y a llamar a mi madre. Estate preparada a las diez.

Me paso una mano por el pelo y le sonrío. Emma se levanta, agarra su bolso y sale por la puerta del bar. Decido quedarme un tiempo tomando Martini. Habrá que ir calentando. Tras la quinta copa, estoy tan mareada que llamo a la tía Agatha y le pido disculpas por todo. Ella se disculpa también, así que ya estamos en paz. Si no llamo a todos mis ex novios, solo es porque no conservo sus teléfonos. Pero este habría sido un buen momento para disculparme por todas mis malas acciones. Ya en paz conmigo misma, vuelvo a casa y me preparo para la fiesta.

El vestido morado de Emma, tal y como ella ya ha sentenciado, solo me tapa el trasero. De hecho, es tan corto que Robert, en cuanto me ve subir a la limusina negra que nos espera delante del portal, se quita su cazadora vaquera y me la ofrece.

—No, gracias —rehúso, moviendo la cabeza—. No tengo frío. Además, tu cazadora no pega con mi vestido.

—Mi hermano sería capaz de matarme si se entera de que te he dejado salir así de casa —me explica mientras usa la prenda para taparme las piernas.

La aparto de un manotazo, con los ojos entornados.

—¡No seas nenaza, Black! Te recuerdo que soy mayor de edad y no necesito permiso de nadie para vestir. Soy una mujer moderna e independiente. Y tu hermano no tiene ningún derecho sobre mí.

—Esa es la actitud —me apremia Carey divertido, sentado al lado de Emma.

Mientras seguimos hablando o, mejor dicho, mientras Robert intenta convencerme para que me tape, la limusina se detiene delante de un club de pijos de Manhattan. Nos bajamos los cuatro y entramos sin necesidad de esperar a la enorme cola que, prácticamente, está dando la vuelta a la manzana. Esto de salir con famosos mola.

Una vez dentro del club, tenemos que subir unas cuantas escaleras para acceder a nuestro reservado, donde nos espera una botella de champán casi helado, tal y como he solicitado.

—Has elegido el mejor club de todo Nueva York, angelito. Tienen una lista de espera impresionante. ¿Cómo has conseguido este reservado?

—He dejado caer el nombre de Nathaniel Black —le grito, puesto que la canción de *Usher* no nos permite comunicarnos de otra manera.

—Habrá que beber en su nombre entonces.

Con una sonrisilla jugueteando en las comisuras de sus labios, Robert coge la botella de champán, la agita un poco y la abre ruidosamente, salpicándonos a Emma y a mí, para la diversión de Gage Carey. Nos reímos los cuatro con buen humor mientras alzamos las copas para brindar.

—Vaya, vaya, vaya. Así que los cuatro fantásticos han decidido montar la fiesta de las camisetas mojadas —remarca una voz burlona a mis espaldas, lo bastante alto como para hacerse escuchar.

Unos cuantos pensamientos asesinos cruzan mi mente, pero agito la cabeza para bloquearlos.

—¿Te chivaste a tu hermano de que íbamos a salir? —le recrimino a Robert.

—Yo no le dije nada —se defiende este—. Si hasta hace veinte minutos ni siquiera sabía el nombre del club. Y en los últimos veinte minutos, tú has estado conmigo.

Cierto. ¡Maldición! Me giro hacia Nathaniel, quien está apoyado contra nuestra mesa con aire de despreocupación y los brazos cruzados a la altura del pecho. Me estremezco ante esa imagen de él, horriblemente guapo, con sus vaqueros oscuros, una camiseta blanca, a través de la cuál puedo observar todos sus esculpados músculos, y su chaqueta de cuero favorita. Su pelo está igual de despeinado que siempre, su sonrisa de chico malo ha vuelto y sus ojos desprenden gran cantidad de malicia. Definitivamente, hay cosas que nunca van a cambiar.

—En efecto, querido señor Black —le digo con dulzura, sosteniendo su mirada—. Los cuatro fantásticos han montado una fiesta a la que usted no está invitado, así que ya puede levantar sus arrogantes posaderas de nuestra mesa. Gracias.

Una sonrisa de lado cruza su cara.

—¿Una fiesta en el Upper East a la que a mí no me han invitado? ¡Vaya! Veo que han cambiado las cosas en estos tres meses.

—Y muchas más que van a cambiar. Ahora si me disculpas, quiero bailar.

—Oh, por supuesto —dice con falsa amabilidad, pero sin apartarse de mi camino.

Pongo cara de exasperación cuando él, en vez de moverse, lo que hace es agarrarme una mano y arrastrarme hacia la escalera.

—¿Pero qué demonios crees que estás haciendo? —le chillo mientras intento, en vano, liberar mi mano.

—Has dicho que quieres bailar, ¿no? ¡Bailemos, pues!

—¡Pero no contigo!

—Millones de mujeres matarían, *literalmente*, por bailar conmigo, amor.

—Yo no soy una de ellas, gilipollas presuntuoso.

Para nada intimidado a causa de mis duras palabras, me obliga a bajar por la escalera hasta la primera planta, donde nos mezclamos entre la gente, cogidos de la mano.

Agarra mi cintura y me arrastra hacia él, hasta que nuestros cuerpos chocan con agresividad. Tiene pinta de estar cabreado y he de admitir que no podría importarme menos. La que debería estar cabreada soy yo. Al fin y al cabo, está estropeándome la noche. *No seas embustera, Catherine*, me susurra el demonio cascarrabias. *Bailar con él es lo mejor que te ha pasado en años*. Si no le saco la lengua a la diablilla es solo porque él está mirándome sin parpadear.

—Me divierte que hayas elegido justo este club.

Empezamos a movernos. Intento alejarme un poco de su pecho, puesto que mi cuerpo tembloroso puede delatar el efecto que su proximidad produce en mí, pero no lo consigo.

—¿Y eso a que es debido? —pregunto, como si no supiera de qué está hablándome.

—Este es el club donde tú y yo hicimos cosas muy malas, amor —me susurra, con la boca pegada a mi oído—. ¿O es que ya no te acuerdas de ello?

Sus dientes se clavan en el lóbulo de mi oreja y yo doy gracias a Dios de que la música esté tan alta. De lo contrario, se habría enterado del patético gemido que escapa de lo más profundo de mi garganta.

—No, no me acuerdo. Estoy confusa.

Suelta una risa.

—Búscate tus propias frases, princesa.

—Búscate tu propio club, *playboy*.

Medio sonrío y sus ojos brillan de pura malicia. ¿Por qué tiene que ser tan jodidamente guapo y tan malo a la vez? ¿Por qué no podía ser un chico bueno? Suspiro al darme cuenta de que, si Nathaniel Black fuese un chico bueno, yo no le querría.

Sin apartarse ni un milímetro de mí, coloca las dos manos en mi trasero y empieza a restregar mi estómago contra su erección de una forma lenta, sensual y muy sugerente. No puedo con esto.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gruño entre dientes.

Me sujeta con tanta fuerza que no soy capaz de apartarle.

—¿No es evidente? Estoy bailando, amor.

—¡Estás frotándote como un desviado en celo!

—¡Oh, no, qué escándalo!

Me trago una réplica sarcástica, limitándome a bailar con él y a ignorar, dentro de lo posible, el intenso deseo que envuelve todo mi ser. Vale, eso no es cierto. No soy capaz de ignorar nada porque mi entrepierna ya está húmeda y palpitando, y mi cerebro solo puede pensar en una cosa: sexo intenso y sucio con Nathaniel Black.

—¿Estás muy enfadada conmigo? —me pregunta con falsa dulzura, elevando mi barbilla para poder mirarme a los ojos.

Hago un mohín.

—¿Serviría de algo?

Me lanza una sonrisa adorable.

—Nop.

—Entonces no.

Contengo el aliento cuando sus palmas se arrastran por mi espalda, subiendo y bajando, dejando rastros de fuego por el camino. Su rostro está tan cerca del mío que su ardiente respiración se cruza con la mía.

—Qué posibilidades hay de que tú y yo... —se detiene.

Enreda una mano en mi pelo, echa mi cabeza hacia atrás y, apoyado contra mí, empieza a jugar con su lengua en la base de mi cuello.

—Acabemos...

Una mano suya se desliza por debajo de mi vestido, aparta mis bragas y me roza el sexo. Sonríe con satisfacción al darse cuenta de que ya estoy mojada.

—Juntos... —introduce un dedo en mi interior, haciendo que de mi garganta brote un gemido gutural de puro placer— en mi cama... —otro dedo sigue al primero— ¿esta noche? —murmura, de nuevo con los labios pegados a los míos.

Estoy deshaciéndome de placer, jadeando y temblando sin control.

—Nulas —me obligo a murmurar.

Medio sonrío antes de clavar los dientes y tirar de mi labio inferior, sin dejar de penetrarme con sus dedos de una forma absolutamente enloquecedora.

—¿Estás segura, amor? —susurra, y ahora empieza a girarlos.

Un grito escapa de mi garganta.

—Nunca he estado tan segura de algo.

—Mentirosa.

Masajea un punto concreto de mi interior mientras sus labios se adueñan de los míos. No hago nada para detenerle, sino que mi lengua se hunde en las profundidades de su boca y se encuentra con la suya en una lucha agresiva e implacable.

—Puedo hacer que te corras de mil maneras distintas si quiero —me dice, entrando y saliendo muy despacio.

—Oh, Dios...

Cuando clava de nuevo los dedos en mi interior, explota. Los espasmos del orgasmo envuelven mi interior, sus dedos y todo mi ser con tanta fuerza que, si su fuerte cuerpo no estuviera apoyado contra el mío en este instante, sé que no sería capaz de mantenerme en pie.

Retira ambos dedos y se los lleva a la boca.

—Mmmm... —ronronea, chupándolos—el mejor sabor del mundo. Tú.

Miro afectada esos ojos azules, oscurecidos por el deseo, y me doy cuenta de cuál es la cruel realidad: soy adicta y el único capaz de calmar mi ansia es Nathaniel Black. Pensaba que lo nuestro se había acabado. Pues estaba muy equivocada. ¡Lo nuestro nunca va a acabar! Este no es el fin, sino el comienzo del segundo acto. Ahora que mi mente se ha serenado, soy capaz de ver que este ha sido nuestro destino desde el principio: devorarnos el uno al otro sin piedad.

Supongo que una oscura parte de mi cerebro siempre lo ha sabido. Aquel día cuando nuestras miradas chocaron por primera vez, los dos nos dimos cuenta de que estábamos predestinados a ser más que amigos. Ninguno de nosotros quería que esto pasara. Enamorarnos de forma tan intensa no entraba en nuestros planes, así que hemos luchado para evitarlo. A lo largo de estos años, los dos hemos cometido errores horribles y hemos ocultado cosas, pero lo cierto es que hagamos lo que hagamos, Nathaniel Black y yo siempre vamos a ser lo que somos: *adictos*.

En cuanto entramos en su ático, me abalanzo sobre él y empujo su cuerpo hacia la pared. Nathaniel cierra la puerta de una patada, agarra mi rostro entre las manos y posee mi boca con esa violencia tan habitual en él. Sin romper el beso, empezamos a andar a trompicones hacia el sofá.

Una vez allí, tira de la cremallera de mi vestido con impaciencia, mientras que yo le quito la chaqueta y la camiseta.

—Te he echado mucho de menos —me susurra, con la boca bajando por mi escote.

Cuando ya estamos los dos desnudos, me agarra de una mano y me arrastra por el pasillo hasta la biblioteca. Pasa una mano por la madera maciza del escritorio, arrojando al suelo todos los objetos que había encima: una botella de *bourbon* a medio beber, un cenicero, su foto en ropa interior, su portátil y unos papeles. Me coge de la cintura con las dos manos y me sube a la mesa. Con la ayuda de sus rodillas, me abre las piernas y se coloca entre ellas, con su erecto miembro presionando contra la resbaladiza hendidura.

—¿Sigues estando confusa? —me dice, empujando un poco para entrar.

—No —jadeo.

—Bien —y entra de golpe.

Domina mi cuerpo como siempre lo ha hecho, con sus manos, sus labios e, incluso, con sus dientes, poseyéndome de todas las maneras posibles mientras me aprieta contra la dura superficie de madera. Su boca no se separa de la mía ni un solo instante.

—Voy a follarte a modo de castigo —me amenaza, su lengua adentrándose dentro de mi boca con más ferocidad aún.

Esas palabras me excitan más de lo que deberían.

—¿Por qué ibas a hacerme tal cosa?

Coloca ambas manos en mis hombros, echa mi espalda hacia atrás y empieza a penetrarme con enfado. Un mechón de su oscuro cabello le cae de forma sensual sobre la frente, moviéndose cada vez que él se mueve.

—Porque me vuelves loco... —gruñe entre dientes mientras embiste con brusquedad— porque sales con otros hombres por ahí... —clava los dientes en uno de mis pezones y yo suelto un grito— porque te pones prendas que no deberías solo para sacarme de quicio...

Me agarra las caderas y empuja de nuevo, esta vez casi con violencia.

—Y porque me gusta tener el control cuando estoy follándote —añade en tono ronco.

Durante un breve instante, nuestras miradas, en las que lo único que se refleja es un primitivo deseo, se encuentran. Le sonrío, a cambio él sacude la cabeza para indicarme que no está bromeando y sale de mí. Coloca las dos manos en mis rodillas para abrirme todavía más y se arrodilla delante de mí, contemplándome de forma tan intensa que me invade un extraño sentimiento. De alguna forma, esa manera de mirarme hace que me sienta completamente desnuda, pero no a nivel físico. Es mucho más que eso. Me siento expuesta delante de él, como si su azul mirada pudiera ver mis secretos más oscuros. Nuestros ojos conectan de un modo tan especial en este momento que tengo la sensación de que él, y solo él, puede ver más allá de mis iris verdes. Más allá de mi fachada. Más allá de mis muros. Estoy convencida de que, en este instante, Nathaniel Black es capaz de ver mi alma. Igual que yo soy capaz de ver lo oscura y dañada que está la suya.

Hubo un tiempo en el que quise salir corriendo, sin mirar hacia atrás. ¡Menuda tontería! Ahora sé que nunca voy a irme a ninguna parte porque estoy enamorada de él, oscuro, dañado, problemático, retorcido y malicioso. Amo cada una de sus facetas. Cada uno de sus defectos. Esta noche, Nathaniel Black y yo estamos tan conectados que, ahora, sus demonios se han convertido en los míos. Sus temores son mis temores. Sus debilidades son mis debilidades. Por primera vez desde que lo conozco, soy capaz de ver el mundo a través de sus ojos. En este preciso instante, yo soy él y él es yo.

—Te quiero —le susurro.

—Yo también te quiero —murmura, acariciando maravillado la pálida piel de mis muslos.

Sus manos se arrastran por mis piernas arriba y abajo.

—Nate... por favor... te necesito dentro de mí.

Desliza una mano entre mis piernas y empieza a acariciar mi húmedo sexo. Emito un gemido abandonado y empiezo a ondularme contra su mano. Las esquinas de

su boca se alzan en una sonrisa pícaro.

—¿Tú me has echado de menos, amor? —murmura.

—Más de lo que debería.

Nada más confesarlo, me inclino y le beso de nuevo. Mi lengua se adentra en su boca, envolviendo a la suya con movimientos circulares, lentos, perezosos. Nathaniel deja escapar un gruñido y aumenta la intensidad del beso.

Sin embargo, al poco tiempo se detiene, retrocede y me mira con sus hermosas facciones alteradas a causa de la excitación.

—Tú y yo tenemos algo... algo profundo y... enloquecedor... algo más allá del amor.

—Es adicción —le susurro, perdida en sus hipnóticas pupilas.

Scade la cabeza mientras se acerca de nuevo a mí. Durante unos instantes no se mueve, así que me limito a acariciar con la mirada sus perfectos rasgos, iluminados por la tenue luz que se filtra a través de las cortinas de la biblioteca. Inclina el rostro hasta que su boca se detiene a escasos centímetros de la mía y, cuando nuestras respiraciones alteradas se cruzan, su expresión adquiere un aire tan feroz que me provoca un hueco en el estómago.

—Estás equivocada. Es obsesión —me corrige con dureza.

Agarra mis manos, me hace girar de espaldas a él y pega mi estómago contra la mesa. Su miembro, duro y ardiente, separa los labios de mi sexo y se hunde de golpe dentro de mí. Suelto un gemido de puro placer cuando empieza a entrar y salir, a ondular las caderas de una manera tan experta y tan sensual, tan placentera, que yo sencillamente me dejo arrastrar hacia la perdición. Una vez más.

Su boca desciende por mi hombro mientras que sus manos, colocadas justo debajo de mis pechos, aprietan mi espalda contra su torso desnudo con tanta fuerza que apenas consigo respirar.

—Quiero que te corras para ti —me susurra al oído—. ¿Podrás hacer eso?

—Oh, sí —jadeo, contoneándome contra su miembro.

Sus dos manos empiezan a tocar mis pechos, estrujándolos, y cuando sus dedos calientes pellizcan ambos pezones, suelto un grito, empiezo a tensarme y noto cómo los espasmos de un brutal y despiadado orgasmo se enrollan en mis profundidades.

—Eso es, preciosa. Córrete para mí.

Oh, y lo hago. Me muevo de manera tan frenética, grito como una posesa y mi cuerpo exprime tanto el miembro de Nathaniel que, a los dos segundos, siento su semen caliente brotando en mi interior. Dejo caer el pecho encima del escritorio, completamente agotada, con la mente inmersa en una densa niebla.

Solo pasan unos segundos hasta que Nathaniel sale de mi cuerpo y me hace girar de cara a él. Me aparta el pelo, que se ha pegado a mi rostro a causa del sudor.

—Y ahora haremos el amor —anuncia, como de pasada.

Mis ojos se abren de golpe.

—¿Qué?

Una sonrisa muy desagradable se apodera de sus sensuales labios.

—Ya no soy adicto al sexo, amor —entorna sus maliciosos ojos y aclara—, al sexo con otras mujeres, quiero decir, pero soy a adicto a ti. Y yo cuando tengo una adicción, me dedico por completo a ella. En Alcohólicos Anónimos pueden confirmártelo.

Sus manos se arrastran lentamente por mis costados y de nuevo una oleada de excitación recorre todo mi ser, cada célula de mí, cada molécula. Todos y cada uno de los átomos de mi cuerpo se centran en la caricia de Nathaniel Black. Ese es el efecto que este hombre produce en mí.

—Puedo ser tenaz... —su lengua empieza a trazar círculos justo en la base de mi garganta— obsesivo... malvado... —ahora su lengua se desliza por mi clavícula— e implacable.

Ay, Señor, definitivamente he recaído.

Nathaniel y yo nos quedamos dormidos encima de la alfombra gris perla de la biblioteca. Al despertar, molesta por los débiles rayos del amanecer, decido que será mejor volver a casa antes de que Emma llame al tiburón Parker para denunciar mi desaparición. Así pues, me levanto sigilosamente y salgo de la biblioteca de puntillas. Una vez en el salón, busco mi vestido, mis bragas, mi sujetador, mis Jimmy Choo y localizo mi bolso.

Tras vestirme de prisa, salgo por la puerta. Recorro despacio los dos metros que separan las puertas de nuestras casas y, justo cuando estoy a punto de girar mi llave dentro de la cerradura, oigo una voz enojada a mis espaldas.

—¿Qué clase de mujer desalmada se escaquea por la mañana de los brazos de su amado? ¡Al menos tendrás la decencia de llamarme luego! ¿Os es que solo me consideras un objeto sexual?

Me giro hacia él y abro los ojos de par en par, horrorizada. Está en la puerta de su casa, con las manos en jarras, tal y como su señora madre lo trajo al mundo.

—¡Por el amor de Dios, tápate!

La expresión de su rostro se vuelve felina.

—¿Por qué? Ya me has visto desnudo antes.

—¡Porque estamos en el pasillo! —le grito, exasperada.

Pone los ojos en blanco.

—¡Bah! A juzgar por la cantidad de videos porno que se ha filtrado en internet, a estas alturas todos conocen mis encantos —y dice encantos señalando su erección matutina.

Por enésima vez, mis ojos se arrastran por su esbelto cuerpo. Observo sus definidos músculos, el vello oscuro que cubre su ancho pecho, su duro y plano abdomen. Debería parar, pero mis pervertidos ojos no son capaces de hacerlo, así que bajo la mirada hasta su...

—¡Catherine! —me grita, chaqueando los dedos—. ¿Estás escuchándome, amor?

—Claro —murmuro, ausente, incapaz de subir la mirada hacia sus ojos.

—¿En serio? ¿Y qué he dicho?

—Algo sobre... —me aclaro la voz, avergonzada— sobre lo duro que... —carraspeo y me ruborizo al instante— quiero decir, lo firme que...

¡Joder, Catherine, céntrate!

—¿Lo duro y lo firme? —repite divertido—. ¿En qué estaría pensando la estimable señorita Collins?

Se me seca la boca. Y sin pensármelo demasiado, me lanzo a sus brazos. Necesito volver a sentir su boca sobre la mía. Necesito que nuestros cuerpos vuelvan a convertirse en uno solo, pero esta vez quiero ir despacio porque necesito saborear cada pequeño rincón de su perfecto cuerpo.

Nathaniel me envuelve entre sus fornidos brazos y me atrae dentro de su casa, cerrando de un portazo. Andamos hasta el sofá, besándonos. Me deshago de mi ropa por el camino, de forma que, al tumbarme encima del sofá de cuero blanco, estoy completamente desnuda.

—¿Estás conmigo? —susurra con los labios pegados a los míos.

—Siempre —exhalo antes de hundirme de nuevo en las profundidades de su boca.

Deslizo las manos por su cuerpo esculpido, muy despacio, disfrutando de la sensación de sentir cada perfecto músculo bajo la piel de mis palmas. Mi boca, ansiosa, toma posesión de su pecho, y mi lengua se desliza despacio hacia su abdomen.

—Así que ya no estás confuso —clavo los ojos en los suyos.

Sonríe.

—La confusión y la responsabilidad a mí me duran poco.

Le devuelvo la sonrisa.

—Bien. Las personas confusas y responsables son aburridas.

Y dicho eso, me introduzco en mi miembro en la boca y empiezo a chuparlo de forma lenta. Cierra los ojos y deja escapar un gemido cuando paso la lengua por esa punta hinchada. Agarro sus caderas y lo hago adentrarse un poco más en el interior de mi boca, sin apartar la mirada de la suya. De su garganta brota un sonido tan carnal que una nueva oleada de placer me recorre de la cabeza a los pies. Me retuerzo bajo la ardiente mirada que me dedica y, en unos segundos, mis pezones se vuelven duros de deseo. Deslizo de nuevo la lengua por su miembro, desde la base hasta la punta, antes de volver a introducirme en la boca.

Agarra mi cabeza entre las manos y me detiene.

—Me encantan estos despertares, pero hay algo que me encanta más —su voz resuena profunda y ronca de excitación.

Tira de mis brazos para hacerme sentarme encima de él. Obedezco y sin demasiados preámbulos, me deslizo hacia abajo. Nathaniel empieza a jadear y a mover las caderas.

—No —murmuro, deteniéndole—, hoy el ritmo lo marco yo.

Medio sonrío, roza mi pecho con la lengua y tira de mí hacia abajo para besarme en la boca. Comienzo a moverme, con ambas manos apoyadas en su sólido pecho. Al principio despacio, ondulando las caderas de forma sensual, pero poco a poco pierdo el control como siempre pasa. Mi plan era hacerle el amor. Fallé. Esto no es hacer el amor. Es follar. Duro. Fuerte. Enloquecedor.

—Oh, sí, amor...así —gime—...no pares...

Sus dos manos se cierran sobre mis pechos, las puntas de sus dedos trazando círculos sobre mis pezones duros.

—No tenía pensado hacerlo.

Aumento el ritmo de la penetración que ya era casi frenético. Nathaniel se une, empujando tan fuerte que siento todo mi sexo latiendo a su alrededor.

—Oh, Dios, Nate... me corro.

Clava las manos en mis caderas y tira de mí para marcar su ritmo. Y entonces me dejo llevar, gritando su nombre mientras que él descarga dentro de mí. Me dejo caer encima de su pecho, capaz de sentir los fuertes latidos de su corazón. Él me rodea entre sus brazos, sin decir nada.

—Mírame, Catherine —murmura, pasada una eternidad.

Alzo los ojos para evaluar los suyos, penetrantes y muy intensos. Igual que todo él.

—Estoy mirándote.

—Nadie te hace sentir lo que yo te hago sentir —me dice gruñendo.

Asiento con la cabeza y vuelvo a colocarla sobre su pecho, abrazada a él y con su miembro aún en mi interior.

—Dilo.

Don Arrogancia ataca de nuevo.

—Nadie me hace sentir lo que tú me haces sentir —musito mientras beso su cuello—. Nadie me excita como tú... —deslizo la lengua por su clavícula— nadie me folla como tú... —me acerco a su oído y le susurro— y, desde luego, nadie me saca de quicio como tú.

Y dicho esto, me levanto y le obligo a salir de mi interior.

—¿Qué haces? —murmura asombrado, al ver que empiezo a vestirme—. ¿No hay bis?

Sonrí maliciosamente.

—Ahora no. Tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —exige saber, incorporándose. Clava el codo en el sofá, apoya la sien en una mano y me observa con el ceño fruncido.

—¡Cosas y ya está! —le digo irritada, metiendo mi cuerpo dentro del vestido morado de Emma—. Pero esta noche estoy libre.

Me acerco a él y le doy un fugaz beso en sus voluptuosos labios.

—Luego te llamo. Se bueno. *Au revoir.*

Camino hacia la puerta, dejando a Nathaniel Black desnudo, atónito y confuso. Me encantaría quedarme aquí con él por el resto de mis días, en nuestro palacio de cristal, mi prisión, el único lugar donde realmente quiero estar. Por desgracia, tengo una misión y no voy a parar hasta averiguar la verdad sobre lo que le ha pasado.

Miro por enésima vez la pizarra llena de información, pero, por mucho que lo intento, no consigo ver nada nuevo en las pruebas que he ido reuniendo en estos meses. Hay algo que se me escapa.

—Tienes pinta de necesitar una taza de café —comenta Emma, parada en la puerta de nuestra biblioteca.

Sus altos tacones resuenan por el mármol color crema hasta detenerse a mi lado. Me ofrece una taza humeante, que cojo, agradecida, y le doy unos sorbitos. Durante unos segundos, guardamos silencio, delante de la pizarra, observando con mucha atención cada fotografía, cada *post-it* pegado, cada pequeño detalle.

—¿Algo nuevo?

Muevo la cabeza.

—Me falta una pieza del puzle.

—El novio.

—El novio —confirmo, acercándome de nuevo la taza de café a los labios.

—¿Has hablado con Nate sobre ello?

—Aún no. No quiero que sepa que estoy haciendo esto. Sería capaz de mandarme de vuelta a Londres con tal de mantenerme a salvo y apartada de toda esta locura —me humedezco los labios y sacudo la cabeza—. Necesito saberlo, Em. Tengo que saber quién le ha hecho esto.

Ella asiente.

—¿Y Wes?

—Dando palos de ciego. No entiendo cómo es que no somos capaces de dar con ese puto novio de esa zorra de Mary...

—Que en paz descanse —me interrumpe, solemnemente.

—Que en paz descanse —repito con los ojos en blanco—. Es como si el tío fuese un fantasma. Hemos buscado por todas partes y nadie parece saber nada del tal Jimmy Brown, salvo que se crio en un orfanato y que no tiene a nadie en el mundo. No hay fotos suyas... no hay teléfono... no hay número de la seguridad social... no hay cuentas bancarias. Es como si no existiese. ¿Cómo puede una persona desaparecer así?

—Al menos tienes un nombre.

En mi cara se dibuja un gesto de deprecio. ¡Tengo un nombre que no me sirve de nada!

—Es lo único que ha conseguido averiguar el FBI en tres meses. ¡Un puto nombre! ¿De qué demonios me sirve eso? Seguro que se lo cambió a los dos segundos.

—A lo mejor estáis siguiendo una pista errónea —repite ella—. Puede que el tal Jimmy lleve años muerto y enterrado.

Sacudo la cabeza y me acabo el café de un solo trago.

—No. No hay certificado de defunción en ningún archivo del mundo. ¡Tiene que estar vivo!

Dejo la taza encima del escritorio.

—Por mucho que lo miro, no tiene sentido, Catherine. ¿Por qué iba a volver después de dieciocho años y sabotear el coche de Nathaniel Black? ¡Es absurdo!

—Hay algo que se me escapa. Tengo la sensación de que, no solo está vivo, sino que merodea por los alrededores. Sea quien sea, si atacó una vez, volverá a hacerlo. Solo es cuestión de tiempo.

—Entonces será mejor que le digas a Nate que viaje en taxi.

Le pongo mala cara.

—Gracias por tu aportación, Emma.

El sonido del timbre llega hasta nosotras.

—Voy a ver quién es —informo, dirigiéndome al vestíbulo.

Abro. Nathaniel Black, vistiendo vaqueros y un jersey negro de pico que se ajusta a su fuerte torso, me mira con el ceño fruncido.

—Dijiste que ibas a llamarme —me riñe, muy enfadado.

Entorno los ojos. No estoy de humor para sus reprimendas.

—Mentí. ¡Demándame!

Me agarra de un brazo y me atrae fuera de casa. Acto seguido, empuja mi espalda contra la pared del pasillo, aprisionándome entre sus brazos. Su rostro está tan cerca del mío que el susurro de su acelerada respiración acariciándole la piel me vuelve loca de deseo. En este instante sería capaz de venderle mi alma al demonio con tal de que nuestros labios vuelvan a tocarse. Pero tengo una reputación que mantener, así que hago uso de todo mi autocontrol para reprimir el impulso de asaltar su seductora boca.

—No me gusta que jueguen conmigo, bizcochito, ni que me den largas, así que... —aprieta los labios— no lo hagas.

Tan inquietante es su proximidad que no soy capaz de impedir que mi corazón se eche a correr frenéticamente dentro de mi pecho, siguiendo el ritmo del suyo.

—He estado ocupada —le digo con estudiada frialdad.

El azul de sus ojos se clava en mis pupilas, y yo noto cómo mi respiración se acelera. ¿Por qué demonios me afecta tanto?

—Define ocupada.

—Trabajando.

—¿En qué?

—Investigación.

—¿Sobre qué?

—¿A qué viene todo este interrogatorio?

Sus manos se agarran a mis caderas y a mí se me eriza la piel.

—No juegues con el tiempo a tu favor y contesta, señorita. ¿Qué estás investigando y qué tiene que ver Wesley con todo esto?

Mi rostro palidece.

—¿Wesley?

—Le has llamado tres veces en los últimos meses y quiero saber por qué.

Abro la boca por el estupor.

—¿Estás controlando mis llamadas?

—¡Esa no es la cuestión! —me grita.

¡No me lo puedo creer! ¿Será capullo?

—¡Esa es exactamente la cuestión, Nate! —le grito, zafándome de su abrazo—. Y ahora, si me disculpas, como he dicho, estoy ocupada.

Entro y le cierro la puerta en las narices. Vuelve a llamar al timbre de forma muy insistente. Al ver que no le hago ni caso, empieza a golpear la puerta con furia y a dar patadas.

—¡Catherine! —ruge—. ¡Abre la puta puerta!

—¡No me da la gana! Luego te llamo —le digo a través de la puerta, antes de caminar hacia la biblioteca.

Por supuesto que él no se rinde. Sigue llamando al timbre como el desquiciado mental que es.

—¿Pero qué demonios está pasando? —quiere saber Emma—. ¿Quién llama de esa forma?

Hago un gesto con la mano para restarle importancia.

—Testigos de Jehová. Ya se cansarán de llamar.

—¿Testigos de Jehová? —repite con incredulidad—. ¿Y qué quieren?

—Lavarnos el cerebro para que ingresemos en su secta. ¡Y yo que sé, Emms!

Mi amiga sacude la cabeza con exasperación al ver que el timbre no deja de sonar.

—Voy a hablar con ellos ahora mismo. ¡Esto es inadmisibile!

Se dispone a moverse, pero yo me coloco delante de ella para bloquearle el paso.

—¡No! ¡Ni se te ocurra abrir esa puerta, Emma! Hablo muy en serio. Es muy peligroso. Tú y yo somos católicas devotas y siempre lo seremos. No podemos vender nuestra alma al diablo e ingresar en las filas de esa oscura y tenebrosa organización.

Ella parpadea, boquiabierta.

—¿Pero qué demonios estás diciendo? ¿Has perdido la cabeza? ¿O es que estás borracha otra vez? A ver, sopla.

Abro y cierro la boca varias veces, completamente escandalizada por sus viles acusaciones. ¡Borracha! ¡Yo! Si apenas bebo...

—¡No voy a soplar! Y me ofende que pienses eso de mí.

—Pues no debería ofenderte tanto. Te recuerdo que eres una Collins —murmura, como si eso lo explicara todo.

Afortunadamente, mientras ella y yo seguimos discutiendo, Nathaniel se aburre de fastidiarme y se va. Suspiro aliviada.

—¿Lo ves? Se han ido. Nuestra fe está a salvo.

Me lanza una mirada de incomprensión y sale de la biblioteca, sacudiendo la cabeza y renegando entre dientes. Yo me siento encima de la alfombra, con las piernas cruzadas debajo de mi cuerpo.

—¿Quién coño eres, Jimmy Brown? —murmuro distraída, mirando atentamente el nombre que he escrito con un marcador rojo encima de la pizarra blanca—. ¿Quién coño eres?

¿Qué maldades hacen nuestros famosos últimamente? *Page Six online.*

«Después de varios intentos fracasados, Anne Blunt consigue ver a Nathaniel Black. Los actores estuvieron tomando un café ayer en un famoso bar de Manhattan que solían frecuentar cuando eran novios. Ninguno ha querido hacer declaraciones a la salida. ¿Dónde estaba Catherine Collins mientras tanto? La morena está demasiado recluida últimamente».

«Nathaniel Black conduce su Porche 550 Spyder por primera vez después del accidente que sufrió a bordo del mismo. El actor ha declarado que está orgulloso del trabajo de sus mecánicos. «Mi nena está como nueva», fueron las palabras de Black».

«¿Nathaniel y Catherine volverán a separarse? Melinda Dupont afirmó en Facebook que hace dos noches, Black y ella habían compartido algo más que unas copas de vino. Recordamos que las fotos del actor y la modelo saliendo de un bar de Los Ángeles —ambos borrachos— dieron la vuelta al planeta».

«Melinda Dupont envía un comunicado de prensa para notificar que un hacker se había apoderado de su cuenta de Facebook. Parece ser que, de momento, la chica buena y el chico malo seguirán juntos puesto que, según ha afirmado la propia Melinda, ella y Black solo son amigos. Y vamos a tragárnoslo porque la señorita Dupont aprovechó el momento para desvelar que es lesbiana y que mantiene una relación desde hacía años con otra de sus compañeras de pasarela, Kate Martin».

Cuando llego a casa, sobre las ocho de la tarde, me doy cuenta de que la puerta de la entrada está entreabierta. *¿Qué demonios?* Me deslizo dentro, muy despacio, y sin hacer nada de ruido, camino hasta el salón, moviéndome entre las sombras. Mis ojos recorren toda la estancia con la precisión de un halcón, sin embargo, no veo a nadie y todo parece estar en su lugar. ¿Puede que Emma se haya olvidado de cerrar la puerta? No, eso no me suena a algo que la señorita Responsabilidad haría. Algo va mal y una parte de mí lo sabe. Entro en la cocina, agarro uno de los cuchillos que hay encima de la isleta y vuelvo al salón, esforzándome por controlar el temblor de mis manos.

Inspecciono toda la planta baja. No hay nada. Subo sigilosamente por la escalera, giro hacia la izquierda y registro los tres dormitorios que hay en ese lado. Nada. Salgo de nuevo al pasillo y, esta vez, giro hacia la derecha. Solo me queda mi dormitorio. Abro despacio la puerta, empujándola con la punta de mis botas, y entro de puntillas.

Me entero nada más entrar. Resoplo, bajo el cuchillo y lo dejo caer al suelo. Sé que no hay nadie aparte de mí en esta casa. Solo está jugando con mis nervios. Me acerco con paso firme a mi cama e inspecciono el enorme ramo de girasoles secos que hay encima. *Girasoles muertos...* Está enviándome un mensaje. Sabe lo que estoy haciendo. Ha estado siguiéndome, ha estado en mi casa y, seguramente, ha visto la pizarra llena de datos. Sabe exactamente las pistas que tengo. Y, lo que es peor, sabe que no tengo nada. Soy lo bastante honesta como para admitirme a mí misma que ni siquiera estoy acercándome a la verdad.

Me quedo mirando la hoja de papel que ha dejado en mi almohada, justo en el lado de la cama que uso para dormir. Veo que ha hecho los deberes muy bien. Sé perfectamente qué es lo que quiere de mí. Me ha elegido para jugar a su siniestro juego. Le va la adrenalina y piensa que yo soy lo bastante inteligente como para ser una buena adversaria. La pregunta es: ¿puedo ser más inteligente que él? Algo me dice que no. Enfurecida a causa del sentimiento de impotencia que me invade, agarro el papel y examino el texto escrito en una perfecta caligrafía.

«*Las cosas muertas deberían seguir así, o alguien pagará las consecuencias.*» En lugar de firmar, ha dibujado dos corazones.

¿*Quién eres Jimmy Brown? ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Cómo has entrado?* Hay demasiadas preguntas sin respuesta. Demasiados cabos sueltos. No he sido capaz de completar el puzle. La arena del reloj corre demasiado deprisa y mi tiempo está acabándose. El mensaje no puede ser más claro: detente o juega conmigo. Pero si lo haces, prepárate para las consecuencias.

—¿Acaso tengo elección? —grito, pero la única contestación que recibo es el eco de mi propia voz, que resuena por toda la casa.

Quiero saber quién es Jimmy Brown. Quiero tenerlo cara a cara. Quiero enfrentarme a él. Necesito hacerlo para recuperar la paz. Esto acaba de volverse personal. Me ha abofeteado una vez. No pienso ofrecerle mi otra mejilla.

Doblo el papel y lo guardo en el bolsillo trasero de mis vaqueros negros. Bajo al salón, agarro las llaves y salgo por la puerta. Me dispongo a girar la llave dentro de la cerradura, pero me detengo en el último momento. Si quiere entrar, entrará. No hay cerradura que pueda detenerle. Y, desde luego, no pienso vivir como un conejillo asustado. Eso es lo que quiere. Asustarme. Debilitarme. Enloquecerme. Pues no lo va a conseguir.

Llamo al timbre de Nathaniel. No tarda más de unos cuantos latidos del corazón en abrir, sin embargo, a mí se me han hecho eternos.

—¡Bizcochito! —exclama, sonriéndome con descaro—. ¿A qué debo el honor de tu maravillosa visita? ¿Vienes a por sal... azúcar...? —sus ojos, en los que se refleja un brillo lujurioso, se abren de par en par— ¿Sexo?

Está medio desnudo, solo lleva un vaquero viejo, va descalzo y tiene una guitarra colgándole del cuello y un cigarro en la esquina izquierda de la boca.

—Tenemos que hablar —le digo muy seria.

Hace una mueca de desdén y me invita a pasar con un gesto de la cabeza.

—¡Ponte cómoda! —me dice, una vez en el salón.

Nos sentamos a la vez, yo en el sofá y él encima de una silla, en una postura típica masculina, con las piernas abiertas y la guitarra entre las manos.

—Verás, Nate, no sé cómo decirte esto...

—Chissss —me interrumpe, con un dedo levantado—. Ahora no, amor. Estoy muy ocupado.

Abro la boca para replicar, pero vuelve a levantar un dedo para callarme, así que obedezco, me cruzo de brazos y lo observo con el ceño fruncido. Se inclina hacia una pequeña mesa auxiliar, encima de la cual está su portátil. En cuanto le da al *play*, la ronca voz de Bonnie Tyler inunda el salón. Él empieza a tocar, de manera experta, me atrevería a decir, los acordes de *Total Eclipse of The Heart*. Hago un mohín. ¿En serio? ¿Es que los chicos malos escuchan ahora a Bonnie Tyler?

—Apaga ese trasto —ordenó con impaciencia—. Tengo que decirte algo muy importante.

—Luego, luego. Ahora me pillas liado. Escucha esto.

Y mientras sus dedos se deslizan por las cuerdas, su seductora voz canta junto a la voz de Bonnie:

*Érase una vez cuando había luz en mi vida,
Pero ahora solo hay amor en la oscuridad,
Nada puedo decir,
Un eclipse total del corazón.*

¿Acaso hay algo que a este hombre se le dé mal? ¡Yo exijo saberlo! Por el bienestar de mi propio ego, tiene que haber algo, lo que sea.

—Tienes una voz preciosa y tocas la guitarra mejor que el mismísimo Jimi Hendrix, pero ahora tienes que parar porque tengo que decirte...

—Chissss. Solo escucha.

Hago una mueca de exasperación.

—Nate, hablo en serio. Es importante.

Me ignora deliberadamente, empezando a cantar aún más alto:

*Cada cierto tiempo me derrumbo,
Y ahora, esta noche, te necesito,
Y te necesito más que nunca,
Y si simplemente me abrazas fuerte...*

—¡Por el amor de Dios! ¡Estoy rodeada de locos!

Irritada, me levanto de un salto y cierro la página de *You Tube*. Se detiene, enfurruñado.

—¡Ahora vas a oírme!

—Vale, si vas a darme la charlita o vas a acusarme de alguna atrocidad que, seguro que no he cometido, al menos ten la decencia de concederme un minuto. No sé por qué, pero llevo un rato encontrándome mal. Necesito unas aspirinas —deja la guitarra en el suelo y se levanta.

Me fijo en que le cuesta mantener el equilibrio mientras camina hacia el baño.

—¿Estás borracho?!

De espaldas a mí, alza su dedo índice y lo sacude para negar las acusaciones.

—Ligeramente ebrio, amor.

—¡Más te vale que hagas algo para espabilarte! —grito tras él—. ¡Y rápido! ¡Te necesito sereno!

Gruñe algo inaudible antes de cerrar la puerta. Resoplo con fastidio mientras me dejo caer en el sofá. Me exaspera a veces. *¿A veces? No seas ridícula, Catherine. Nathaniel Black te exaspera constantemente. En eso consiste su encanto.*

Sale del baño minutos más tarde, con las pupilas dilatadas y el pelo muy alborotado. Camina hacia mí casi tambaleándose. Pego un salto, invadida por una furia satánica.

—¡Estás todavía más borracho! —le grito, de pie a su lado.

—No, amor... bésame... —me agarra los brazos, me abraza y me pega contra su pecho—. No, princesa. No te muevas... ¡Estate quieta, coño! —agarra mi cabeza con ambas manos e intenta besarme—. ¡Me cago en la puta! —grita cuando, con toda la violencia de la que soy capaz, le piso el pie para que me suelte—. No vuelvas a hacer eso, princesita. Bésame. Sé que quieres besarme. Te mueres por hacerlo.

Está drogado. De eso no me cabe duda.

—¿Se puede saber qué demonios pasa contigo?

¡No puedo creer que esto esté pasando! Voy a matar a Nathaniel Black. Así de sencillo. Casi puedo imaginarme los titulares chocantes, al tiburón Parker regocijándose y encerrándose de por vida, a mi madre lloriqueando en el pañuelo de Richard y a todos mis ex novios susurrando por los rincones que se veía venir, puesto que yo siempre he sido una mujer retorcida.

—Baila conmigo —murmura, con la boca pegada a la mía y su entrepierna restregándose contra mi tripa.

—Ni de coña.

Agarro sus manos para detenerle, pero usa tanta fuerza que es imposible.

—Mmmmm, una chica dura. Me gusta.

—¡Deja de comportarte como un degenerado y siéntate de una puta vez!

—No. Tú me quieres.

—Sí, llevas razón. Te quiero. ¡Sentado!

Después de varios minutos de forcejeo, blasfemias que mi educación me impide repetir y amenazas que le pondrían los pelos de punta incluso a un asesino sanguinario del calibre de Jack *el Destripador*, consigo hacer que se siente.

—Tus deseos son órdenes para mí —me dice, arrastrando las palabras.

De pie delante del sofá, me inclino hacia él y le doy unas palmaditas en el rostro para que me mire. Alza sus turbios ojos azules.

—¿Qué demonios has tomado, idiota?

Finge estupor, aunque luego se echa a reír.

—Unas cuantas aspirinas —me dice entre risas mientras me señala su cabeza—. Para el dolor de cabeza.

—¡Y un cuerno! Quédate aquí y no te muevas. Voy a por un vaso de agua.

Lo dejo en el sofá y entro en la cocina, donde cojo un vaso y lo lleno de agua. Dejo escapar un soplo de exasperación cuando los ritmos de la canción... *ET de ¡¿Katty Perry?! ¡llegan hasta mis oídos. Agarro el vaso de agua y salgo enfurecida por la puerta. ¡Este actorucho de pacotilla va a escucharme!*

—¿Qué parte de no te muevas...?

Me quedo sin palabras. Nathaniel Black está de pie encima de la barra de acero, bailando de forma sensual y chillando todo lo alto que sus pulmones le permiten:

*Bésame b-b-bésame
Infectame con tu amor
Y lléname con tu veneno
Tómame t-t-tómame
Quiero ser tu víctima,
Listo para el secuestro...*

¿Cómo demonios puede estar tan jodidamente sexy en este momento? Debería encontrarlo horrible puesto que está drogado hasta las cejas y ruge como un demente, mientras bebe *bourbon* a morro y baila descalzo y medio desnudo encima de la barra de su salón. Pero, por alguna razón desconocida, mi mente trastornada lo encuentra de lo más irresistible. Lleva un colocón monumental. Me quedo de pie, con el vaso de agua en la mano, una expresión de boba en el rostro y la mandíbula desencajada, observando cómo esos músculos suyos perfectamente definidos se ondulan de una forma bastante erótica al ritmo de la canción. Y sí, está escuchando a Katty Perry. Esto es malo. Muy malo. ¡Es catastrófico!

—Baila conmigo, princesa —me grita, tendiéndome una mano para ayudarme a subir encima de la barra.

Sacudo la cabeza con incredulidad. ¡Mira que había hombres en el planeta! Pues yo tuve que enamorarme de él. Me deshago del vaso de agua y desenchufo el equipo de música para entendernos como personas.

—¿Quieres bajarte de ahí de una puta vez?

¡A la mierda los modales y mi exquisita educación!

—Nop. Mira esto —con las manos levantadas por encima de la cabeza, ondula sus estrechas caderas de forma tan sugerente que a mí se me seca la boca al ver ese perfecto abdomen en forma de V que tiene—. ¿Mola, eh? ¿Sabías que vuelven a nombrarme el hombre más sexy del planeta? Sí, nena, tu hombre está muy bueno.

—¡Deja de hacer el gilipollas y baja ahora mismo! —le grito, exasperada—. ¡Y no me llames nena!

Me dedica una sonrisa odiosa.

—Por qué no... ¿nena? —quiere saber, enfatizando la palabra.

Suelto un grito y pateo el suelo.

—¡Está bien! Puesto que vas a estar tocándome las narices como siempre, me iré. Llámame cuando se te haya pasado el colocón —me dispongo a andar hacia la puerta, pero cambio de opinión en el último momento y vuelvo a girarme de cara a él—. O mejor aún, no me llames. ¡Nunca!

Su rostro se vuelve lívido en cuestión de segundos. Me pregunto vagamente cómo lo conseguirá. ¡Mira que es buen actor!

—Qué... —se lleva ambas manos a la cabeza y me mira con sus ojos azules agrandados de terror— no... no te vayas... —empieza a jadear muy fuerte, como si estuviera a punto de sofocarse— no puedo respirar...

—Muy gracioso, *playboy*. ¡Déjate de juegucitos!

Enfurecida por el ataque de pánico que está fingiendo, le doy la espalda y empiezo a andar hacia la puerta a grandes zancadas. No me da tiempo a salir. Un ruido sordo a mis espaldas me hace detenerme justo cuando estoy girando el pomo.

—Cath... erine —murmura sin aliento.

Giro de forma brusca sobre mis talones. Está tirado en el suelo, con el rostro pálido y los ojos fuera de sus órbitas. Finge no ser capaz de respirar.

—Buen intento, actorucho, pero no me engañas, así que deja de fingir.

—No... est... fin... giendo —consigue decir, en voz débil y apagada.

Miro de nuevo su rostro. En su frente hay gotas de sudor y sus labios se han vuelto casi pálidos. Eso es imposible que lo finja, por muy buen actor que sea.

—¡Oh, Dios!

Salgo corriendo hacia él. Me arrodillo, cojo su rostro entre las manos y empiezo a abofetearle.

—¡No cierres los ojos! —le grito mientras sus parpados se entrecierran. Le doy otro bofetón, esta vez mucho más fuerte—. No cierres los putos ojos, ¿me has oído? —vuelvo a gritarle desesperada— ¡Ni se te ocurra morirte!

¡Dios, Dios, Dios! ¿Y ahora qué hago? *Emergencias, llama a emergencias.* Me doy cuenta de que no tengo el móvil. Rastreo la habitación con la mirada, buscando el suyo. Lo veo encima de un aparador. Me aseguro de dejar a Nathaniel en una postura correcta, apoyado contra la barra, y salgo corriendo. Agarro el móvil y llamo a emergencias. Me esfuerzo por responder de forma coherente a todas las preguntas mientras lo vigilo de reojo. Está temblando sin control alguno, pero sigue consciente. Y vivo.

—¿Qué ha tomado? —me pregunta la operaria.

—No lo sé. Dice que aspirinas, pero no me lo creo. No es la primera vez que sufre una sobredosis.

Me paseo enloquecida por todo el salón.

—¿Qué síntomas presenta?

—Al principio parecía borracho... Y excitado.... No mantenía muy bien el equilibrio y... ¡tenía las pupilas dilatadas!... sí... y luego sufrió alguna clase de ataque de pánico, o algo así. Y ahora han empezado las convulsiones. ¡Tiene los labios morados! ¡Por favor, dense prisa! —grito, desesperada.

—Tranquila. Todo va a salir bien. Puede que haya tomado algún alucinógeno. Manténgale consciente. Asegúrese de que respira. Inclínele la cabeza por si vomita. Es posible que lo haga. No le dé nada de comer, ni de beber, ni intente tranquilizar los temblores, sencillamente asegúrese de mantenerle bien la cabeza para que no se lesione. Y ¿señorita? Haga lo que haga, mantenga la calma.

Dejo caer el móvil al suelo. Vuelvo adonde está Nathaniel, lo abrazo y no me muevo hasta que llaman al timbre, pasados unos cinco minutos. Con la mayor rapidez, un equipo formado por tres médicos se coloca a su alrededor, le examinan los constantes vitales, le inyectan algo, no me atrevo a preguntar el qué, le colocan una mascarilla y le aplican suero vía intravenosa, todo esto bajo mi ausente mirada. Me informan de que van a llevarlo al hospital. Asiento. Observo cómo lo suben en una camilla. Ya no soy capaz de reaccionar. No puedo enfrentarme a esto, es una situación que escapa a mi control, y eso me deja completamente descolocada.

Las siguientes veinticuatro horas las vivo de una forma irreal, limitándome a hacer lo que los médicos me indican. Como una autómatas, registro toda la casa y me llevo en una bolsa todos los frascos que encuentro. No se ha determinado aun lo que ha ingerido y necesitan analizarlo todo. Conduzco deprisa hasta la misma clínica de la última vez. Dejo el coche de Nathaniel aparcado de cualquier manera. ¡Qué se lo lleven! Me da igual. Entro corriendo. Alguien, no sé si un hombre o una mujer, me dice que aún no puedo verle. Veo de forma ausente cómo sus labios se mueven. Oigo las palabras, pero me cuesta mucho seguirlas.

—Está en reanimación y se encuentra estable, pero necesita observación.

Estable. Es lo único con lo que me quedo. Está estable. Eso quiere decir vivo. Me dejo caer en una silla, donde permanezco las siguientes siete horas, sin tan siquiera moverme. Decido no llamar a nadie. De todas formas, no soy capaz de hacerlo.

—Ya puede pasar —anuncia un enfermero joven.

Me levanto y lo sigo por el pasillo, en completo silencio. Parezco un robot. Entramos en su habitación. Está dormido, con la bolsa de suero aún conectada a su vena. Me siento en una butaca y me limito a examinar su rostro. Luce tranquilo, relajado, lejano. Y al fin consigo hacer algo estúpidamente humano, como llorar, lo que me devuelve al mundo real. Procuero hacerlo en silencio para no despertarlo. Lloro hasta que me quedo dormida al lado de su cama.

Al día siguiente, a pesar de que los médicos se oponen por completo, Nathaniel solicita el alta voluntaria. Afirmo ser incapaz de estar en el hospital. Al verle tan alterado, decido llevármelo a casa. Las pruebas de orina y sangre no han podido detectar lo que ha ingerido. *Sustancias desconocidas de efecto alucinógeno*, me dicen cuando pregunto. El frasco de aspirinas estaba vacío, con lo que hemos perdido la posibilidad de examinar las pastillas y averiguar lo que contenían. Nathaniel insiste en que solo tomó aspirinas. Y mucho alcohol. Yo sé que eso no es cierto.

De camino a casa, ninguno de los dos habla. Conduzco lo más rápido que puedo, la situación es demasiado tensa.

—Necesito que llames a Tom —murmura en cuanto lo instalo en su habitación.

—¿Quién es Tom? —pregunto, evitando su mirada.

—Mi médico personal.

Cojo su móvil y llamo a Tom, que no tarda más de veinte minutos en presentarse en la puerta de casa, cargado de un enorme maletín. Más que médico, parece un camello cuando abre ese maletín repleto de toda clase de sustancias extrañas. Delante de mí, rellena una jeringuilla de solo Dios sabe qué líquido. *Para espabilarle*, me dice, antes de pincharle en la vena. Y desde luego, eso lo espabila. No quiero volver a preguntar lo que era. Decido que no quiero saberlo.

—¿Quieres ducharte? —se lo pregunto a Nathaniel cuando nos quedamos de nuevo solos. Tom acaba de irse.

Asiente. Parece muy inquieto.

—Vamos.

Lo cojo de la mano, lo llevo al baño y le quito la ropa. No es el único que necesita una ducha, así que me desvisto y decido ducharme con él. La ducha de su habitación podría acoger al menos a otras tres personas.

Enciendo el grifo del agua caliente y me dispongo a entrar, pero él me detiene, me rodea con los brazos y hunde la nariz en mi pelo.

—Gracias. De no haber estado ahí...

—Chisssss... —lo interrumpo mientras me aferro más fuerte a su torso—. No quiero pensar en lo que habría pasado. ¿Estás bien?

Agarra mi rostro entre las manos y lo cubre de besos.

—Sí, sí, estoy bien. Dios, lo siento. Te quiero —se calla y retiene mi mirada. Tiene un aire muy serio y parece de lo más arrepentido—. Catherine, te quiero.

No contesto a eso. No puedo hablar de amor en este instante. Al ver mi silencio, lo comprende.

—Catherine, yo... —se detiene y exhala ruidosamente.

Sabe que anoche cambió algo en mi interior. Lo que no sabe es hasta qué punto he cambiado.

—Lo que sea que quieras explicar, este no es el momento.

Se dispone a abrir la boca de nuevo.

—No quiero que digas nada más, Nate —lo interrumpe mi fría voz—. Por favor. Quiero ducharme.

—De acuerdo —me susurra.

Me invita a entrar en la ducha con un gesto de la mano, me sigue y cierra las dos puertas de cristal a sus espaldas. El agua caliente cae a chorros a nuestro alrededor y, durante un largo momento, parece ser lo único que se mueve en esta casa. Tanto él, como yo, estamos petrificados.

—Catherine, por favor, habla conmigo —me susurra, desesperado por sacarme de mi letargo—. Dime algo.

—Llevo horas hablando contigo —escucho mi propia voz que suena tan fría que apenas la reconozco.

Vuelve a abrazarse a mí, los dos en completo silencio, y pega la frente contra la mía. Esta relación me supera. Todo lo que me rodea, él incluido, me supera. En las últimas veinticuatro horas, el mundo se ha convertido en un lugar demasiado grande para mí.

—Catherine... amor... por favor, dime algo que no sea monosilábico o tan jodidamente frío.

—Me consumes —susurro, inmensamente triste.

Me deslizo por la pared, abrazada a él. Una vez abajo, cojo el gel de ducha y empiezo a enjabonarle todo el cuerpo. Necesito tener las manos ocupadas en algo para no volverme completamente loca. Nos quedamos durante un buen momento ahí sentados, con las gotas de agua caliente estrellándose contra nuestras cabezas.

—Siento haberte hecho pasar por todo esto —musita, con la mandíbula tensa.

Alzo la mirada y, al ver la multitud de emociones reflejada en la suya, abro la boca como si hubiese recibido un duro golpe en el estómago y el aire se negara a acudir a mis pulmones. Deslizo mis temblorosos dedos por su hermoso rostro, cubierto por su áspera barba. Él cierra los ojos y sacude la cabeza. Parece desolado.

—¿Nate, qué te tomaste?

Abre los ojos y me mira con angustia reflejada en sus iris.

—Te juro que solo eran aspirinas... y *bourbon*. Tienes que creerme.

Estoy convencida de que está mintiéndome. Las aspirinas no provocan esa clase de reacción a nadie, por mucho *bourbon* que bebas. Me he engañado a mí misma. Me he repetido una y otra vez que él jamás haría algo así aposta, pero, en este instante, ya no sé qué creer. ¿De qué es capaz este hombre? No lo sé. ¿Acaso lo conozco tan bien como pienso? ¿O lo que veo tan solo es otra de sus fachadas? Los ojos se me cargan de lágrimas cuando me doy cuenta de que el hombre que está abrazándome con fuerza, en este instante, se ha convertido en un completo desconocido para mí. Tengo que parpadear varias veces seguidas para evitar que se escurran por mis mejillas.

—Catherine, lo siento, amor. No quería asustarte.

Agarro su cabeza con ambas manos.

—¿Qué has hecho? —susurro, evaluando su rostro—. ¿Cómo te han convertido en alguien así, Nate? —sostengo esos turbios ojos mientras arrastro el pulgar por su labio inferior—. No soporto verte tan destrozado. Daría lo que fuera por arreglarlo... —me quedo con la mirada perdida en el vacío y murmuro— por arreglarte.

Mi juguete roto.

Se le enturbia la mirada aún más, así que deja caer la cabeza para ocultármelo.

—No fue un accidente —murmura, momentos después.

El tiempo se detiene para mí, como si las agujas del reloj por el que se rige el universo entero se negaran a seguir moviéndose. El agua sigue cayendo a nuestro alrededor, caliente y silenciosa, y su susurro es lo único que rompe este denso silencio. Me aparto de él con horror, tapándome la boca con ambas manos.

—Intentaste... —se me quiebra la voz a causa del impacto que recibo.

Niega con la cabeza.

—No... —se humedece los labios y alza la mirada hacia mis ojos. Yo lo evalúo conteniendo el aliento—. Yo no. *Ella*. Se suicidó.

Cierra los ojos con fuerza, se aleja de mí, física y mentalmente, y apoya la nuca contra los azulejos color oro.

—220 kilómetros por hora y ni siquiera intentó frenar —musita con voz temblorosa.

Contemplo enmudecida su hermoso rostro, roto de dolor.

—Oh, Dios... —las yemas de mis dedos alisan las arrugas que se forman en su frente, sin embargo, él no reacciona ante mi caricia—. ¿Has estado martirizándote durante todos estos años por lo que le pasó a ella? Oh, Dios... Nate... No fue un suicidio y, de ninguna manera, fue culpa tuya. ¿Me oyes?

—Se suicidó y solo es culpa mía. ¿Tienes idea de lo duro que es levantarse cada mañana sabiendo eso? —levanta el tono y abre sus vidriosos ojos para mirarme—. ¿Tienes idea de lo difícil que es irse cada PUTA noche a la cama sabiendo eso? ¡SE SUICIDÓ, JODER! —su puño impacta contra los azulejos de forma violenta.

Apoya la frente en la misma mano, sin percatarse de que están sangrándole los nudillos. Hace una larga pausa. Respira hondo para tranquilizarse.

—Y yo la empujé al suicidio. ¡¡LA MATÉ!! ¿Lo entiendes? Es solo culpa mía. Yo... maté... a Mary —murmura con los ojos abiertos y muy aterrados.

Deja caer los hombros. Parece destrozado de dolor. Agotado. Apagado.

—No... —agarro su cabeza con las dos manos—. Nate, no... —repito en un murmullo mientras niego con la cabeza—. ¡Mírame! El coche no frenó, ¿me escuchas? No fue culpa tuya. ¿Me escuchas?

No lo hace, sino que permanece con la mirada perdida en el vacío, los labios ligeramente separados y el ceño fruncido. Está profundamente sumergido en su propio infierno personal y nada de lo que yo le diga en este instante hará que vuelva al mundo real.

—Me siento tan culpable. Al menos antes me refugiaba en el alcohol... y en las drogas y... en follar... pero ahora... —su turbada mirada se encuentra con la mía— ¡ahora siento! —se humedece los labios mientras baja al suelo su rostro contraído de dolor—. Y daría todo lo que tengo por no sentir una mierda.

Sin que yo pueda evitarlo, lágrimas de profundo dolor se escurren por mis mejillas. Estoy llorando por él porque en este instante lo único que necesita es mi compasión. Me agarro a su torso desnudo y me desplomo entre sus brazos, sollozando sin control alguno hasta que ya no soy capaz de seguir llorando. Guarda silencio, limitándose a estrecharme entre sus brazos.

—Te dije que yo siempre destruyo todo lo que toco —murmura, con el rostro enterrado en mi pelo—. Me odias ¿verdad? Me odias más de lo que yo me odio a mí mismo por lo que le hice a ella.

Muevo la cabeza para negarlo. En este momento no soy capaz de emitir ni un solo sonido.

—Te dije que esto iba a pasar —prosigue ausente—. Te dije que si llegabas a saber la verdad, se acabaría todo, así que si eliges marcharte ahora, te prometo que no haré nada para impedírtelo. La elección es tuya, amor. Siempre lo ha sido.

Me tomo un instante antes de hablar para encontrar las palabras.

—Quiero que me escuches muy atentamente. Esto no tiene que ver contigo. Lo de Mary... no tuvo nada que ver contigo, ¿no lo ves?

—¡ERA MI PUTO COCHE! —ruge colérico.

—¿Qué le pasó al Porche la noche del accidente, Nate?

—No frenó —musita, distraído.

—Exacto. No frenó. ¿Qué fue lo que te dije que le pasaba a tu Lamborghini?

Frunce el ceño y me mira como si se hubiera quedado sin aire.

—Que no frenó.

Asiento.

—¿Qué te hace pensar que Mary se suicidó?

Abre la boca a causa del impacto que recibe.

—No frenó —murmura como para sí mismo. Sus ojos agrandados de horror se cruzan con los míos—. ¿Qué intentas...?

—¿Qué sabes de Jimmy Brown?

—¿Quién coño es Jimmy Brown?

—Será mejor que veas algo, entonces.

Salimos de la ducha, de nuevo en silencio, y nos vestimos. Lo agarro del brazo y lo llevo a rastras hasta mi biblioteca. Se apoya contra el escritorio.

—¿Qué... cojones... es esto?

Nos miramos a los ojos durante un tiempo inconmensurable. Los dos sabemos que esto es malo.

—Los últimos tres meses de mi vida —digo al fin, y al hacerlo, la frialdad de mi voz se expande hasta envolverme por completo. En este instante no soy capaz de sentir nada.

Sus ojos azul marino recorren toda la pizarra blanca, examinando las fotos de ambos siniestros, las fotos del cuerpo sin vida de Mary, todos los informes de la policía, informes del FBI, fotografías de gente con la que tanto ella como él tuvieron relación a lo largo de sus vidas —en el caso de Nathaniel ignoré las mujeres, la pizarra no daba para tanto—, recortes de periódicos, cuentas bancarias, extractos de llamadas de Mary y, en el centro de la pizarra, un nombre escrito: *Jimmy Brown*.

—Era el novio —digo cuando su mirada se detiene sobre esas letras rojas.

—¿Te das cuenta de lo disparatado que es lo que estás contándome?

Me siento a su lado en el sofá de la biblioteca y le ofrezco una taza de café caliente.

—¿Se te ocurre a ti otra explicación a todo esto? ¿De verdad piensas que tu “nena” no frenó porque sí?

—No —mueve la cabeza—. Sé que alguien le ha tocado los frenos. El FBI me lo ha confirmado. Lo que me parece disparatado es que sea un tío al que no conozco de nada.

—¿Y quién sospechas tú que ha sido, Nate?

Resopla y alza la mirada hacia mí. Se pasa una mano por el pelo.

—No lo sé. A Lennon lo mató un fan desquiciado.

Pongo los ojos en blanco.

—Tus fans desquiciados son niñas de instituto. Ellas no sabotearían los frenos de tu coche. En el peor de los casos, si quisieran matarte, cosa que es improbable puesto que están enamoradas de ti, pero en ese supuesto caso, te enviarían unos donuts caducados.

Curva los labios en una de sus sonrisas pícaras.

—Vale, *Scooby*, digamos que estás en lo cierto. ¿Qué es lo que mueve a Jimmy Brown?

—Eh... ¿hola? Venganza —contesto como si eso fuera evidente.

Nathaniel pone mueca de incomprensión, así que me veo obligada a detallar eso.

—Ella se fue a vivir con él, pero no era feliz puesto que quería volver contigo. ¡Es evidente! Abandonó a Jimmy por ti. Él se desquició... desde luego que no sería el

primer novio en desquiciarse —le lanzo una miradita incriminatoria; él sonríe inocentemente— y la mató.

Se levanta del sofá y empieza a dar vueltas por la habitación. Me pregunto, distraída, qué le habrá inyectado ese supuesto médico. Algo ilegal, sin duda alguna. Está tan fresco como una rosa. ¡Increíble!

—Pero el objetivo no era ella —se detiene al lado de la pizarra—. Él no podía saber que ella iba a coger mi coche esa noche. Nadie tocaba mi coche. ¡Nunca! —se vuelve hacia mí y añade, con los ojos desorbitados—: Desde el principio, el objetivo he sido yo.

Me quedo en silencio, valorando esa posibilidad. Tiene toda la lógica del mundo. He estado tan obsesionada con el crimen pasional que pasé por alto lo obvio.

—Si de verdad fue Jimmy Brown —prosigue, señalando la pizarra—, su objetivo no era Mary. ¡Y tiene sentido! —se deja caer en el sofá de nuevo, con la mirada perdida en el vacío—. Tiene sentido que quisiera matarme hace dieciocho años, pero ¿por qué iba a intentarlo ahora?

Me levanto del sofá para mirar de nuevo todas las pruebas. ¿Qué se me escapa?

—Puede que sufra un brote psicótico —murmuro, ausente—. Algo ha tenido que desencadenarlo —me giro hacia él—. ¿Cuándo es el aniversario de la muerte de Mary?

Se pasa la lengua por los dientes mientras lo piensa.

—Yo ya estaba en coma. No cuadra.

¡Claro que no cuadra! ¿Por qué iba a ser esto fácil?

—Hay algo más —me saco la nota del bolsillo—. Jimmy Brown ha estado en mi casa.

El papel está muy arrugado, pero se puede leer perfectamente el texto. Se lo alargo. Lo coge, baja la mirada y lo lee. Frunce el ceño.

—¿Qué coño quiere decir esto? —levanta la mirada hacia mí.

—¿De verdad pensabas que eran aspirinas lo que estabas tomando?

Me mira a los ojos con una expresión tan suplicante que lo creo cuando dice que sí.

—Desde luego, lo que tomé estaba en el bote de las aspirinas.

—Entonces ese alguien ya está pagando las consecuencias. Esto no ha hecho más que empezar.

Nathaniel y yo, ambos sentados en el sofá de mi salón, miramos boquiabiertos al hombre moreno, gordo y con bigote al que tenemos delante. Se llama Walter Hamilton, según acaba de contarnos. Está cómodamente instalado en una silla y apunta cosas en una libreta azul oscuro.

—¿Y dice que no sabe lo que tomó?

¡Nos trata como a idiotas!

—Agente, es la quinta vez que se lo repito. Tomé unas pastillas que pensaba que eran aspirinas, pero resultaron no serlo porque casi ¡ESTIRO LA PATA!

El hombre apunta —¡por quinta vez!— la información en su libreta. Gira la mirada hacia mí.

—Ajá —repite, escéptico—. ¿Y usted estaba ahí?

¡Me va a dar algo!

—Sí —gruño, con toda la exasperación de la que soy capaz—. Yo estaba ahí. Fui la que llamé a emergencias, ¿recuerda? Se lo acabo de contar.

—Así que es usted la ex novia.

¡Por el amor de Dios! ¡Si es que no escucha!

—¡La ex novia es la muerta! —prorrumpo, incapaz de dominar la ira que me provoca la estupidez de este hombre —. ¡Mary! ¡La que sufrió el accidente de tráfico! Yo soy la actual.

Vuelve a apuntarlo en la libreta.

—Claro. Usted es la que saboté los frenos de su coche —repite, impasible.

—Está bien, agente —por cómo sopla Nathaniel es evidente lo mucho que le cuesta dominarse—. Ya ha hecho usted lo que ha podido. ¿Ahora sería posible hablar con alguien con más autoridad?

El hombre eleva sus ojos marrones de la libreta y nos sonríe con una serenidad desquiciante.

—No necesita a nadie más, señor Black. Yo me haré cargo de todo. Seguro que esto es un malentendido. Todos sabemos que usted tiene... y seguro que su amiguita también... eh... tienen ese problemilla con las... ejem... —se inclina y susurra, muy avergonzado—, bueno, con las sustancias... ya sabe... drogas.

—¡¿Qué yo tengo un qué?! —ruge Nathaniel, levantándose de forma brusca.

Tiene los puños apretados, la mandíbula tensa y sus ojos, relampagueando de furia, están acuchillando al policía. No me sorprende. Yo misma estoy cotejando muy en serio la posibilidad de envenenarle el vaso de agua que le ofrecí nada más llegar.

Tiro de su mano para hacerle sentarse de nuevo. No serviría de nada pegar al policía y, por la expresión que registra el rostro de Nathaniel y a juzgar por todos los episodios violentos que ha protagonizado en los últimos diez años, me parece que eso va a suceder en breve como sigamos así. Decido intervenir para calmar un poco el ambiente.

—A ver, agente, aquí nadie tiene un problemilla con las drogas —entorno los ojos al darme cuenta de que eso no es del todo cierto—. Bueno, él sí, pero eso no es de su incumbencia. ¿Ahora piensa enviarnos a la policía científica para que analicen el bote de pastillas y el ramo de flores por si hay huellas, o me verá obligada a llamar a Joe-el-tiburón-Parker, que da la casualidad de que sea un gran amigo mío? Al igual que el senador Carrington, el juez Méndez, el alcalde Grant y muchos otros.

Nathaniel gira la cabeza hacia mí, con una llama de diversión brillando en su mirada.

—¡Oh, cielos! Para estar tan lejos de casa, tiene usted muchos amigos en Nueva York, señorita.

¿Está asustado? Bien. *Debería.*

—Soy una chica popular. ¿Y bien? —gruño entre dientes. Mi paciencia se ha agotado.

—Sí. Es una idea genial —me sonrío; no me molesto en corresponderle—. Pediré refuerzos.

—Por favor —le apremia Nathaniel a través de los dientes apretados.

Ni Nathaniel ni yo estamos preparados para lo que sigue a continuación. Un equipo formado por cuatro agentes se presenta en la puerta de casa, lo ponen todo patas arriba y empiezan a examinar minuciosamente cada rincón y cada objeto. Según nos acaban de informar, luego harán lo mismo en la casa de Nathaniel. Hay que ver lo que se obtiene dejando caer los nombres de unos cuantos pesos pesados.

—Estos son los agentes Walker, Clark y la agente Abrams —informa Hamilton.

Nathaniel y yo saludamos con un gesto de cabeza.

—¿Podría decirme dónde encontró las flores? —me pregunta el agente Walker... o Clark, no tengo muy claro quién es quién.

—Por supuesto. Por aquí —les indico la escalera interior.

Acompañada por Nathaniel, conduzco a los cuatro policías hasta mi dormitorio. Me quedo parada en la puerta, mirando cómo los tres agentes nuevos se ponen los guantes y empiezan a inspeccionarlo todo. Nathaniel Black se pasea por el pasillo, de un sitio al otro, con mirada feroz.

—Eh... ¿estás bien? —coloco una mano en su brazo para detenerle.

Aparta mi mano con gesto brusco y sigue recorriendo el pasillo a grandes zancadas. Sus ojos echan chispas.

—No, Catherine, no estoy bien. Han intentado matarme... dos veces... no, ¡tres! Han entrado en mi casa, en la casa de mi novia, nos han amenazado y ¡no tengo ni puta idea de por qué! —percibo una inmensa furia en su tono de voz—. Ah, y por si eso no fuese suficiente... ¡hay un degenerado toqueteando tus bragas! ¡Joder! —le da un puñetazo a la pared y se detiene al fin, a mi lado.

Sin saber a lo que se refiere, miro a mis espaldas. El agente Hamilton está examinando muy atentamente un par de bragas rojas de seda que ha debido de sacar del cajón donde guardo la ropa interior. Solo Dios podría decir por qué razón.

—Todo va a salir bien —le susurro.

Su pecho se ensancha al coger una bocanada de aire. Respira hondo varias veces. Para tranquilizarse, supongo. Asiente con la cabeza mientras alarga el brazo y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Unos deliciosos escalofríos me recorren toda la espalda, como suele pasar cada vez que él me toca.

—Siempre has sido muy valiente, amor —murmura, inclinando su rostro hacia el mío.

—Soy Catherine Collins-Fitzgerald —contesto en voz muy baja.

Una de las esquinas de su boca se eleva en una sonrisa. Me rodea con los brazos y me aprieta contra su pecho.

—Eres *mi* Catherine Collins-Fitzgerald, señorita. No te olvides de ello.

Sus labios se posan sobre los míos. El beso, al principio suave, se vuelve carnal a medida que pasan los segundos. Sus manos empiezan a deslizarse por mi espalda lentamente. Me apoya contra la pared y, justo cuando su erección se clava en mi estómago y los dos parecemos a punto de perder el control, un carraspeo nos devuelve al mundo real.

—Necesitaremos sus huellas y las de su compañera de piso —oigo la voz de la agente Abrams a sus espaldas.

Nathaniel suelta un improperio entre dientes, aunque no se aparta de mí. Respiro hondo para tranquilizar mi agitada respiración, recupero la compostura y giro la mirada hacia ella. Parece igual de avergonzada que yo.

—Claro —murmuro—. Por supuesto. Y las de él, supongo...

Al fin Nathaniel se vuelve hacia ella y la mira enfurruñado. Parece cabreado por su interrupción.

—Eso no será necesario. Al señor Black le han fichado tantas veces que nos las sabemos de memoria —bromea.

El rostro masculino adopta un aire orgulloso.

—Haber sido detenido no me parece razón para regocijarse —le riño.

—A mí sí —me contesta él.

Pongo mala cara, aunque decido no continuar con esta conversación. Me limito a facilitarles mis huellas, a llamar a Emma para que vuelva a casa y facilite las suyas y... a preparar cafés para todos. La noche va a ser larga.

Cuando entro en la biblioteca para ofrecerle a la agente Abrams una taza de café caliente, me la encuentro hablando por el móvil.

—¿Entonces es posible que haya sido Molly? Ajá... ajá... vale... ¿diferente?... ¿qué tenía de diferente?... a saber... vale... de acuerdo... gracias.

—¿Cómo vamos? —indago, alargándole la taza.

Coge el café, me lo agradece con una sonrisa y un gesto de cabeza, y le da unos sorbitos. La agente Laura Abrams es la que mejor me cae de los cuatro policías que olisquean en mi casa en busca de pruebas. Tal vez porque es mujer. Hay que admitir que yo siempre he sido feminista. O puede que se deba al hecho de que ella no parece tener más de treinta años. También hay que admitir que siempre he apoyado a los jóvenes. En fin, como sea, es la que más confianza me inspira, por eso me atrevo a preguntarle más cosas que a los demás.

—No hay huellas aparte de las vuestras —se limita a decir mientras me da la espalda y se dispone a salir por la puerta.

—¿Agente? ¿Puedo preguntarle algo más?

Se detiene y se gira hacia mí.

—Por supuesto. ¿Qué pasa?

Vacilo varias veces, me muerdo el labio y cambio el peso de mi cuerpo de una pierna a la otra.

—¿Quién demonios es Molly? —me obligo a decir.

Sonríe divertida.

—No es quién, sino *qué*. Molly es una droga, Catherine.

Avergonzada a causa de mi ignorancia, suelto unas carcajadas.

—¡Vaya! ¡Menos mal! Pensaba que era alguna zorra —aclaro entre risas. Me detengo y sonrío con bochorno al ver su ceño fruncido—. Es que Nathaniel Black siempre ha sido... bueno... un *playboy* con mucho *sex appeal* —murmuro a modo de explicación.

—Pues casi que habría sido más fácil. A las zorras se les puede detener.

Me vuelvo sería en cuestión de segundos.

—¿Qué quiere decir con eso?

Resopla, se me acerca y me invita a sentarme en el sofá. Obedezco en silencio. Ella se sienta a mi lado.

—Molly, en sus mejores tiempos, era MDMA puro, el ingrediente activo del éxtasis, y se usaba para tratar las depresiones. Inofensivo, casi, en pequeñas cantidades, claro está. El problema es que, en los últimos años, la DEA ha incautado grandes cantidades de Molly que nada tiene que ver con la MDMA, sino que contiene dosis preocupantes de sustancias de origen desconocido, mezclas tóxicas de productos creados en los laboratorios de China para imitar los efectos de esa droga. Y algunos de esos compuestos han sido causa directa de muchísimas muertes.

Cojo aire en los pulmones y lo suelto ruidosamente. Vale, eso pinta mal.

—¿Y no sabéis qué contiene la droga?

—Casi siempre detectamos todos sus componentes. Son sustancias peligrosas, pero el problema no es ese, sino la dosis, puesto que no todas las Molly contienen la misma fórmula. Para que te hagas una idea, nadie sabe nunca lo que contiene esa pastilla que acaba de ingerir, ni qué dosis se ha tomado. Es como jugar a un juego peligroso y mortal. Apuestas a una última carta. Puedes morir o puedes vivir. Hay que correr el riesgo. Por los síntomas que me dijiste que tuvo, a primera vista parece una sobredosis de *metilendioximetanfetaminas*, aunque conociendo los antecedentes del señor Black, no creo que unas simples MDMA le provocaran ese efecto tan brutal. Está más que acostumbrado a estas prácticas. Lo que me hace pensar que ha tomado unas cuantas Molly de procedencia desconocida.

—Ayer parecía estar muriéndose —hago una mueca de dolor al recordarlo.

—Es que *estaba* muriéndose. Hizo usted bien en mantenerle consciente y llamar a emergencias. Unos minutos más y no habría vivido para contarlo —coloca una mano en mi hombro y añade—: Le ha salvado usted la vida.

Aprieto los labios.

—Ya.

La agente Abrams se acaba el café y deja la taza encima del escritorio. Regresamos al salón.

—Nuestra labor aquí ha acabado —me informa de camino hacia la puerta—. Si hay novedades, os avisaré. Mientras tanto, cambiad las cerraduras y contratad seguridad.

Asiento y me despido de ella con una trémula sonrisa. Cierro a sus espaldas.

—¿Amor?

Me giro hacia Nathaniel. Va acompañado por un hombre fornido, calvo y muy alto, de unos treinta y pico años.

—Este es Matt Randall. Tu nuevo guardaespaldas.

Entorno los ojos con exasperación.

—No necesito un guardaespaldas.

—Claro que no. Porque volverás a Londres hoy mismo. Solo va a acompañarte hasta el aeropuerto.

—¡Ni de coña voy a volver a Londres! —exclamo tajante, pateando el suelo con la punta de mis botas.

Nathaniel me agarra ambos brazos para hacerme entrar en razón.

—¡Escúchame bien, princesa de pasarela! ¡Vas a hacer lo que te digo por una vez en tu vida!

—¡No!

—¡Vas a volver a Londres! —gruñe entre dientes, zarandeándome—. Necesito saber que estás a salvo.

Me zafó de su agarre y empiezo a dar vueltas por la biblioteca como una desquiciada.

—Ha entrado en mi casa, Nate. *MI* casa. Si me quisiera muerta, ya lo estaría. Esto no va conmigo. Eres tú el que tiene que estar a salvo. Debes llamar a ese monstruo marino para que te mande protección. Por cierto, ¿por qué no está aquí Wes? Es tu guardaespaldas, ¿no?

—No necesito guardaespaldas todos los días de mi vida. Solo en eventos importantes. ¿Y quién demonios es el monstruo marino?

—Joe Parker —escupo ese nombre con todo el desprecio del que soy capaz mientras me dejo caer al sofá. Me he cansado de dar tantas vueltas.

—Oh, ya veo. Esta es la segunda mención que haces hoy a él, lo que me hace pensar que realmente conoces al tiburón.

Hago una mueca de disgusto.

—Más de lo que me gustaría admitir.

Abre la boca por el estupor y me lanza una miradita reprobatoria, de arriba abajo.

—¿Te lo tiraste?! —grita, escandalizado.

Pongo cara de asco.

—¡Puaj! ¡No! ¡Qué asco! Solo he intentado sobornarle.

Su rostro se relaja visiblemente.

—Oh. Está bien entonces. Veo que has aprendido triquiñuelas útiles desde tu última estancia en Nueva York. Buena chica.

Sacudo la cabeza con incredulidad y decido dirigir la conversación hacia el tema que realmente me interesa.

—¿Llamarás a Parker?

Resopla mientras acorta la distancia que nos separa. Asiente.

—Buen chico.

Coloca un dedo debajo de mi barbilla para alzar mi rostro hacia el suyo.

—¿Volverás a Londres? —quiere saber, evaluando mi mirada.

Lo niego. Sonríe.

—¿Ni si convierto tu vida en un infierno? —sus ojos adquieren un brillo entre divertido y malicioso. No quiero saber en lo que está pensando.

Le sonrío con dulzura.

—No serías capaz —afirmo con toda la convicción que consigo reunir.

Sin embargo, la enigmática sonrisa que adopta su hermoso rostro me dice todo lo contrario.

Durante las dos semanas siguientes, Nathaniel Black dedica todo su tiempo libre —y en el caso de un actor en paro, eso supone *mucho* tiempo— a convertir mi vida en un auténtico infierno, tal y como me había amenazado. Tengo a los *paparazzi* pisando mis talones todos los días porque al *playboy* se le “escapa” en un programa de cotilleos que yo estoy embarazada. Y claro, todo el planeta quiere ver la foto de mi barriguita. Los bomberos nos sacan de casa a Emma y a mí tres veces seguidas en una semana, siempre a las cuatro de la madrugada, bajo el pretexto de un incendio. Hay una investigación en curso para averiguar quién es el travieso vecino que ha alertado de unas llamas en mi ático. A mí no me hace falta investigarlo. Ya lo sé.

Cinco días después, los de la brigada antidrogas me detienen en un club donde me divierto con Emma, con Robert y con Gage, y me cachean porque “alguien” les ha dado el soplo de que llevo, nada más ni nada menos, heroína. ¡En el sujetador! Tan solo pasan dos días hasta que el FBI me interroga durante horas como a una vulgar asesina porque están convencidos de que la carne picada de mi congelador es humana y pertenece a uno de mis novios, Bobby Joe, quien trágicamente me dejó por una tal Sue Ellen. Conociendo lo retorcida que puedo llegar a ser, el tiburón Parker está convencido de que ha sido un crimen pasional. Claramente, yo he actuado por venganza. Muy a su pesar, tiene que dejarme en libertad cuando el laboratorio confirma que la carne es de cerdo. Y con cerdo —por muy difícil que parezca de entender—, no se refieren a Bobby Joe.

Por supuesto, Nathaniel Black se enfrenta a una multa millonaria por esa bromita suya. Uno no puede movilizar al gobierno de esa manera y salir impune, por muy *sex simbol* que sea. Claro que el chico malo de Hollywood no se altera ante la noticia. *Me la refanfinfla* son las únicas palabras que dice cuando su abogado le informa del lío en el que acaba de meterse.

—¡Jamás volveré a verle! —grito al volver a casa después del interminable interrogatorio.

Emma hace una mueca de aburrimiento.

—Lo mismo dijiste cuanto te persiguieron los *paparazzi*...y cuando vinieron los bomberos... ¡Oh! y cuando te cachearon los de la DEA tus palabras textuales fueron: *¡por mí puede pudrirse en el infierno ese cabrón!* ¿Y qué fue lo que pasó? ¡Qué os acostasteis al menos diez veces!

Yo diría que fueron doce.

—¡Injurias baratas! —me defiendo, dignamente.

—Catherine, que los muros de este edificio no son tan gruesos como parecen.

Hago una mueca enfurruñada y tecleo en Google métodos para relajarse. Encuentro yoga, tai-chi y una página llamada: *comoserunabuenadominatrix.com*. Me pregunto vagamente qué tendrá eso que ver con los métodos de relajación. Hago clic y entonces lo comprendo todo. Me descargo el manual. Por si acaso. Una nunca sabe cuándo puede necesitar esa clase de informaciones.

La vida me sonrío. Los últimos rayos del sol de invierno alumbran la quietud de Central Park, bajo mi serena mirada. Llevo todo el día sentada en este banco, conectando con la naturaleza, con el universo y conmigo misma. Y he de admitir que eso es muy relajante. La belleza del hielo derritiéndose, el canto de los pájaros, las risas de los niños que juegan al fútbol a pocos pasos de distancia... todo ese conjunto de cosas maravillosas que ofrece la vida colma mi corazón de paz interior.

—¡Vaya por Dios! ¡Hoy es mi día de suerte! Tú, yo y un parque.

¡Al cuerno con la paz interior! Resoplo. Fue bonito mientras duró.

—¿Qué haces aquí? —pregunto en tono arisco.

Giro la mirada y lo veo apoyado contra un árbol, llevando uno de sus *looks* negros de chico malo y peligroso, los brazos cruzados con despreocupación a la altura del pecho y un cigarro colgando de la esquina de su boca. Como siempre, luce guapo y odioso a la vez.

—Estás haciendo las preguntas erróneas, amor. La pregunta correcta es ¿qué haces *tú* aquí, sin guardaespaldas?

—¡Eso ha dejado de ser asunto tuyo desde el día en el que el FBI me llevó esposada! —escupo para dejar evidente mi cabreo.

Ríe entre dientes.

—Sí, fue un momento histórico. Saliste en las noticias. *La chica buena se vuelve mala*. ¡Qué escándalo! Me llamó tu madre absolutamente desquiciada. Dijo que a tu tía Agatha le había dado una fuerte crisis de nervios y que no había tilas en Inglaterra para tranquilizarla. Le sugerí un porro, pero dijo que no le parecía cristiano. Hay que admitir que no lo es.

Lo miro airada, rechinando los dientes.

—Si esta es tu manera de hacer las paces conmigo, qué sepas que no te funciona.

Se endereza y lanza el cigarrillo al suelo. Lo apaga con la punta de sus botas moteras. Se encamina hacia mí con paso lento, los labios torcidos y mirada de depredador, derrochando sensualidad y una seducción animal por todos los poros de su cuerpo. ¡Maldita sea! Ya estoy temblando y eso que aún no me ha tocado. Hay

que ver lo que consigues un poco de *sex appeal*.

—No. Esa no era mi manera de hacer las paces contigo. Era mi manera de tocarte las narices.

Me hace levantarme del banco, me pega contra su cuerpo y me mira de una forma absolutamente hipnótica a los ojos, mientras que sus manos me recorren los brazos.

—*Esta* es mi manera de hacer las paces contigo —susurra antes de inclinar el rostro hacia el mío.

Separo los labios para protestar, pero solo sirve para que él se hunda todavía más en las profundidades de mi boca. Me rodea entre sus brazos y su lengua establece un ritmo lento y sensual que, de nuevo, ¡por enésima vez!, consigue que mi cuerpo se rinda ante él. Empiezan a flojearme las rodillas, la tensión abandona poco a poco mi cuerpo y mi mente se nubla a causa del deseo que despierta en mí. Me olvido de todas las maldades que ha hecho y, sencillamente, me pierdo en ese beso que repercuta en mi interior de una forma que no creía posible.

—Quiero tocarte —musita.

Su mano me desabrocha la cremallera de mi falda vaquera con lentitud y uno de sus dedos se introduce dentro y empieza a acariciar la tela de mis bragas.

—Estamos en el parque —le recuerdo, jadeante.

—¡Joder! —se detiene, resopla y sube la cremallera—. Será mejor que nos vayamos, entonces.

Me agarra de la mano y me arrastra así hasta su casa, en completo silencio. Percibo una mezcla de excitación furiosa en sus movimientos. Suelta las llaves encima de la mesa del recibidor y camina hacia el salón con paso firme.

—Nate, deberíamos dejar de hacer esto —le digo, siguiéndole—. Estamos discutiendo todos los días solo porque estamos enganchados al sexo de reconciliación.

Se abalanza sobre mí, agarra mi nuca con ambas manos y me besa con agresividad.

—Entonces deja de provocarme, princesa —gruñe, y sus ojos adquieren un brillo oscuro.

Oh, ya sé cómo va a acabar esto. Retrocedo lentamente. Por desgracia me golpeo contra la pared. Maravilloso. Como siempre, estoy arrinconada. Con los labios desplegados en una seductora sonrisa, camina hasta detenerse a escasa distancia de mi cuerpo.

—No, no vamos a follar esta vez —sacudo la cabeza para asegurarme de que lo entiende—. Vamos a sentarnos, a tomar un té y a comunicarnos como las personas normales.

Se inclina hacia mi oído.

—Por supuesto —coge el lóbulo de mi oreja entre los dientes y lo recorre con la lengua.

Sus manos me agarran el trasero y me atraen con fuerza hacia su erección.

—Ay, Dios, para —jadeo.

—Claro que sí, amor. Pero antes voy a follarte para que entres en razón.

Percibo la excitación que hay en sus brillantes ojos mientras me sube la falda, me baja las medias y se deshace de mis bragas. Me cubre el sexo con la mano y empieza a frotar de una forma provocadora. Me penetra hasta el fondo con sus dedos mientras sus ojos encendidos de deseo estudian mi reacción. Sabe que soy suya en este instante. Mis caderas no pueden dejar de moverse, buscando mucho más de lo que está dándome. ¿Por qué será que esto ha dejado de sorprenderme? ¿Cómo puedo ser tan horriblemente débil? ¿Tan enganchada a él?

Hay una parte de mí que quiere resistirse a esto. Se supone que estoy cabreada. Pero sus manos son tan expertas... su boca es tan seductora... su azul mirada es tan ardiente... ¡Al demonio el cabreo! Me afero a sus brazos y lo beso.

—¡Abre los ojos, Catherine, y mírame!

Mis ojos se clavan en sus pupilas.

—¿Vas a follarme a modo de castigo? —le susurro.

Sacude la cabeza y sostiene mi barbilla con ternura.

—He cambiado de opinión. Voy a hacerte el amor —me contesta, dedicándome una dulce sonrisa.

Me levanta en brazos y carga conmigo escalera arriba, de camino a su habitación. Me coloca con suavidad encima de la cama, se quita la ropa y las pocas prendas que me quedan a mí, y se inclina sobre mi cuerpo. Esto empieza a preocuparme. ¿Quién es este desconocido que cubre mi piel de abrasadores besos? No es posible que sea el chico malo de Hollywood.

—Por favor, deja que te mantenga a salvo. Por favor —suplica, arrastrando la lengua por mi estómago.

Al encontrarme con su mirada, brillante y atormentada, no puedo evitar sentirme conmocionada. Cojo su cabeza con ambas manos.

—No va a pasarme nada —le susurro—. Quiero quedarme contigo en Nueva York. Me volvería loca en Londres, ¿no lo entiendes? Esta vez no vamos a separarnos.

Me abraza y me besa todo el rostro con ternura.

—Te quiero demasiado como para perderte —murmura.

No soy capaz de decir nada más. Me abrumba todo esto. Al notar mi silencio, su boca se posa de nuevo sobre la mía y me da un beso largo, profundo y desesperado.

—Quédate conmigo si es lo que quieres —me susurra, deslizado las frías yemas de sus dedos por mis pómulos—. Nos las apañaremos juntos. Todo va a salir bien.

Se hunde en mi interior y los dos nos perdemos en este momento, con nuestras manos unidas, nuestros labios pegados y nuestros corazones latiendo el uno contra el otro. Su ritmo es constante, lento, sensual. Su cuerpo se tensa cuando me corro pronunciando su nombre. No tarda más de unos instantes en seguirme.

—¿Amigos? —me susurra, aún dentro de mí.

Beso suavemente sus entreabiertos labios.

—Amigos.

Por supuesto, la magia acaba dos horas más tarde, como no podía ser de otra manera.

—¿Qué vas a hacer el qué? —ruge, completamente desquiciado, dándole un puñetazo a la lámpara que había en su mesilla para dejar bien claro lo enfurecido que está, lo mal de la cabeza que estoy y lo mucho que se opone a mi plan.

Entorno los ojos, exasperada.

—¡Dios! ¡Eres tan testarudo a veces! ¡Déjalo ya, joder! Solo es una fiesta. No hay que volverse locos.

Se abalanza sobre mí y me agarra por los hombros.

—¡Por encima de mi cadáver vas a salir esta noche, princesa!

Furiosa a causa del numerito que está montándome, lo empujo para apartarle de mí. Le doy la espalda, salgo de la habitación y bajo la escalera corriendo.

—¿Me has oído? —grita desde lo alto de la escalera. Tiene una expresión de feroz violencia que, en otro momento, habría conseguido estremecerme. Ahora, sin embargo, lo miro para nada impresionada.

—Todas las siete veces que me lo has dicho —le digo mientras me visto—. Los británicos no somos sordos.

—¿Vas a obedecer por una vez en tu vida? —baja los escalones y se me acerca.

—¿Me queda otra? —repongo, malhumorada.

Odio que la gente me diga lo que tengo que hacer. Y por encima de todo eso, odio que *Nathaniel Black* me diga lo que tengo que hacer.

—Nop. No te queda otra —me pasa las manos por la cintura y me planta un beso en la punta de la nariz, supongo que para suavizar su anterior ataque de ira—. Yo tengo que ir a esa ridícula gala de los Hamptons y leer unas malditas tarjetitas, con lo que no podré vigilarte. Pero me aseguraré de que alguien lo haga.

—¡No soy una condenada cría! —grito, irritada—. Si te he dicho que me quedaré en casa, es porque me quedaré en casa.

Resopla hastiado, cierra los ojos y se esfuerza por tranquilizarse. Cuando vuelve a mirarme, sus ojos se han dulcificado.

—De acuerdo. Confiaré en ti esta vez.

—¡Bien!

Me calzo las botas y me dirijo hacia la puerta de la entrada.

—¿Catherine?

Me detengo, aunque no me giro hacia él.

—No me decepciones —murmura a mis espaldas.

Salgo sin contestar a eso. Cierro de un portazo, vuelvo a casa y elijo el vestido más escandaloso de todo mi armario. Está muy equivocado si piensa que voy a perderme la fiesta del siglo a causa de sus paranoias.

Llamo al timbre de su puerta con una agresividad asombrosa. *Ding-dong-ding-dong-ding-dong*. Tras lo que a mí me parece toda una eternidad, abre, llevando vaqueros desgastados, camisa azul de mangas arremangadas y un cigarro colgándole de los labios. ¡A las cinco de la mañana!

—¡Señorita Collins! —me lanza una mirada de arriba a abajo, sin molestarse en ocultar su aprobación sexual—. ¡Bonito camisón! —al llegar con la mirada a mis pies, frunce el ceño—. ¡Interesantes zapatillas!

Le lanzo una mirada enfurecida mientras me abrocho la bata como una puritana del siglo XVIII.

—¿Es que nunca vas a cansarte de tocarme las narices? —le grito, con las manos cruzadas a la altura del pecho y una expresión asesina en el rostro.

Adopta una cara de niño bueno.

—¿Quién, yo? ¿Con lo bien que me he portado siempre? Tus acusaciones son completamente injustas y verdaderamente escandalosas —replica, cruzándose de brazos con aire despreocupado.

—¿Oh, en serio? —pregunto con falsa dulzura—. ¿Y cómo explicas entonces los ritmos de esta infernal música que se escucha desde Canadá? —vuelvo a gritar.

Finge incompreensión.

—¿Música? ¿Qué música?

—¡Esa! —le grito fuera de quicio, señalando el interior de su casa—. Ese horrible hip hop que...

Me detengo nada más decirlo. ¿*Hip hop? Si a él le gusta el rock. ¡Oh, Señor, dime que no lo ha vuelto a hacer!* Empujo su pecho para abrirme paso y camino hacia su salón hecha una furia, con mis zapatillas rosas de peluche —con la forma del hocico de un gato— emitiendo un maullido cada vez que mis talones se clavan en el suelo. Tal y como lo intuía, el salón está repleto de mujeres, aunque esta vez nadie está desnudo. ¡Cuánta consideración por su parte! Solo restriegan sus cuerpos a ritmos de la música y beben *bourbon* de las botellas que hay por todas partes. ¡Voy a matar a Nathaniel Black!

—¡Lo has vuelto a hacer! —chillo enfurecida, dándole una patada a una botella vacía que hay al lado de mis pies, para reiterar mi furia.

—¿Hacer el qué, amor? —mira a su alrededor y abre la boca, como si acabara de darse cuenta de a lo que me refiero—. Ooooooh, esto.

—¡Sí, esto! —ladro, fulminándolo con la mirada.

—Esto... esto no es lo que parece.

—¡Esto es justo lo que parece! —vuelvo a gritarle—. ¡No me mires así! Esto... es... es... ¿Qué coño es esto, eh? ¿Quieres explicármelo?

Se me acerca y coloca ambas manos en mis hombros para tranquilizarme.

—No sé por qué estás gritándome, muñequita de porcelana. Esto solo es una reunión entre amigos —me explica, tan tranquilo.

Todo mi ser se ve inundado por una furia rabiosa y muy satánica.

—¿Reunión entre amigos?! —exploto, empujando su pecho para alejarle de mí—. ¡Si son todas mujeres!

Se encoge de hombros con desdén y su rostro se convierte en una mueca odiosa. Así que esta es su manera de vengarse por haberme ido de fiesta la otra noche cuando él me lo prohibió expresamente. ¡Qué ser tan irracional es a veces!

—Bueno, tú sales con tus amigas y yo salgo con las mías. ¿Cuál es el problema?

—¡El problema! ¡El señorito quiere saber cuál es el problema! —prorrumpo, levantando las manos hacia el techo en busca de ayuda divina—. ¡Yo te diré cuál es el puto problema! ¡El problema es que tú eres un hombre!

—¡Oh, qué sexista! —clama, fingiendo estar muy escandalizado—. ¡La estimable señorita Collins soltando semejantes barbaries! Indignante. Verdaderamente indignante.

Tengo dos opciones. La primera, aburrida, aunque cristiana, es irme. La segunda, la más atrayente, sin embargo peligrosa, es abalanzarme sobre él y arañarle ese odioso rostro suyo hasta borrarle la desagradable sonrisa que se ha apoderado de sus facciones. Durante un instante, me puede la tentación. Por desgracia, tengo que admitir que la primera opción es la más sensata. Ya me detuvieron en Londres por agresión. No quiero volver a pasar por lo mismo. No estoy peinada para que me hagan fotos en la comisaría.

—¡Vete al demonio! —le grito furiosa mientras le doy la espalda y camino hacia la puerta.

Por supuesto que me sigue.

—Catherine... ¿qué iba a decirte? —no habla hasta que no me vuelvo a girar hacia él—. ¡Oh, sí! Gracias por venir y por compartir conmigo tus inquietudes. Adiós.

Y me cierra la puerta en las narices. Respiro hastiada, rechino los dientes y vuelvo a mi casa con las pupilas tan encogidas que mañana tendré que comprarme un contorno de ojos anti arrugas. Me encuentro a Emma en el pasillo, con los pelos de punta y su camisón blanco de *Dior* arrugado.

—¿Qué demonios ha pasado? —murmura adormilada, frotándose los ojos.

—Tú y yo vamos a tener que buscarnos otro piso en breve.

—¿Y no será mejor que hagáis las paces de una vez? —me sugiere en tono aburrido.

—¡No! —respondo tajante.

Empiezo a subir los escalones energicamente, con ella pisándome los talones.

—Seguro que ni siquiera te acuerdas de por qué discutisteis —refunfuña.

Me detengo un instante para pensarlo. Tiene razón. No me acuerdo.

—¡Por supuesto que sí! ¡Era algo gravísimo! Buenas noches —me despido en tono brusco, girando hacia la derecha.

—Buenas noches —me contesta ella, girando hacia la izquierda.

Cierro de un portazo. Cierra de un portazo. Me meto en la cama, me tapo con la almohada y procuro dormir. Pero ¿cómo demonios voy a dormir cuando las paredes de todo el edificio tiemblan al ritmo de Eminem? Mañana voy a parecer un espantapájaros, sin lugar a dudas. ¡Y todo por culpa de Nathaniel Black! Es el mismísimo Satán. Solo el diablo sería tan retorcido como para privarme de las diez horas de sueño que necesito para que mi piel luzca joven, bella y luminosa. No, ahora que lo pienso mejor, ni el mismísimo Satán sería tan malo como Nathaniel Black.

—Flores para la señorita Collins —anuncia el mensajero, con un enorme ramo de rosas blancas en la mano.

—Soy yo —digo con aburrimento, apoyada contra el marco de la puerta.

Aún llevo puesta mi bata de seda, a pesar de que son las cuatro de la tarde. No necesito mirarme en un espejo para saber que mi rostro luce apagado, pálido, sin maquillaje y con unas ojeras tan oscuras como las de Fétido Adams. ¡Maldito Nathaniel Black y sus estúpidas fiestas!

—¿Sería tan amable de firmar aquí?

—¿Dónde? —pregunto, bostezando.

—Donde pone *firme aquí*.

Lo miro con cara de póker, pero él ni se percata de ello, sino que permanece tan inexpresivo que decido firmar de una vez y quitármelo de encima. Tras hacerlo, dejo cerrarse la puerta a mis espaldas y vuelvo a entrar en el salón, con el ramo entre las manos.

—¡Vaya! ¿Y esas flores tan bonitas? —cotillea Emma, quien está tomando el té sentada en una butaca delante del ventanal que da a la Quinta Avenida.

Me encojo de hombros y busco la tarjeta. Aquí está. La leo.

—¿Y bien? —pregunta con impaciencia—. ¿De quién son?

—No lo sé. Hay una cita que me suena de algo y no sé de qué. Dice: “*Prefiero haber llegado tarde para conquistar su corazón que llegar a tiempo para enamorar a cualquier otra mujer del mundo.*”

—Es de Drácula —contesta entre risas—. ¿No será que te las ha enviado el vampiro de al lado?

¡Pues claro que sí! Me ha acosado por los pasillos, en el ascensor, en el Barneys, en el bar de la esquina y me ha llamado al menos quinientas veces en los últimos dos días. Sin éxito. He dejado de hablarle desde su última fechoría. Y a él no se le ha ocurrido nada mejor que montar fiestas todas la noches para cabrearme incluso más y, de paso, privarme de mis horas de descanso, transformándome en un zombi. Seguro que ese es su maléfico plan para que nadie se acerque a mí cuando salgo de fiesta. ¡Pero ahora se va a enterar! Estoy muy cansada de él y de sus maldades.

—¿Adónde demonios vas?

—¡Ese actorucho de pacotilla va a oírme!

—¡Péinate al menos! —me grita mientras estoy saliendo por la puerta.

—No. Así pareceré más aterradora.

Llamo a su puerta con insistencia. En cuanto abre, completamente desnudo y con los ojos hinchados de sueño, le pongo su estúpido ramo de flores en las manos, enfurecida.

—Llévate tus malas hierbas. No las necesito.

Ríe entre dientes.

—Buenos días a ti también, mi encantadora vecina. ¿Qué tal has dormido esta noche? Yo muy bien, gracias por preguntar.

—¡Te odio! Y jamás volveré a hablarte, así que déjame en paz.

Se cruza de brazos, incapaz de dejar de reírse.

—Me divierte la facilidad con la que usas palabras tan absolutas como "jamás". *Jamás* volveré a acostarme contigo... *jamás* seré un trofeo en tu colección de novias... no quiero volver a verte *jamás*...

—¡Eres irritante, desagradable, odioso, retorcido y ni siquiera eres tan guapo como en la tele! —escupo con veneno—. Y estás envejeciendo. Mira, tienes una arruga justo ahí... sí, ahí... en la frente —le indico, con malicioso regocijo.

Nathaniel, con los labios torcidos en una sonrisa de chico malo, atrae mi cintura hacia su cuerpo.

—¿Cuál es tu problema, preciosa? —susurra contra mis labios.

Su respiración agitada se encuentra con la mía y yo tengo que hacer uso de todas mis fuerzas para reprimir el impulso de besarle. Es horriblemente atractivo en este instante, con ese brillo de excitación jugueteando en su mirada azul y sus labios ligeramente separados. Puedo olerlo, y lo único que consigue eso es provocar mis oscuros deseos todavía más.

—Mi problema eres tú —gruño entre dientes—. No me caes nada bien. ¡Y ponte unos pantalones, por el amor de Dios! —añado, al notar su erección empujando contra mi vientre.

La diversión se refleja en su rostro mientras arrastra las manos por mi espalda, muy despacio.

—¿Y por eso parece como si estuvieras a punto de desmayarte entre mis brazos? ¿Por qué te caigo mal?

—Exacto. Me caes mal. Muy mal. ¡Fatal!

—¿Ah, sí? —murmura, mirando embelesado mis labios.

Me los humedezco, me los muerdo con nerviosismo y rezo para que no se dé cuenta del evidente efecto que produce en mí.

—Sí —musito, aunque inmediatamente maldigo para mis adentros ese tono tan poco convincente.

Cuando clava las caderas en las mías, estoy a punto de perder el control, como suele pasar cada vez que está tan pegado a mí.

—Si tú lo dices... —murmura, tirando con sus dientes de mi labio inferior.

Dejo escapar un gemido leve. Sus palmas ascienden por mi columna vertebral hasta llegar a mi nuca, donde empiezan a masajear, despojándome de la tensión. Con la boca seca y el corazón latiendo frenéticamente dentro de mi pecho, me doy cuenta de que un molesto calor se expande por todo mi cuerpo y una sensación de hormigueo se centra en mi estómago. Y también me doy cuenta de que vuelvo a caer rendida a sus pies.

—Nate... tengo que... —procuro dejar de jadear, pero no lo consigo— tengo que... suéltame... quiero irme... Voy a dejarte, ¿sabes? Somos muy malos el uno para el otro.

—Cierto —susurra, recorriendo mi nuca con las yemas de sus dedos—. Horriblemente malos. Discutimos constantemente.

Desplaza los labios hasta mi oreja y su lengua empieza a acariciar el lóbulo.

—Sí. Por eso te dejo. Se ha acabado. Para siempre.

—Ajá —endereza la cabeza y me besa suavemente los labios—. Para siempre me parece bien.

—No podemos volver a follar. Ni besarnos. Ni vernos.

Sus manos se posan sobre mis pechos y las puntas de sus dedos me rodean los pezones, duros de excitación. Suelto un grito.

—Por supuesto que no vamos a follar. Acabas de romper conmigo.

Gimo en sus labios y cuando él los separa y jadea, ya no puedo resistirme a la tentación de besarle. Gruñe y de nuevo clava su erección contra mi vientre.

—Sí, acabamos de romper —jadeo, nada más separarse nuestros labios—. Esta vez es definitivo.

Su mano derecha se arrastra ahora por mi piel, desde mi escote hasta la base de mi cuello y, al instante, un brutal deseo se apodera de mi cuerpo.

—Vete si quieres. Eres libre de hacerlo, amor —musita, paseando la lengua por mi labio inferior.

Gimo, cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia atrás. La lengua de Nathaniel recorre mi mandíbula, el lóbulo de mi oreja y baja despacio por mi cuello hasta mi clavícula. Me quedo sin aliento durante unos instantes y enseguida sé lo que va a pasar, cómo va a pasar y dónde va a pasar. En el suelo, en la biblioteca, en la encimera de la cocina, en la ducha y seguramente que en la despensa de las conservas. Así de sencillo.

Y puesto que me veo incapaz de seguir luchando contra lo que siento, decido que la mejor idea es dejarse llevar. Abro la boca para coger aire mientras mis dedos se enredan en sus oscuros y desordenados cabellos. Miro fascinada ese atractivo rostro, tan querido y a veces tan detestable. Mis ojos verdes recorren su masculina mandíbula, sus altos pómulos, y suben hasta sostener esa mirada azul marino, oscurecida de deseo. Solo pasan unos instantes hasta que nuestras bocas chocan en un beso exigente. Nathaniel, con las dos manos agarrándome las caderas, me arrastra dentro de su casa, sin que su lengua deje de luchar contra la mía. De camino al salón, su espalda se golpea contra varios muebles.

—¡Joder! —rezonga cuando el sonido del cristal roto resuena a sus espaldas.

Ahogo una risita.

—Eres rico. Seguro que puedes permitirte otro adorno.

—Era un adorno muy especial —murmura mientras enreda una mano en mi pelo y echa mi cabeza hacia atrás para poder introducir la lengua aún más hondo.

Me coge en brazos y me sube encima de la barra de acero, sin separarse de mis labios.

—¡Joder, que fría! —protesto en cuanto mi trasero desnudo toca el metal. Nathaniel se ha deshecho de mi bata en el pasillo.

Me dedica una sonrisa astuta.

—No te preocupes, princesa, me ocuparé de calentarte —alza las cejas con gesto diabólico mientras se coloca entre mis piernas.

Inmovilizándome con sus fuertes brazos agarrados a mis caderas, arrastra la boca por mi estómago, descendiendo hacia mi entrepierna. Su lengua se abre paso a través de mis labios y, cuando encuentra mi clitoris, dolorosamente excitado, suelta un grito de puro placer.

—Nate, por favor, para... acabamos de romper. ¡Ay, Dios! ¡No pares! Oh, haz eso de nuevo con la lengua. Espera. Acabamos de romper —trago en seco—. Estoy hecha un lío.

—Déjame que te aclare las cosas, entonces —murmura.

Y desde luego que me las aclara. Las deja muy claritas, diría yo. Su lengua no se detiene, sino que lame, devora y tortura hasta llevarme al borde del orgasmo. Pero entonces, sin dejarme caer, se yergue y se inclina sobre mí. Al encontrarse nuestras bocas de nuevo, su lengua se desliza a través de mis dientes y se encuentra con la mía en una danza lenta y carnal.

—Nate... por favor —gimo, al ver que se limita a besarme, haciendo caso omiso de las oleadas de deseo que recorren mi cuerpo atormentado.

—¿Qué es lo que pides, amor? Solo nómbralo y será tuyo —murmura en voz ronca.

Sonríe con malicia cuando yo intento acercarme a su rígido miembro, que está empujando contra mi pierna derecha.

—Pondré el mundo entero a tus pies, princesa, si es lo que quieres. Sabes que puedo hacerlo. Solo tienes que pedírmelo.

—A ti —jadeo—. Te quiero a ti.

Su sonrisa se amplifica.

—No me quieres a mí, amor —baja la mano hasta mi entrepierna e introduce dos dedos dentro de mí. Me retuerzo bajo sus movimientos—. Quieres mi polla.

Mi cuerpo, completamente excitado, se ondula contra su mano, sin vergüenza alguna.

—Sí, Nate, quiero tu polla ¡y la quiero ya!

Se inclina sobre mí de nuevo y, mientras que sus dedos se hunden en mi interior de forma lenta y deliciosa, su boca rodea uno de mis pezones y empieza a lamerlo.

He muerto y estoy en el infierno: un lugar tórrido, pecaminoso y muy, pero que muy, placentero.

—¿Sabes que es lo más gracioso de todo esto? Que yo quiero mantenerte a salvo y no lo consigo. ¿Y quieres saber por qué, preciosa? Porque este mundo es muy cruel y no siempre podemos tener lo que deseamos.

Y dicho eso, retira ambos dedos, se aparta de mí y se los lleva a la boca.

—Mmmm... me encanta este sabor. Sabes, me encantaría enredar una mano en tus preciosas ondas, despeinarlas todavía más, darte la vuelta y apoyar tus pechos contra esa pared de ahí —me dice con voz sensual—. Sí, esa, la que están mirando tus impactantes ojitos. ¿Y quieres saber que más me gustaría hacerte? Me gustaría acercarme por detrás, meter mi... duro... miembro —lo coge con una mano y empieza a acariciarse— dentro de tu dulce... y apretado... coño... y follarte hasta que pierdas la razón...

¡Oh Dios, pero si ya la he perdido!

—Aunque —subraya, y su rostro se vuelve inexpresivo en cuestión de segundos, desapareciendo de él todo rastro de excitación— no voy a hacer nada de eso. Si tú eres mala conmigo, yo soy incluso peor contigo. Así que gracias por venir. Cuando necesites leche o café, ya sabes dónde vivo.

Me dedica una de esas sonrisas tuyas tan inquietantes, me da la espalda y empieza a subir por la escalera de camino a su habitación, dejándome encima de la barra de acero, confusa, indignada y tan jodidamente excitada. Observo boquiabierta cómo los músculos de su ancha espalda se alejan de mí.

Doy gracias a Dios por ser rica. No sé lo que haría si fuese pobre. Siempre que Nathaniel Black me saca de quicio —y eso pasa demasiado a menudo—, me gasto como mínimo cinco mil libras en ropa y zapatos que ni siquiera necesito. Y si a eso le sumas la frustración sexual, las facturas ascienden a ocho mil. Menos mal que ha bajado el dólar estos días... o las libras han subido, no lo sé. Estoy confusa.

Por el bienestar de los floreros, cristales y demás objetos frágiles de mi casa, decido pasar el día recorriendo todas y cada una de las tiendas pijas de Nueva York, de modo que a las cuatro de la tarde vuelvo a entrar por la puerta del portal, cargada de bolsas. Marcas como *Chanel*, *Gucci*, *Yves Saint Laurent*, *Oscar de la Renta*, *Jimmy Choo* y dos pechas con vestidos de *Valentino* llenan mis brazos.

—Buenas tardes, Jerrod —le digo al portero mientras me sujeta las puertas.

—Señorita Collins. ¿Ha pasado usted un buen día? —me pregunta él con amabilidad.

—Sí... dentro de lo que cabe —añado en un murmullo, corriendo hacia el ascensor.

Consigo agarrar las puertas justo antes de que se cierren, aunque inmediatamente maldigo para mis adentros esa estúpida decisión, pues dentro del ascensor, sonriendo maliciosamente, están Black y Carey. Y entre ellos, una rubia de origen desconocido. No quiero saber sus planes para esta tarde.

—¡Oh, mi querida y estimable vecina! ¡Qué grato es encontrarme con vos en las zonas comunes!

Hago una mueca y entro, muy a mi pesar.

—¿Señorita Collins, ya no saluda a sus viejos amigos? —quiere saber el señor Carey, quien mira a Nathaniel con complicidad.

Yergo la barbilla, enderezo los hombros y adopto un aire digno.

—Cuando vea a alguno de mis amigos, los saludaré.

—¡Caracoles, Gage! ¿La señorita Collins insinúa que tú y yo no somos amigos suyos?

—Eso parece, Nate. La diabólica morena no quiere saber nada de nosotros.

—En efecto. Si alguna vez os he conocido, no me acuerdo. Y ahora dejad de molestarme. Vuestro bla bla bla me resulta de lo más irritante. Gracias.

Nathaniel se inclina ante mí con una cortesía exagerada.

—Complacerla es mi mayor deseo y usted lo sabe —su tono se vuelve pícaro, y la mirada que me lanza es sugestiva y oculta pensamientos muy oscuros.

Giro la mirada hacia las puertas metálicas y espero paciente a que el ascensor se detenga. En cuanto lo hace, salgo casi corriendo y, sin volver a mirar hacia atrás, entro en mi casa. Antes de cerrar la puerta, escucho las carcajadas de los dos y una risita ahogada de la señorita rubia. *¡Zorra!* Dejo caer las bolsas al suelo y lanzo los zapatos por el aire con ira.

Estoy a punto de servirme una Coca Cola cuando me interrumpe el timbre de la puerta. ¿Y ahora qué? ¿Por qué no me deja todo el mundo en paz, por el amor de Dios?! Voy descalza hasta la puerta y abro, de muy mala gana. Mi odioso vecino sonríe con descaro al encontrarse nuestras miradas.

—Mi queridísima señorita Collins, traigo excelentes noticias para usted.

—¿Te has diagnosticado impotencia?

—No...

—¿Eres gay?

Frunce el ceño.

—Eh... nop, pero...

—Entonces no me interesa saberlo. Gracias por venir.

Dejo caer la puerta, pero él coloca la punta de sus botas moteras para impedir que se cierre y entra detrás de mí.

—Haz el favor de salir antes de denunciarte por allanamiento de morada.

Para mi desesperación, no solo no sale, sino que me sigue hasta la cocina. Decidida a ignorarle, me sirvo al fin la deliciosa Coca Cola, sin molestarme en preguntarle si quiere una.

—Veo que al fin has dejado la bebida.

—Y yo veo que te empeñas en seguir hablándome —repongo con acritud, antes de darle un buen trago a mi vaso de refresco.

Una de las esquinas de su boca se eleva en una sonrisa de chico malo.

—¿De verdad que no quieres que te cuente la noticia?

—Nop —le digo aburrída. Entro de nuevo en el salón, con el siguiéndome—. Y deberías irte antes de que tu novia se enfrie.

—¿Quién?, ¿la rubia del ascensor? —se ríe entre dientes—. ¿Estás celosilla, eh?

Noto la ira hirviendo en mi pecho, pero antes preferiría morir que dejar que vea lo mucho que me afecta. Así pues, compongo una sonrisa dulce.

—En realidad, no. Cualquier asunto relacionado contigo me interesa una mierda.

Me lanza una mirada de indignación.

—¡Auch! Siempre hiriéndome. ¿No tienes ni pizca de compasión? Y no te inquietes, no es mi novia. Es la hermana de Gage.

Finjo indiferencia, a pesar de que el demonio Catherine, ese lado malo que a veces dejo salir a la luz, sonríe con complacencia en mi interior. Me siento en el sofá, agarro el mando y enciendo la tele. Nathaniel se deja caer a mi lado.

—¡Qué escena más hogareña! Tú... yo... una tele —gira la cabeza hacia mí y me examina con sus maliciosos ojos—. ¿De qué me suena esto?

Resoplo con fastidio y apago la tele. Me giro de cara a él.

—Está bien. Dime lo que tengas que decirme y lárgate ya. Tengo que ir a la ducha y no me apetece hacerlo contigo pisándome los talones.

Su mirada oscurece en cuestión de segundos.

—Mmmm... una ducha contigo dentro, desnuda y muy mojada —se relame los labios como un felino—. Las excelentes noticias pueden esperar —se levanta y me tiende una mano—. ¿Nos vamos?

Se muerde el labio inferior para disimular una sonrisa mientras espera a que yo coja su mano. Por mí puede esperar sentado.

—¿Qué quieres, Black? —pregunto con exasperación.

Resopla y deja caer a mano.

—¡Está bien, aguafiestas! La excelente noticia es que para esta noche te he conseguido mesa en un restaurante muy pijo con una lista de espera de meses. La mala, que yo estaré presente.

—¡Ni de coña!

—Todas las mujeres de este planeta matarían por tener una cita conmigo —se indigna, como si no entendiera por qué yo aún no me he desmayado a sus pies como todas las mujeres que conoce.

—Yo no me incluyo en esa lista, *playboy*. ¿Cómo te lo digo para que lo pilles de una vez? No... me... gustas...

Abre y cierra la boca cinco veces seguidas. Entorno los ojos al ver lo escandalizado que parece.

—Estás hiriendo mis sentimientos, bizcochito. Deja de lanzarme esas miraditas tan despectivas o serás la culpable de hundir mi autoestima.

A pesar de mi irritación, suelto una carcajada.

—¡Por favor! Tu autoestima no la hundiría ni el mismísimo Dios.

Medio sonriendo maliciosamente, agarra mi mano entre las suyas.

—Cierto. Afortunadamente, mi autoestima está a salvo de tus maliciosas garras —deja de hacer el idiota y se vuelve serio de pronto—. Venga, no seas mala, cenemos juntos. Tenemos que hacer las paces de una vez. No soporto que estés enfadada conmigo.

—Para no soportarlo, me tocas las narices constantemente —refunfuño mientras retiro la mano con brusquedad.

Sus ojos azules brillan con diversión.

—Tenemos una cita pues. Te recojo a las nueve. Ponte guapa —y dicho eso, empieza a andar hacia la puerta.

—¡No te he dicho que sí! —grito tras él.

—Tampoco has dicho que no —me contesta antes de cruzar el umbral de la puerta.

Me quedo sentada en el sofá, suspirando. ¿Por qué no puedo mantenerme alejada de él?

Son las ocho y cuarto cuando alguien llama al timbre. Espero que sea Emma, volviendo de donde sea que haya estado todo el día. Me seco un poco el pelo, puesto que acabo de salir de la ducha, me envuelvo en una toalla y bajo para abrir.

—¿Qué? —pregunto malhumorada al ver a Nathaniel Black, vistiendo traje oscuro, camisa blanca sin corbata, y sujetando un enorme ramo de rosas blancas entre las manos.

La maliciosa mirada azul marino me recorre de arriba abajo, descansando sobre mis pechos durante un largo instante. Enarca una ceja.

—Si has planeado otra cosa para esta noche, soy todo oídos.

Hago una mueca puesto que de nada sirve cabrearme con él.

—Llegas pronto —ladro.

Aun así, me echo hacia un lado para que pueda entrar.

—Yo también me alegro de verte —me contesta divertido, inclinándose para besar mi mejilla—. Toma. Esto es para ti.

De mala gana, cojo el ramo, esforzándome por no suspirar cuando su increíble olor masculino inunda mis fosas nasales.

—Pensaba que tenías alguna clase de siniestra fascinación por las rosas negras —comento mientras ando hacia la cocina para buscar un florero.

—Y la tenía, pero dijiste que necesitabas normalidad. No hay nada más normal que unas rosas blancas.

Se apoya contra la encimera de acero, con los brazos cruzados a la altura del pecho, y me dedica una sonrisa seductora. Es tremendamente guapo y tan irritante a la vez. No sé cómo lo consigue.

—Llegas cuarenta y cinco minutos antes y, según puedes ver, acabo de salir de la ducha. Así que siéntate en el salón y espérame tranquilo y sin tocar nada hasta que vuelva.

—Por supuesto —su rostro adopta una expresión de inocencia que no me engaña en absoluto.

Paso por delante de él y subo a la primera planta para terminar de arreglarme. Lo primero que hago al entrar en el baño es deshacerme de la toalla. Aún no me he echado mi crema corporal.

—Si quieres, puedo ayudarte con eso —oigo su voz ronca a mis espaldas.

Le lanzo una mirada asesina a través del espejo. Está negligentemente apoyado contra el marco de la puerta, en una de sus típicas posturas insolentes.

—Deberías dejar de colarte en los baños de las mujeres. Resulta siniestro.

—No me cuelo en los baños de las mujeres, amor. Solo en el tuyo.

—Como sea. Deja de hacerlo.

Se encoje de hombros con desdén.

—De acuerdo.

Entra, baja la tapa del inodoro y se sienta encima. Entorno los ojos.

—Pasa, hombre. No seas tímido.

—Déjame a mí las frases irónicas, cielo.

—¡No me lames cielo! —suelto entre dientes mientras me pongo la ropa interior.

Curva las comisuras de la boca en una sonrisilla sardónica, aunque no replica. Se limita a mirar cómo me visto.

—Te echaré una mano con eso —se ofrece, al ver que estoy peleándome con el cierre del sujetador—. Ya sabes lo que disfruto ayudando a las damiselas en apuros.

Se coloca a mis espaldas y lo abrocha, tomándose más tiempo del necesario en hacerlo. Al acabar, desliza las puntas de sus dedos por mi columna vertebral, desde el cierre del sujetador hasta donde acaba mi espalda. Trago saliva al sentir cómo toda esa porción de piel se incendia bajo el contacto de sus dedos.

—Gracias —para mi desesperación, la voz me sale ronca.

—De nada —murmura a mis espaldas. Hace una larga pausa y añade— *cielo*.

Resoplo mientras me obligo a mí misma a dejar de pensar en su inquietante caricia. Veo de reojo cómo se sienta de nuevo encima de la tapa del inodoro.

—¿Vas a estar ahí mirando cómo me maquillo?

—Ver cómo te maquillas es para mí la cosa más fascinante de este mundo.

Dejo de mirarlo a través del espejo y me giro de cara a él, con la clara intención de mandarle al demonio, sin embargo, al ver la expresión que se refleja en su intensa

mirada, me quedo sin habla. Realmente me mira como si le resultara fascinante cualquier cosa que yo hiciese.

—De acuerdo —murmuro, y tengo que aclararme la voz porque sigue saliéndome ronca—. Si es lo que te hace feliz...

—Es lo que me hace feliz— asiente, incapaz de recomponerse.

Está mirándome fijamente, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi rostro. Durante un breve instante, no soy capaz de moverme y nos quedamos contemplándonos en silencio. Nos interrumpe un ruido sordo proveniente del pasillo. Giro la cabeza hacia Emma, quien está parada en la puerta, con la boca abierta. Se le han caído las bolsas de compras de las manos.

—Perdón... yo... no quería molestar. Estaré en mi habitación.

Agarra sus bolsas y da media vuelta con brusquedad. Apenas sonrío mientras giro de nuevo la mirada hacia Nathaniel. Él no ha dejado de mirarme ni por un instante.

—Yo... —balbuceo, con los labios torcidos en alguna especie de sonrisa— me vestiré.

—Claro.

Me pongo un vestido verde de tubo, con altura por encima de las rodillas y manga larga. Hace bastante frío en la calle. Me calzo mis *Jimmy Choo* color dorado y, acto seguido, empiezo a maquillarme. Nathaniel se queda sentadito como un niño bueno, sin hablar, sencillamente mirando cómo me aplico todos los productos. Al acabar, me echo colonia y saco unas horquillas de uno de los cajones para arreglarme el pelo. Me lo seco un poco con el secador y decido no hacerme ondas hoy, sino un recogido informal.

—Ya estoy —informo con voz suave.

Se levanta y se me acerca, con el rostro muy serio.

—Te sientan bien los recogidos —murmura a mis espaldas.

Alarga una mano para acariciarme la nuca, lo que hace que una descarga eléctrica recorra toda mi espina dorsal con la rapidez de un relámpago.

—Gracias —me giro hacia él y ahora estamos nariz contra nariz—. ¿Nos vamos? —musito.

—Claro.

Me dedica un gesto que algunos calificarían como sonrisa antes de salir del baño. Cojo mi bolso y lo sigo escalera abajo. Salimos en un silencio que se mantiene hasta el ascensor.

—¿Has averiguado algo más sobre Jimmy Brown? —me pregunta de camino al garaje, moviendo unas monedas dentro de sus bolsillos. Parece inquieto.

Sacudo la cabeza.

—No —me giro para mirarle a los ojos—. ¿Y tú?

Un músculo de su mandíbula empieza a palpar.

—No. Y no me gusta que ande suelto, contigo rebelándote y desobedeciéndome constantemente.

—¿Por eso has hecho que uno de tus gorilas me siguiera hoy por todas las tiendas de Nueva York?

Una sonrisa de lado cruza su cara. El ascensor se detiene, salimos y empezamos a andar hacia su Porche.

—¿Te has dado cuenta?

—Un tío vestido con chaqueta de cuero estuvo mirando durante cuarenta minutos unos *Manolos* y toqueteando durante media hora las braguitas de *Victoria's Secret*. O era un fetichista degenerado que entraba, de manera sospechosa, en todas las tiendas en las que yo entraba, o era amiguete tuyo. Decidí que la segunda opción era la correcta.

—Chica lista —comenta con admiración mientras pulsa el botón del mando para desbloquear su coche.

Sonrío.

—Antes de salir del garaje, deberías asegurarte de que la zorra de tu nena frena.

Abre la boca por el estupor.

—¡No llames zorra a mi nena! —me regaña, consternado.

Entorno los ojos.

—No llames nena a tu coche —repongo con dulzura.

—Las dos mujeres más importantes de mi vida tienen que llevarse bien. Así que discúlpate por tus injurias ahora mismo.

—¡No pienso disculparme! Y creo que deberías consultarlo con un psicoanalista. Llamar mujer a tu coche no es muy normal.

Medio sonrío mientras me sujeta la puerta para que entre. Parece que fue ayer la última vez que estuve dentro de este coche. Y sin embargo han pasado dos años.

Dos años en los que muchas cosas nos han sucedido. Los dos hemos hecho cosas de las que no estamos orgullosos, y los dos hemos cambiado mucho. Parece mentira que hayan pasado dos años desde aquella fiesta en casa de Alan. Dos años desde nuestro primer beso.

Nathaniel arranca y, al hacerlo, empieza a sonar la música a un volumen ensordecedor.

—¿No hay *Highway To Hell*? —pregunto divertida.

—Nop —me contesta, girando el volante para salir del garaje con su habitual chirrido de ruedas—. Esta vez vamos a escuchar *Back in Black*.

Con una sonrisilla en las esquinas de mi boca, sacudo la cabeza y me pongo a mirar por la ventanilla las hipnóticas luces del barrio en el que la fiesta nunca acaba: el Upper East Side, que se extiende a ambos lados del asfalto. Dos años y nada ha cambiado. Las aceras están repletas de personas apresuradas, las vías tan atascadas como siempre, con coches de lujo mezclándose entre taxis amarillos, y algo me dice que los ricos siguen siendo escandalosamente ricos, a pesar de los desplomes de la Bolsa.

—¿Adónde vamos? —pregunto al ver que nos alejamos de Manhattan.

Me lanza una mirada breve.

—A Long Island.

—¿Y qué hay en Long Island?

Tensa las manos sobre el volante, guarda silencio y mira la carretera.

—Un lugar que va a gustarte —murmura al fin.

Y no bromea al decirlo. El lugar es verdaderamente increíble, un íntimo restaurante francés ubicado en la bahía, con vistas asombrosas sobre el *Skyline* de Nueva York. Nos sentamos en el comedor interior, rodeados de ventanales, a través de los cuales se puede ver el océano y la intimidante panorámica de la Gran Manzana.

—Vaya, esto es...

—¿Impactante? —me propone, mirándome fijamente a los ojos.

Vacilo. Su mirada me dice que no estamos hablando de las vistas.

—Supongo —murmuro después de un silencio.

En cuanto se nos acerca el camarero, Nathaniel pide el vino más caro de la carta y marisco para los dos. No se molesta, por supuesto que no, en preguntar lo que voy a tomar. Sonrío al recordar el día en que nos conocimos. Tampoco se molestó entonces.

—¿Qué te resulta tan gracioso?

—Tú. Adoras controlar los alimentos que ingiero.

Sonríe maliciosamente.

—Adoro controlarte de todas las maneras posibles, amor —su voz se ha vuelto ronca y tan seductora que me arranca una sonrisilla tonta.

Tomo un sorbo de vino para disimular.

—¿Sabes que es la primera vez que me llevas a cenar? —comento, jugueteando con mi servilleta, casi con nerviosismo.

Nathaniel desliza un dedo por el borde de su elegante copa de vino.

—¿En serio? —la intensidad que se refleja en su mirada me hace contener el aire durante unos instantes.

Asiento, trago en seco y tomo otro sorbo mientras me remuevo inquieta en mi asiento. Él curva los labios en una sonrisa lenta.

—¿Te pongo nerviosa, preciosa?

—Claro que no. Es solo que no me gusta que me miren fijamente.

—Pues debería. Has nacido para ser admirada.

—¿Eso lo has sacado de alguna de tus películas o es alguna réplica cursi que los *playboys* usáis para ligar? —le digo para desviar su atención.

El intento de distraerle es en vano. Me mira sin quitarme ojo.

—¡Está bien! —suelto irritada mientras dejo la copa encima de la mesa con demasiada brusquedad—. ¡Deja de mirarme!

Se ríe entre dientes. Nos interrumpe el camarero, quien nos trae una enorme bandeja cargada de marisco. Intento picar alguna cosa, pero es muy difícil masticar con el chico malo de Hollywood mirándome de forma tan penetrante.

—Deberíamos casarnos —comenta sin más mientras unta un poco de caviar encima de un panecillo.

Como siempre, el rey del romanticismo.

—No seas idiota —replico, peleándome con mi langosta.

Se lleva el panecillo a la boca y lo muerde. Empieza a masticarlo de forma muy lenta, sonriendo maliciosamente.

—¿Por qué no?

—Es demasiado pronto —respondo, apartando la langosta.

Decido que será mejor comerme una gamba. Seguro que me cuesta menos esfuerzo.

—Llevamos dos años juntos —informa con indiferencia.

Hago una mueca.

—Estuvimos juntos unos dos meses como mucho. Los otros veintidós ni siquiera hemos hablado.

Sus ojos brillan a causa de la diversión.

—Así se mantiene la llama viva. ¿Y bien? Vas a casarte conmigo, ¿sí o no?

—No creo en el matrimonio —declaro, acabando mi copa de vino de golpe.

Nathaniel arquea una ceja y, como el caballero que finge ser, me sirve más vino. Sus movimientos son calmos, su sonrisa, serena. Sin embargo, sus ojos desvelan el dolor que esa contestación le produce. ¿De verdad pensaba que iba a decir que sí? Claramente, debe cambiar de camello.

—Yo tampoco creo en el matrimonio —musita tras un largo silencio—. Y por eso lo nuestro tendrá un futuro. Dame otra razón.

Estoy segura de que hay al menos mil razones para no hacerlo, pero solo se me ocurre una.

—Es demasiado pronto —insisto.

Suspira afectado y coge la langosta de mi plato para acabar lo que yo no he conseguido.

—Una pena que se hayan perdido las bonitas tradiciones. Si hubiésemos nacido en el siglo XVI, estaríamos casados a estas alturas.

—Si hubieses nacido en el siglo XVI, serías un bandido que viviría en un tenebroso bosque y se dedicaría a saquear y seducir a las damiselas como yo —repongo, esforzándome por retener la risa.

La diversión se refleja de nuevo en sus iris azules.

—El simple pensamiento de eso me resulta muy intrigante.

—¡Porque eres una bestia retorcida!

—Porque soy un hombre aventurero —me corrige, divertido.

Sonríe. Él, a cambio, suspira y su rostro se vuelve serio en cuestión de segundos.

—No me gusta pelearme contigo, princesa.

—Pero ¿qué dices? Adoras sacarme de quicio.

Con la mirada clavada en la mía, deja el rompe mariscos al lado de su plato y coge mi mano por encima de la mesa.

—Lo que adoro es estar contigo.

Sostengo esa mirada suya que me deja sin aire y con el corazón palpitando, frenético.

—¿Y por eso quieres que nos casemos?

—Exacto.

Empieza a acariciarme la muñeca con su pulgar, y yo noto cómo mi pulso se acelera. Estoy convencida de que él también lo nota.

—Y también quiero que nos casemos porque pienso que así te será más difícil huir de mí.

Oh, no.

—Nate, no pienso huir de ti —murmuro, perdida en esas oscurecidas pupilas.

Vacila antes de continuar. No soporto verle tan atormentado.

—Lo mismo dijiste la última vez.

Su voz suena demasiado triste. Trago en seco, sin aliento durante unos instantes.

—La última vez era débil. Y joven. Ahora he madurado.

Suelta una carcajada, deja mi mano encima de la mesa y toma un sorbo de vino.

—Razón de más para casarnos. Deberías pescar un marido ya, antes de que se te marquen las arrugas de expresión.

—Así como se te marcan a ti, ¿quieres decir? —le sugiero maliciosamente.

—¡Auch! Ya estamos con el tema de la edad. Sí, preciosa, te saco diez años. Eres Catherine Collins-Fitzgerald. Seguro que puedes superarlo.

Le dedico una sonrisa dulce.

—Ya lo he hecho.

—Sabes que acabarás cediendo a mi constante acoso, ¿verdad? —su voz suena tan diabólica que no puedo contener una sonrisa—. Tarde o temprano, tú y yo vamos a casarnos y a tener bebés. Y no finjas que no llevas dos años fantaseando con ello.

Me río entre dientes.

—El que lleva dos años fantaseando con ello eres tú. Y me gustaría saber por qué estás tan empeñado en esto ahora. ¿Acaso estás celoso porque iba a casarme con Jonathan?

Una expresión burlona asoma en sus atractivas facciones.

—No podría importarme menos. Será mejor que cenemos antes de que se enfríe el marisco.

Sacudo la cabeza con incredulidad. Tan típico de él. ¿Qué estará ocultándome esta vez?

Cuando el camarero retira al fin nuestros platos vacíos, Nathaniel mueve la silla para sentarse a mi derecha, demasiado cerca.

—Estábamos terriblemente lejos el uno del otro —se justifica al ver mi ceño fruncido.

—La gente se sienta así para poder mirarse a la cara —le explico como a un niño pequeño.

—Ya, pero es que yo no quería mirarte la cara, amor. Quería mirarte los pechos y esa condenada botella de vino me lo impedía.

Suelto una risita.

—Siempre diciéndome cosas románticas.

—¿A qué sí? No me explico cómo es que aún no me han galardonado con el premio al mejor caballero del año.

—No, ni yo. Es verdaderamente escandaloso. Con lo bueno que has sido tú siempre.

Compone una sonrisilla brillante.

—Al menos estamos de acuerdo en esto. Dime una cosa. ¿Llevas el móvil encima? —asiento. Su sonrisa se amplifica y se vuelve maligna—. De acuerdo. Quiero que lo saques del bolso.

—¿Por...?

—Tú sácalo —me interrumpe.

No quiero saber a qué quiere jugar ahora. Tampoco quiero llevarle la contraria, así que me limito a sacar el móvil. Me guiña un ojo para recompensarme, antes de inclinarse hacia mi oído. Con la nariz hundida en mi cuello, inhala hondo. Mis manos ya empiezan a temblar a causa de su proximidad.

—¿Quieres algo de postre, amor?

Tengo que morderme la lengua para no decir exactamente lo que quiero de postre.

—Un *éclair* estaría bien, gracias —murmuro con voz temblorosa—. ¿Tú qué quieres?

Me contemplo divertido.

—Eso es evidente, preciosas.

Por alguna oscura razón que no soy capaz de comprender, mi rostro se ruboriza como un tomate, lo que hace que él alce las cejas con gesto burlón. Levanta una mano para llamar al camarero. Cuando este se nos acerca, empieza a interrogarle sobre los postres mientras teclea algo en el móvil. Dejo de prestar atención a las explicaciones del camarero y miro mi móvil que está vibrando encima de la mesa. Es un mensaje de Nathaniel. Giro la cabeza para mirarle, pero él permanece tan serio e inalterable, con cara de niño bueno, explicándole al camarero la clase de chocolate que debe llevar un buen *éclair*. Chasqueo la lengua y abro el mensaje. Lo tengo que leer tres veces para asegurarme de que lo he visto bien. Tampoco es que sea algo complejo. En realidad, solo son tres palabras:

Abre las piernas.

Trago en seco y tecleo:

¿A qué estás jugando ahora?

Frunce los labios y me contesta:

¡Tú hazlo!

Dejo el móvil encima de la mesa y pongo los ojos en blanco. Aun así, obedezco. Muy a mi pesar, tengo que admitir que esto es excitante. Nathaniel contiene una sonrisa de complacencia.

—Entonces le vuelves a echar el chocolate por encima y nos lo sirves, ¿de acuerdo?

Y mientras le dice eso al camarero, con toda la tranquilidad del mundo, su mano derecha asciende por mis muslos y se abre paso entre mis piernas. Pego un brinco, golpeando la mesa con la rodilla cuando uno de sus dedos me aparta las bragas y se introduce en mi interior. Le dedico una sonrisilla abochornada al camarero, quien levanta la mirada de la libreta donde está apuntando todas las exigencias de Nathaniel y me observa confuso.

—Síndrome de las rodillas nerviosas —me apresuro a explicarle—. Es una enfermedad muy rara —y dicho eso, me tomo toda la copa de vino de golpe.

Nathaniel finge una sonrisa inocente y sigue hablándole como si nada hubiera pasado mientras me penetra muy lentamente. Debo de tener el rostro rojo de vergüenza porque el hombre me mira de vez en cuando con el ceño fruncido.

—Y la leche tiene que estar hirviendo, ¿de acuerdo? —prosigue Nathaniel, quien empieza a girar el dedo en mi interior—. Me gusta que mi café esté... *muy* caliente.

Me agarro a las esquinas de la mesa con demasiada brusquedad y me muerdo la lengua todo lo que puedo para ahogar los gemidos. El camarero vuelve a mirarme. Trago en seco. Estoy casi segura que hay gotas de sudor en mi frente.

—Un mareo —le explico.

Al fin mi exasperante novio —o lo que sea— deja que el camarero se retire.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —gruño entre dientes.

Acto seguido, le lanzo una sonrisilla a un anciano que me mira muy atentamente.

—Chissss. No hables. Voy a hacer que te corras.

Palidezco al escuchar sus palabras y, sin que yo pueda controlarlo, mi corazón empieza a latir como si pretendiera escaparse de mi pecho.

—Estamos en un restaurante —le susurro, al recobrar el habla.

Me dedica una sonrisa llena de insinuación.

—¡Lo sé! Mola, ¿a que sí?

Retira el dedo para volver a penetrarme, esta vez con dos dedos. Cierro los ojos con fuerza y me esfuerzo por reprimir las oleadas de placer que me invaden, pero no soy capaz de conseguirlo. Estoy a punto de correrme. Aquí. Ahora. Y él lo sabe.

Cuando se nos acerca el camarero con el *éclair* y los cafés, me encuentra tensa como las cuerdas de un violín y agarrada a las esquinas de la mesa con tal fuerza que mis nudillos se han vuelto blancos. Me lanza una mirada de desconcierto mientras coloca el plato delante de mí. Estoy jadeando como un perro muerto de sed.

—Asma —murmuro a modo de explicación.

—Una enfermedad peligrosa —remarca con su acento francés, antes de retirarse.

Y ya no soy capaz de resistirme. Me abandono a la avalancha de placer que me inunda, con el rostro rojo de excitación y los dedos agarrando el mantel blanco. No recuerdo haber sentido alguna vez algo tan intenso.

Cuando acaban las sacudidas, Nathaniel retira los dedos, comportándose como si nada.

—¿Azúcar?

Lo miro desconcertada.

—¿Eh?

—Qué si tomas el café con azúcar, amor —me explica, entornando los ojos.

—¿De verdad vamos a hablar sobre café ahora?

Él se echa dos cucharillas de azúcar, remueve el café y toma un sorbo.

—Ahora es un buen momento como cualquier otro.

—¡Acabas de hacer que me corra en un restaurante lleno de personas! —mascullo entre dientes.

—Pues felicidades para mí. ¿Puedo probar tu *éclair*? Tiene una pinta succulenta.

Me hundo en mi silla, donde procuro recuperar el aliento.

—Lo que quieras. De todas formas harás lo que te dé la real gana —murmuro.

Ya se me han quitado las ganas de comerme el postre. Lo único en lo que puedo pensar es en Nathaniel follándome contra las paredes de su salón.

—¿Nos vamos? —me pregunta en cuanto se acaba tanto mi postre, como su café.

Me levanto con brusquedad. Estoy impaciente por irnos.

—¿A qué esperas? —farfullo, al ver que se detiene y me mira divertido.

Con una sonrisa divertida jugueteando en las comisuras de su boca, sacude la cabeza, paga la cuenta y salimos a la calle. El viaje en coche hasta el Upper East se me hace interminable. Tamborileo los dedos, maldigo el tráfico, juro como un carretero cada vez que un semáforo se pone en rojo, y la inesperada y completamente irritante prudencia al volante de Nathaniel Black me lleva al borde de un colapso. Y lo peor de todo es que sé que solo lo hace para torturarme con la expectativa. A la ida, la velocidad media del coche era de 180 Km/h. ¡Ahora es de 70! Cuando se detiene en el garaje, salgo casi corriendo hacia el ascensor. Oigo cómo se ríe por lo bajo a mis espaldas. ¡Canalla! Está pasándose en grande con esto.

—Pareces agitada —remarca con voz serena mientras el ascensor nos transporta a la última planta del edificio.

—Ni de lejos.

Su sonrisa de chico malo se asoma durante un instante.

—Mentirosa —murmura divertido, zarandeando de nuevo las monedas dentro de sus bolsillos.

Noto su mirada clavada en mí, pero no me giro para mirarle, sino que yergo la barbilla y me obligo a mantener la compostura. Y lo hago muy bien... hasta que llegamos delante de la puerta de mi casa, donde me abalanzo sobre él, con las manos enredadas en su pelo y mi lengua recorriendo su boca con ansia. Agarra mi rostro con ambas manos para detenerme.

—Eh... para, preciosa. Estás yendo demasiado rápido.

Me detengo y lo miro con cara de póker. Estará de coña, espero.

—¿Rápido? —repito pasmada.

—Rápido —recalca él, todo serio—. De hecho, entre tú y yo no va a haber ninguna clase de relación sexual a partir de ahora. Seremos novios platónicos. Considera lo del restaurante como una despedida del sexo.

Abro los ojos con horror.

—¿Nunca vamos a hacerlo?

Asiente con solemnidad.

—Nunca. A no ser que quieras casarte conmigo, claro.

Suelto una carcajada, más bien de incredulidad, puesto que nada de esto me hace gracia.

—Estás de coña —quiero que mi tono de voz suene firme e inexpresivo, pero no consigo disimular el miedo que se oculta en él.

—Claro que no. Yo no creo en las relaciones sexuales antes del matrimonio, amor. Deberías saberlo.

Sería capaz de arañarle el rostro si supiera que de esa forma se le borraría la desagradable sonrisa que se apodera de él.

—¡Estás chantajeándome para que me case contigo! —ladro, sin dar crédito.

Con una mueca de diversión, entorna sus maliciosos ojos azules.

—¡Chantaje! Grandes palabras para tan poca acción. Solo estoy... insinuándote... muy amablemente... que la única manera de conseguir que este cuerpo cachas te caliente en las frías noches de invierno, es casándote conmigo. Y bien, ¿qué será, preciosa? ¿Te casaras conmigo porque me amas con locura o lo harás porque eres adicta a todo lo que yo te hago sentir? A decir verdad, tus razones no me importan en absoluto.

Lucho por no perder de nuevo los nervios con él.

—¿Pero tú te has escuchado a ti mismo? ¿Es que no hay nada que tu moralidad te impida hacer?

Se frota la barbilla, frunce el ceño y finge meditar muy detenidamente.

—Nop. Ahora que lo pienso... —compone una sonrisilla brillante y añade— eh... nop, nada en absoluto.

Suelto un grito de exasperación, le doy la espalda y entro en mi casa. Oigo sus carcajadas a través de la puerta. ¡Bestia chantajista!

¡Por mí puede meterse su amor platónico por donde le quepa! Durante la semana siguiente, me paso todos los días viendo películas de la mafia. Tengo que aprender algún que otro truco para hacerle a Nathaniel Black “una oferta que no pueda rechazar.” Cuando al fin llega al sábado, no quepo en mí de emoción. Al fin Emma y yo haremos algo interesante. Puedo olvidarme de Jimmy Brown, de las teorías conspiradoras y del irritante Nathaniel Black durante una noche y, sencillamente, disfrutar. Como somos muy famosas últimamente gracias a los vínculos con los chicos malos, nos han invitado a la mayor fiesta que acoge el barrio pijo de Manhattan en todo el mes de febrero: la Fiesta de los Corazones Solitarios, para aquellos que no tienen pareja el Día de los Enamorados.

—Tú no lo estás respetando —me recrimina Emma mientras nos maquillamos en el baño, cada una en un lavabo—. Tienes pareja.

¡Platónica! Cada vez que recuerdo nuestra última conversación, las furias satánicas se apoderan de mí.

—¡Por favor! —dejo de echarme delineador de ojos y me giro de cara a ella—. No quiero volver a saber nada de ese *playboy* narcisista.

Me quita el delineador de las manos y me ofrece el colorete. Empiezo a aplicármelo.

—Y por eso estabas cotilleando ayer en Twitter sobre lo que ha estado haciendo en la fiesta de la noche anterior —afirma con sarcasmo.

—¡No estaba cotilleando! —me defiende, arrancándole el pintalabios rosa de las manos—. No te va este tono. A mí, sí —me aplico una generosa capa y me sonrío a mí misma a través del espejo—. Solo estaba... ¡bueno, sí! ¡Estaba cotilleando! ¿En qué puñetero planeta es eso un crimen?

Emma sacude la cabeza mientras se echa laca en sus ondas marrones. Me ofrece el bote y yo hago lo mismo. Luego me paso los dedos por el pelo para obtener ese aspecto despeinado y salvaje que tanto me gusta. Me miro en el espejo de arriba abajo. Llevo un elegante vestido negro ajustado a la cintura, bastante corto, y mis pendientes de esmeraldas favoritos. Por supuesto, no faltan mis *Jimmy Choo* negros. Estoy tan contenta con mi aspecto que me lanzo a mí misma un beso a través del espejo.

—¡Admítelo! ¡Tú quieres casarte con él! —me dice mientras salimos por la puerta, las dos arrebujadas en nuestros abrigos negros. No está muy claro si estamos en Nueva York o en Siberia del frío que hace.

—¡Por favor! Si hubiese querido casarme con él, lo habría hecho hace tiempo. Su manera de insinuarse no ha sido exactamente sutil.

Cogemos un taxi.

—¿Por qué le dijiste que no? —inquire, con aire serio.

Le indico al conductor la dirección. Nos ponemos en marcha.

—No estoy preparada para casarme con él.

Me mira con escepticismo.

—Estabas preparada para casarte con un hombre al que no amabas —repite en tono duro.

Resoplo. Esta vez es distinto.

—Exacto. Es mucho más fácil cuando no hay amor de por medio.

Permanecemos calladas el resto del viaje. Nos bajamos del taxi delante del local que aloja el evento, presentamos nuestras invitaciones y entramos. Cojo dos copas de champán de la bandeja de una camarera y le ofrezco una a Emma, que la recibe de bastante mala gana. Ella nunca bebe, por razones que desconozco. Acabo de llevarme la copa a los labios cuando veo una escena que hace que el alcohol se atragante en mi garganta. Mis pupilas se contraen al ver cómo Nathaniel Black, de pie en el otro extremo de la sala, está tonteando con una rubia con aspecto de modelo. Toso durante un largo rato con toda la elegancia que consigo reunir en tan poco tiempo.

—¿Estás bien? —me pregunta Emma, preocupada.

Asiento para decir que sí, con el rostro rojo, no sé si a causa de la tos o de la ira que me invade.

—¿Pero será cabrón? —gruño entre dientes.

Emma gira la mirada para ver a quién me refiero y, al darse cuenta de ello, hace una mueca de aburrimiento.

—¿Qué más te da? Te recuerdo que tus palabras exactas fueron “no quiero volver a saber nada de ese *playboy narcisista*”.

—Ya, pero si yo no me estoy tirando a nadie, él tampoco lo hará. Es ley de vida.

Y al instante, un malicioso pensamiento florece en mi cerebro. Giro la cabeza hacia ella.

—Emms, dime que tienes algo parecido a una pastilla en ese *clutch* tuyo tan ridículamente grande. Tú siempre llevas cosas útiles encima.

Arruga el ceño y empieza a hurgar dentro de su *clutch* negro.

—¿Te vale la píldora del día después?

Mis cejas se elevan en un gesto diabólico.

—Valdrá.

—¿Qué vas a hacer, *Maléfica*?

—Mira y aprende, ingenua Emma. Mira y aprende.

Me tomo un instante para preparar mi papel, dejando que una dulce e inocente expresión se dibuje en mi rostro. Me acerco a Nathaniel, con Emma siguiéndome.

—Cielito —canturreo, ondulando las caderas hasta colocarme entre él y la rubia— oh, aquí estabas. Es la hora de tu pastilla, mi pequeño osito de peluche. Ya sabes que, si no tomas el antibiótico a tiempo, esa horrible gonorrea va a volver. Tienes que ser más precavido —coloco la píldora del día después en su mano y me giro hacia su acompañante, como si acabara de caer en la cuenta de que está justo detrás de mí—. Oh, lo siento. Espero no haber interrumpido nada importante.

¡*Jódete, Nathaniel Black!* Sonríe como una niña adorable, adopto un aire digno y les doy la espalda, de nuevo con Emma pisando mis talones.

—¡Eres una bruja retorcida! —suelta mientras andamos hacia la barra.

Le sonrío como la gran dama que soy.

—Solo soy una mujer práctica que defiende lo que es suyo. Dos zumos de piña, por favor —le pido al camarero.

Este nos mira divertido puesto que aquí todo el mundo viene a emborracharse, pero, aun así, nos atiende en un instante. Emma me anuncia que se va al baño a retocarse el maquillaje.

—Así que gonorrea —escucho la voz de Nathaniel Black a mis espaldas—. Tengo que admitir que ese ha sido un movimiento brillante.

Incapaz de disimular mi malicioso regocijo, me giro hacia él.

—¡Nathaniel Black! —exclamo alegremente, extendiendo los brazos—. ¡Qué alegría volver a verte! ¿Y tu novia?

Tiene cara de enfurruñado y, por lo que veo, mi adorable sonrisa no consigue alisar las arrugas de su ceño. Tampoco es que sea algo que me quite el sueño.

—En realidad era la productora de mi nueva película, amor. Gracias por dejarme en evidencia. Siempre fuiste un encanto.

El zumo de piña se me atraganta en la garganta. Me ruborizo al instante.

—Yo... lo siento. No lo sabía —me muerdo el labio inferior, incapaz de disimular el bochorno que me invade.

Su intensa mirada retiene a la mía, lo que hace que sienta aún más vergüenza por mi comportamiento infantil y estúpido.

—Ya. Y dime, ¿has pensado en mi propuesta?

—No voy a casarme contigo, bestia retorcida, chantajista y maliciosa —escupo.

Asiente con la cabeza.

—Ya lo veremos, amor —da media vuelta—. Ya lo veremos.

Blasfemando para mis adentros, observo cómo su chaqueta de cuero se aleja de mí.

—De verdad que me partís el corazón —comenta Robert Black en tono de burla.

Giro la mirada y los veo a Gage y a él, ambos ataviados con unos elegantes trajes oscuros, de pie a mi lado, uno a mi derecha y el otro a mi izquierda.

—¿Qué hacéis vosotros dos aquí?

Robert se encoje de hombros con desdén.

—Bueno, es una fiesta para solteros, angelito. Y este y yo lo somos.

—Por poco tiempo —murmura Gage, relamiéndose los labios ante la imagen de una Emma llevando un corto vestido rojo acercándose hacia nosotros.

Robert y yo nos echamos a reír.

—¿Qué es eso que os resulta tan gracioso? —pregunta ella, agarrando su zumo de piña para darle un trago.

—Justo les estaba diciendo a mis amigos que está usted tan guapa hoy, señorita Bennett, que no soy capaz de resistirme a sus encantos, y he decidido invitarla a bailar.

Ella le dedica una mirada de aburrimiento.

—Paso.

Claro que a Gage le importa un carajo eso. La coge por la cintura igualmente y la arrastra hacia la pista de baile. Sacudo la cabeza con incredulidad, mientras Robert y yo nos sentamos en dos sillas altas que hay en la barra.

—¿Sabes?, no entiendo cómo es que no tienes novia formal. ¿No hay nadie que te guste por ahí? —entorno los ojos al recordar que hay muchas por ahí. Demasiadas. ¡Playboy!—. Quiero decir, alguien que te guste lo suficiente como para tener una relación seria. Monógama.

Un gesto de dolor recorre el rostro de Robert. Se toma un tiempo en contestar.

—Sí que hay alguien. Pero ella no está interesada en mí —me dice con tristeza.

Le doy una palmadita en el brazo.

—No seas bobo. Cualquiera mujer en su sano juicio estaría interesada en ti.

Sus iris azules se clavan en los míos. Sacude la cabeza.

—Tú no —murmura.

Oh, no, Robert. ¡No fastidies!

—¿Hablas en serio? —musito, arrugando el ceño.

Dios, si estás ahí y escuchas esto, soy yo, Catherine Collins, una de tus ovejas descarriadas. Sé que tú y yo no nos conocemos y todo eso, pero por lo que más quieras, que su respuesta sea NO. Para mi desesperación, Robert asiente. Miro hacia el cielo con una mueca de enfado. *¿De qué sirve rezarte si nunca me haces caso?* Por supuesto que Él no me contesta. Lo raro sería que lo hiciese.

—No tenías que haberme besado esa noche, ángel —susurra, rozando mi mejilla con los nudillos de su mano.

Está claro que la tía Agatha llevaba razón cuando decía que ahí abajo hay un caldero de brea con mi nombre escrito en él. Cojo aire en los pulmones y lo suelto ruidosamente antes de replicar.

—Robert, no tienes ni idea de cuánto lo siento. No pretendía jugar con tus sentimientos. Sé que lo que hice no tiene excusa, pero lo hice porque estaba muy enfadada con tu hermano y esa fue la única manera de herirle que se me ocurrió. Fui tan estúpida y tan impulsiva que no me di cuenta de que, hiriéndole a él, te hería también a ti.

Y, lo que es aún peor, me herí a mí misma. Porque ese fue el momento en el que empezó mi declive. A partir de esa noche, no hice más que hundirme y hundirme, una y otra vez, hasta convertirme en lo que soy ahora: una mujer fría. Vacía. Congelada por dentro.

—Será mejor que hablemos de otras cosas, ángel. Tú eres un tema que no suelo tocar.

Un atisbo de sonrisa acaricia mi boca durante un instante.

—Claro. ¿De qué quieres hablar?

Robert no disimula que está inventándose algo.

—Eh... la inmortalidad del alma humana —dice al fin—. ¿Qué te parece?

—Un tema fascinante. Verdaderamente fascinante —contesto, solemnemente.

Él ríe entre dientes.

La fiesta resulta ser un asco. Nathaniel y yo nos enfrentamos, Robert abre su corazoncito conmigo, haciéndome sentir como la peor mujer sobre la faz de la tierra —que lo soy—, y Emma desaparece con Gage, así que tengo que tragarme sola la sesión de madrugada de películas cursi. No hay nada más deprimente que una soltera de veintiocho años viendo *Serendipity* a las cuatro de la mañana del día de los enamorados. ¡Lloriqueando! Y eso estando sobria, lo que es incluso peor.

—Levántate y brilla, corazoncito. Tenemos planes.

Abro un ojo y veo a Nathaniel Black de pie a mi lado, con unos vaqueros desgastados, una camiseta blanca de *Metallica Rules* y una chaqueta de cuero. Tiene su oscuro cabello desordenado, sus ojos azules con un brillo de malicia y una sonrisa absolutamente seductora en los labios.

—Dime que eres un mal sueño del que voy a despertar en tres, dos, uno...

—Nop. Soy real.

—Temía que dijeras algo así —abro el otro ojo y me incorporo, de muy mala gana—. ¿Qué quieres, Black?

—¿Cómo que qué quiero, amor? Hoy es el día de los enamorados.

Hago una mueca enfurruñada.

—¿Y?

—¿Cómo que y? Habrá que pasarlo juntos, digo yo.

Vuelvo a hundirme bajo la sábana y me tapo la cabeza.

—No quiero saber nada de ti.

Nathaniel me arranca la sábana, dejándome con las bragas al aire, puesto que el camión se me ha subido hasta la altura del ombligo al hundirme en la cama.

—¿Qué demonios haces? ¡Devuélveme mi sábana!

—Aunque si prefieres que nos quedemos en casa, no pondré objeciones —me dice, recorriendo todo mi cuerpo con sus malvados ojos cargados de lujuria.

—Pensaba que no creías en las relaciones antes del matrimonio —repongo, divertida.

—Me refería a las relaciones ocasionales, amor. Está claro que lo nuestro es algo serio.

Cuando se inclina sobre mí, uno de sus dedos se desliza bajo la goma de mis bragas de encaje color crema. Puedo sentir su aliento agitándose en mi cuello. Está excitado. Muy excitado. Y esa manera de tocarme es tan tremendamente sensual que, en este momento, mi pequeño cerebro solo puede pensar en hacer cosas muy malas con él. Hundo la nariz en su cuello e inhalo su aroma, esa combinación de tabaco, colonia y alcohol tan enloquecedora que le caracteriza.

—¿Nate?

Sus ojos, más azules que nunca, se clavan en los míos.

—¿Sí? —jadea a dos centímetros de mi boca.

—Me estás poniendo muy cachonda.

Sonríe con suficiencia.

—Lo sé.

Gimo al notar cómo las puntas de sus dedos empiezan a esparcir la humedad por mi sexo.

—Me gusta que estés mojada —murmura, mirándome con los ojos encendidos de deseo.

Registran exactamente la misma mirada que tenía la primera vez que lo vi. Esa mezcla de determinación, descaro y lujuria que, en vez de indignarme, me complace.

Me esfuerzo por odiarle, me esfuerzo por cabrearlo con él, pero lo cierto es que le quiero. Le quiero más de lo que él jamás llegará a saber. Llevo demasiado tiempo queriéndolo, pero no puedo quererle porque él es lo único que puede destrozarme. Después de todo, ya lo hizo una vez.

—¿Vas a acabar lo que has empezado? —pregunto con voz gutural.

Traga en seco y me mira atormentado, con el ceño arrugado y los labios ligeramente separados. Es evidente que está luchando con todas sus fuerzas para decir que no. Cierra los ojos durante un instante, coge una honda bocanada de aire y, cuando vuelve a abrirlos, su rostro se transforma por completo. No queda ni rastro de excitación. No hay lujuria. Solo hay determinación y autocontrol.

—Esto es lo más difícil que he tenido que hacer en toda mi vida —confiesa con la voz apagada—. No tienes ni idea del esfuerzo que estoy haciendo por no arrancarte ese ridículo camisón y follarte contra todas las malditas paredes de esta habitación, hasta que pierdas el juicio.

Se aparta de mí de forma precipitada. Observo en silencio con qué desesperación se pasa ambas manos por el pelo. Quiere decirme algo, pero desiste en el último momento, limitándose a mirarme, rígido, con los ojos turbios y la mandíbula apretada. Sacude la cabeza.

—No voy a ceder. No puedo —se desplaza hasta la ventana, donde apoya la frente contra el frío cristal y exhala ruidosamente—. Me he prometido a mí mismo que no lo haría, y esta vez no voy a quebrantar mis promesas. Tengo que demostrarte que valen algo. ¡Tengo que demostrarme a mí mismo que valen algo!

Y, en ese momento, mientras él hundió sus manos en los bolsillos de sus vaqueros y mira distraído por la ventana, absorbo en sus propios pensamientos, torturado por sus demonios personales, en ese preciso instante sé que Nathaniel Black se ha ganado algo mucho más importante que mi amor. Tiene algo que nadie ha tenido hasta ahora, algo que él no es capaz de ver, ni de entender lo mucho que vale. Solo yo lo sé porque, por primera vez en veintiocho años, alguien se ha ganado mi respeto. Y le amo por ello aún más.

Sin embargo, no puedo amarle de nuevo. No de esa forma. Eso me consumiría. Así que hago lo que es necesario para mantener a salvo los pocos pedazos que me quedan de mi destrozado corazón. Dejo que ese sentimiento que florece en mi interior, esa llama de amor, se convierta en cenizas. No puedo casarme con él. Nunca más puedo volver a bajar la guardia. Estoy convencida de que, tarde o temprano, él meterá la pata. Al fin y al cabo, sigue siendo el mismo Nathaniel Black de hace dos años. Él siempre destroza todo lo que toca. Yo no voy a ser la excepción.

En cuanto pongo un pie en la acera, los irritantes *paparazzi* se abalanzan sobre mí.

—Catherine, ¿es cierto que Nathaniel Black y tú os habéis separado de nuevo?

—¿Confirmas la ruptura?

—¿Con quién te puso los cuernos esta vez?

Me quito mis oscuras gafas de sol y dejo que una sonrisa angelical ilumine mi rostro.

—Fuiste fotografiada con su hermano en un club. ¿Le besaste de nuevo?

—Confirmas que...

Levanto ambas manos para frenar las preguntas.

—Buenos días a vosotros también, mis encantadores amigos de la prensa. Sé que nunca hemos sido muy buenos amigos, pero hoy estoy de tan buen humor que he decidido contestar a algunas de vuestras irritantes preguntas. Tres para ser exactos. Yo elijo al reportero.

—¿Qué es lo que ha provocado tu cambio de humor? —me pregunta un periodista de mediana edad.

Suspiro satisfecha.

—Oh, eso es muy simple. Hoy ha dejado de nevar. ¡Y los abrigo de lana de *Yves Saint Laurent* están en rebajas! ¿No os parece eso maravilloso? —vuelvo a suspirar, afectada, y elijo a una reportera de pelo corto y moreno—. Tú. Sí, sí, tú. Dime tu pregunta.

—¿Nathaniel Black y tú os habéis separado?

Sonrío con ternura.

—Eso lo sabe todo el planeta, cielo. Fue hace dos años en Navidades. En directo, además. Siguiendo pregunta. Tú, el del bigote.

—Pero al despertarse del coma, volviste con él, ¿no? Hay fotos vuestras en un restaurante de Long Island y desde luego que se os veía en actitud muy cariñosa.

—No exactamente. Nuestra relación actual es tan difícil de catalogar que ni él, ni yo sabemos a ciencia segura en qué estado estamos. Tú, la rubia. Dime tu pregunta. Es la última, así que asegúrate de que sea épica.

—¿Qué es lo que más te gusta de él?

No me hace falta meditarlo. Sé perfectamente cuál es la respuesta a esa pregunta. Me inclino hacia el micrófono, miro al objetivo de la cámara por debajo de mis largas pestañas, medio sonrío y hago una larga pausa para crear expectación.

—Todos y cada uno de sus defectos —me enderezo—. No haré más declaraciones. Gracias.

Y dicho eso, les doy la espalda y detengo un taxi. Cinco minutos más tarde, me bajo delante de la tienda de *Yves Saint Laurent*. Entro.

—Señorita Collins, bienvenida —me saluda la comercial—. Si necesita cualquier cosa, hágamelo saber.

¡En la biblioteca municipal nadie se sabe mi nombre! *En la biblioteca municipal no te dejaste diez de los grandes hace una semana*, me recuerda el demonio Catherine, quién, sentada en mi hombro derecho, está jugueteando con su cola.

—Gracias... —miro el nombre que pone en su escritorio y añado—... Helen.

Estoy saliendo del probador con dos abrigo de lana cuando oigo una voz que me hace frenar en seco.

—Así que todos y cada uno de sus defectos. Hay quienes consideran romántica esa basura. A mí, personalmente, me provoca nauseas.

Miro con mala cara cómo Anne Blunt, hundida en el sofá, finge estar hojeando unas revistas de moda. Tal y como la recordaba: rubia, exótica, voluptuosa. Todo lo que yo no soy, para ser exactos. También es cierto que yo soy una dama y ella no, con lo cual no es el momento de ponerse nerviosos ahora. Me pondré nerviosa cuando tenga que arrancarle las extensiones, cosa que, por cierto, pasará en breve si sigue lanzándome esas miradas despectivas.

—Anne, querida. Siempre es un placer volver a verte.

Mi madre estaría orgullosa si me viera ahora mismo. Barbilla alzada, hombros rectos, sonrisa falsa y gran cantidad de hipocresía. No sé por qué hace dos años pensaba que no encajaba en el Upper East. Claramente, este es mi sitio.

—No puedo decir otra cosa sobre ti. Estás estupenda. Nueva York y Nathaniel Black te sientan muy bien.

—Gracias. Ahora si me disculpas...

Pues no, Anne Blunt no tiene pensado disculparme. Me sigue por la tienda y se detiene en la sección de vestidos, a mi lado.

—¿Sabes lo que se cuchichea sobre él? —me susurra mientras examina un vestido de fiesta.

Irritada a causa de su presencia, empiezo a mover las perchas de derecha a izquierda, sin tan siquiera mirar las prendas.

—No. Y estoy bastante segura de que me gustaría que eso siguiera siendo así.

Anne, por supuesto, hace caso omiso de mis peticiones. Por pura maldad, me imagino. Coloca de nuevo la pecha en su sitio y se gira hacia mí.

—¡Felicidades! Vas a ser madrastra. Dicen que el hijo que espera Judy Halley es suyo.

Sin poder impedirlo, una sonora carcajada brota de mi garganta. Hay que admitir que tiene gracia, la rubita.

—Y también dicen que yo tengo un bebé bastardo en Londres y que formo parte de no sé qué secta rara. *Los paparazzi* no son de fiar y tú mejor que nadie deberías saberlo.

Sonríe bondadosamente.

—Cuidado, pequeña niña rica, puede que tu cuento de hadas se convierta en pesadilla cuando menos te lo esperas. Luego no digas que no te lo he avisado —añade en tono maternal.

Hago un mohín.

—Agradezco tu desagradable y completamente no requerida advertencia, pero nada de lo que me digas hará que le quiera menos. Ahora, si me disculpas, tengo sitios a los que ir y gente a la que ver —compongo una sonrisa amable para despedirme de ella—. *Au revoir*.

Suelto los dos abrigos encima de un sofá, agarro mi bolso y salgo lo más rápido que puedo de la tienda. La conversación con Anne me ha irritado demasiado. Tal vez porque sé que lleva razón. Mi cuento de hadas podría ser la versión sin censura de cualquiera de los que han escrito los hermanos Grimm.

—¿Te has acostado con Gage Carey?! —grito tan alto que estoy segura de que me ha escuchado hasta la señora Wilson, que tiene noventa y dos años, es sorda y vive en Londres.

—Chissss. ¡No grites!

—Madre mía, madre mía, madre mía —repito mientras doy vueltas por el salón.

Emma frunce el ceño.

—¿Por qué estás tan angustiada? La que se ha acostado con él he sido yo.

—¡Cállate! La que has liado, Emms. ¡La que has liado! ¿Sabes lo que eso supone? —me detengo y le lanzo una mirada aterrada—. Qué esos dos caballeros se irán a vivir juntos a la mansión de los horrores de al lado y nos harán la vida imposible. No había bastante con una bestia retorcida en el edificio. Ahora habrá dos. Y todo eso porque tú te tomaste una copa de champán. ¡Una sola copa! ¿Cómo demonios te emborrachaste solo con eso?

Se deja caer en una butaca y suspira, enterrando la cabeza entre las manos.

—Seguro que me ha drogado esa bestia maliciosa. Si no, no se explica.

Eso no me sorprendería. Nathaniel Black y Gage Carey son tal para cual.

—¿Y qué fue lo que hiciste cuando despertaste a su lado? —la interrogo.

Necesito saber todos los detalles para pensar en una forma de arreglar este desastre. ¡Bendito ese curso de asesora de imagen!

—Escabullirme. Aún estaba borracho como una cuba cuando salí por la puerta.

Dejo escapar una risita. Daría lo que fuera por ser una mosca y ver su mueca al despertarse solo.

—¿Tú crees que la gente puede llegar a estar tan borracha como para no recordar nada al día siguiente? —me pregunta, esperanzada.

¡Qué pequeña e ingenua es!

—La gente, sí. Gage Carey, no. Ese chaval es capaz de vaciar una licorería de un solo trago, al igual que su amiguito del alma, y estar tan fresco como una rosa al día siguiente. Si es que Dios los crea y ellos se juntan.

—¿Y ahora qué hago yo? —gime desesperada, retorciéndose las manos.

Levanto las dos palmas en el aire para calmar los ánimos.

—¡Tranquilidad! No hay que perder la cabeza. Puede que él no quiera volver a verte nunca más. A lo mejor solo quería echar un polvo contigo y ahora que lo ha conseguido, va a salir de tu vida.

—¿Tú crees? —balbucea, mirándome como una cachorrilla desamparada.

¡Ni de coña! Pero eso no se lo pienso decir.

—Estoy convencida de ello —afirmo con toda la convicción que mi ser es capaz de reunir en tan poco tiempo.

El hermoso rostro de mi amiga se relaja visiblemente y hasta esboza una débil sonrisilla, que, por desgracia, se congela sobre sus labios en cuanto se escucha el timbre de la puerta.

—¿Q... qui... quién crees que será? —tartamudea.

Hago un gesto con la mano para restarle importancia.

—Testigos de Jehová. Ya se cansarán de llamar. ¿Por qué no vas a echarte un rato?

—¡Emma, abre la puta puerta! —ruge Gage Carey como un demente, golpeando con los puños al mismo tiempo que llama al timbre—. ¡Sé que estás dentro!

Emma me fulmina con su mirada.

—Nunca han venido los testigos de Jehová, ¿verdad?

Bajo la mirada para examinarme los nudillos de la mano y lo niego con la cabeza.

—¡Catherine! ¡Abre!

Las dos damos un respingo al escuchar el timbre agresivo de Nathaniel Black, seguido por otros ochenta golpes en la puerta.

—Amor, es evidente que estáis dentro, así que abrid... la puta... puerta para que podamos solucionar esto como las personas civilizadas que somos.

—Tú eres de todo menos civilizado, Nathaniel Black —le grito a través de la puerta—. Y haz el favor de llevarte a la bestia de tu amigo de aquí. Emma no quiere volver a verle después de que se aprovechara de ella estando ebria.

—¿Te aprovechaste de ella estando ebria, so cabrón?

¡Oh, qué hipócrita! ¡Como si él no me hubiese hecho lo mismo a mí!

—Fue ella la que se aprovechó de mí, y encima me dejó por la mañana sin tan siquiera una triste nota de despedida —se defiende el otro.

Giro sobre mis talones y miro a Emma con una ceja enarcada. Ella finge estar mirando las musarañas. ¡No me lo creo!

—¿Emma, es eso cierto? ¿Te aprovechaste de Gage?

—¡Claro que se aprovechó de mí! —grita él—. Tu amiga es una desalmada que va por ahí hiriendo sentimientos. ¡Y me ha pegado!

Abro la boca por el estupor. Oigo una carcajada, la de Nathaniel Black, por supuesto. Solo a él podría resultarle divertido esto.

—¿Has pegado a Gage?

Emma pone los ojos en blanco mientras se levanta. Camina hacia la puerta con toda la dignidad de su persona.

—¡Chivato! —escupe entre dientes.

Yo abro la boca todavía más. ¿En qué clase de mundo retorcido estamos viviendo?

—Dime, por favor, que le has pegado en defensa propia. O porque te sacó de quicio.

Ella se muerde el labio con nerviosismo. Madre mía, madre mía, madre mía.

—¡Y una mierda defensa propia! —bufa Gage—. Me pegó durante el sexo porque le va ese rollo. Y lo peor de todo es que me ha gustado —lloriquea.

Dios es mi testigo que lo intento, de verdad que sí, pero soy incapaz de retener la risa. Mi amiga del alma, Emma Bennett, la perfecta dama de la alta sociedad británica, ¡la pequeña Emms! a la que conozco desde que teníamos tres años, con la que fui a la escuela primaria, a la secundaria, al instituto y a la universidad, ¡es ama! Y cuando digo ama, no quiero decir ama de casa. Repito: ¿en qué clase de mundo retorcido estamos viviendo?

—Solo lo hago cuando estoy borracha y no puedo controlarlo —se justifica ella, con el labio inferior tembloroso.

Coloco una mano en su hombro para atrapar su mirada. Sus ojos marrones, cargados de lágrimas, se cruzan con los míos.

—¿Por eso nunca bebes?

Asiente, sorbiéndose las lágrimas. Le dedico una sonrisilla tierna y me acerco para abrazarla.

—Oh, Emms, cielo. No pasa nada, ¿sabes? Hay mucha gente a la que le gusta eso. No tienes nada de lo que avergonzarte.

—Sí que tengo —balbucea entre hipos—. No quiero ser así. La gente normal no hace esa clase de cosas. A nadie le gusta.

—A mí sí —murmura Gage.

Tengo que morderme los labios muy fuerte para no echarme a reír de nuevo. Hay que admitir que la escena en sí es dantesca. ¡Y yo pensaba que mi relación con Nathaniel era retorcida! ¡Ja! Las hay peores.

—Chicos, chicos, chicos —resuena esa maliciosa voz tan familiar—. De verdad que detesto tener que interrumpir vuestra conmovedora charla a través de la puerta,

pero ¿pensáis que sería posible abrir y hablar de esto en privado? A estas alturas, todo el Upper East debe de saber que a Emma le gusta dominar y que a Gage lo que le pone es que le peguen.

—¡No he dicho que me guste que me peguen! —protesta Gage ofendido—. ¡He dicho que me gusta que me pegue ELLA!

Emma levanta su rostro bañado por las lágrimas de mi pecho, se acerca a la puerta con paso tembloroso y, pasados unos instantes, gira el pomo.

—¿De verdad? —murmura al ver a Gage, cuyos oscuros ojos brillan de turbación.

Él asiente. Está inclinado hacia adelante, con una mano apoyada en el marco, su blanca camisa arrugada y el pelo desordenado. A su lado está Nathaniel Black, guapísimo como un demonio, con su camisa vaquera de cuello alzado y mangas arremangadas. Tiene un cigarro colgándole de los labios y mueca de estar pasárselo en grande. No me sorprende. ¡Menudo *show!*

—Anda, ven aquí —musita Gage, tirando de sus muñecas para abrazarla.

Ella le rodea con los brazos, apoya la cabeza en su hombro y suspira.

—Enternecedor —remarca Nathaniel con sarcasmo, pasando a su lado con las manos hundidas en los bolsillos de su vaquero—. Verdaderamente enternecedor.

Preciosa... —se inclina para besar mi mejilla.

—Black... —saludo de mala gana, con una ceja arqueada.

Deja que se cierre la puerta, a pesar de que Emma y Gage siguen abrazados en el pasillo.

—¿Pero qué haces?

—Qué se vayan a mi casa. Ahí tendrán intimidad. Mientras tanto, me quedaré aquí contigo. Espero no molestar —me dice con falsa amabilidad, repantigándose en el sofá.

Coloca ambas manos por debajo de la nuca y me dedica una de sus sonrisas detestables.

—Pues sí que molestan —respondo, cruzada de brazos.

—*Hola, mi querido novio. ¡Cómo me alegra verte! ¿Necesitas algo? ¿Café... bourbon... sexo?* Es así como deberías recibirme, amor. Y no deberías llevar esos camiones tan aburridos. Le quitas a un hombre hasta las ganas de vivir. Deberías esperarme con algún *negligé* negro y transparente —se relame los labios como un felino mientras alza las cejas con gesto burlón.

Divertida, tiro de sus pies para sentarme en el sofá.

—Las novias platónicas no hacemos eso.

—*Touché.*

—¿Crees que arreglarán lo suyo? —murmuro, evaluando su intensa mirada.

Coloca los pies en mi regazo y me lanza una sonrisilla adorable.

—No me cabe duda. El amor siempre gana. ¿Te molesta si fumo?

—Sí.

—De acuerdo —da una larga calada y me suelta el humo en toda la cara.

Cierro los ojos mientras cuento hasta diez para tranquilizarme. ¿Cómo puedo desearle más de lo humanamente posible y querer matarle a la vez? Este hombre despierta en mí sentimientos muy contradictorios.

—¿Y qué has estado haciendo últimamente, princesa? —quiere saber el agradable señor Black.

Cojo una revista de la mesa que hay a mi derecha y empiezo a hojearla, sin ser capaz de concentrarme en lo que estoy leyendo.

—Nada inquietante. Lo de siempre.

—He visto tus declaraciones.

Cierro la revista y giro la mirada hacia él.

—Un desafortunado incidente —comento con desdén.

—La cosa más bonita que alguien ha dicho sobre mí jamás —me corrige.

Me quedo sin aliento a causa de la mirada que me dedica.

—¿De verdad? —murmuro, perdida en esas pupilas azul marino que, a su vez, me evalúan a mí.

—De verdad —me contesta él con voz suave.

Suelto un suspiro como la boba enamorada que soy. Él se yergue, se sienta a mi lado y coge mi mano entre las suyas. Sonriéndome con ternura, se la lleva a los labios y me besa los nudillos, uno a uno.

—Te echo de menos, princesa. Tengo la sensación de que nunca te veo últimamente.

Me pierdo en la intensidad de su mirada, que me transporta a tiempos del pasado que creía olvidados. ¡Como si pudiera olvidar algo relacionado con él!

—Yo también te echo de menos —musito.

—Necesito tenerte, Catherine. Necesito que seas mía de una forma u otra. No puedo volver a perderte. ¿Lo entiendes?

No esperaba que pareciera tan torurado en este momento. Me deja completamente descolocada. Extiendo el brazo y deslizo las puntas de mis temblorosos dedos por ese rostro que tanto amo. Él permanece inmóvil. Ni siquiera se atreve a respirar, como si temiese que este momento acabase por hacerlo. Y su actitud me resulta tan desconcertante que, durante unos instantes, la capa de hielo que me cubre casi se resquebraja.

—No quiero que me pierdas —y al decirlo, me doy cuenta de que eso es cierto. No quiero estar con él, pero tampoco puedo imaginar mi vida sin él. Así no hay quien se aclare.

Nathaniel hace un amago de sonrisa a la vez que coloca un dedo debajo de mi barbilla y me alza el rostro.

—Entonces cástate conmigo —musita angustiado, mirándome fijamente a los ojos.

Hay algo en su mirada, algo que nunca antes había visto en sus ojos. Algo que casi consigue que se borren todas las cosas horribles que han pasado entre nosotros. *Casi.* Pero yo no puedo permitir que esos intensos ojos azules derrumben mis muros de autodefensa porque, si lo hago, sé que no habrá vuelta atrás. Así que me quedo callada, mirándole sin más. Él deja caer la cabeza y suspira derrotado al entender lo que significa mi silencio.

—Nate, lo siento, pero no estoy preparada para dar ese paso. No contigo.

Me rodea entre sus brazos con un gesto muy protector.

—Haces que pierda la cabeza cada vez que vacilas —murmura con los labios apoyados contra mi pelo—. ¿Por qué estás haciéndome esto? Es que... ¿ya no me quieres?

A pesar de que intenta disimularlo, soy capaz de percibir el dolor que hay en su voz.

—¡Claro que te quiero! Solo que de una forma distinta. No puedo volver a sentir lo que sentía. Todo ese amor... —me detengo, bajo la mirada y sacudo la cabeza— era tan intenso que acabé consumiéndome.

—Lo sé, pero te prometo que ahora todo sería distinto. *Yo* sería distinto.

Cojo su rostro entre las manos para retener su mirada.

—Tengo que decirte una cosa —me humedezco los labios, nerviosa, y vacilo varias veces antes de continuar—. La noche de tu sobredosis... yo, bueno, algo cambió en mí. Es como si de tuviera un muro a mi alrededor que no puedo permitir que...

—Se derrumbe —acaba mi frase con voz seca.

Asiento. Sus ojos se vuelven profundos, como si pudieran ver hasta el fondo de mi alma.

—Se derrumbe, sí —murmuro—. Siento que lo nuestro es tan frágil que puede quebrantarse en cualquier momento, y me asusta lo que pueda pasarme cuando eso suceda. Este amor me destruyó una vez, Nate. ¿Lo recuerdas? No puedo dejar que eso pase de nuevo. Ese muro es la única armadura que me mantiene a salvo de ti. No soy capaz de volver a entregarme por completo. Lo siento.

—Todo va a salir bien, amor —si bien me lanza una mirada larga y desesperada, sus labios se curvan en una débil sonrisa—. Volverás a ser la de antes.

Tuerzo un poco los labios.

—No quiero volver a ser la de antes. ¿Por qué iba a querer yo volver a ser débil? ¿Y frágil? ¿Y tan condenadamente fácil de herir? —sacudo la cabeza lentamente—.

No quiero eso...

—Tú no sabes lo que quieres, Catherine. Todo lo que nos ha pasado últimamente, toda esta locura que estamos viviendo, hace que te sientas confusa. Pero eso cambiará. Me aseguraré de que cambie. Lo único que necesitas es un poco de tiempo. Tiempo y amor —me envuelve de nuevo entre sus brazos—. Y eso es algo que a mí me sobra, preciosa.

Suspiro y hundo la nariz en su cuello, inhalando ese olor suyo tan masculino, tan carnal. El mejor olor del mundo entero: a Nathaniel.

—Tengo muy buenas noticias —me informa Emma, quien está sentada en la barra de desayuno, ataviada con un elegante y recatado vestido verde oscuro que resalta la perfecta piel de su rostro.

—Te casas con Gage —me aventuro a afirmar mientras me echo una taza de café humeante.

Pone los ojos en blanco y cierra el ejemplar de *The Wall Street Journal* que estaba leyendo.

—He discutido con esa bestia retorcida, pero no quiero hablar de ello. Las buenas noticias son que esta noche tú y yo vamos a ir a una fiesta exclusiva. El anfitrión, un tal señor W, te ha mandado una carta y flores para invitarte. Dice que te conoce de una cena de caridad que organizaste hace dos años y que está ansioso por volver a verte. Mandará su limusina a las seis para recogerlos.

Me siento en una de las sillas altas que hay en la barra y tomo un sorbo de café.

—Paso. No me interesan los admiradores. Ya tengo bastante con el desquiciado de al lado. ¡Y deja de cotillear mis cartas!

—Es una fiesta medieval —me dice en voz cantarina.

Medieval es una palabra que siempre atrae mi atención y Emma lo sabe.

—¿Cómo de medieval? —inquiero, de repente interesada por el asunto.

Alza ambas cejas con rapidez.

—Muy medieval. Vamos. Tenemos que encontrar disfraces. Dice el señor W que podemos elegir a cualquier personaje histórico desde el año 1399 hasta el 1799.

Le doy un buen mordisco a uno de los donuts que cojo de una bandeja de cristal.

—¿Entonces por qué demonios se llama fiesta medieval? —pregunto, con la boca llena—. El Medioevo acaba en el siglo XV.

—¡No seas friki! ¡Eso es lo de menos! ¡Lo importante es que hay una fiesta que nos espera! —y dicho eso, mi mejor amiga da unas palmaditas de alegría.

Sacudo la cabeza lentamente y centro toda mi atención en mi delicioso desayuno. Los disfraces pueden esperar.

A las seis en punto de la misma tarde, Emma y yo volvemos a encontrarnos en la planta baja. Ella va de María Antonieta, con un largo vestido azul cielo, escotadísimo, y unas plumas del mismo color en su cabello, recogido en un peinado veneciano, mientras que yo voy de Catherine Howard, con un vestido rojo vino algo más recatado, puesto que he nacido unos doscientos años antes que ella. Mi oscuro cabello cae en ondas sobre mi espalda, y me he colocado una tiara dorada encima de la cabeza, la única joya que llevo, aparte de un pequeño colgante de oro y diamantes y unos pendientes de rubíes. Vale, no he sido muy realista, pero es que los peinados de la época eran espantosos.

—Majestad —me saluda con una reverencia—. Está usted deslumbrante. Solo espero que no pierda la cabeza antes de que acabe la velada.

Suelto una risita y recibo su cumplido, inclinándome con elegancia.

—No puedo decir otra cosa sobre vos, mi reina, aunque deberíais tener cuidado con los dulces. En vuestros tiempos aún no se ha inventado el *spinning*.

Emma suelta una risita. Me invita a salir con un gesto de la mano.

—No entiendo por qué no te has disfrazado de Ana Bolena como todo el mundo —masculla mientras cierra la puerta a sus espaldas.

—¡Exacto! Todo el mundo elige a Ana, solo Dios sabe por qué. ¿Y qué pasa con Catherine? A ella también le cortó la cabeza ese loco sanguinario. ¿Por qué nadie se acuerda de ella?

Entramos en el ascensor a la vez. Emma pulsa el botón para bajar.

—Porque a la gente lo que le gusta es la trágica historia de amor que vivieron Ana y Enrique VIII —me explica como a un niño ingenuo.

—Bueno, pero también hay una historia de amor entre Enrique y Catherine.

Entorna los ojos mientras empuja la puerta de entrada. Una ráfaga de aire frío me despeina el pelo nada más pisar la acera. Definitivamente, este año Nueva York se ha convertido en Siberia. Nos montamos en la limusina negra que nos espera delante de nuestro edificio lo más rápido que podemos.

—Catherine no le quería. El rey estaba ya viejo cuando se casó con ella —repone, aburrida.

—Síndrome del padre ausente —señalo, para defender mi teoría.

Emma hace una mueca de disgusto. Como siempre, discrepa con mis ideas.

—Catherine Howard era una casquivana. Le puso los cuernos. Varias veces.

—¡Injurias y calumnias! No hay pruebas que demuestren eso.

Mi amiga resopla con fastidio.

—¡El rey era un vejstorio obeso, por el amor de Dios! —escupe, fuera de quicio.

Vale, no me ocurre nada para defender mi teoría esta vez. Me ha dejado sin argumentos.

—¡Catherine le quería y punto! Fue un amor trágico —digo en tono categórico, cruzándome de brazos para indicarle el fin de esta conversación.

—Lo que vos digáis, majestad. Y dime, ¿quién es el señor W?

—Ni puñetera idea. Pero lo averiguaré —y a la que digo eso, pulso un botón.

El oscuro cristal que nos separa del conductor se baja.

—Disculpe. ¿Hola? ¿Señor? —al fin se digna a mirarme a través del espejo—. Hola. ¿Le importaría decirnos de quién es esta limusina?

—No estoy autorizado para darle esa información —ladra.

¡Tienes que estar de coña!

—Está muy equivocado si piensa que voy a ir una fiesta sin saber... —no puedo acabar mi frase porque el oscuro cristal vuelve a elevarse.

Abro la boca por el estupor. ¿Me ha cerrado la ventana en las narices? Pulso el botón con rabia —varias veces—, soltando improperios y gritándole como una desquiciada, sin embargo, no consigo nada. El cristal no vuelve a bajarse.

—¿Será cabrón?!

Emma, angustiada, empieza a removerse en su asiento.

—¿Crees que nos violará y degollará por el camino? —me susurra.

Hago una mueca de escepticismo.

—No seas idiota. Voy armada y estoy muy cabreada.

Parpadea, sorprendida.

—¿Qué clase de arma puede entrar en un *clutch* tan pequeño?

—La versión mini de *Chanel Madeimoselle* —contesto, muy orgullosa de mi propia astucia.

Pone mala cara.

—O sea, en cristiano: ¡qué va a violarnos y degollarnos!

—Nadie va a violarte, Emms —le digo aburrida—. ¿Tú te has echado alguna vez *Chanel* en los ojos? ¿Tienes idea de lo que eso escuece?

—No. ¿Y por qué alguien en su sano juicio se echaría *Chanel* en los ojos?

—Por error, evidentemente.

De repente, mientras ella y yo nos gritamos la una a la otra, la limusina se detiene. En completo y absoluto silencio, las dos nos inclinamos para mirar por la ventanilla. Para nuestro asombro, no estamos en un siniestro bosque en la mitad de la nada. Estamos en el aeropuerto. El chofer se baja del coche para abrirnos la puerta. Lo fulmino con la mirada.

—A mí nadie me cierra nada en las narices —gruño airada mientras bajo.

—Bienvenida al mundo real entonces —responde él, muy arrogante.

¡Esto es el colmo de los colmos! Y encima me da la espalda.

—¿Adónde demonios cree que va? —grito tras él, con las manos en jarras.

—A mi casa.

—¿Y qué se supone que debemos hacer nosotras?

—Terminal 4, puerta A5. Buen viaje.

Dicho eso, se monta de nuevo en el coche y desaparece carretera abajo, dejándonos a mí y a Emma boquiabiertas.

—¿Crees que Jimmy Brown está detrás de todo esto? —pregunta ella.

Muevo la cabeza, aun mirando la carretera. No tendré la suerte de dar con Jimmy Brown esta noche. ¡Ojalá! Así se acabaría, de una forma u otra, esta locura en la que se ha convertido mi vida.

—Lo dudo. Tiene que ser algún ricachón excéntrico y, de repente, quiero saber quién es. Ha conseguido despertar mi curiosidad.

—¿Eso quiere decir que vamos a coger ese avión? —inquire, en voz casi audible.

Es palpable la tensión y el terror que esconden sus palabras.

—¡Por supuesto! —exclamo enérgicamente.

Doy media vuelta con gesto brusco y me dirijo hacia la entrada del JFK de Nueva York, barriendo el suelo con la larga cola de mi vestido de terciopelo. Ni sus razonamientos, ni sus protestas consiguen detenerme. Rehuyendo todas las miradas, ando con determinación hasta la puerta A5. Por supuesto que todo el mundo gira la cabeza para mirarnos. No es muy habitual ver a su majestad Catherine Tudor y a su majestad María Antonieta juntas en un día que no sea Halloween, ni Carnaval.

Me detengo delante de un mostrador gris, detrás del cual se halla una azafata morena, muy sonriente, vestida de amarillo chillón.

—Disculpe, verá... —le lanzo una sonrisilla adorable— mi amiga y yo tenemos que coger el vuelo que sale de esta puerta, pero resulta que no tenemos los pasaportes porque...

—¿Señorita Collins? —me interrumpe ella, mirando un registro.

—La misma.

—Pueden pasar.

Alucino. ¡Venga ya! ¿De verdad algo en la vida va a resultarme fácil? Mmmm. Tiene que haber alguna clase de truco tenebroso en todo esto. A pesar de ese preocupante pensamiento, la sigo por el túnel hasta la puerta del avión, donde me invita a entrar con un gesto de su mano.

—¿Champán? —me pregunta otra azafata, nada más sentarnos mi amiga y yo.

—¡No! —grita Emma.

La mujer sonríe por ese tono tan tajante.

—Sí —respondo yo con tranquilidad, devolviéndole la sonrisa.

Nos ofrece dos copas. Como sé que Emma no va a beber, agarro las dos para mí.

—No deberías beber tanto. Necesitas estar sobria por si acaso. No sabemos a lo que vamos a enfrentarnos esta noche. Desearía no haberte dicho nada sobre esta estúpida fiesta —masculla, sentada a mi lado con los brazos cruzados a la altura del pecho para mostrarme su claro desacuerdo.

—¡No seas quejica! Vamos a pasarlo bien. Disculpe —llamo de nuevo a la azafata—. ¿Dónde están los demás pasajeros?

Me resulta curioso que solo hayamos llegado Emma y yo. ¿A qué hora sale este vuelo?

—Es un jet privado, señorita Collins. Son las únicas pasajeras a bordo.

—Ah. Gracias. ¿Y puede decirme de quién es el jet?

—No estoy autorizada para darle esa información. Pero si necesita cualquier otra cosa, no dude en solicitarlo.

Compongo una sonrisa dulce mientras blasfemo para mis adentros. ¡Claro que no está autorizada para darme esa información! ¿Por qué será que eso no me sorprende?

—Claro. Muy amable.

—¿Quién demonios es tu admirador? ¿Lawrence de Arabia?

Tomo un sorbo de champán y la miro. Parece preocupada, a diferencia de mí, que no consigo disimular mi excitación. La velada resulta muy prometedora.

—Pronto lo sabremos, pequeña Emma. Pronto lo sabremos.

Se coloca detrás de la oreja uno de los mechones que se han soltado de su peinado.

—Por cierto, ayer vi a Nate —comenta, como de pasada.

Mi corazón empieza a palpitar como lo hace cada vez que alguien pronuncia ese nombre.

—¿Ah, sí? —murmuro, simulando indiferencia.

—Aja. Gage y yo estuvimos tomando una copa en The Auction House y nos lo encontramos.

Me humedezco los labios.

—Ya. Va mucho a ese sitio. Dice que es... elegante.

—Ya.

—Sip. Y estaba... —me aclaro la voz— ¿solo?

Finjo estar mirando por la ventanilla cómo las luces del aeropuerto se quedan atrás mientras el avión coge altura. ¡Por Dios, qué angustia! ¿Por qué tarda tanto en contestar?

—Sí, estaba solo —dice al fin—. Y triste. Y deprimido —busca mi mirada y la sostiene—. ¿Se puede saber qué demonios pasa contigo?

Abro los ojos de par en par, sorprendida a causa de la dureza que percibo en sus palabras.

—¿A qué te refieres? —murmuro, escrutando su hermoso rostro.

—¡Sabes perfectamente a lo que me refiero! Está hecho polvo por tu culpa. No te casas con él, pero tampoco cortas la relación. No estás con él, pero tampoco quieres estar sin él. ¿A qué demonios juegas, Catherine? ¿Por qué no te aclaras de una puta vez? Estás volviéndonos locos a todos.

—Vaya, eso ha sido realmente... ¡Uf! Menuda bronca.

—Joder, es cierto. Me dijo que lleva tres días intentando verte y que siempre pasas de él. Que si no estás en casa... que si tienes migraña... ¿De qué demonios vas?

Si mal no recuerdo, has pasado los últimos días en casa viendo *Juego de Tronos* mientras te hinchabas a golosinas. ¿Por qué le evitas?

Me encojo de hombros.

—No sé... yo, sencillamente... no puedo bajar la guardia cuando estoy con él. Antes era divertido... juguetón... malo... despreocupado. Ahora, en cambio, se ha vuelto tan serio que no lo sé... me agobia. Está tan empeñado en lo del matrimonio...

Si percibe la desesperación que hay en mi voz, desde luego, no lo muestra.

—¿Por qué no quieres casarte con él?

Resoplo, callada.

—Porque tengo miedo. ¡Ya está! Lo he dicho al fin.

Su rostro se contrae de preocupación.

—¿Miedo? —repite, asombrada.

—A que me parta el corazón —confieso en voz queda.

Cuando nos bajamos del avión, horas más tarde, no puedo creer lo que están viendo mis ojos.

—¡Oh... Dios... mío!

—¿Dónde... cojones... estamos? —Emma se detiene en las escaleras del avión, a mis espaldas.

Un elegante señor en sus cuarenta, llevando un sombrío traje marrón oscuro, nos abre la puerta de la limusina negra que está esperándonos con el motor en marcha en la misma pista de aterrizaje.

—Señoritas, bienvenidas a Beverly Hills, California.

A este ni me digno a interrogarle. ¿Para qué? Apostaría mi alma a que "no está autorizado para darme esa información". Así pues, inclino la cabeza y me monto en la parte de atrás del coche, seguida por Emma, quien no ha dejado de refunfuñar desde que salimos de Nueva York.

—¿A qué crees que se dedica el señor W? —me pregunta, girando la mirada hacia mí.

—Por el despilfarro que está haciendo, o es un narco colombiano, o un sicario ruso o un jeque de las arenas.

—Yo creo que es alguna clase de psicópata. ¿Has leído *Diez negritos* de Agatha Christie?

Suelto una risita.

—Varias veces, además.

—Pues nosotras somos los negritos. Antes de mañana, vamos a estar muertas —vaticina horrorizada—. Deberíamos largarnos ahora cuando aún estamos a tiempo.

—¡Deja de comportarte como un conejillo asustado! Estás amargándome la noche. Vamos a bajarnos de esta limusina con clase y estilo, vamos a ir a esa fiesta y vamos a comportarnos como las damas que somos. ¿Lo has entendido?

—¡Perfectamente! —me grita, enfurruñada.

—¡Bien! Entonces deja de lloriquear.

La limusina se detiene delante de una mansión de dos plantas cuyo patio está lleno de coches de alta gama.

—¿Lo ves? —le susurro mientras caminamos hacia la puerta—. No es una trampa mortal. Hay mucha gente aquí.

—Sí. ¡Los demás negritos!

Exhalo y, con una sonrisa traviesa jugueteando en mis labios, cruzo el umbral. Pero entonces la sonrisa se congela sobre mis labios y me sorprende a mí misma gritando:

—¡Qué capullo!

Rostros estupefactos se giran en mi dirección, así que adopto la sonrisa más encantadora de la que soy capaz a la que añado:

—...más bonito he visto para nuestro jardín. He pensado plantarlo justo al lado de la fuente de agua. ¿Qué te parece, querida?

—No se me ocurre un sitio mejor —responde ella con toda la tranquilidad del mundo.

Cuando la gente deja de mirarnos, Emma me agarra de un brazo y me arrastra hasta un rincón apartado.

—¿Qué ha pasado?

—Solo hay una persona en este retorcido universo capaz de poner una canción de AC/DC llamada *Me Sacudiste Toda la Noche* en una fiesta medieval. Y está...

—mis ojos recorren el enorme salón con la precisión de un halcón— ¡ahí! —señalo con el dedo—. ¡Pero será cabrón! —grito de nuevo.

Los mismos rostros consternados se giran hacia mí, pero esta vez no me ocurre nada que decir en mi defensa, así que agarro una copa de champán de una bandeja y empiezo a tomar sorbito tras sorbito, rezando en silencio para que dejen de mirarme. Al fin lo hacen.

Y entonces me permito a mí misma volver a mirar a aquel hombre, guapo a rabiar, que está sentado encima de un trono de madera en el otro extremo de la habitación. Viste una camisa blanca cuyos primeros botones están desabrochados y un holgado pantalón oscuro, aunque no es eso lo que destaca de su atuendo, sino el grueso colgante de oro, con la rosa de la casa Tudor, que está adornándole el cuello. Su oscuro cabello está igual de despeinado que siempre, lo que le aporta cierto toque de rebeldía a su disfraz. Sacudo la cabeza con incredulidad al fijarme en que su mano derecha empuña una espada de casi un metro de altura, cuya punta está apoyada contra el suelo de madera. Desde luego, a su personaje no le falta autenticidad, puesto que la espada es una copia fiel de la original. ¡Actores!

Con una sonrisa de lado cruzándole la cara, inclina la cabeza en gesto de saludo cuando nuestras miradas se encuentran a través de la aglomeración.

—¡Ese es Nathaniel Black! —exclama Emma—. Y va vestido de...

—Enrique VIII. Ese actorucho de pacotilla va a escucharme.

Agarro la cola de mi vestido de época y contoneo las caderas hasta el trono de ese déspota sanguinario que está observándome con la sonrisa más desagradable de todo su arsenal de sonrisas. A su lado está, por supuesto, el señor Gage Carey, disfrazado de lord Cromwell.

—¡Majestad! —hago una exagerada reverencia—. Bonito trono. Aunque debería tener cuidado con los jabalíes. Como siga comiendo de esa forma, lo reventará en breve. Y es una auténtica pena. Los artesanos han debido de trabajar mucho para esculpir las cabezas de vuestras difuntas esposas en él —*la mía es una de ellas*, remarco mentalmente.

Nathaniel Black le entrega a Gage su copa de vino tinto, deja la espada en el suelo y se levanta para darme la bienvenida, con ambas manos extendidas. Se inclina sobre mí, apenas rozando mis mejillas con sus labios. Estoy convencida de que el muy canalla es capaz de escuchar mi respiración irregular y ese tembloroso y patético suspiro que dejo escapando de la garganta cuando su increíble y enloquecedor olor inunda mis fosas nasales.

—¡Mi reina! Bonito colgante. Resalta la belleza de vuestro delicado cuello —remarca, recorriendo brevemente mi clavícula con las puntas de sus dedos.

Durante un largo momento, me quedo mirándole a los ojos, sin más, tan cautivada por la belleza de su rostro que no soy capaz de dar señales de inteligencia.

—Vuestra majestad fue demasiado generoso al regalármelo —me obligo a decir, sin interrumpir nuestro inquietante contacto visual.

Recibe mi comentario con un gesto de cabeza. Nos envuelve el silencio más absoluto mientras, a nuestro alrededor, la gente vocifera, ríe y baila, ajenos a nosotros dos.

—Así que el señor W —digo al fin, divertida por todo el numerito que ha montado solo para verme—. ¿A qué juegas ahora?

Esboza una sonrisa torcida.

—A nada, amor. Pensé que sabías que mi segundo nombre es Wilfredo.

Una sonora carcajada brota de mi garganta.

—¿Te llamas Nathaniel Wilfredo Black? —pregunto entre risas—. ¿Cómo puedes llamarte Nathaniel Wilfredo Black?

Me mira ofendido.

—Mis padres son excéntricos, ¿vale? Y no sé por qué te hace tanta gracia.

Me vuelvo seria cuando invade mi espacio personal. Carraspeo.

—Bueno, hasta tú tienes que admitir que Wilfredo no tiene nada de glamuroso —le digo, intentando disimular el efecto que la proximidad de su atlético cuerpo despierta en mí—. Y dime, Wilfredo, ¿cómo es que has elegido, de toooodos los personajes históricos, *justo* a Enrique VIII?

Me dedica una media sonrisa bastante pícara.

—Siempre me ha fascinado su persona.

Ahogo una risita al ver, de reojo, como María Antonieta se abalanza sobre Lord Cromwell. Nathaniel no se digna a mirar qué es lo que me hace tanta gracia. Él se limita a mirarme a mí, como si yo fuera la cosa más fascinante que ha visto en toda su vida.

—Ya veo. ¿Y no tiene nada que ver con el hecho de que yo vaya de Catherine Howard?

Su sonrisa se amplifica.

—No seas vanidosa, princesa. No todo lo que hago tiene que ver contigo.

—¡Y una mierda que no! ¡Me seguiste cuando fui a comprar el traje y te has disfrazado de Enrique VIII a posta! —escupo irritada, al ver que está mintiéndome con descaro.

Adopta una expresión inocente, fingida, sin lugar a dudas.

—Yo jamás haría algo tan maquiavélico.

—Nate... —le advierto, y mi tono de voz le indica que mi paciencia está acabándose.

Entorna sus maliciosos ojos.

—Bueno, puede que haya... seducido... un poco... a la dependienta para... ¡No lo sé, Catherine! ¡Deja de interrogarme!

Sacudo la cabeza, sin dar crédito. ¡Tan típico de él!

—¿Por qué me has traído hasta California, si puede saberse?

—Es evidente —sonríe con astucia—. Todo rey necesita a su reina.

Me mantengo escéptica.

—¿Y por qué no invitarla directamente, sin usar trucos baratos?

—Porque es una mujer terca y frustrante que se habría negado. Seguro que estaría fuera de casa o con migrañas. Y resulta que yo no soy capaz de aceptar un no por respuesta —inclinado sobre mí, desliza las yemas de sus dedos por mi escote—. ¿Estás muy enfadada conmigo? —me susurra al oído.

—No poseo las energías necesarias.

Sonríe de nuevo y, al instante, deja de ser Nathaniel Black para meterse en la piel de su personaje. *Actores...*

—Entonces espero que mi amada quinta esposa quiera concederme el primer baile de la velada.

—Estoy convencida, mi rey, de que vos encontraréis la manera de obligarme. Posiblemente cortándome la cabeza —añado por lo bajo.

Nathaniel me dedica una encantadora sonrisa, me conduce a la zona de baile y, con la mano levantada por encima de su cabeza, chasquea los dedos para solicitar un cambio de música. Al instante, la seductora voz de Joe Cocker inunda la sala.

—*Ain't no sunshine* no es demasiado medieval, majestad.

Agarra mis caderas —solo Dios sabe cómo consigue encontrarlas con tantas telas—, y me arrastra hacia él hasta que nuestros cuerpos chocan. De esa forma, pegados el uno al otro, empezamos a deslizarnos por la pista, rodeados de otras parejas.

—No, no lo es, pero me gusta esta canción. ¿Sabes que es así como me siento cuando tú no estás conmigo? —pega los labios a mi oído y su voz resuena gutural.

Observo fascinada su boca, esos perfectos y voluptuosos labios suyos que siempre han despertado en mí pura atracción sexual y, al hacerlo, me invade un deseo tan intenso, tan sorprendente, que estremece todo mi cuerpo, célula a célula. De repente, necesito besarlos... Besarle a él.

—Estás preciosa esta noche, Catherine.

Mis ojos suben lentamente por su rostro, hasta encontrarse de nuevo con los suyos, y entonces me doy cuenta de que la extraña corriente que fluye entre nosotros dos no se debe al deseo sexual. No, esta noche es mucho más que sexo. Es la aplastante necesidad de tenernos el uno al otro. En este instante lo comprendo todo. Mirándole a los ojos, comprendo por qué Nathaniel está tan empeñado en que nos casemos. Es más que amor. Más que pasión. Más que lujuria. Él me necesita para seguir adelante. Unas palabras que me dijo hace mucho tiempo impactan ahora contra mi mente: *Debajo de mis pies solo hay un pozo sin fondo en el que hundirse todavía más. Un sitio que me ahogaría si intentara moverme. Tú eres mi salvavidas, princesa. Eres lo único a lo que puedo agarrarme para mantenerme a flote.*

Al recordar eso, me aferro a sus brazos, conmovida por la sonrisa amarga que me dedica. *Oh, Nate... Mi Nate... Mi juguete roto...* Hay demasiada tristeza en sus ojos en este instante. No me había dado cuenta de ello hasta ahora. He estado tan empeñada en cabrearlo con él que no fui capaz de ver lo cansado que parece, con sus ojos azules hundidos, turbados, torturados. Y todo por culpa mía. Me impresiona el hecho de que un hombre tan magnífico como él pueda llegar a ser tan frágil y vulnerable algunas veces.

He sido egoísta y estúpida, pensando solamente en mi corazón y en no salir herida. Por eso no me di cuenta de que, cada vez que le rechazaba, algo se rompía en su interior. He sido tan idiota que pasé por alto lo mucho que le destrozaban mis rechazos. ¿Qué le he hecho? ¿Cómo he podido ser tan cruel con él? Tengo que arreglarlo. Al fin y al cabo, ese siempre ha sido mi trabajo: juntar sus pedazos rotos.

—¿Nate, hay algún sitio tranquilo donde podamos hablar?

Asiente, me agarra de la mano y me arrastra escaleras arriba, hasta una habitación a oscuras. Se dispone a encender la luz, pero yo tiro de su mano para detenerle. Asombrado, ladea la cabeza y me mira con sus brillantes ojos a través de la oscuridad de la noche.

—¿De qué quieres hablar, princesa? —me susurra.

Coge uno de mis rizos entre sus dedos y lo acaricia suavemente.

—De nosotros.

Levanta la mirada hacia la mía. Quiere decir algo, solo que yo no se lo permito esta vez. Ya habrá tiempo para hablar. Tenemos toda la vida por delante.

—Chissss —susurro, colocando un dedo en sus cálidos labios—. Hablaremos, pero no ahora. Ahora solo necesito estar contigo.

Cojo su rostro entre las manos, inclino la cabeza y lo beso. Me responde, aunque parece tenso y nervioso. Teme perder el control y romper su promesa. ¡Su estúpida promesa! ¿A quién le importa su ridícula promesa ahora? ¿No puede ver lo mucho que le necesito?

—Catherine, princesa, no... para...

Acallo sus protestas con un beso agresivo. No me importa nada de lo que está contándose. Solo quiero probar el delicioso sabor a *bourbon* de su lengua, hundirme en su boca una y otra vez, olvidarme de todo por una noche: del mundo exterior, del estúpido Jimmy Brown que, de una forma u otra siempre me atormenta, de todos y de todo, y perderme, dedicarme a mi adicción favorita: Nathaniel Black.

Desabrocho los botones de su camisa con impaciencia. Al acabar esa tarea, colocó ambas manos en su esculpido pecho y lo empujo hacia atrás, haciéndole sentarse encima de la cama. Me quito el vestido de época en un santiamén. Él recorre todo mi cuerpo desnudo con una mirada lujuriosa y gime, turbado.

—Princesa, en serio, tienes que parar ahora —susurra, ceñudo.

—¡No seas nenaza!

Me siento encima de sus rodillas, rodeando su torso desnudo con mis largas piernas. Con la cara a pocos centímetros de la mía, hace un gesto de negación.

—Catherine...

No le dejo acabar la frase. Sencillamente me abalanzo sobre su boca, saqueándola, poseyéndola, devorándola durante largo momento. Sus cálidas manos se colocan en mis caderas para acercarme aún más y al fin —¡Aleluya!— su lengua penetra mi boca. Parece desesperado, respondiendo a mi beso con ansia, como si le fuera la vida en ello. Completamente excitado, empuja su dura erección contra mi entrepierna y gime de nuevo cuando yo empiezo a contonearme contra ella.

—Nate, no puedo seguir alejada de ti. Así de sencillo. Te necesito.

Adentra la lengua dentro de mi boca con más fuerza y sus brazos me inmovilizan contra su cálido pecho. Tan pegados estamos el uno al otro que noto los acelerados latidos de su corazón y sé que él es capaz de notar los míos. Una de sus manos se desliza por mi espalda, recorre toda mi columna vertebral y se coloca justo por encima de mis nalgas. Toda la piel de mi espalda me hormiguea cada vez que él mueve la palma. Mi mente se sumerge en una oscura niebla cuando su boca se desliza por mi mandíbula, descendiendo hacia mi cuello.

—Ooohh, Dios —jadeo mientras sus labios bajan por mi escote y las palmas de sus manos me cubren los pechos.

Nathaniel yergue la cabeza y durante unos segundos, se dedica a observarme con sus ojos enardecidos. Ya ha desaparecido la angustia, el autocontrol y la determinación de su mirada, y su lugar ha sido ocupado por ese brillo de depredador que, a veces, me pone los pelos de punta. En este momento me observa como un tigre observaría a su presa antes de devorarla, lo que hace que mis pezones se endurezcan de excitación y oleadas de deseo recorran mi cuerpo de la cabeza a los pies. Los músculos de mi vientre se tensan de puro placer ante esos ojos felinos que no prometen más que problemas y peligro.

—¡A la mierda! —gruñe, estampando los labios contra los míos—. ¿Querías follarte? Pues agárrate, princesa. Vas a recibir lo que estás pidiendo. Se ha acabado lo de jugar a los chicos buenos.

Con una sonrisa en la comisura de mi boca, clavo los dientes en su labio inferior.

—Bien, porque tú no eres un chico bueno.

—No tienes ni idea de la verdad que hay en tus palabras.

Me agarra las caderas con ambas manos, me levanta en brazos y me lleva así hasta la pared más cercana. Nunca he comprendido su obsesión por las paredes. Mi espalda se estrella contra el frío muro, pintado en un pálido tono de amarillo, pero él no me baja, sino que me sostiene así, por las caderas. Yo tampoco le suelto a él. Tengo los brazos rodeándole el cuello y las piernas alrededor de su cintura.

Y entonces me besa. Me besa como nunca antes me había besado. Me posee, ese es verdaderamente el término. Posee mi boca con furia, haciéndome daño, hundiéndose de manera brutal y, aun así, tan irresistible para mí. A medida que su beso se vuelve más y más agresivo, me doy cuenta de que necesito más de él. Necesito más dolor. Más intensidad. Más agresividad. Porque, al fin y al cabo, el dolor solo es otra manera de sentirme viva. Y yo necesito tan desesperadamente sentirme viva...

—Fóllame —pido con la voz convertida en su susurro.

Me empuja de nuevo contra la pared, apoyándose, y me sostiene con una mano mientras que, con la otra, se baja el pantalón.

—Oh, sí, voy a follarte —me dice en tono amenazador—. Vas a sentir cada centímetro de mí en tu interior y, te lo aseguro, amor... va a ser... intenso.

Antes de que acabe la frase, cuando menos me lo espero, me penetra. Gimo. Ruge. Y empieza a moverse tal y como ha dicho. Brusco. Intenso. Controlándome como siempre ha hecho, marcando su ritmo y sus condiciones, enterrándose con furia en mi interior mientras sus labios parecen incapaces de separarse de mis labios.

—Haces que pierda la puta cabeza —gruñe, embistiendo con fuerza.

—Si te consuela saberlo, tú me haces lo mismo.

Me mira con ojos tan lascivos que mi entrepierna se humedece aún más.

—No, no me consuela saberlo —murmura con voz jadeante.

—Lo... lo siento.

Me empuja de nuevo con brusquedad, aplastándome entre la pared y su pecho, y clava los dedos en mis caderas tan fuerte que resulta bastante molesto.

—Sentirlo no va a mejorar las cosas, amor. Tú lo dijiste, ¿recuerdas?

Como no contesto, intimidada por su tono hostil y la agresividad de sus movimientos, enreda una mano en mi pelo y echa mi cabeza hacia la derecha para mirarme a los ojos. Su agarre está haciéndome daño.

—¿Lo recuerdas?

—Nate, para. Me haces daño.

Sus ojos brillan más oscuros que nunca y una risa maliciosa brota de su garganta.

—Bien. Quiero que te duela. Quiero que sufras como tú me has hecho sufrir a mí. ¿Lo recuerdas, princesa? —grita, tirando de mis caderas mientras me folla como un poseso—. ¿Recuerdas la noche en la que te fuiste? ¿Tienes idea del daño que me causaste?

Mi cuerpo se estremece ante ese tono agresivo.

—Nate, por favor...

Su miembro se golpea de nuevo contra mi interior, tan adentro y tan brusco que suelto un grito.

—¿Por favor, qué? —murmura contra mi boca.

Un mechón de su cabello la cae sobre la frente. Alargo la mano y lo acaricio, con un gesto tan tierno, a pesar de la violencia del momento, que durante un instante su mirada se suaviza.

—Para —suplico con voz temblorosa.

Sacude la cabeza y se detiene, pero sin salir de mi interior.

—¿Parar? —pregunta, con una ceja enarcada—. Tú no quieres que pare, amor. Me has seducido. ¡Me has hecho romper mi promesa esta noche! Y eso trae consigo consecuencias.

¿Qué te he hecho? Dios...

Parece un animal herido en este instante y es culpa mía. Cada vez que intento arreglarle, resulta que lo hiero aún más. Y cada vez está más y más jodido. Unas irritantes lágrimas empiezan a brotar de mis ojos, escurriéndose por mis mejillas. Si bien parpadeo para retenerlas, las condenadas no se detienen. Siguen bajando por mi rostro hasta juntarse por debajo de mi barbilla. Él me lanza una mirada de desprecio.

—¡Eso! —me grita mientras sale de mi interior, bajándose con brusquedad al suelo—. ¡Haz lo que mejor se te da! ¡Lloriquea para obtener lo que quieres!

Sus duras palabras se clavan como una daga en mi corazón.

—Yo no lloriqueo para obtener lo que quiero —me defiendo, rodeándome con los brazos, de repente avergonzada de mi desnudez.

Me maldigo a mí misma por no ser capaz de dejar de llorar. No entiendo cómo hemos acabado así.

—¡Y una mierda que no! No haces más que jugar conmigo... —da una patada a la mesilla con tanta fuerza que pego un brinco— y... y... montar rabetas... y lloriquear como la niña asustada que eres.

Me sorbo las lágrimas, dolida por la crueldad de sus palabras.

—¿Por qué estás siento tan malo conmigo? —mi voz es casi un sollozo, para mi desesperación.

—¡Porque es lo que te mereces, maldita seas! ¡Mira lo que me has hecho esta noche! ¡Lo has jodido todo! ¿Lo entiendes? —se abalanza sobre mí y empieza a sacudir mi cuerpo—. ¿Entiendes el daño que has causado?

Nunca, ni es sus peores momentos, me había hablado así, ni me había mirado de esta manera, tan despectiva.

—Si es por tu estúpida promesa de no tocarme...

Sus dedos se tensan alrededor de mis brazos. Me duele.

—Te juro por Dios que, si no fueras una mujer, te pegaría en este momento.

Empujo su pecho para apartarle de mí. Una intensa furia impacta contra mi cuerpo y cada átomo de mí ser se rinde ante ella.

—¡Pues pégame si es lo que te la pone dura! ¡Adelante! ¿Crees que me importa? ¡Me importa una mierda!

Me lanza una mirada de desprecio.

—No voy a darte esa satisfacción.

Se acerca de nuevo, pero esta vez no me toca. Pasa por delante de mí, recupera su ropa y se viste. Camina hacia la puerta sin volver a mirarme.

—¿Adónde demonios vas? —grito a sus espaldas.

—No es asunto tuyo.

Y sencillamente se va, dejándome en mitad de la habitación, desnuda, dolida y aún furiosa, incapaz de dejar de llorar. Nunca había sido tan cruel ni tan despiadado conmigo. Hoy me ha mirado de una forma aterradora. Nunca me había mirado así. De acuerdo, nuestras discusiones siempre han sido algo violentas, pero esta vez... ese brillo frío que se reflejaba en sus ojos al darme la espalda... esas palabras suyas tan hirientes, me han causado más daño que nunca. Esto nunca va a cambiar. Siempre va a herirme. Siempre vamos a discutir. Y siempre voy a ser adicta a todo lo que él me hace sentir. Porque, incluso los tormentos que me provoca amarle, incluso el dolor, la agonía y los celos que este perfecto y jodido hombre despierta en mí, todo ese cúmulo de sentimientos negativos, me resulta inquietantemente cautivador. Hasta el dolor es bienvenido. Tan solo es un minúsculo precio a pagar. ¿Qué es el dolor sino otra manera de sentir que lo nuestro es real?

Al darme cuenta de lo trastornada que me he vuelto, me dejo caer al suelo, furiosa conmigo misma. Furiosa por mi reacción de antes, furiosa por haberle enseñado lo mucho que me ha herido, por llorar de nuevo delante de él, y furiosa por haber vuelto a perder el control. Entierro la cabeza entre las rodillas y dejo que las lágrimas fluyan por mis mejillas, sin el más mínimo intento de detenerlas.

Media hora después, cuando por fin consigo tranquilizarme y dejar de llorar, me retoco el maquillaje y vuelvo a la fiesta. Nathaniel lleva razón. He sido mala con él. Muy mala. El mismísimo Lucifer. Tengo que solucionar todo este lío que yo misma he creado. Y tengo que hacerlo ya.

Lo busco con la mirada, pero no lo veo por ninguna parte. En cambio, localizo a lord Cromwell, que está dándose el lote con María Antonieta en el trono de su majestad, Enrique VIII. Me acerco a ellos en un santiamén, con los ojos entornados. ¡Menos mal que habían discutido! Carraspeo con toda la irritación de la que soy capaz para llamar su atención.

—Disculpad la intromisión. ¿Habéis visto a Nate?

Gage frunce el ceño.

—Acaba de irse. Pensábamos que ibas con él.

—¿Irse? —pregunto, alarmada—. ¿Adónde?

—A Nueva York.

Y dicho eso, deja de prestarme su atención, dedicándosela por completo a mi amiga, a quien besa apasionadamente, como si yo no estuviera presente. ¡Aaarrggg! Acabo de ver la lengua de Gage Carey. No sé cómo voy a superar eso. Aparto ese irritante pensamiento con un movimiento de cabeza y me centro en el tema que realmente importa: el *playboy* del Upper East Side. ¡Mierda! Tengo que ir a Nueva York deprisa, antes de que Nathaniel haga alguna estupidez de las suyas. Siempre que discutimos hace lo mismo.

Salgo corriendo hacia la puerta, sin añadir nada más. Me detengo en el aparcamiento, al darme cuenta de que no cuento con ningún medio de transporte. ¿Y ahora qué?

—¡Señor, disculpe! —el conductor de una limusina gira la cabeza hacia mí—. Sí, usted. Necesito llegar al aeropuerto más cercano. ¿Puede usted llevarme?

—Lo siento. Este es el coche del señor William...

—Le doy mis pendientes. Mire —me los saco de las orejas y se los alargo—. Son rubies. Valen una fortuna. Por favor... Necesito llegar al aeropuerto. Es un asunto de vida o muerte.

—¿Me va a dar también el colgante? —pregunta, con una ceja enarcada—. ¿Esas piedras que son?, ¿diamantes?

Acaricio la fina cadena de oro y el pequeño colgante con forma de corazón que adorna mi cuello. Me lo regaló Nathaniel hace dos años. Es lo único que tengo de él. Antes me iría a Nueva York nadando que dárselo a este imbécil.

—No es más que una baratija —miento con descaro—. Pero mi *clutch*... es un *Chanel*. Vale algo de dinero. Tome. Si me lleva, es suyo.

El desagradable conductor ríe entre dientes y asiente. Suspiro aliviada mientras me monto a la parte de atrás de su limusina. Llego al aeropuerto en tiempo record.

—Un billete para el primer vuelo hacia Nueva York —le digo a la azafata en cuanto llega mi turno a la cola.

—Saldrá en tres horas —me informa ella con amabilidad.

—¿Tan tarde? No tengo tanto tiempo. ¿No hay algo que salga antes?

Tecleo algo en su ordenador. Yo tamborileo los dedos, incapaz de tranquilizarme.

—Lo siento. No.

Resoplo con fastidio.

—Está bien entonces.

—¿Quiere usted un billete?

A ver, Einstein, piensa. ¿Tú qué crees?

—Por favor.

—Pasaporte, si es tan amable.

Mierda. Acabo de recordar que no tengo tal cosa. ¿Cómo demonios iba a saber yo que esta estúpida fiesta iba a ser en Beverly Hills?

—Verá, señorita, resulta que a la ida no me lo han pedido porque iba en el jet privado de Nathaniel Black y...

—¿El del *Oscuro Secreto*? —cuchichea, inclinándose hacia adelante.

Entorno los ojos. Otra que se desmaya a su paso.

—El mismo. Como iba diciendo...

—¡Tú eres Catherine Collins!

—En carne y hueso. Bueno, le estaba pidiendo que...

—Diooooo... ¿Cómo es besarle?

¡Venga ya! ¿En serio?

—No es para tanto. Ahora quiere usted...

—¿Y el sexo? —me susurra.

¡Estarás de coña!

—Un asco. Quiere usted...

—Ese hombre tiene que ser magnífico en la cama.

—Sí, él piensa exactamente lo mismo. Ahora sería usted tan amable de...

Ella suelta un suspiro, soñando con los ojos abiertos.

—He visto la campaña de calzoncillos de Calvin Klein. Lo que ese hombre esconde en...

—¡Señorita! —chasqueo los dedos para despertarla de su fantasía pervertida—. Me va a dar el billete, ¿sí o no?

Una vez devuelta a su cruel realidad, la mujer parpadea.

—Si no lleva usted el pasaporte, no.

¡Esto es maravilloso! ¡Genial! ¡Un sueño hecho realidad!

—¿Y hay alguna manera de salir de esta condenada ciudad si no llevo ni pasaporte, ni identificación alguna? Supongo que no valdrá la tarjeta de miembro de *Dolce & Gabbana*...

Frunce el ceño mientras se lo piensa y, acto seguido, una brillante sonrisa de oreja a oreja ilumina su rostro. A pesar de que siento deseos de chillar, le correspondo con otra sonrisa.

—Alquilando un helicóptero. Aquí le dejo la información.

Mis pupilas se dilatan de auténtico espanto. ¿Helicóptero? ¡Eso es muy inestable! Hay alerta por fuertes vientos en Nueva York. ¡No quiero morir! Agarro con dedos trémulos el papel que me ofrece. Trago en seco. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Joder! Miro la información sobre vuelos y precios. Resoplo. Maldigo mi miedo, mis debilidades y a Nathaniel Black por hacerme pasar por esto. Al tranquilizarme, alzo la barbilla con desafío, enderezo los hombros y hago lo que cualquier mujer en su sano juicio haría en estas circunstancias: recuperar la compostura, esbozar una larga sonrisa y pagar cinco de los grandes por alquilar un estúpido helicóptero.

Cuando llego a Nueva York, es de madrugada. Debo de estar hecha un asco después de tantas horas de vuelo ida vuelta, un semi polvo con Nathaniel Black y media hora de lloriqueos en plan Bridget Jones. Pero no tengo tiempo para retocarme. Entro en casa corriendo, saltándome varios escalones de camino a mi habitación. Agarro la caja de joyas que siempre está en mi mesilla. Muevo los collares y los pendientes de un sitio a otro hasta que al fin veo la dorada llave que Nathaniel me dejó hace dos años. Nunca se la he devuelto, por alguna oscura razón. Supongo que necesitaba un recuerdo de lo nuestro. La agarro entre los dedos, corro escalera abajo y salgo, arrastrando por el pasillo la cola de mi disfraz de Catherine Howard.

Giro la llave dentro de su cerradura, dando gracias a Dios de que no la haya cambiado en los últimos dos años. Entro. Camino hacia su salón con paso firme y sin vacilar. Aún no han salido los primeros rayos de sol, con lo que la casa está en penumbra. Suena una canción de AC/DC a un volumen tan alto que no entiendo por qué nadie ha llamado a la policía aún. Sin pensármelo demasiado, hago lo que siempre he hecho: desenchufar ese irritante equipo de música.

—Saca tu dulce culito de mis aposentos, princesita. No estoy de humor para rabetas —gruñe, sin tan siquiera mirarme.

Me detengo delante de él, con los brazos cruzados a la altura del pecho. Está sentado en el suelo. Tiene la espalda apoyada contra el sofá, una botella de *bourbon*

entre las manos y un porro desgastándose en un cenicero a su lado. La historia siempre se repite.

—Tú... depresión... alcohol... maría. ¿De qué me suena esto?

—No estoy de humor, preciosidad.

—No sé por qué eso no me sorprende.

Me agacho, le arranco la botella de las manos y le doy un buen trago. Hasta el *bourbon* mola algunas veces. Me seco la boca con la manga de mi vestido. Él me observa con los ojos chispeando malicia.

—¿La estimable señorita Collins bebiendo *bourbon* a morro? ¡Qué vulgar!

Levanto la mano en el aire y lanzo la botella contra la pared, con todas las fuerzas de mi ser. Él suelta una carcajada cuando el sonido del cristal roto resuena en el silencio de la noche.

—Déjame a mí los actos de vandalismo, amor.

Me dejo caer a su lado, apoyo la espalda contra el sofá y cojo el cigarrillo. Le doy una larga calada.

—¡Por Dios! —toso durante largo instante—. ¿De verdad alguien fuma maría por gusto? —aun así, doy otra calada.

Fulminándome con su mirada, Nathaniel me agarra el cigarrillo de las manos y lo apaga.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —ladra, enfurecido.

Me encojo de hombros con desdén.

—Comportarme como te comportas tú cada vez que tenemos un problema —me giro hacia él y le suelto el humo en toda la cara—. Tú no te enfrentas a la realidad, Nate. Fumas... bebes... destrozas cosas... te deprimes... montas carreras ilegales de coches... te tiras a todas las modelos que conoces... ¿Por qué no he de hacer yo lo mismo, eh? ¿Dime? Al fin y al cabo, tú y yo somos tal para cual. Dijiste que tengo la misma naturaleza maliciosa que tú. Así que bebamos... y fumemos... y follemos... hasta que se acabe el mundo. ¡Vivamos una fantasía juntos, Nate!

—No sabes lo que estás diciendo —murmura en tono frío—. ¿Estás borracha?

Bueno, puede que me haya trincado el vodka del mini bar. Ese helicóptero se meneaba demasiado y necesitaba tranquilizarme.

—Yo nunca estoy borracha, pequeño osito de peluche —digo en tono maternal, apoyando mi dedo índice contra la punta de su nariz—. Deberías saber que solo estoy ligeramente ebria.

Me mira estupefacto.

—¿Qué coño pasa contigo?

—¿Cuál es el problema, amor mío? ¿No te gusta que me comporte así? —pregunto con falsa ternura.

—¡No! —escupe entre dientes.

Para dejar de ver la horrible sonrisa que le dedico, gira la mirada hacia el enorme ventanal que deja a la vista la intimidante panorámica de Nueva York.

—Es ridículo —musita—. ¡Deja de hacerlo!

—¿No te gusta la Catherine en la que me has convertido? ¡Pues te fastidias! ¡Esto es lo que causas en mí!

Entrecierra los ojos. Observo en silencio el músculo que palpita en su tensa mandíbula. Sacude la cabeza lentamente.

—¿Qué quieres, Catherine?

Aguarda, mirándome hasta que yo me digno a contestar a su pregunta con otra pregunta.

—¿No es evidente?

—No, no lo es.

Me doy cuenta de la furia que enmarca su aparente tranquilidad. ¿Está cabreado? Bien. Debería.

—Tocarte las narices... manipularte... sacarte de quicio hasta que vuelvas conmigo. ¿Tú qué demonios crees que quiero, Nate?

—Vete —exige entre dientes, en tono excesivamente duro.

Suelto una risa despiadada. Su puño impacta contra el mármol del suelo con aterradora violencia, pero eso no consigue que yo deje de reírme.

—¡Largo! —ruge de repente, poseído por una furia satánica—. ¡Sal de mi casa!

—¡No! —le grito yo también—. ¡Qué típico de ti, Nathaniel Black! Te comportas como un bruto solo porque no quieres que la gente vea que detrás de esa agresividad tuya tan solo se oculta un ser vulnerable, débil y mentalmente jodido. Porque eso es lo que eres, ¿sabes? Vulnerable... débil... y mentalmente jodido... Y yo estoy TAN harta de tu arrogancia, de tu prepotencia y de ti.

Me agarra la barbilla entre el dedo pulgar y el índice y me gira la cabeza hacia la suya. Su agarre me hace daño.

—Maldita sea, Catherine —susurra con sorprendente ternura, paseando la mirada por todo mi rostro— ¿por qué no te largas ya? ¿Por qué estás provocándome?

—¡Porque te quiero, joder! —le grito. Me detengo nada más decirlo, cierro los ojos y respiro hastiada—. ¿Crees que quiero estar aquí contigo? ¿Crees que quiero quererte? —levanto de nuevo el tono mientras arrastro las palmas por su mandíbula, rozando su labio inferior con las yemas de mis dedos—. ¡Jesús! Eres lo peor que me ha pasado en veintiocho años. ¡Te odio! ¡Y detesto tu forma de ser! Siempre estás fastidiándome... reduciéndome a cenizas... consumiéndome... sacando lo peor de mí... Pero por alguna oscura razón, cada vez que me destruyes, yo vuelvo a por más. Y te odio por ello. Porque, de todo este jodido universo, tú eres el único sin el que no puedo vivir. ¡Porque te quiero! Y hazgas lo que hazgas, eso es algo que nunca va a cambiar. Así de sencillo...

—Mierda —masculla entre dientes.

Suelta mi rostro, apoya de nuevo la espalda contra el sofá y sopla. Durante unos instantes, ninguno de los dos habla. Exhalo el aire, disgustada, y dejo caer la cabeza.

—¿Nate, estás conmigo? —musito.

Levanto la barbilla y aguardo, evaluándolo con la mirada.

—Siempre —me contesta él con un hilo de voz, alzando lentamente la mirada hacia la mía.

Entonces, al chocar nuestros ojos, caen todas las barreras: mis muros y los suyos se derrumban a nuestro alrededor. Todos los obstáculos que había entre nosotros sencillamente desaparecen. Y tan solo quedan dos bestias preparadas para devorarse la una a la otra.

El dedo índice de Nathaniel arrastra mi labio inferior hacia abajo. Deja escapar un leve gemido de su garganta y se inclina sobre mí, tomando posesión de mi boca. Su lengua y la mía se encuentran en una lucha apasionada, lenta y carnal.

—Cásate conmigo —jadea.

—Sí... lo haré... ¡lo haré!... pero bésame de nuevo, por favor.

—Espera... —se aparta de mis labios.

Se arrodilla delante de mí y saca una pequeña cajita de terciopelo negro del bolsillo de sus vaqueros.

—¿Compraste un anillo? —pregunto, sin dar crédito.

Asiente.

—¿Y lo llevas en el bolsillo de tus vaqueros para estar por casa? ¡Eres un hombre de lo más fascinante!

Ríe entre dientes.

—Siempre lo llevo encima, amor, con la esperanza de que algún día me digas que sí. Imagínate qué habría pasado de no haberlo llevado ahora. Nos habría jodido el momento —me echo a reír, aunque me detengo cuando su rostro adquiere un aire triste. Extiende el brazo y me roza la mejilla con sus nudillos, de repente ausente, como perdido en algún momento lejano de su pasado—. Iba a pedirte matrimonio durante esa fiesta, amor. Nuestra última fiesta.

¡Tiene que estar de broma!

—Con última fiesta te referíes a la...

—Las Navidades, cuando se acabó todo... —su mirada, en la que solo se refleja turbación, se encuentra con la mía—. Anne y yo habíamos ido de compras ese día.

Y sí, entramos en ese *sex shop*, pero no por las razones que tú piensas, sino porque los productores de la serie nos obligaban a hacerlo. Así la gente hablaba sobre nosotros y la audiencia del *show* se disparaba. Ella me dijo dónde podía comprar un anillo. A mí se me dan fatal estas cosas, ¿sabes? Pero no me acosté con ella. No hubo nadie aparte de ti. Hacía tiempo que yo te amaba.

Con los ojos cargados de lágrimas, coloco un dedo en sus labios para acallarle.

—Chissss... No hace falta que digas nada más. Lo sé...

Sacude la cabeza y agarra mi mano entre las suyas.

—No, no va a haber más secretos a partir de ahora. Te perdí una vez a causa de los rumores y los secretos. Eso no volverá a pasar. Tienes que saberlo todo. Cristal... —prosigue, suspirando— tampoco me había acostado con Cristal. En realidad, ni siquiera era prostituta. Era camello. Ella me vendía las anfetetas. Sabía lo que opinabas sobre las drogas, por eso no podía decírtelo, pero te lo estoy diciendo ahora.

Agarro su cabeza entre las dos manos. Tiene que dejar de hablar ya o cambiaré de opinión respecto al matrimonio. ¡Este hombre es peor de lo que yo pensaba! ¿Anfetetas? ¿En serio?

—¡Hazte un favor a ti mismo y cállate!

Medio sonrío.

—He ido a rehabilitación. Te aseguro que estoy limpio. Llevo un año estando limpio, ¿vale? Ahora solo bebo.

Suelto una carcajada, aunque no tiene gracia la cosa.

—Menos mal que ahora *solo* eres alcohólico.

—Tengo una *ligera* debilidad por el *bourbon*, amor —dice con énfasis—. No es para tanto. Antes de conocerte, estaba mucho peor. Como he dicho, sacas un lado bueno que ni yo sabía que tenía.

—Lamento no poder decir lo mismo.

Me guiña un ojo.

—No importa. Yo te quiero con todos tus defectos, bizcochito. Tus lados buenos y tus lados malos —pone una mueca maligna al inclinarse sobre mí— sobre todo los lados malos... como ese día cuando te metiste mí...

—¡Arrrrrrggggghhhhh! —me tapo los oídos—. No quiero oírte.

Se ríe entre dientes.

—Bien, lo dejaré pasar esta vez —suspira otra vez—. Bueno, pues ya he abierto mi corazoncito contigo, hemos compartido sensibilidades y te he desvelado mis secretos más oscuros. Creo que no se me olvida ninguna fechoría... pero si hay alguna más, quiero que sepas que soy inocente. De lo que sea. Yo no he sido.

Hago una mueca de aburrimiento.

—¿Vas a pedirme matrimonio hoy? Llevas diez minutos de rodillas, contándome tu vida en tres actos.

—¿Matrimonio? Oooh... ¡eso!...

—Sí... ¡eso! —gruño entre dientes—. Cuando quieras. Soy toda oídos.

Nathaniel Black abre la cajita, adopta un aire solemne y cierra los ojos.

—Mi queridísima señorita Collins... —abre un ojo, se inclina de nuevo hacia mí y me susurra—. ¿Qué es lo que se supone que debo decir? Nunca le he pedido matrimonio a nadie.

Le lanzo una mirada elocuente que dice: "ponte serio o te arrepentirás".

—¡Está bien! No me apuntes con tu mirada terrorífica. Das mucho miedito —coge aire de los pulmones y prosigue con solemnidad—: Si decidiera usted casarse conmigo, *de una vez*, me haría el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Claro que, si no quiere casarse conmigo por su propia voluntad, no le quepa duda de que la obligaré, de una forma u otra. Tal vez dejándola embarazada... o raptándola... o...

—¡Oh, cállate! —cojo su rostro entre las manos y lo beso—. Sí, me casaré contigo.

Se le escapa un suspiro de alivio. Saca el anillo de la cajita y lo coloca en mi dedo. Encaja a la perfección. Yo pensaba que eso solo pasaba en las películas. Al ponerme con Jonathan, me quedaba dos tallas más grande. Tuvimos que cambiarlo. Pero ahora... ahora todo es perfecto.

—Es el diamante más grande que he visto jamás —comento, mirando mi nuevo anillo, embelesada por esa magnífica piedra.

—¿Puedes culpar a un chico por ser demasiado romántico?

—¿Esto te ha parecido romántico? —pregunto, con los ojos en blanco.

Finge estar muy ofendido.

—¡Claro que sí! ¡Me lo he currado mucho! Creo que ha sido un discurso genial.

—Genial, realmente genial —repito, muy divertida.

Me observa de una forma muy penetrante.

—Nunca sé cuando estás siendo irónica.

—Es mejor que no lo sepas.

Se abraza a mí y vuelve a besarme.

—Te quiero, preciosa —murmura contra mis labios—. Nunca pensé que yo podría querer a alguien de esta forma.

—A alguien aparte de ti mismo, ¿quieres decir?

Sacude la cabeza y la expresión de su rostro cambia de repente. Se vuelve maligna mientras sus manos empiezan a quitarme el vestido de terciopelo.

—La estimable señorita Collins, futura señora Black, siempre provocándome. Muy bien. Agárrate princesa, porque esto se está poniendo divertido.

—¿Me lo juras?

Asiente con la cabeza. Y lo siguiente sucede de forma bastante rápida. Nathaniel se deshace de nuestras prendas y, de pronto, nos hallamos desnudos encima de la alfombra negra del salón.

—¿Sabes lo difícil que ha sido mantener mis garras apartadas de ti todo este tiempo? —me susurra, arrastrando las manos desde la base de mi cuello hasta mi pelvis, subiendo y bajando—. ¿Tienes idea de lo mucho que te deseo?

Miro ese rostro enardecido de deseo y asiento.

—Hazme el amor, Nate...

Las esquinas de su boca se elevan en una sonrisa, pero esta vez no es desagradable, ni odiosa, ni pícara. Es una sonrisa tierna.

—Oh, sí... voy a hacerte el amor —asiente, con la voz ronca y su ardiente mirada paseándose por mi cuerpo desnudo—. Muy despacio. Voy a acariciar cada parte de tu perfecto cuerpo... voy a besar tus dulces labios... una y otra vez... y voy a hundirme dentro de ti, pero muy despacio, ¿vale? Sin prisas.

Tomo los labios que él me ofrece y nos besamos durante largo rato, con pereza casi. Al separarse nuestras bocas, me hace tumbarme encima de la alfombra de pelo y se toma un instante para contemplarme. Contiene el aliento.

—Oh... Catherine... deja que te haga el amor a mi manera, ¿vale?

Asiento. Entonces, él se arrodilla a mi lado y sus labios empiezan a apoderarse de mi cuerpo. Parecen estar en todas partes: en mi boca, mi rostro, mi cuello, mis pechos, mi abdomen, besando y lamiendo cada rincón de mi cuerpo, con veneración casi, mientras que sus manos dejan rastros de fuego a su paso.

—Abre las piernas —susurra con los labios pegados a mi abdomen—. Ábrete para mí.

Hago lo que me pide, sin vacilar. Medio sonrío y desliza su boca hacia abajo. Empiezo a temblar cuando arrastra la lengua por los pliegues de mi sexo, muy despacio, tomándose todo el tiempo del mundo para saborearme. Sus manos suben y bajan por mis muslos, lentamente. Sus cautivadores ojos se clavan en los míos, y

su boca... oh, su boca sencillamente lo da todo. ¡Todo! Sin pedirme nada a cambio.

—Aaahhh —gimo, al notar cómo se acerca un explosivo orgasmo—. Nate... voy a...

—Hazlo —murmura, introduciendo la lengua con más fervor— dámelo todo, amor.

Me separa las piernas un poco más, y entonces ya no puedo aguantarme. Todos mis músculos internos se contraen y, al notar de nuevo su lengua hundiéndose en mi interior, estallo.

—Dioooooossss —grito, incapaz de hacer otra cosa que no sea abandonarme al indescriptible placer que está apoderándose de todo mi ser.

Respirar se vuelve demasiado difícil para mí. Controlar los fuertes latidos de mi corazón es una misión casi imposible. Ni me molesto en intentar abrir los ojos. Sé que no soy capaz de hacerlo en este momento.

—Ahora voy a hacerte el amor, ¿vale? —anuncia y entierra su miembro en mi interior con una fuerte embestida.

Empezamos a movernos en perfecta armonía, de vez en cuando despacio, otras veces acelerando el proceso. Nuestros cuerpos chocan una y otra vez, nuestros corazones laten al mismo tiempo, y nuestras bocas se encuentran en un beso cargado de emoción.

—¿Vas a correrte de nuevo? —jadea en mi boca.

—Oh, sí... —murmuro, arqueando las caderas para recibirle más adentro.

—Pues hazlo, amor. Córrete.

Noto su miembro adentrándose hondo y con más fuerza, con embestidas perfectas, adictivas y enloquecedoras. Cuando él se tensa en mi interior, exploto, entre gritos y gemidos que su boca se ocupa de ahogar. Instantes después, su semen se dispara en mi interior, mientras sus labios parecen incapaces de separarse de los míos. Y así, besándome con dulzura y aún enterrado en mi interior, me rodea entre sus brazos y permanecemos encima de la alfombra de su salón hasta que recuperamos el aliento.

Me despierto con el miembro de Nathaniel en mi interior y sus dedos acariciándome el sexo.

—Buenos días a ti también —gruño, sin tan siquiera abrir los ojos.

Suelta una risita a mis espaldas y mueve las caderas para introducirse un poco más.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? —murmura, con los labios apoyados contra mi hombro izquierdo.

—¿El qué?

Coloca ambas manos en mis caderas y vuelve a penetrarme, lentamente.

—Que vamos a despertarnos así el resto de nuestras vidas.

—Ah... que eso es algo bueno... —bromeo.

Enreda una mano en mi pelo y tira de él con fuerza para echar mi cabeza hacia atrás y poder darme así un beso erótico, ardiente y bastante exigente.

—Es bueno. Muy bueno... —embiste de nuevo y murmura, con voz entrecortada— jodidamente bueno.

Impone su ritmo, tan lento y enloquecedor que mis músculos se tensan de placer cada vez que su miembro se golpea contra un punto sensible de mi interior. La sensación de tenerle dentro es increíblemente embriagadora y, aunque me excita mucho todo lo que está haciéndome, las palabras de amor que me susurra y la desesperación con la que me hace el amor, me dejan algo desconcertada. Al llegar juntos al clímax, no se aparta, sino que se aferra a mi cuerpo desnudo, como si no quisiera dejarme marchar nunca más.

Es al abrir los ojos cuando me doy cuenta de que estamos en su cama. No recuerdo haber subido. Mi último recuerdo es abrazarme a él y quedarnos así, encima de la alfombra del salón. Supongo que me ha subido en brazos al quedarme dormida.

—Nate...

Me acurruca contra él y me besa el pelo con ternura.

—¿Mmmm?

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me dejaste marchar si ibas a pedirme matrimonio?

Titubea varias veces antes de contestar.

—Porque esa noche te miré, amor. Llevaba diez minutos a tus espaldas, mirándote, y tú ni siquiera te habías percatado de ello. Estabas tan absorta en tus pensamientos... —se detiene, y su pecho se mueve al coger una honda bocanada de aire, que unos instantes después, suelta ruidosamente—. Te miré en silencio y me dolió lo que estaba viendo de forma que no creía posible. Me pareciste tan frágil... y... tan... —se calla de nuevo, chasquea la lengua y musita en voz queda— destrozada... y yo sabía que solo era culpa mía.

—Eh... no —susurro, sin aliento—. Nate, lo hiciste lo mejor que pudiste.

Sus brazos se tensan a mi alrededor, al igual que lo hace mi mandíbula. Sacude la cabeza.

—Lo hice de pena y lo sé. La cagué. Puedes decirlo, no pasa nada.

Entorno los labios y resoplo.

—Vale, lo hiciste como el culo.

Ríe al escuchar la diversión que hay en mi voz.

—Lo sé. Lo siento —me besa el pelo y hace una larga pausa—. Esa fue la peor noche de toda mi vida, ¿sabes? Nunca se me olvidará lo que sentí al mirarte a los ojos. Dios, fue horrible —callado y triste, traga en seco y apoya los labios contra mi nuca—. Porque al mirarte a los ojos me di cuenta de que quererme a mí estaba matándote. Y fui incapaz de seguir haciéndolo.

Me sobresalto cuando, al girarme para mirarle a la cara, percibo la agonía reflejada en su rostro. Se hace el silencio absoluto durante un largo rato. Las palabras se niegan a acudir a mi mente y tan solo puedo contemplar, con los ojos cargados de lágrimas, el sufrimiento que hay en su mirada.

—¿Qué era lo que no pudiste hacer? —musito mientras extiende el brazo y acaricio su rostro.

Guarda silencio, me aprieta más fuerte contra su pecho y cierra los ojos.

—Seguir siendo egoísta contigo —me contesta con la voz apagada. Pega los labios a mi sien—. Tenía que dejarte marchar, preciosa. Y lo hice. Joder, aquello fue lo más duro que he hecho en treinta y ocho años, pero lo hice.

Tenso la espalda de manera involuntaria al escucharle. Su voz nunca ha sonado tan triste como ahora y ya soy incapaz de retener las lágrimas, que empiezan a escurrirse por mis mejillas.

—No llores, por favor. Odio hacerte llorar. Oh, princesa, no llores.

Me susurra palabras tranquilizadoras mientras enjuaga mis lágrimas con sus cálidas manos.

—No tuviste que hacerlo —sacudo la cabeza y me aclaro la voz, puesto que me sale ronca a causa de las lágrimas que reprimo—. Tenías que haberme dicho la verdad. O haberte inventado una excusa como siempre. Yo me habría quedado. No quería... no quería irme.

Asiente en silencio. Me da un beso corto y tierno en los labios.

—Lo sé, pero lo que tú querías y lo que tú necesitabas eran dos cosas muy distintas, preciosa. Necesitabas alejarte.

—¿Entonces por qué volviste a buscarme?

Su rostro se contrae de dolor.

—Porque no soy capaz de mantener una puta promesa.

No puedo evitar que una sonrisa se materialice en las esquinas de mi boca.

—No respetar esa promesa fue de lo mejor que hiciste en la vida —le susurro—. No estaríamos hoy aquí si hubieses hecho lo correcto. Rompiendo esa maldita promesa me salvaste, Nate, así que gracias.

Me estudia los ojos durante un largo rato, sin tan siquiera pestañear.

—¿Te salvé? ¿De qué?

Trago saliva.

—De una existencia vacía. Falta de emoción —nuestras miradas se encuentran y se clavan la una en la otra—. Tú eres lo único que hace que me sienta viva —musito con voz ronca.

Me aferro a su cuerpo, desesperada por no volver a alejarme de él nunca más. Acabo de darme cuenta de que sus brazos me resultan el lugar más acogedor del mundo.

—Tú también eres lo único que hace que yo me sienta vivo, preciosa —susurra.

—Lo sé —lo beso brevemente—. Y ahora, dime la versión sin censura. ¿Por qué volviste?

Medio sonrío.

—En realidad, nunca me fui —musita tras un largo silencio—. Te seguí de cerca. Quería asegurarme de que encontrabas todo lo que necesitabas... de que eras feliz, aunque fuese con otro tío. ¡Pero no lo eras! ¡No podías serlo! Supongo que una parte de mí, mi lado egoísta, deseaba que no lo fueras. Decidí que era mejor comprobarlo antes de permitir que te casaras, así que me presenté en tu fiesta. No me costó mucho trabajo averiguar dónde se celebraba. Emma visitó el sitio por lo menos diez veces para asegurarse de que todo iba a quedar perfecto.

Suelto una risita. Eso me lo puedo imaginar, sabiendo lo perfeccionista que es mi mejor amiga.

—Estaba ya allí cuando llegaste. Escuché tu discurso. Cualquiera habría dicho que eras feliz porque sonreías, y realmente te comportabas como si lo fueses —tensa la mandíbula y su mirada se endurece en cuestión de segundos—. Pero yo vi de nuevo lo que ya había visto esa noche. Durante un breve instante... solo fue un destello, pero me bastó —agarra mi rostro entre las manos, busca mi mirada y la sostiene—. Catherine, vi el sufrimiento reflejado en tus ojos, a pesar de la fingida sonrisa que mostrabas. Y entonces me di cuenta de que tu felicidad era igual de falsa que la mía. Una simple máscara —se queda callado, curvando los labios en una sonrisa amarga—. Todos se rieron cuando dijiste lo de agotar las reservas de alcohol. Yo no lo hice porque todo eso me resultaba muy familiar —traga en seco y añade, en un murmullo—. *Demasiado*. Así que seguí observándote hasta que lo vi con claridad: mientras todos ellos bebían para divertirse, tú bebías para olvidar. Y en ese instante sospeché que te habías convertido en alguien como yo.

—¡Lo hice! Lo hice —repito, desesperada.

Me detengo, con el ceño fruncido y la mirada perdida en el vacío.

—Lo hice porque sentir dolía demasiado —continúo, ausente—. Durante toda mi vida he deseado desesperadamente ser capaz de sentir, vivir una pasión que alcance los límites de la locura, un amor imposible, pero, al volver a Londres, me di cuenta de que lo que en realidad necesitaba era dejar de hacerlo. Sentir te vuelve débil. Vulnerable. Expuesto. Sentir puede destruirte —musito, tragando saliva—. Así que, sencillamente, apagué ese interruptor.

Con los ojos abrasadores y el rostro devastado, Nathaniel se humedece los labios.

—Lo sé, pequeña, lo sé. Pero eso tenía que acabar —coloca un dedo debajo de mi barbilla y levanta mi cara para mirarme—. ¿Lo entiendes? No podía permitir que fueras como yo. Siento haberme comportado de esa forma tan horrible contigo. Yo solo...

—No... —muevo la cabeza—. No digas nada más. Sé por qué lo hiciste.

Su pulgar recorre el contorno de mi boca.

—¿Ah, sí?

—Yo no necesitaba tu maldita compasión. Ni tu ternura. Ni tu amor. Lo único que podía hacerme reaccionar era tu crueldad. Y, desde luego, fuiste jodidamente cruel al dejarme plantada el día de mi boda.

Me estremezco bajo su atormentada mirada.

—Lo sé. Lo siento. Hice lo que era necesario.

—Lo sé, pero no vuelvas a hacerme algo así.

—Te prometo que no lo haré. Eso se ha acabado y no quiero seguir hablando del pasado. Ahora estamos juntos y te prometo que nada ni nadie lo va a estropear esta vez. Ahora sabes lo mucho que te quiero —me da un largo beso, impulsado por la desesperación de hacerme creer en sus palabras—. Date la vuelta, princesa. Ya sabes lo mucho que me gusta hacer la cucharita contigo.

Obedezco sin poder contener una sonrisa. Vuelve a acurrucarme contra su fuerte pecho y me da un beso en la nuca. Dejo escapar un suspiro. Recordar el tiempo que hemos pasado separados, el sufrimiento, esa cruel agonía que me produjo alejarme de él... hace que me invada una oleada de angustia que sé que no va a permitirme seguir durmiendo.

—Siento haberte despertado —me susurra, a escasos centímetros de mi oído.

Me alegro de que lo hayas hecho. Claro que eso no pienso decírselo. Estropearía mi imagen de chica dura.

—¿Qué hora es? —murmuro.

—Las ocho. De la mañana.

—¿Las ocho? ¿Y qué demonios haces despierto a estas horas?

Me acaricia la espalda con las yemas de los dedos, antes de contestar.

—Tenía una erección que me impedía dormir. Ahora que hemos solucionado el problema, será mejor que cierres los ojos. Hoy es el gran día, bizcochito.

Sí, hoy es el gran día. Vamos a anunciar nuestro compromiso a nuestros amigos y, a partir de ese instante, solo será cuestión de días hasta que la prensa descubra la noticia. No quiero pensar en el acoso que vamos a sufrir los dos a partir de hoy, ni quiero pensar en la presión, las preguntas y las persecuciones. No quiero pensar en nada. Solo quiero estar aquí, en esta casa que una vez fue mi prisión, entre los brazos del hombre que hace tiempo consideraba mi carcelero y, sencillamente, ser feliz. Nunca he pensado que existiera una felicidad tan absoluta como esta. Me imaginé que era un cuento que nos contaban de pequeños. ¡Mira que era joven e ingenua! ¡Pues claro que existe la felicidad! Está oculta dentro de la ignorancia. En este preciso instante soy feliz porque ignoro, a propósito, que en alguna parte de este mundo hay una persona mala esperando el momento idóneo para estropeármelo. Aunque no quiera admitírmelo a mí misma, soy consciente de que nada dura para siempre. Finjo no recordar la existencia de Jimmy Brown y me esfuerzo tanto por conseguirlo, que acabo creyéndomelo. *Casi*.

Sin embargo, hay una parte de mí, una oscura parte de mi cerebro, que es consciente de que la felicidad de este momento acabará desvaneciéndose en el aire. También es consciente de que algún día, Jimmy Brown y yo estaremos cara a cara. Solos, él y yo, enfrentándonos en una batalla que no estoy segura que vaya a ganar. Puede que esté equivocada. Por desgracia, ese demonio que a veces se sienta en mi hombro derecho, sabe que yo nunca me equivoco. *¡Jamás!*

—¡Gracias a Dios! —exclama Emma, abalanzándose sobre mí—. Llevo dos años esperando este momento. Así dejarás de darme el coñazo. Que si Nate ha hecho esto... que si Nate ha hecho lo otro... que si me consume... que si deja de consumirme... Dios, era realmente agotador.

Nathaniel suelta una carcajada.

—Me encanta su entusiasmo, señorita Bennett.

Emma y yo dejamos de abrazarnos al fin y volvemos a sentarnos.

—¿Quieres llamarla Emma de una vez? Vais a ser casi cuñados.

—Nop. Señorita Bennett me gusta más. ¿Alguien quiere más vino?

Robert levanta un dedo y Nate le llena la copa, por sexta vez en media hora. No sabía que el hermano bueno bebiera tanto. Pero sí, sí que bebe porque se acaba esa copa de golpe y, para asombro de todos, se echa otra más. No parece muy contento con la noticia de nuestro compromiso.

Nathaniel y yo íbamos a dar la fiesta del siglo, algo impactante al estilo de Gatsby, para anunciar nuestro compromiso, pero al final hemos decidido hacerlo en un íntimo restaurante de los Hamptons, con preciosas vistas al océano, la comida más deliciosa que he probado jamás y las personas que realmente queremos a nuestro lado en este instante: Emma, Gage y Robert.

—Se me está cayendo un mito —se burla Gage, masticando de forma muy lenta su filete de emperador—. ¡El chico malo de Hollywood se casa!

Emma le da una palmadita en el brazo.

—¡No seas idiota! Deberías alegrarte por él.

—Oh, y me alegro, encanto, realmente me alegro, pero me fastidia haber perdido a mi mejor compañero de cogerzas. Conozco lo bastante a Catherine como para saber que en cuanto se casen, va a ponerle una correa —vaticina entre risas.

Nathaniel tiene cara de estar pasándose en grande a causa de las especulaciones de su mejor amigo.

—Ah, claro, Gage entiende mucho de correas últimamente —remarca con sorna.

—¡Qué imbécil! —Gage, fingiendo estar molesto, le lanza un trozo de pan a la cara, aunque no consigue disimular la diversión.

Yo suelto una risita mientras que Emma se ruboriza hasta las puntas de sus orejas. Robert nos mira a los cuatro con mala cara, sin tan siquiera un atisbo de sonrisa.

—¿Y tú qué, hermanito? —Nathaniel se gira de cara a él—. ¿No vas a felicitar me por la boda?

—Claro —masculla, sin rastro de diversión en su mirada azul—. Faltaría más.

Se levanta, de mala gana, para darle un abrazo a su hermano. Después, se me acerca y me besa las mejillas. Su forma de mirarme al inclinarse sobre mí me parte el corazón.

—Bienvenida a la familia —me susurra al oído, en tono horriblemente triste.

Oh, Robert...

—Gracias —baluceo, con toda la emoción centrándose en mi garganta.

—Eh... —masculla Nathaniel—, menos cuchicheos y más distancia, por favor. Siempre que estáis tan cerca el uno del otro me ponéis de los putos nervios. ¿Sabías que se besaron? —le susurra a Gage.

Este deja caer su tenedor con un gesto muy teatral. ¡Qué idiotas son los dos!

—¡No! ¿En serio? ¿Y vas a casarte con ella? ¡Tío, no te reconozco!

Pongo los ojos en blanco y me siento al lado de mi futuro marido.

—¿Quieres callarte?

—¿Por qué, amor? ¿No estás orgullosa de tus travesuras?

—Eres un capullo —gruñe Robert entre dientes, con el rostro descompuesto.

Nos da la espalda a los cuatros y sale del restaurante sin tan siquiera despedirse. Nathaniel, con los ojos en blanco, hace un gesto con la mano para quitarle hierro al asunto.

—Ya se le pasará. Está muy sensible últimamente —se inclina sobre la mesa y susurra a modo de explicación—. Las hormonas.

Arrojo mi servilleta encima de la mesa, me levanto de forma brusca y le lanzo una mirada furiosa. ¿No puede ver que su hermano está herido?

—Eres realmente idiota —le digo, y salgo corriendo tras Robert.

—¿Adónde demonios vas? —ruge a mis espaldas—. ¡Catherine! Ya se le pasará. ¡Déjale que lloriquee un rato!

No le hago ni caso. Salgo a la calle y busco a Robert por toda la playa. Al fin doy con él. Está sentado en la arena, fumándose un cigarrillo.

—No sabía que fumaras.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, ángel.

Me siento a su lado, en la fría y húmeda arena, y lo miro con preocupación.

—¿Estás bien?

—Se me pasará —murmura, dando una larga calada.

—Lo siento —susurro.

Y realmente lo siento. Está herido y solo es culpa mía. Yo nunca quise jugar con sus sentimientos, pero lo hice igualmente. ¡Porque soy mala! Siempre lo he sido y siempre lo seré. Soy una mujer horrible, aunque mi madre discrepe.

—No lo sientas, ángel. Sé feliz. Te lo mereces. Y por mucho que me fastidie admitirlo, mi hermano también se lo merece. Habéis pasado por muchas cosas últimamente y, si hay alguien que realmente se merezca un final feliz, esos sois vosotros. Anda... ve, no quiero ensombrecer tu felicidad.

—No quiero irme —murmuro.

Me abrazo a su fuerte torso. Él coloca una mano encima de las mías.

—Catherine, por favor, no me hagas esto, preciosa. No puedo estar tan cerca de ti en este momento. Ya sé me pasará, pero ahora solo quiero estar solo un poco, ¿vale?

Trago en seco y parpadeo con rapidez para aguantarme las lágrimas mientras me aparto un poco. ¿Por qué será que siempre me atraen los hombres atormentados? Estos tíos duros y sensibles a la vez tienen algo que me resulta irresistible.

—De acuerdo. ¿Te veré en la boda?

Asiente mientras le da otra profunda calada a su cigarrillo.

—Soy vuestro padrino de bodas. No puedo faltar.

Reúno todas mis fuerzas para conseguir esbozar una trémula sonrisa y me pongo en pie.

—Y hasta la boda... ¿voy a verte?

Sacude la cabeza, apaga el cigarrillo y se levanta. Con los ojos clavados en los míos, coloca ambas manos alrededor de mis brazos.

—Es improbable. Mañana me voy a Los Ángeles. Voy a permanecer allí durante una temporada. Supongo que volveré el día antes de vuestra boda.

Aprieto los labios, acariciando con la mirada su hermoso rostro, tan triste en este instante. Y entonces, cuando él clava de nuevo la mirada en la mía, inclino un poco la cabeza y rozo sus labios con los míos. No sé por qué lo hago. Pena... compasión... porque soy retorcida. ¡Quién sabe! ¿A quién le importa? El caso es que lo hago. Solo es un roce. Ni siquiera puede considerarse un beso. Y desde luego, no son cuernos... ¿verdad? Decido que no lo son.

El agarre de sus manos se vuelve de pronto más fuerte.

—Catherine... —exhala, pegado a mis labios.

Sacude la cabeza y aunque frunce el ceño, sus ojos se tornan cada vez más ardientes.

—Necesitaba despedirme de ti —murmuro a modo de explicación.

Robert asiente. Tan solo pasan unos segundos hasta que sus labios se curvan en una sonrisa maliciosa, muy parecida a la de su hermano.

—¡Pues despedámonos, angelito!

Agarra mi rostro entre las manos, sus labios chocan contra los míos y su lengua empuja para adentrarse dentro de mi boca. ¡Ay, Dios! ¡Soy mala! ¡Muy mala! ¡El mismísimo Satán es un becario a mi lado! Porque en vez de apartar al hermano de mi prometido, lo que hago es separar los labios y permitirle que me bese. Oh, y me besa. Nathaniel va a matarme esta vez. Yo misma querré morirme mañana. Pero lo que pase mañana...

—¡No puedo creer que volvieras a besarle! —ruge Nathaniel a primera hora de la mañana, arrojando el periódico encima de la barra de desayuno con tal furia que tira al suelo su vaso de zumo de naranja.

—Solo ha sido un besito de despedida —me defiendo.

Me echo otra taza de té, con toda la tranquilidad del mundo, mientras él me mira como si realmente quisiera hacerme cosas muy malas. Y no, no me refiero al sexo, sino a cosas malas de verdad, como matarme, trocear mi cadáver y enterrarlo en los siniestros bosques de Texas. *Esa* clase de cosas malas.

—Si solo ha sido un besito de despedida, ¿por qué demonios me lo cuentas? ¿Para sacarme de quicio?

Remuevo mi té sin que mi calma se vea alterada por su tono agresivo.

—Básicamente...

Resopla. Alzo un poco la mirada, lo bastante como para darme cuenta de que la expresión de su rostro empieza a suavizarse a medida que pasan los minutos. En el fondo sabe que él es y siempre será mi único gran amor.

—Estoy sopesando muy en serio la posibilidad de dejarte plantada en el altar, bizcochito.

Suelto una risita al ver cómo la furia desaparece de su mirada y lo que toma su lugar es una divertida burla.

—A mí me pasa eso todos los días de mi vida —murmuro como para mí misma.

Se inclina sobre mí y me da un beso en los labios.

—Pero no vas a hacerlo, ¿verdad? Quiero decir, esta vez *sí* vas a casarte... ¿no?

Su mirada de suspicacia me arranca unas cuantas carcajadas.

—Supongo... —me encojo de hombros con frío desdén.

—¿Supones? ¿Cómo que supones? —me coge la cabeza con las dos manos—. Escúchame bien, princesa de pasarela, porque no volveré a repetírtelo. Vas a mover tu dulce culito hasta el altar y vas a casarte conmigo, sin protestas, gruñidos, pucheros, rabiets y golpecitos en el suelo. *¿Capisce?*

—Perfectamente —respondo con voz melosa.

—Bien. Y ahora hablemos de nuestra boda. Habrá que establecer una fecha antes de hacer pública la información. Lo mejor será que nos casemos la semana que viene.

Durante unos instantes pienso que está tomándose el pelo, pero al ver la expresión solemne que adopta su rostro y la determinación que se refleja en su mirada, empiezo a pensar que habla en serio.

—Dime que es alguna de tus bromitas de mal gusto.

Lo observo con desconfianza. ¿Por qué no parece divertido?

—¿Bromitas de mal gusto? No, amor. Hablo en serio.

¡Ay, Dios! ¿Por qué tenía que hablar en serio?

—¡No vamos a casarnos la semana que viene! ¿Has perdido el juicio? Necesito al menos ocho meses para organizarlo todo.

—¡¿Ocho meses?! —explota entre blasfemias—. ¿Para qué coño necesitas ocho meses?

¡Este hombre es exasperante!

—Flores, vestido, lugar, invitaciones, iglesia, música, fotógrafo...

Levanta la palma de su mano para interrumpir mi larga lista.

—Rosas negras, cualquier vestido de tu armario, el jardín de mi casa de Atlanta, invitaciones por e-mail, no soy creyente, tú tampoco, si no, no habrías besado a mi hermano... —hace una breve pausa y apostilla—: *dos veces*, AC/DC y las fotos las hará mi prima Alice. ¿Lo ves? Arreglado.

Empiezo a perder la paciencia. ¡Qué raro! Esto nunca pasa.

—¡No has arreglado nada! ¡No voy a casarme con cualquier vestido de mi armario! ¡Soy Catherine Collins-Fitzgerald! ¡Tengo una reputación que mantener!

Pone los ojos en blanco.

—De acuerdo. Hagamos esto divertido.

Lo miro sin pizca de diversión. Él nunca hace las cosas divertidas. Las hace tan retorcidas que solo le divierten a él.

—Lo que sea que estés pensando, es mala idea. No. Ni hablar. No voy a rebajarme tanto como para escuchar tus ideas.

Sonríe maliciosamente.

—Una partida de póker. Tú y yo. A muerte. Él que gane, decide todos los detalles de la boda.

Abro la boca por el estupor. Está muy mal de la cabeza si piensa que voy a aceptar sus estúpidas provocaciones.

—¡No me voy a jugar mi boda al póker, bestia retorcida, burlona y maliciosa!

Media hora después:

—Voy con todo —anuncio, empujando todas mis fichas hasta el centro de la mesa.

Nathaniel sacude la cabeza lentamente. Está pasándosele en grande con esto.

—¡Ay, mi pequeña Catherine! ¿De verdad piensas que puedes ganarme? Amor, a los quince me ganaba la vida recorriendo todos los tugurios de Atlanta para jugar al billar y al póker. No tienes ni una oportunidad.

Me río entre dientes.

—¿Y cuándo estudiabas?

Me lanza una mirada de "¿eres idiota o qué?".

—Preciosa, soy Nathaniel Black —me contesta y eso es suficiente para entender que nunca.

—De acuerdo, gurú del póker. Eres asombroso. Eres el rey de la mesa. ¡Lo pilló! De verdad que sí. Ahora ¿te importaría pujar? ¿O es que te da miedo que te gane una dama como yo?

Una pícara media sonrisa cruza su cara.

—De acuerdo. ¡A muerte, pues! Voy con todo —empuja sus fichas, con los ojos clavados en los míos—. Pero te lo advierto, Mary Poppins, ni el mismísimo Ivanov me ha ganado en la vida. Y para que conste, el ruso es un gran jugador. Pero yo soy mejor. Y hoy tengo muy buena mano. Te aplastaré.

Sus amenazas no me inquietan en absoluto. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Qué me case con el amor de mi vida la semana que viene. Decido que tampoco es para tanto.

—¡Oh, no, que miedo! —comento con sorna, imitándole.

Una expresión burlona asoma en su hermoso rostro.

—Luego no digas que no te lo he advertido, amor.

Incapaz de retener la sonrisa, se toma un largo rato para darle más dramatismo al momento y al fin desvela sus cartas: seis, siete, ocho, nueve y diez, todos de diamante.

—Escalera de color, bizcochito.

Parece muy orgulloso de sí mismo. Enarco una ceja, chasqueando la lengua. Hay que admitir que no bromeaba al decir que es un gran jugador. Realmente lo es.

—¡Vaya! Una mano asombrosa.

Me paso la lengua por el labio inferior y me tomo unos instantes antes de actuar. Nos miramos el uno al otro a los ojos, como en un duelo. Sus ojos azules brillan con maldad.

—¿Y bien? ¿Vas a desvelarme tus cartas hoy?

Hago un gesto afirmativo.

—Como he dicho, una mano asombrosa... claro que no tan asombrosa como... una escalera real de color —le digo, mostrándole mis cartas.

Abre los ojos de par en par y durante unos instantes no dice nada. ¡Ajá! ¿Quién es el memo ahora?

—Cómo... es decir... tienes una... —sacude la cabeza y me mira pasmado, con los labios separados.

—Cierre usted la boca, señor Black, no vaya a colársese alguna mosca.

—¿Cómo coño lo has hecho? ¡Eres Mary Poppins! ¡La señoritinga *me-creo-mejor-que-tú-por-haber-estudiado-en-un-colegio-británico-para-niñas*! ¡Yo soy Nathaniel Black! ¡No puedes ganarme al póker! ¡A mí no!

—Pues acabo de hacerlo. Y elijo que nos casemos en mayo.

—¿¡Mayo?! —ruge, fulminándome con su mirada—. ¡Estamos en marzo!

—¡Oh, Dios mío! ¡Y faltan dos meses! ¿Qué vamos a hacer, Nate? ¿Se colapsará el universo? ¿Se alinearán los planetas? ¿Bajarán las mareas si esperamos un poco? Se cruza de brazos y me mira enfurruñado.

—No quiero casarme en mayo —murmura a modo de protesta.

Coloco las dos palmas encima de la mesa y me inclino hacia él.

—Te fastidias. Te he ganado al póker, así que haremos las cosas a mi manera. Mayo y no se habla más.

Cojo aire en los pulmones y lo suelto ruidosamente. ¡Qué satisfacción, Dios mío! Por primera vez en nuestra relación, gano yo.

El planeta entero está en llamas:

Europa: «**Las fans de Nathaniel Black destrozadas a causa del compromiso del guapísimo actor**, quien ha aprovechado el estreno en Londres de su nueva película para hacer pública la noticia. De la noche a la mañana, Catherine Collins se convierte en la mujer más odiada del planeta».

América de Sur: «**¡El chico malo se casa!** Cuando ya nadie lo creía posible, el hombre más sexy del planeta desvela no solamente que va a casarse, sino que va a hacerlo dentro de dos meses».

Estados Unidos: «**Nathaniel Black se niega a desvelarnos la fecha exacta de su boda**. Y ha asegurado que “ni de coña vais a participar”. Sus palabras textuales».

África: «**Durante su viaje a Angola, Anne Blunt habla sobre la boda de su ex**. La rubia más famosa de Hollywood ha declarado que no tiene pensado participar, puesto que ella y la futura señora Black no se llevan tan bien como deberían».

Asia: «**Nathaniel y Catherine fueron fotografiados paseando de la mano por las calles de Egipto, donde el actor grababa la segunda entrega de «Guapo y Letal»**. Es la primera vez que el planeta ve a los dos enamorados haciendo algo que no sea discutir. Nuestra más sincera enhorabuena».

Estados Unidos: «**Catherine Collins abandona su ático para trasladarse al de Nathaniel Black**. Según nuestra fuente, la chica buena y el chico malo están más enamorados que nunca, a pesar del nuevo escándalo protagonizado por el polémico actor, quien ha sido detenido de nuevo por conducir borracho. Esta vez se le ha retirado el carné de conducir y ha sido condenado a una multa de tres mil dólares. Ninguno de los dos tortolitos ha querido contestar a las preguntas de los *paparazzi* a la salida del juzgado».

—¡Levántate y brilla, *playboy*! —grito, subiendo las persianas ruidosamente.

Nathaniel Black pega un brinco. Sonríe al verle con esa carilla adorable de recién levantado, con su pelo despeinado —como siempre—, sus ojos hinchados de sueño, su barba incipiente y una camiseta blanca que resalta el moreno de sus cabellos y el intenso azul de sus ojos. ¡Madre mía! ¿Cómo puede estar tan guapo a primera hora de la mañana?

—¿Por qué gritas? —brama, malhumorado—. ¿Nos han invadido los coreanos?

Me detengo delante de la cama, con las manos en jarras. Él me observa bostezando.

—¡Ojalá! Habría supuesto menos lío. Seguro que Estados Unidos tiene un ejército potente. ¡Venga, levanta! Tú y yo tenemos muchos planes para hoy, así que mueve tus arrogantes posaderas de la cama. Tienes veinte minutos para adecentarte —hago un gesto impaciente con la mano a la que añado—. O, en fin, haz lo que puedas.

Vale, he sido mala. Lo admito. Nathaniel Black no necesita adecentarse. Es el hombre más guapo del planeta y punto. A las dos de la madrugada, a las seis de la mañana, después de cogerse la cogorza del milenio... da igual cuándo, él siempre luce perfecto.

—¿Planes? ¿Vamos a contar las ardillas del Central Park?

Dejo de hurgar en el armario del vestidor y saco la cabeza por la puerta para contestarle.

—Nop. Vamos a comprar un coche. Si voy a vivir en la cumbre del capitalismo, necesitaré un medio de transporte. Y ni de coña pienso viajar en metro. Por cierto, mi madre te manda saludos.

Se estira como un felino y al fin se levanta de la cama. Entra en el vestidor, me agarra de la cintura, me arrastra hacia él y me da un largo beso de buenos días. Suspiro cuando se aparta de mí. ¿Cómo puede besar así de bien? ¿Y cómo demonios se las apaña este hombre para oler siempre de esta manera tan enloquecedora?

—Lo mismo para ella. Y no necesitas un coche —se desplaza hasta su lado del armario, donde coge los primeros vaqueros oscuros que encuentra, una camiseta negra de Bon Jovi y una chaqueta de cuero. Se gira hacia mí—. Poseo ocho coches, tres motos, un jet privado y el yate "Catherine". Puedes elegir lo que quieras. Al fin y al cabo, dentro de poco serán tuyos. ¡Ah!... y también tenemos dos caballos en la finca de Atlanta, pero esos no puedes tocarlos. Solo los uso para carreras.

—Ilegales, espero...

Se detiene antes de entrar en el baño.

—Amor, soy Nathaniel Black. ¿Acaso algo de lo que hago yo es legal?

Sacudo la cabeza con reprobación mientras me agacho para buscar unas manolitas. Tengo muchos planes para hoy y no sé si voy a poder aguantar todo el día con los tacones. Decido que es mejor no coger riesgos, así que me visto con unos vaqueros desgastados, una blusa roja y mis manolitas favoritas, del mismo tono de rojo que la blusa. Me hago una cólera alta, me maquillo y me pinto los labios de rojo. Ya está. Perfecta.

—¿Estás?

Nathaniel, quien entre tanto se ha duchado y vestido, termina de calzarse sus botas moteras y se pone en pie. Me sonrío como el chico malo que es.

—Estoy.

—Pues vámonos —le paso una mano por el pelo, para arreglárselo de alguna manera, pero él vuelve a despeinarse.

—En el momento en que me abandonaste, de forma cruel y despiadada, me atrevería a decir, dejaste de ser mi asesora de imagen. Así que no se te ocurra decirme cómo peinarne.

Soy incapaz de retener una sonrisa. ¡Qué melodramático es a veces!

—Llevas razón. Ahora ya no soy tu empleada. Solo soy tu prometida.

—¡Qué el Señor me pille confesado! —murmura a mis espaldas mientras salimos de la habitación.

Sin poder contener la risa, bajo por la escalera con él pisándome los talones.

—¿Sigues empeñada en lo del coche? —me pregunta, al ver que me pongo el abrigo y camino hacia la puerta.

—Claro que sí. No quiero ningún coche que sea tuyo. Ya sabemos que no frenan.

A pesar de que hace una mueca de exasperación, no intenta hacerme cambiar de idea. Sale y se gira para cerrar con llave la puerta de la entrada. La paranoia se ha apoderado por completo de él. Siempre cierra con llave y se cabrea cuando yo no hago lo mismo. Mientras él hace eso, yo presiono el botón para llamar el ascensor. Nos montamos a la vez.

—¿Quieres? —giro la mirada y veo que me ofrece su petaca.

—¿En serio? ¿Vas a empezar a beber a las nueve de la mañana?

Se encoge de hombros con indiferencia.

—Habrá que desayunar.

Resoplo. De todo este retorcido universo, yo tenía que enamorarme justo de él.

—No, gracias. Prefiero un café.

Frunce el ceño al ver que el ascensor se detiene en la planta baja y no en el aparcamiento.

—Vamos a ir en taxi —contesto a la pregunta que aún no ha formulado—. Así podremos volver con el coche nuevo.

Arrastra los pies hacia la puerta, refunfuñando algo que no consigo escuchar.

—Qué iba a decirte, Catherine... ¡Ah, sí! ¿No crees que una escoba te pegaría más?

Se detiene en la acera para darle otro trago a su petaca. Ni me molesto en cabrearme con él. ¿Para qué?

—Deja de hacer el idiota. Y no te acabes toda la petaca. Te quiero sobrio al menos hasta las dos de la tarde.

Si bien me pone mala cara, se guarda la petaca en el bolsillo interior de su chaqueta de cuero. Esbozo una sonrisa de complacencia para mis adentros. En el fondo no es tan mal chico. De hecho, cuando quiere, puede ser un malote encantador. Me meto dos dedos en la boca y silbo como un pastor de ovejas para detener un taxi. Nathaniel me mira muy alarmado. ¡Oh, por el amor de Dios! Sí, he silbado. Tampoco es para tanto.

—Vale, ¿quién eres y qué has hecho con la estimable señorita Collins?

Nos montamos en la parte de atrás del coche y, mientras le digo al conductor la dirección, el taxi se pone en marcha.

—He dejado de ser la chica buena hace tiempo, Nate. Y las chicas malas juegan al póker y ganan... y silban para llamar a un taxi...

—Y chupan de maravilla el...

—¡Aaaarrrrggggghhhh! —grito a la que me tapo las orejas con las palmas—. ¡Cállate!

—Iba a decir el helado, amor. No sé por qué tienes que pensar siempre tan mal de mí.

¡Como si no fuera evidente!

—Eres Nathaniel Black —murmuro a modo de explicación.

Gira la cabeza hacia mí y hace un gesto burlón con las cejas.

—Lo sé. Mola, ¿a qué sí?

No me tomo la molestia de contestar a eso. Me limito a mirar por la ventanilla del taxi cómo los rascacielos de Manhattan vuelan a ambos lados. Cuarenta minutos más tarde nos bajamos delante de un concesionario de Aston Martin. Nathaniel entorna sus maliciosos ojos.

—¿Aston Martin? ¿En serio?

No entiendo por qué usa ese tonito tan irónico.

—Son los mejores coches del mundo.

—¿Pero qué dices?

Tampoco entiendo el asombro que hay en su voz.

—Lo que escuchas.

Y realmente lo pienso. No hay coche mejor que el Aston Martin. Por algo lo usa Bond.

—Solo dices eso porque lo construyen en tu país de pijos—refunfuña a mis espaldas.

Tengo que mordirme la lengua muy fuerte para no replicar a eso. Entramos en el concesionario. Impresionada por los nuevos modelos, me detengo junto a Nathaniel cuando una comercial pelirroja muy sonriente sale a nuestro encuentro y contesta de forma profesional a todas las preguntas que formulo: emisión de gases, protección del medio ambiente, consumo de gasolina, en fin, cosas que cualquier mujer preocupada por el calentamiento global preguntaría. Nathaniel se limita a toquetearlo todo como un niño pequeño, a ponerle ojitos a la anciana de recepción —que suspira al vernos entrar y yo sé que no lo hace porque yo vaya mona— y solo participa en la conversación una sola vez: para afirmar que el Aston Martin es el peor coche sobre la faz de la tierra. Veinte minutos después, salgo al bordo de un flamante Vanquish color rojo.

—¡Uau! ¡Esto es increíble! ¡Agárrate, *playboy*! —le grito con entusiasmo, girando hacia la derecha con un fuerte chirrido de ruedas.

Nathaniel, quien está en contra de los cinturones de seguridad por lo que veo, ríe entre dientes.

—¿Por qué, amor? ¿Piensas meter tercera?

¡Qué gracioso! Pues vale, señor Black. Ya veremos si seguirá burlándose dentro de 4,1 segundos. Piso el pedal hasta el fondo y el coche sale tan escopetado que a Nathaniel se le cae el paquete de cigarrillos de la mano. Se apresura a ponerse el cinturón.

—¡Jesús! ¿Vas a apagar algún incendio? Afloja un poco.

Le lanzo una mirada rápida a través de mis gafas de sol.

—¡Pero no me mires! —me grita, gesticulando—. ¡Mira la carretera!

Suelto una carcajada.

—¿Por qué? ¿Tienes miedito?

—¡¿Miedito?! Estoy acojonado. La última vez que te vi conducir, estrellaste mi joya más preciada. Aún me acuerdo de ese Lamborghini Veneno. ¡Qué gran coche!

Ahogo una risita al escuchar su tono melancólico.

—Sí, un gran coche, solo que no frenaba. ¿Por cierto, qué ha sido de él? No he vuelto a verlo desde ese día.

Enciende la radio antes de contestar, supongo que para relajarse. Está más tenso que las cuerdas de un violín.

—Es comprensible. Lo hice chatarra.

Giro la cabeza hacia él con tanta brusquedad que se escucha un chasquido.

—¿¿Que has hecho qué?!

Aguardo, mirándole por encima de mis gafas. No me contesta. Se limita a elevar el volumen de la radio hasta límites inaguantables y a cantar con todas sus fuerzas *Bad Blood* de Taylor Swift, marcando el ritmo con la cabeza. ¿En serio? Bonnie Tyler, Katty Perry, Taylor Swift... ¿Qué será lo siguiente? ¿Britney Spears?

Cuando se acaba la canción de Taylor, se enciende un cigarrillo y le da una larga calada. ¡Qué hombre! Acabo de comprar un coche nuevo y a él no se le ocurre nada

mejor que ahumármelo. Sacudo la cabeza, suelto un ruidoso suspiro y me centro en la conducción. Este coche va como la seda.

Al darse cuenta de que no cojo la carretera que se supone que debería coger, baja la música y gira la cabeza hacia mí.

—Eh, Lewis Hamilton, te has equivocado de camino. Nuestra casa está en sentido contrario.

—No vamos a casa —anuncio, incorporándome a la interestatal 95 S.

—¿Y puede saberse adónde vamos, reina del misterio?

—Drexel Hill, Pennsylvania —me limito a contestar.

Bajo su ventanilla. El coche está tan lleno de humo que apenas veo por el parabrisas. Es como si tuviera que conducir entre las nieblas de Londres. Bueno, al menos se esfuerza por hacerme sentir como en casa...

—¿Y qué hay en Drexel Hill?

Adopto un aire enigmático.

—Ah... No adelantemos hechos. Espera y verás.

Con una mueca de desagrado, echa su asiento hacia atrás, se repantiga y coloca las manos por debajo de la nuca y los pies encima del salpicadero. *¡Así me gusta, que se ponga cómodo!*

—Si vas a hacer que me trague dos horas de viaje sin saber adónde vamos... y encima contigo al volante, al menos podrías tener la decencia de parar en una gasolinera para comprar más tabaco, unas patatas Lays y unos CD decentes. Esta emisora apesta.

Le lanzo una mirada burlona.

—¿Pero qué dices? A ti te encanta Taylor Swift.

—¡Taylor Swift es para nenazas! —protesta, muy ofendido por mis injustas insinuaciones.

Carraspeo.

—Lo que iba diciendo...

Dos horas después, cruzamos la frontera de Drexel Hill. No es tan pequeño como me imaginaba, pero, aun así, posee ese aire de pueblo en el que todo el mundo conoce a todo el mundo. O, al menos, eso parece a simple vista. En el ambiente se respira paz y tranquilidad, las aceras están casi vacías y apenas hay tráfico. Supongo que a estas horas estará todo el mundo trabajando o almorzando.

Recorremos el pueblo bastante rápido y sin incidencias, tan solo pillo un semáforo en rojo. Sigo las instrucciones del GPS hasta detenerme enfrente de una grandiosa casa de piedra. Es casi tan majestuosa como un castillo, con sus torres y sus cúpulas, y un impresionante jardín extendiéndose a ambos lados. Quito el contacto, me doy un pequeño repaso en el espejo del coche y abro la puerta para bajar. Nathaniel mira a su alrededor, ceñudo. Está claro que no tiene ni idea de por qué estamos aquí.

—¿Quieres que compremos una casa en la afueras? ¿Qué será lo siguiente? ¿Ingresar en la Iglesia del Séptimo Día y adquirir un Volkswagen familiar?

Le pongo mala cara, agarro su mano derecha y lo arrastré hasta una verja de hierro forjado. Para adentrarnos en la propiedad, tenemos que recorrer un largo túnel formado por las ramas desnudas de unos enormes robles.

—¿De quién es esta casa, amor?

—Nos quedan diez pasos hasta la puerta. Espera y verás.

Cruzamos el patio, subimos unas escaleras de piedra y nos detenemos en el porche. Nathaniel me mira expectante. Cojo una bocanada de aire, relajo los hombros y llamo al timbre. Solo pasan dos segundos hasta que nos abren. Estoy tan eclipsada por el aspecto del hombre que tengo delante que casi no me doy cuenta de lo fuerte que se vuelve el agarre de la mano de Nathaniel. Durante unos instantes, nadie habla. Yo examino al desconocido, fijándome en que, a pesar de tener unos sesenta años, exuda vitalidad. Es un hombre atlético, más alto que Nathaniel, debe de tener un metro ochenta y muchos, es moreno, con algunas canas, no demasiadas, y sus ojos son de un verde muy intenso. Está muy claro que en su juventud ha sido un hombre increíblemente atractivo. Aún lo es.

—Hijo... Me alegro de que estés bien.

Nathaniel traga en seco, incapaz de recuperarse del impacto que recibe al ver a su padre después de tantos años. El señor Black avanza hacia él con paso vacilante y le rodea entre sus brazos. Miro la escena con toda la emoción centrándose en mi garganta. Me doy cuenta de que mi novio no mueve ni un solo músculo, ni le devuelve el abrazo a su padre. Sencillamente se queda de piedra, con los ojos agrandados y el rostro devastado. El señor Black traga saliva, asiente con la cabeza, como diciéndole que no pasa nada, y se aparta. Gira la mirada hacia mí.

—No sé cómo agradecerle esto —me dice, con la voz quebrada—. No me dejaron verle en el hospital y de no haber sido por ti, yo...

Coloco una mano en su hombro para atrapar su mirada.

—No tiene que darme las gracias —murmuro—. En realidad, lo hice por él.

Nathaniel gira la cabeza hacia mí con una lentitud casi agónica y me fulmina con su intensa mirada. Reparo en lo duro que se ha vuelto su semblante, en lo apretados que están sus labios y en lo tensa que parece su mandíbula. Sus implacables ojos se encuentran con los míos durante un instante, hasta que yo interrumpo el contacto visual para mirar de nuevo al señor Black, que permanece de pie a mi lado, sin saber qué más decirnos.

—Padre —dice Nathaniel tras un largo silencio, empleando un tono increíblemente frío—. Estás mayor.

Wade Black hace un amago de sonrisa.

—Es lo que tiene la vida, hijo. Tarde o temprano, todos envejecemos.

—Fascinante tu filosofía. ¿Nos disculpas?

Me agarra de un brazo y me lleva a rastras hasta el coche. El señor Black se sienta en un banco de madera blanca que hay en el porche, observándonos a lo lejos.

—¿Has perdido la puta cabeza? —ruge, sin soltar mi mano—. ¿Mi padre? ¿Qué coño crees que estás haciendo?

Tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no gritarle yo también. Cuento hasta diez para ser capaz de adoptar un tono sereno.

—Necesitas hacer las paces con tu pasado, Nate. Tienes demasiados demonios torturándote y este es uno de ellos. Hay que enfrentarse a esto y pasar página de una vez. No puedes seguir ocultándote detrás de una botella para siempre.

Me suelta la mano con gesto busco y se pasa las dos manos por el pelo.

—No tienes derecho a meterte en mis asuntos. ¿Me has oído? ¡Deja de meter tus narices en mis asuntos, Catherine! ¡No te lo digo más veces!

He intentado ser buena y comprensiva con él, pero mi paciencia tiene su límite. Y desde luego, Nathaniel Black es la clase de persona que pone a prueba hasta la paciencia de un santo.

—Tengo todo el derecho del mundo a meterme en tus asuntos ¿y quieres saber por qué? ¡Porque voy a casarme contigo y estoy cansada de tus traumas de la infancia! ¡Joder! Así que, por primera vez en tu vida, vas a enfrentarte a esto como lo hacen los hombres de verdad —le espeto clavando mi dedo índice en su pecho para hacerle retroceder—. Y vas a ir allí, vas a hablar con ese hombre y vas a escuchar su versión. Y espero que lo hayas entendido porque ¡yo tampoco pienso decírtelo más veces!

Me lanza una mirada tan fría que congelaría hasta el infierno.

—No —rezonga a través de los dientes apretados—. No quiero saber nada de él.

¡Señor, dame fuerzas, por favor!

—¿Por qué, mmmm? Dime. ¿Cuál es el gran crimen que ha cometido ese hombre, Nate? ¿Que no ha hecho lo que todos esperaban que hiciera? ¿Por eso se ha convertido en un paria? ¿Porque dejó de colocarse una máscara cada mañana y mostró su verdadero rostro? ¿Por eso le odias?

A pesar de su evidente furia, consigue dominarse y adoptar un tono de voz algo más tranquilo.

—¿Por qué no puedes limitarte a acostarte conmigo y a sonreír para las cámaras? ¿Por qué intentas siempre arreglarme de una forma u otra? ¿No te das cuenta de que estoy tan jodido que no puedo ser arreglado?

Miro ese rostro derrotado durante unos instantes y soy incapaz de impedir que unas irritantes lágrimas broten de mis ojos. Parece tan torturado que no puedo no llorar por él. Aunque una parte de mí sabe que no estoy llorando solamente por él. También lo estoy haciendo por mí misma. Intento que haga las paces con su padre

porque yo nunca he sido capaz de hacerlas con el mío. Supongo que nunca las haré.

—Escúchame —cojo su cabeza entre las manos y la giro hacia mí, puesto que hace segundos que ha dejado de mirarme—. Tú no estás jodido. Sé que te dije que sí, pero estaba furiosa contigo y eso no cuenta. Tú solo... ¡Nate, mírame, por favor! Tan solo necesitas reconciliarte con el pasado. Por favor, habla con él. Escúchale. Hazlo por mí.

Toma una honda bocanada de aire, escrutándome en silencio.

—Si lo hago... —murmura al fin— si hago esto por ti, ¿me dejarás en paz de una vez? ¿O querrás llevarme al cementerio a hacer las paces con Mary y arrastrarme por todos los cincuenta estados para disculparme con todas las mujeres a las que dejé plantadas nada más follármelas?

Trabajando en Industrias Collins —*por cierto, ¿qué será de la empresa?*— he aprendido que un buen líder hace promesas en las que cree, mientras que un gran líder promete algo que sabe perfectamente que nunca va a cumplir. Hay que admitir que yo siempre he tenido ciertos delirios de grandeza...

—Lo juro por mis Jimmy Choo favoritos. Si tú haces esto por mí, te dejaré en paz.

Suelta el aire ruidosamente, me da la espalda y empieza a andar hacia su padre a grandes zancadas. Lo sigo, con una sonrisa de complacencia jugueteando en las esquinas de mi boca. Volvemos a subir las escaleras.

—Está bien —resopla—. Puesto que tu futura nuera me ha arrastrado hasta aquí, supongo que puedo concederte unos cuantos minutos.

El señor Black asiente con la cabeza, nos dedica una trémula sonrisa y abre la puerta de su casa. Entro, seguida por Nathaniel. Al igual que en la casa de su hijo, el interior de la mansión de Wade Black es amplio, luminoso, lujoso, pero frío, con suelos de mármol blanco, colores neutros y ningún toque personal. Hay unas cuantas obras de arte adornando las paredes y un perro negro durmiendo encima de una alfombra de pelo blanca.

—Este es *Bobby* —comenta cuando el animal levanta la cabeza para gruñirnos.

—¿*Bobby*? —repite Nathaniel, con infinita burla—. ¿Le pusiste a un chuchito el nombre de tu hijo menor? ¿Qué clase de padre eres tú?

Le doy un codazo para acallarle. El señor Black parece avergonzado.

—No pensé en tu hermano, a decir verdad.

—Eso es evidente.

Lo fulmino con la mirada. Esto no está yendo según me lo esperaba. Wade, con el rostro ligeramente ruborizado, carraspea varias veces.

—¿Queréis un café... té... algo?

Nathaniel se deja caer en el sofá como si estuviera en su casa. Con una sonrisa encantadora dibujada en los labios, coloca ambos pies encima de la pequeña mesa que hay enfrente. Yo me siento a su lado con toda la elegancia de mi ser y le dedico una sonrisa adorable a mi futuro suegro.

—Ya que insistes, una copa de *bourbon* estaría bien.

Dicho eso, mi distinguido novio se saca el paquete de tabaco del bolsillo de su chaqueta, extrae el último cigarro que le queda y lo enciende, sin molestarse en preguntar si puede fumar. ¡Por el amor de Dios! ¿No puede comportarse ni durante dos segundos?

—Solo tengo *brandy*... supongo que no querrás...

—Valdrá.

El señor Black mira a su hijo con un atisbo de sonrisa en los labios y, acto seguido, gira la mirada hacia mí.

—¿Y tú, Catherine?

—Un té estaría bien, gracias.

Nos da la espalda y cruza una puerta que, me imagino, dará a la cocina.

—Estás en deuda conmigo por el resto de tu vida, muñeca.

—No seas tonto. El que está en deuda conmigo eres tú.

Se inclina sobre mí con una mueca maligna.

—No te preocupes, preciosa, puedes cobrar tu deuda esta misma noche —me susurra al oído, lamiéndome el lóbulo de la oreja—. Pienso ser un chico muy complaciente. Puedes hacer conmigo lo que quieras... de hecho, *debes* hacerlo.

El señor Black se aclara la voz para llamar nuestra atención. Nathaniel se endereza.

—Siempre tan oportuno, padre —remarca con ironía.

Su padre medio sonríe a modo de contestación. Bueno, al menos sé de quién ha heredado Nathaniel esa media sonrisa tan perturbadora. Aparta los pies de su hijo de la mesa para colocar una bandeja que contiene una copa de *brandy*, mi té y un café para él. También hay galletitas, dulces y saladas. Arrastra una silla y se sienta enfrente de nosotros.

—Y dime, hijo, ¿cómo es tu vida ahora? Lo único que sé sobre ti es lo que leo en la prensa de escándalo... y eso no es nada bueno.

Nathaniel alza los hombros con desdén.

—En realidad, mi vida es justo tal y como la pintan en los tabloides. ¿Y la tuya? ¿Sigues con Bob?

—Bud —lo corrijo.

Él gira la cabeza hacia mí, con los ojos en blanco.

—Como sea.

Con un gesto de la mano, el señor Black nos invita a tomar nuestras bebidas. Su hijo se inclina, agarra la copa de *brandy* y la vacía de un solo trago, como si de leche se tratase. En cuanto nos casemos, irá a rehabilitación sin duda alguna, aunque tenga que arrastrarlo personalmente hasta allí.

—Sí, Bud y yo nos casamos hace un par de años, al volver de la Habana.

—¡Vaya por Dios! Tenías que haberme invitado. Habría sido generoso con los regalos.

Wade, en silencio, coloca una pierna encima de la otra y toma un sorbo de café. Es tan elegante, con su traje color marrón, su cabello perfectamente peinado y ese aire distinguido —que, por desgracia, su hijo no ha heredado—, que se le podría confundir con un aristócrata inglés.

—En realidad lo hice. Me mandaste una carta en respuesta que decía: "ni de coña".

Nathaniel rie suavemente.

—¿Lo hice? Sí, supongo que he debido de hacerlo. Desde luego, eso me suena a algo que yo diría.

Pongo los ojos en blanco, aprovechando que nadie está mirándome.

—¿Y qué me decís sobre vosotros? ¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Dos mes...

—Dos años —me interrumpe Nathaniel.

Sonrío con incomodidad.

—¿Meses o años? —nos interroga, con una ceja enarcada.

Abro la boca para contestar, pero Nathaniel se me adelanta de nuevo.

—Años. Y ahora vamos a casarnos y tener bebés.

El señor Black se yergue para darnos la enhorabuena. Nos abraza a cada uno.

—Me alegro mucho de oír que al fin vayas a sentar la cabeza. Hacéis una pareja estupenda. ¿Para cuándo es la boda?

—El mes que viene. Y ni de coña estás invitado.

Al escuchar eso, me entran ganas de aplastar algo contra su rostro... lo que sea... un florero... una sartén... cualquier cosa podría valer, en realidad. ¡No puedo creer que le haya dicho eso a su padre! ¡De verdad que este chico es exasperante!

—Está bromeando —me apresuro a explicarle—. Claro que está usted invitado.

Mi mirada verde y la maliciosa mirada azul intenso se fusionan en un duelo.

—No, no lo está —me contradice Nathaniel.

—Sí que lo está —gruño a través de los dientes apretados.

Me mira sin pizca de diversión durante largo rato, pero, al darse cuenta de que hablo muy en serio, entorna los ojos y resopla con fastidio. Vuelve la mirada hacia su padre.

—Está bien. Estás invitado.

—Bud y tú —puntualizo.

Nathaniel se gira de cara a mí con la rapidez de una cobra letal.

—¿Bob también?

—¡Bud! —lo corrijo, en tono de exasperación.

Entorna de nuevo esos ojos suyos tan malvados.

—Como sea.

Asiento con la cabeza mientras le dedico una sonrisa de niña encantadora.

—Bud también —apostillo.

Suelta el aire, disgustado, y se gira hacia su padre.

—Bob también —le dice, de muy mala gana.

El señor Black recibe la invitación con un gesto de la cabeza.

—En ese caso, será mejor que conozcáis a Bud. ¿Qué planes tenéis para esta noche?

—Ni de coña vamos a ir a cenar con mi padre y Bob —me susurra al oído mientras andamos hacia el coche.

Se gira y se despide de su padre con una sonrisa encantadora y un gesto de la mano. El señor Black nos saluda desde el porche.

—Claro que iremos —murmuro mientras desbloqueo el coche—. Habrá que conocer a tu padraastro.

Se monta en el asiento de la derecha, enfurruñado como un crío.

—No quiero conocer a mi padraastro —masculla, cruzando los brazos a la altura del pecho.

Le lanzo una sonrisa de lado antes de arrancar el coche.

—Eso me trae sin cuidado. Lo harás igualmente. Ahora sé buen chico y busca un hotel en Google. Vamos a estar en este pueblo un par de días.

—¡No vamos a estar en este pueblucho un par de días! ¡Y no pienso buscar nada en ninguna parte!

Giro el volante para coger una calle a mano derecha. Si mal no recuerdo, había que girar aquí para llegar a la avenida principal del pueblo.

—Una pena. Pensaba hacerte el amor salvajemente nada más llegar a nuestra habitación, pero supongo que podría...

Antes de que yo acabe la frase, Nathaniel se saca el *iPhone* del bolsillo y teclea algo.

—Gira a la derecha... ahora izquierda... derecha... derecha... ¡Cuidado con la vieja!... Afloja un poco que estamos en un poblado... sigue... ¡Jesús! ¡No pegues esos frenazos! ¡¿Te acabas de saltar un semáforo en rojo?! Y luego dicen que yo soy el *kamikaze*. La primera a la derecha... de frente... aparca. ¿Por qué necesitas hacer tantas maniobras para aparcar?

—¿Quieres callarte de una vez? Estás poniéndome muy nerviosa y cuando estoy nerviosa, se me da mal aparcar.

—¿Solo cuando estás nerviosa? —murmura malhumorado, aunque, al ver la mirada asesina que le dedico, curva los labios en una encantadora sonrisa.

Consigno aparcar al fin. Mal. Muy mal. Pero esto es lo que hay. Nathaniel entorna los ojos, se baja del coche y camina hacia la puerta del conductor. Extiende la mano.

—¿Qué quieres? —pregunto, en tono arisco.

Ladea la cabeza y me mira divertido.

—Las llaves, amor.

—No tienes carné de conducir —le recuerdo, adoptando el aire severo que solía adoptar cuando era su asesora de imagen.

—¡Oh, no, qué escándalo!

Lo miro con el ceño fruncido hasta que me doy cuenta de que eso no le impresiona, ni le inquieta en absoluto. Entonces le ofrezco las llaves, pero, para que conste, lo hago de muy mala gana. Se monta, se ajusta el asiento a su altura, da marcha atrás y con dos maniobras rápidas y exactas, deja el coche perfectamente encajado entre esas absurdas líneas. Adopta un aire de superioridad al bajarse. Pongo los ojos en blanco.

—Vale, has aparcado bien. ¿Y qué quieres, una medalla?

Me pasa las dos manos por la cintura, me arrastra hasta pegarme contra su pecho y, acto seguido, sus caderas me empujan hasta apoyarme contra el capó del coche. Sus brazos se colocan a ambos lados de mi cadera para aprisionarme.

—En realidad lo que quiero es un beso —susurra, bajando el rostro hacia el mío.

Tanto su tono de voz, como la mirada que me dedica me confirman lo mucho que disfruta al tenerme atrapada. Y supongo que mi mirada y esa sangre corriendo velozmente por mis venas hasta ruborizar mi rostro, le confirman a él lo mucho que estoy disfrutando yo. Sus ojos se pasean, ardientes, por todo mi rostro.

—Bueno... supongo que... aunque hayas sido un chico bastante malo hoy... podría...

No acabo la frase porque él, con los ojos clavados en los míos, hace suya mi boca. Me besa durante un tiempo incalculable, con salvajismo y ansia, mientras sus pulgares rodean mis pezones, a través de la seda de mi blusa.

—Quiero sentirlos bajo mis dedos —me dice al oído, con la voz ronca de excitación.

Empiezo a sentir palpitaciones. Enredo los dedos en su cabello y tiro un poco de él.

—¿Y sabes qué más quiero sentir bajo mis dedos?

—Nate...

—Oh, sí, amor... di mi nombre... —murmura, deslizando de nuevo la lengua en el interior de mi boca, a pesar de mi repentina resistencia.

—Nate...

—Ese soy yo, preciosa.

Empujo su pecho para apartarle de mí.

—¡Nate, demonios, que están haciéndonos fotos!

Suelta unas blasfemias para nada dignas de un caballero y se gira hacia los dos *paparazzi*, que siguen sacando fotografía tras fotografía. Su rostro se ha endurecido en unos pocos segundos y, en vez de excitación, son oleadas de furia las que oscurecen ahora su mirada.

—Eh...tú... ¡suelta la puta cámara!

Se aparta de mí y empieza a andar hacia ellos a grandes zancadas. ¡Maravilloso! ¡Más denuncias por agresión!

—¡Nate! ¡Déjalo! ¡Vámonos!

—¡Que te he dicho que sueltas la puta cámara! ¿Es que no entiendes el inglés?

¡Ay, madre! ¡Qué mal pinta esto!

—Solo estaba haciendo unas cuantas fotos —le explica el hombre en tono tranquilo.

—¿Unas cuantas fotos? —ladra Nathaniel. Se detiene delante de él con las manos en jarras—. ¿Unas cuantas fotos? ¡Te enseñaré yo lo que significan unas cuantas fotos!

Y antes de que me dé tiempo a reaccionar, se abalanza sobre el periodista, le arranca la cámara de las manos y la estrella contra el suelo. Acto seguido, levanta el pie

derecho y a la pisotea con ferocidad, varias veces, hasta destrozarla por completo. Ni me molesto en enfadarme. ¿Para qué? Me he hecho a la idea de que la semana que viene tendremos que madrugarnos de nuevo para ir a los juzgados. Me pregunto vagamente cuál será su condena esta vez...

—¿Has acabado ya? —grito a sus espaldas.

Se detiene, respira hondo, recupera la compostura y compone una sonrisilla brillante para los dos reporteros, que le miran atónitos.

—Sí, amor. He acabado.

Se saca la cartera del bolsillo, extrae unos cuantos cientos de dólares y los arroja al lado de la cámara o, en fin, lo que queda de ella.

—Para que nadie diga después que Nathaniel Black no paga sus destrozos —dice a modo de explicación, dándoles la espalda.

En cuanto se me acerca, me da un beso corto en los labios, me agarra de la mano y me arrastra hacia la puerta acristalada del pequeño motel de carretera en el que vamos a hospedarnos.

—¿Por qué no puedes ser un chico bueno de vez en cuando?

—Porque soy malo —me contesta en tono cortante.

Resoplo mientras entramos.

—Una habitación para dos —le dice Nathaniel al jovencísimo recepcionista, que está jugando al *Candy Crush* en su móvil.

El hombre alza la mirada con desgana.

—¿Nombre? —pregunta con voz desdeñosa.

—Los señores Smith.

¡Venga ya! ¿En serio? ¿Los señores Smith? ¡Y luego soy yo la que carece de creatividad!

—¿Una noche?

—Una noche.

—Cincuenta dólares. Las toallas se pagan aparte.

Nathaniel le ofrece un billete de cien.

—Supongo que con esto bastará.

El hombre, con el símbolo del dólar reflejado en sus oscuras pupilas, agarra el billete.

—Supone usted bien.

Nos ofrece una tarjeta y vuelve a dedicarle toda su atención al *Candy Crush*. Como no hay ascensor, tenemos que subir por la escalera hasta la segunda planta. Lo hacemos en silencio, sin tan siquiera mirarnos. Abre, me invita a entrar con un gesto de su mano y, en cuanto cierra la puerta a sus espaldas, se gira hacia mí con una mirada de depredador en sus hermosos ojos. Se quita la chaqueta de cuero, dejándola caer al suelo.

—¿Dónde estábamos, preciosa? —empieza a andar hacia mí de forma muy lenta, con una ceja enarcada.

Yo retrocedo igual de despacio, hasta que me golpeo contra la cama y ya no puedo retroceder más. Nathaniel, a quien le produce un malicioso regocijo tenerme siempre arrinconada, avanza con paso firme y una media sonrisa jugueteando en las comisuras de su boca. Se detiene a escasos centímetros de mí, tan cerca que su respiración irregular me acaricia el rostro.

—¿Te pongo nerviosa, amor? —susurra mientras extiende el brazo y desabrocha el primer botón de mi blusa.

Trago en seco, me obligo a mí misma a levantar la barbilla e intento, en vano, recuperar la compostura.

—Ni de lejos.

Su sonrisa se amplifica.

—Bien —desabrocha otro botón—. No quisiera intimidarte...

Desabrocha el tercer botón y el cuarto, hasta que yo consigo dar señales de inteligencia.

—No estoy intimidada —mi voz sale ronca y algo trémula, para mi desesperación.

—Bien... —termina de desabrochar todos los botones y sonrío al encontrarse con mis pechos desnudos—. Las señoritas decentes deberían llevar sujetador —comenta, en voz muy baja.

—En cuanto vea alguna, se lo haré saber.

Levanta la mirada hacia la mía con una lentitud desesperante y me obsequia con otra de sus sonrisillas maliciosas.

—¿Insinúas que no eres una señorita decente?

—Te lo estoy diciendo claramente.

Enarca una ceja, muy divertido por el rumbo que está cogiendo esta conversación.

—En tal caso, lo mejor será que el chico malo y la señorita indecente hagan cosas muy... *impuras* y escandalosas —recalca la palabra "impuras" con los ojos abiertos de par en par.

—¿Y por qué seguimos hablando, Nate?

Frunce los labios mientras asiente con la cabeza.

—Es una buena pregunta, amor. Muy buena, en realidad.

Un delicioso cosquilleo se apodera de mi estómago cuando sus dedos me desabrochan el botón de los vaqueros. Me baja la cremallera de forma muy lenta, mirándome fijamente a los ojos.

—Necesito estar contigo por razones que ni yo mismo puedo explicarme.

—Eres incapaz de resistirte a mi *sex appeal* —le contesto con arrogancia.

Recorre mis pechos con una mirada tan lujuriosa que toda la excitación se centra en mis entrañas y, al instante, noto cómo mi sexo se vuelve húmedo y palpitante.

—Cierto —dice con la voz transformada en un susurro.

Baja los vaqueros por mis piernas y, al llegar a los tobillos, me da unos golpecitos para indicarme que levante los pies. Le hago caso y él, tras arrojar los vaqueros a sus espaldas, agarra con las dos manos mis bragas de encaje color salmón y las desliza lentamente por mis muslos. Por cómo se relame los labios y se muerde el labio inferior, sé que está pensando en hacerme cosas muy malas.

—Levanta los pies.

Vuelvo a levantar los pies y él arroja mis bragas al lado de los vaqueros.

—Quiero que grites mi nombre mientras te follo, ¿de acuerdo?

Muevo la cabeza para decir que sí, con las mejillas enrojadas a causa de la excitación.

—Buena chica —murmura.

Me besa, con sus impacientes manos paseándose por todo mi cuerpo.

—¡Quítate la camiseta! —ordeno.

—Mmmm... la estimable señorita Collins quiere el control. Esto se vuelve interesante —susurra en tono burlón.

Retrocede un poco, alza los brazos y me dice en tono provocativo:

—Quítamela tú, amor.

—Está bien —asiento después de una corta pausa—. Te la quitaré.

Me acerco a él y me deshago de la prenda, arrojándola al lado de mi ropa. No me parecía justo estar completamente desnuda mientras él solo se había quitado la chaqueta. Me sentía en inferioridad.

—Ahora los vaqueros —le digo en tono malvado.

Ladea la cabeza hacia la derecha y me observa con calculado interés. ¿Lo que hay en sus ojos es lujuria? ¿Excitación? ¿Diversión? Supongo que es una mezcla de las

tres cosas.

—¿Los vaqueros también? —su mirada desprende abrasadoras llamas.

Muevo la cabeza muy despacio para decirle que sí. Se toma un instante, para torturarme con la expectativa, me imagino, y desabrocha el botón. Entorno los ojos al ver el elástico de sus calzoncillos, donde pone, en letras enormes, *Calvin Klein*. Él se baja la cremallera de forma lenta. Se deshace de los vaqueros.

—Y ahora ¿qué? —quiere saber, con una ceja arqueada.

Recorro con la mirada su musculoso cuerpo, de hombros anchos y caderas estrechas.

—Los calzoncillos —finjo timidez y rubor al susurrar aquello.

Nathaniel sacude la cabeza para indicarme que no tiene ni la más mínima intención de hacerlo.

—Tendrás que pagar un precio, amor. ¿O es que pensabas que el *show* iba a ser gratis?

Tuerzo la boca.

—Me parece justo. Dime tu precio.

Sus ojos, oscuros, hambrientos y muy lujuriosos, me recorren desde la punta de mis pies hasta la raíz de mis ondas color chocolate.

—¡Túmbate! —exige, y yo obedezco y me tumbo encima de la enorme cama—. ¡Abre las piernas! —una sonrisa lasciva se insinúa en sus labios cuando hago lo que me pide—. ¡Tócate!

Durante unos instantes, no hago ademán de moverme. Nathaniel vuelve a enarcar una ceja, expectante y, a deducir por esa erección que empuja contra la tela de sus calzoncillos, deliciosamente excitado. Decido que ya lo he torturado lo bastante, así que empiezo a tocarme, de forma lenta y muy sensual, mirándole fijamente a los ojos. Él baja la mirada hacia mi entrepierna y deja escapar un leve gemido. La expresión que hay en su rostro me asegura lo mucho que se esfuerza por no tocarme. Y también me asegura lo mucho que necesita hacerlo.

—¿Por qué no te sientas a mi lado y sigues tú? —le propongo.

Sin apartar los ojos de los míos, se encamina hacia mí con paso lento. Se tumba a mi lado, sin tocarme, limitándose a pasear la mirada por todo mi rostro. Con expresión seria, traga saliva.

—¿Cómo lo has hecho? —musita.

Lo miro ceñuda.

—¿Hacer el qué?

Se queda callado y me mira, sin más. A veces me mira como si fuese la primera vez que me ve. Es desconcertarte. Ha cambiado mucho desde que le conocí. Antes se esforzaba por mantenerme alejada de él. Ahora se esfuerza por no dejarme marchar nunca más.

—Convertirme en alguien mejor —susurra tras un largo silencio.

Deslizo los dedos por su duro estómago, con la mirada alzada hacia la suya.

—Amándote.

—Gracias —murmura, sonriendo brevemente.

Perdida en el intenso océano azul de su mirada, introduzco una mano dentro de sus calzoncillos y empiezo a acariciarlo. Él entrecierra los ojos.

—¿Por? —pregunto, con voz temblorosa y baja.

—Por amarme —una vez susurra eso, inclina la cabeza y me besa.

Un leve gruñido escapa de su garganta cuando tiro de él para acercarle a mi cuerpo desnudo. Sin despegar los labios de los míos, se deshace al fin de los calzoncillos, me tumba debajo de él y me separa las piernas con la ayuda de sus rodillas. Entra en mí muy despacio, jadeando contra mi boca.

—Dios, me pasaría el día aquí dentro —murmura. Aprieta la mandíbula con mucha fuerza cuando yo empiezo a ondularme debajo de él—. No... no te muevas... estoy a punto de correrme. Dame unos instantes.

Eso es preocupante. Por norma general, tiene mucha resistencia. Al fin y al cabo, hace dos años sufría una fuerte adicción al sexo.

—Mierda —murmura a la que sale de mi interior.

—Qué...

No consigo decir nada más porque desliza la lengua por mis pezones endurecidos de deseo y mis ojos se cierran al mismo tiempo que mi mente se nubla.

—Nate... —musito cuando su lengua baja por mi estómago hasta detenerse en mi entrepierna.

—Ya puedes prepararte para gritar mi nombre. Pero quiero que lo grites mientras hago que te corras, ¿vale? —alza la cabeza para mirarme, así que asiento. Me obsequia con una de sus sonrisas pícaras—. Allá voy.

Su lengua empieza a trazar deliciosos círculos en el sitio exacto, con la intensidad justa como para enloquecerme. Me aferro a las sábanas, cierro los ojos de nuevo y, sencillamente, me dejo llevar, perdida en cada movimiento de su boca, en cada roce, en cada suave lametón.

—¡Nate! ¡Dios!

Arqueo la espalda, agarro su cabeza con las dos manos y empujo mi entrepierna contra su boca, gritando su nombre una y otra vez, tal y como él me ha pedido. Y de esta forma, con ambas manos agarradas a mis caderas, me lleva a la cima más alta en la que he estado jamás, manteniéndome ahí durante un largo tiempo y, solo después, me deja precipitarme hacia el vacío con una increíble velocidad. No puedo moverme, ni hablar. Él tampoco lo hace, con lo que, durante un tiempo, lo único que se escucha es el acelerado latido de mi corazón y nuestras agitadas respiraciones.

—¿Puedo? —murmura, colocándose de nuevo entre mis piernas, con la punta de su miembro empujando hacia mi trémula entrada.

—No —murmuro, maliciosamente.

Curva los labios en una sonrisa odiosa.

—En realidad solo lo preguntaba por cortesía, amor —me penetra—. Yo... soy... Nathaniel... Black —murmura, con cada embestida—. Cojo lo que quiero... cuando lo quiero... y hace tiempo que he decidido que te quiero a ti.

—¡Ay, Señor! —murmuro mientras me aferro a sus fuertes hombros y le dejo que tome el control sobre mi cuerpo.

Y lo controla con tanta maestría que, instantes después, consigue llevarme de nuevo al borde de ese precipicio por el que estoy más que contenta de saltar. Él me sigue, con la boca pegada a la mía, susurrándome palabras que el chico malo de Hollywood jamás debería pronunciar.

—Seguro que nos llevan a un restaurante gay —protesta Nathaniel, apoyado contra el umbral de la puerta del baño, desde donde contempla cómo me maquillo.

—¡No seas homófobo!

—No soy homófobo, amor. Apoyo la liga gay desde febrero de 2005.

—¿Entonces por qué refunfuñas tanto?

Veo a través del espejo cómo hace una mueca maligna.

—¡Porque soy Nathaniel Black! ¿Tú me has visto?

—Varias veces, además...

—Pues mírame de nuevo —se acerca al espejo y se examina los perfiles, muy orgulloso de lo que está viendo—. ¡Nadie se resiste a mi *sex appeal*! ¡Soy un bomboncito para todos esos crueles depredadores! ¡Mi virtud peligra, Catherine!

Echo la cabeza hacia atrás y me río a carcajadas, incapaz de parar. Nathaniel me mira ceñudo.

—¡No tiene gracia! Tengo miedo.

Al ver sus pucheros, prorrumpo en carcajadas más ruidosas aún. Y me río durante un largo rato, con las lágrimas escurriéndoseme por las mejillas. ¡Genial! Ahora tengo que rehacerme el maquillaje.

—Señor, hace años que no me reía tanto —le digo, secándome las esquinas de los ojos con la mano—. Por norma general, tú me haces llorar.

Se cruza de brazos y frunce los labios.

—No quiero ir a esa ridícula cena. ¿Por qué tengo que conocer a Bob?

—Bud.

—Como sea.

—Porque es tu padrastro. Y porque necesitas superar tus traumas. Bud es una de ellos. Ahora sé buen chico y ponte lo que te he comprado.

—Me has comprado un traje de marca blanca —rezonga a mis espaldas.

Pongo los ojos en blanco.

—Pues lo que había en este pueblo, Nate. Si quieres, llamo a Giorgio para que diseñe uno solo para ti. ¿Le parecería bien a vuestra alteza molestar a Armani un sábado por la noche? Y ya que llamo, ¿tal vez quieras que le sugiera el nombre *Nathaniel* para su nueva colección de trajes para hombre?

Gruñe algo inaudible mientras sale del baño. Cierra de un portazo. Solo es una de sus rabietas. Ya se le pasará. Decido que será mejor rehacer mi maquillaje. Miro mi Cartier dorado y me doy cuenta, en este preciso instante, de la hora que es. ¡Madre mía! Otra vez vamos a llegar tarde. Desde luego, la puntualidad no se incluye entre nuestras virtudes. Me retoco el ahumado de los ojos, me empolvo el rostro y me pinto los labios de rojo. Como ya no tengo tiempo para recogérmelo, me dejo el pelo suelo. Las ondas color chocolate caen en cascada sobre mis hombros y enmarcan mi delgado rostro. Suelto un suspiro, me giro de espaldas al espejo y empiezo a vestirme con toda la rapidez de la que soy capaz.

Al salir del baño, me encuentro a Nathaniel Black ataviado con su oscuro traje "de marca blanca", una camisa nívea, que resalta la belleza de su masculino rostro, y una corbata negra aflojada. Me acerco e intento colocársela bien, pero se niega a ello. Dejo escapar un largo soplo de exasperación. Empieza bien la velada.

—¿Tenemos tiempo para un revolcón rápido?

En sus labios aflora una media sonrisa cuando sus lujuriosos ojos me recorren de arriba abajo, con aprobación sexual.

—¡No! —grito mientras lo empujo por detrás hacia la puerta.

Resopla. Salimos. Empezamos a bajar las escaleras.

—Te sienta bien ese vestido. Definitivamente, el rojo es tu color.

—Dijiste que era el negro.

Alza los hombros con desdén.

—También.

Sonrí y, una vez en el aparcamiento, desbloqueo el coche.

—¿Puedo conducir yo?

Su pregunta consigue empeorar mi humor. ¡Qué pesado es!

—Te retiraron el carné hace una semana.

—Por favor... —lloriquea.

—De ninguna de las maneras.

Le abro la puerta del copiloto y lo invito a entrar con un gesto de la mano. Obedece de muy mala gana, refunfuñando algo sobre lo mala mujer que soy y lo mucho que está reconsiderando lo de casarnos. Aprieto los labios para ahogar una risita, sacudo la cabeza y rodeo el coche. Arranco, enciendo la radio y me pongo en marcha.

—¿Quieres ir más despacio? ¿Qué pretendes?, ¿matarme?

Le lanzo una miradita reprobatoria. Él, para nada intimidado, empieza a husmear en el salpicadero del coche, a cambiar constantemente de emisora, y a recalcar lo poco que le apetece cenar con su padre y Bud, al que llama constantemente Bob, por pura malicia.

—¡Afloja! —me grita.

Pego un frenazo que hace que su frente se golpee contra el salpicadero, puesto que no lleva el cinturón de seguridad. Con gesto brusco, giro mi rostro hacia el suyo. Supongo que es capaz de ver la cólera que se refleja en mis facciones, aunque decide pasarla por alto.

—¡Joder, qué brusca eres!

—¿Quieres callarte de una vez? ¡Me estás poniendo la cabeza como un bombo! Frena, acelera, vuelve a frenar, gira, para, ve despacio, ve rápido. ¡Odio que se me diga lo que tengo que hacer! Sé perfectamente cuándo tengo que frenar... ¡y acelerar! y... ¡aflojar!, así que ¡por el amor de Dios! ¡limitate a estar en tu asiento. ¡Callado!

—¡Ibas muy rápido —murmura a modo de explicación.

—Sé a qué velocidad hay que ir porque a diferencia de ti, ¡YO TENGO CARNÉ!

—¡Auch! ¡Siempre dando golpes bajos y maquiavélicos! ¡Pues que sepas que ya no quiero casarme contigo!

Cojo una honda bocanada de aire, la suelto ruidosamente y compongo una sonrisa de gran dama.

—Pues que sepas que me importa una mierda.

Se cruza de brazos y ya no me habla hasta que aparco delante del restaurante.

—¿Puedo al menos aparcar tu coche? —murmura, suplicante.

—¡No! —le grito—. ¡Y si tanto te gusta conducir, deja de beber cuando lo haces y conserva el maldito carné!

Nos bajamos a la vez y cerramos de un portazo. Entramos por la puerta del restaurante enfurruñados, aunque cogidos de la mano. Veo cómo, al fondo del elegante salón, el señor Black, acompañado por un hombre más o menos de su edad, rubio y con bigote —Bud, claramente—, agita su mano en el aire para llamar nuestra atención.

—Sonríe y sé buen chico por una vez en tu vida —le doy las últimas instrucciones mientras paso una mano por su cabello para peinárselo.

Vuelve a despeinarse y esboza una larga sonrisa, bastante falsa.

—¿Le parecería bien a la señorita si sonríe así?

Niego con la cabeza.

—Demasiado falso. Sigue practicando, actorucho.

Lo arrastro de la mano hasta la mesa del señor Black. Ambos hombres, con unos elegantes trajes blancos, iguales, que se ajustan de maravilla a sus atléticos cuerpos, se ponen en pie para saludarnos.

—Wade —canturreo, besando sus mejillas—. Estás estupendo.

Wade ríe entre dientes, divertido por mi comentario.

—Querida, eres un encanto.

—No te creas —murmura Nathaniel, de pie a mi derecha.

Le doy un codazo y, a continuación, curvo los labios en una sonrisilla adorable para disimular.

—Hijo...

—Padre...

Nathaniel abraza a su padre de muy mala gana. O, mejor dicho, se deja abrazar por este, puesto que no se molesta siquiera en sacar las manos de los bolsillos. Si yo no fuera una dama, y si no estuviéramos en un sitio público, lo sacudiría hasta hacerle entrar en razón.

—Nate, Catherine, este es Bud. Mi marido.

Nathaniel tose con irritación al escuchar la palabra marido. ¡Qué idiota es a veces! Muevo la cabeza para apartar ese pensamiento. *¿A veces?* Estoy diciendo bobadas.

—¡Bud! —exclamo en tono alegre, para recalcar lo mucho que me alegro de conocerle, y me pongo de puntillas para besar sus mejillas. Debe de medir más de un metro noventa de altura.

—¡Vaya! Wade no bromeaba al decir que eras guapa.

Finjo ruborizarme. Mi profesora de protocolo solía decir que eso es lo adecuado.

—Gracias. Eres muy amable.

Durante unos instantes, un molesto silencio se instala entre nosotros. Y todo por culpa de mi prometido, que no hace ademán de apretar la mano que Bud le ofrece. La sonrisa se congela en mis labios cuando giro la cabeza hacia él y le lanzo una mirada asesina. Eso consigue que reaccione de una vez.

—Bud —si bien aprieta su mano, es evidente lo mucho que le cuesta ser simpático—. Es un placer conocerte al fin... después de tantos años. Por cierto, mi madre os envía saludos —añade mientras nos sentamos.

Mis ojos se abren de golpe.

—¿Ah, sí? —Wade parece bastante avergonzado, lo que le arranca a Nathaniel una lenta, amplia y muy desagradable sonrisa.

¡Qué bestia! Solo le divierte incomodar a los demás.

—Ajá. ¡Camarero! ¡Vino, por favor! —grita enérgicamente, antes de recostarse sobre el respaldo de su silla.

Cuando todo el mundo gira la cabeza para mirarnos, agarro la carta para taparme el rostro. Lo único que quiero es que se abra la tierra y me trague de una vez. Solo alzo la mirada instantes después, al darme cuenta de que los demás clientes han vuelto a sus conversaciones. Miro al señor Black, que está sentado delante de mí, con una serena sonrisa en los labios, contemplando el rostro de su primogénito.

—Pues mándale saludos de nuestra parte, hijo.

—Mándaselos tú.

Decido intervenir para aliviar un poco la tensión. Me aclaro la voz antes de hablar.

—Y dime, Bud, ¿a qué te dedicas?

—Es el asistente de mi padre —masculla Nathaniel con mal humor.

Nadie habla durante el tiempo que tarda el camarero en servirnos el mismo vino que están tomando Wade y Bud. Nathaniel no espera para el brindis. Agarra la copa, se la acaba de golpe y se echa otra, que también acaba de golpe, y luego otra. Es ahí cuando le quito la botella de las manos y la coloco a mi izquierda, lejos de su alcance.

—Es alcohólico —murmuro a modo de explicación, con una encantadora sonrisa.

Wade y Bud me devuelven la sonrisa, dándome a entender que eso lo explica todo.

—Es cierto —corroboraba Bud unos instantes después, alternando la mirada entre Nate y yo—. Yo era el asistente de Wade hace muchos años, pero ahora soy dentista también. Tengo una pequeña consulta en el centro.

—Verdaderamente fascinante —comenta Nathaniel en tono seco.

—No sabes lo que me alegra oír eso —comento, ignorando el sarcasmo de mi prometido—. Si tener un dentista en la familia es bueno, tener dos es incluso mejor.

Wade, Bud y yo misma rompemos a reír. Nathaniel nos mira con el ceño fruncido, sin pizca de diversión en su intensa mirada.

—Pues yo no le veo la gracia —reniega entre dientes.

Cojo aire ruidosamente y les dedico otra sonrisa encantadora a los dos hombres.

—Nate, cielo, ¿no tienes nada que decirle a Bud?

—Nop.

Lo miro con una ceja enarcada.

—¿Nop? ¿De veras?

Entorna los ojos con irritación.

—Muñeca, si quieres poner palabras en mi boca, hazlo sin rodeos. Ya sabes que no suelo pillar tus indirectas.

Resoplo.

—Verás, Bud, aunque Nathaniel finja no recordarlo en este preciso instante, hemos cruzado el estado porque, en realidad, queríamos invitarnos a nuestra boda, que tendrá lugar el próximo doce de mayo. Tanto a Nathaniel, como a mí, nos encantaría que asistierais. Los dos.

Bud se aclara la voz y se toma unos instantes antes de contestar.

—Es muy amable por vuestra parte haber pensado en mí, pero no quisiera estorbar. No quiero que Nathaniel, Robert o Holly se sientan incómodos por mi presencia.

Hago un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—¿Estorbar? Pero si estaríamos encantados de tenerte allí. Verdad... *¿cielito?*

Nathaniel levanta la mirada de su copa de vino, adopta una sonrisilla falsa y asiente.

—Oh, sí. Nos harías muy felices.

—Bueno, pues en tal caso, allí estaremos, ¿verdad, cari?

Nathaniel se atraganta con el vino al escuchar el apodo cariñoso que usa Bud para dirigirse a su padre. Tose durante largo rato.

—Perdón. Se me ha metido por el otro lado. Suele pasar. ¿Pedimos? ¡Camarero! —grita como un desquiciado.

El señor Black mira a su hijo con aire de preocupación.

—¿Nate, estás bien, hijo?

—Perfectamente, gracias por preguntar.

—¿Sabes?, has cambiado mucho desde la última vez que te vi —remarca, examinándole con mucha atención—. Ahora eres un hombre.

El rostro de Nathaniel se mantiene sereno. Solamente sus ojos registran un destello de maldad durante unos segundos.

—Sí, es lo que tiene no ver a tu hijo durante veinte años —replica, con toda la tranquilidad del mundo.

Wade se ruboriza ligeramente. Yo clavo el tacón de mi zapato en el pie de Nathaniel con toda la brusquedad y violencia de la que soy capaz, sin dejar de sonreír. Nathaniel, con el rostro rojo y los ojos desorbitados, se muerde la lengua para no chillar. Gracias a Dios, se nos acerca el camarero, lo que interrumpe el momento de violencia doméstica.

—Sí, nosotros dos tomaremos lo de siempre, Kevin —Bud se dirige al camarero con una familiaridad sorprendente y, acto seguido, gira la mirada hacia mí—. ¿Querida?

—Eh... una ensalada César y un filete de ternera. En su punto. ¿Nate?

Nathaniel, con la mandíbula tensa, levanta la mirada de su plato vacío.

—Lo mismo que ella. Gracias.

Aprovechando que Wade y Bud están envueltos en una aburrida conversación sobre pesca con el camarero, me inclino hacia mi prometido.

—¿A qué demonios ha venido lo de antes? —le susurro, bastante enfadada con él—. Prometiste comportarte, ¿recuerdas?

—Y estoy comportándome —repite, a través de los dientes apretados—. Si no, habría volcado ya la mesa encima de sus ridículos trajes blancos. En serio ahora, ¿quién lleva un traje blanco igual que el de su pareja? Parecen el doctor Maligno y su mini yo.

—¡Esa no es la cuestión! ¡Haz el favor de disculparte ahora mismo!

Titubea durante un instante. Alza la mirada y mira a su padre como si quisiera decirle algo, pero desiste en el último momento. Toma un sorbo de vino, recorre el restaurante con la mirada y después mira de nuevo a su padre. Resopla.

—Siento lo de antes, ¿vale? Ha sido innecesario —de manera sospechosa, parece hablar en serio, puesto que la burla y la malicia han desaparecido de su mirada.

El señor Black se queda callado.

—No lo sientas —dice al recuperar el habla—. Me lo merezco. Tenía que haber intentado acercarme a ti.

Nathaniel guarda silencio durante un tiempo, con el rostro endurecido y la mirada ausente.

—Y yo tenía que haber contestado a tus cartas —murmura clavando la mirada en los ojos de su padre.

Se miran el uno al otro durante un tiempo incalculable, casi sonriendo. Suelto un suspiro de alivio. Ahora sí que podremos cenar en paz.

—Bueno, pero gracias a nuestra querida Catherine, podéis reconciliaros ahora —interviene Bud.

El rostro de Nathaniel se ilumina al escuchar mi nombre. Asiente muy despacio.

—Sí, mi chica nos ha hecho encontrarnos de nuevo —dice con ternura, cogiendo mi mano por encima de la mesa.

Gira la mirada hacia mí y, al ver las emociones reflejadas en sus ojos y ese "gracias" que susurran sus labios, sonrío y, por primera vez en todo el fin de semana, me relajo. Ahora sé que todo va a salir bien. Sé que Nathaniel ha hecho las paces con su pasado. O, al menos, con esa parte del pasado. Tan solo me queda arreglar el trauma producido por esa tal Mary —¡que en paz descanse!—. Eso no va a ser tan fácil.

Al día siguiente, mi atractivo, horriblemente famoso y escandalosamente rico novio y yo decidimos comer en el pueblo, antes de poner rumbo hacia Manhattan. Entramos en el único centro comercial medio decente que hay y nos decantamos por una hamburguesería donde, tanto el mobiliario como el uniforme de las camareras, son de un intenso color azul cielo. ¡Qué americano todo! Hay banderitas de los Estados Unidos por todas partes, incluso —por lo que veo mientras andamos hacia una mesa— clavan una mini bandera en las hamburguesas.

—¿Te parece bien una hamburguesa con queso, patatas y Coca Cola? —me pregunta Nathaniel, entregándole su carta a la camarera masticadora de chicle que no para de coquetear con él, a pesar de que él no le muestra ni el más mínimo interés.

—Cualquier cosa que tú pidas, me parece genial, cielito —le contesto con dulzura, para recalcarle a la señorita morena toda sonrisitas que mantenga sus zarpas alejadas porque es mío.

Ella se da por aludida. Apunta el pedido, retira las cartas y se larga al fin. Instantes después, regresa para traernos las Coca Colas.

—¿Sabías que Bud es de los Knicks? —me dice Nathaniel, como de pasada.

Está inclinado sobre la mesa y mordisquea la pajita de su refresco.

—No, no lo sabía.

—Sí que lo es. Me lo dijo anoche. ¿Y sabes qué más?

Enarco una ceja, apremiándole a que siga. Toma un sorbo de Coca Cola antes de hablar.

—Me dijo que es fan de Metallica.

Está claro que Bud le ha caído maravillosamente bien después de haberle dicho eso. Me pregunto si de verdad lo pensaba o solo lo dijo para ganarse su afecto. Decido que no tiene importancia. Bud es simpático y punto.

—¡Vaya! ¡Cuántas cosas tenéis en común Bud y tú!

Asiente y me sonrío como un niño travieso. Mientras hablamos sobre los últimos preparativos de la boda, se nos acerca la camarera con las hamburguesas. Nathaniel se echa una cantidad impresionante de ketchup encima de las patatas, retira los pepinillos de la hamburguesa y empieza a devorarla. Yo no tengo mucha hambre, con lo que doy unos cuantos mordiscos mientras examino al hombre que tengo delante. Parece feliz hoy. ¿Será feliz? Y en este instante, me doy cuenta de lo poco que lo conozco. No, en serio, ¿qué sé yo sobre este hombre? Que vive muy deprisa, como si cada instante fuera el último, que conduce a su *mena* con la rapidez de un rayo, que le gusta el buen *bourbon*, el tabaco y yo. Ni siquiera sé cuál es su comida favorita. Antes era la soja, en todas sus facetas, ¿pero ahora? Ha dejado de ser vegetariano. ¿Por qué? ¿Por qué se hizo vegetariano, para empezar? Hay demasiadas preguntas sin respuesta.

—¿Nate? —alza la mirada hacia mí—. ¿Por qué te hiciste vegetariano?

Traga, se limpia los labios con la servilleta y bebe un poco de refresco.

—Por la misma razón por la que me hice alcohólico, adicto a las drogas o al sexo: experimentar. Tan solo fue una etapa de mi vida. No lo sé, pensé que me haría feliz. Anne era vegetariana y era más fácil si yo también me "convertía". Además, llevaba una existencia demasiado autodestructiva. Ser vegetariano me pareció algo bueno en su momento.

—¿Y por qué dejaste de serlo?

Alza los hombros con indiferencia mientras le da otro mordisco a su hamburguesa. No me contesta hasta que no termina de masticar.

—Bueno, me separé de Anne... me enamoré de ti, en fin, pensé que era más fácil volver a la carne puesto que tú no eres vegetariana.

Me encantan tus principios, sólidos e inamovibles.

—Nunca hablas sobre tu infancia —remarco mientras me llevo a la boca una patata frita.

—No me gusta hablar sobre mí mismo y tú lo sabes.

Asiento con la cabeza.

—Cierto, pero es que me he dado cuenta de que no sé nada sobre ti.

Deja su hamburguesa en el plato, coge mi mano por encima de la mesa y me mira fijamente a los ojos.

—Te equivocas, amor. Tú lo sabes todo sobre mí.

—¡Eso no es verdad! Yo lo único que sé sobre ti es lo que he leído en la *Page Six* o en *Wikipedia*, y lo poco que me han contado tu hermano y tu madre.

—Tú me conoces, Catherine. Eres la única que *realmente* me conoce. No necesitas saber a qué edad me salieron los dientes, ni el nombre de mi primera novia. Eso no es relevante. Lo que importa es que puedes ver más allá de mis muros. Solo tú ves mi alma.

Permanezco callada y pensativa, meditando sobre lo que acaba de decirme. Lleva razón. Puede que no sepa su comida favorita, ¿pero acaso importa eso? ¿No será mejor ir descubriéndolo poco a poco, con todas sus múltiples personalidades?

—¿Nate? —murmuro, jugueteando con mis patatas.

—¿Mmmm?

Titubeo antes de hablar.

—¿Cómo se llamaba tu primera novia?

Me dedica una mirada de incredulidad.

—¿Estás de coña?! ¡Venga ya, Catherine!

Hago pucheritos.

—Por favor...

Gruñe algo, entorna los ojos y resopla.

—Daisy, ¿vale? Se llamaba Daisy.

Me río a carcajadas.

—¿Daisy? —repito entre risas—. ¿Saliste con Miss Daisy?

Me mira con mala cara y se dedica a acabar su hamburguesa, la mía y todas las patatas que quedaban.

—¿Cómo eras de pequeña? —inquire mientras rebaña su plato.

¿Cómo demonios puede comer tanto y estar tan en forma?

—Nate, eso ya lo sabes.

—Delgada, morena e inquieta no me satisface. Yo también quiero saber más. A mí, por ejemplo, lo que más me gustaba era jugar al béisbol y romper cristales. Sí

—apostilla, todo orgulloso, al ver que estoy riéndome—, romper cristales era algo que se me daba de maravilla, a diferencia de estudiar. Era un pésimo estudiante, que encima la liaba parda todas las semanas. Mi madre iba constantemente al despacho del director para pagar mis destrozos. Y tú, ¿qué maldades hacías?

Me vuelvo seria al recordar mi infancia.

—Nate, yo... —le lanzo una sonrisa tensa— yo nunca hacía maldades. No se me permitía hacer eso. Además, estaba muy ocupada con mis clases de piano, idiomas, buenos modales, ballet, hípica, nataci...

—¡Eh, para! ¿De verdad hiciste todo eso?

Asiento, muy divertida a causa del estupor reflejado en sus facciones.

—Y más —puntualizo.

—¿Y cuándo jugabas? —pregunta, consternado.

Hago una mueca de desdén.

—Eh... ¿nunca? Era una Collins. No tenía tiempo para jugar.

—¿Nunca? —repite, escandalizado—. Por eso has salido tan rarita. De la educación de nuestros hijos claramente voy a ocuparme yo.

Me río entre dientes.

—En tal caso, nuestros hijos empezarán a fumar a los dos años, beberán como cosacos y soltarán tacos a todas horas.

Se inclina sobre la mesa, con los ojos muy abiertos.

—Se me cae la baba solo de imaginarlos.

Nos miramos el uno al otro a los ojos y nos echamos de reír, como si hubiésemos escuchado el mejor chiste de toda nuestra vida.

—¿Voy al baño y nos vamos? —pregunto, poniéndome de pie.

Él asiente. Le doy la espalda, le pregunto a una camarera dónde está el baño y sigo sus instrucciones. Una vez dentro, me acerco al espejo, donde me retoco un poco el maquillaje y me despeino las ondas. Me quedo un rato más para llamar a mi madre, a quien le cuento enérgicamente lo bien que me han caído Wade y Bud, lo feliz que me hace casarme con Nathaniel y lo mucho que le quiero. Ella me habla sobre Industrias Collins y sobre lo bien que se le da a mi primo Andrew ejercer de presidente, aun con toda la junta directiva en su contra. ¡*Viejos comunistas!*

La conversación con mi madre me ha mejorado tanto el humor que, al salir del baño, soy incapaz de dejar de sonreír. Camino hacia nuestra mesa ansiosa por contarle a Nate las novedades, pero, de repente, veo algo que me hace frenar en seco, apagar la sonrisa y recitar tres veces seguidas el Padre Nuestro. Intento, en vano, recordar el comienzo del Credo mientras me acerco a Nathaniel Black, cabreada y con todos los músculos de mi cuerpo tensos. Procuro comportarme con toda la tranquilidad de la que mi enfurecido ser es capaz, para no llamar la atención de los demás clientes del restaurante. Al fin y al cabo, tengo una reputación que mantener.

—¿Se puede saber qué demonios es eso? —exijo saber, con la ira brillando en mi mirada.

Él alza el rostro y, al encontrarse nuestros ojos, me dedica una sonrisa de lo más desagradable.

—En América se llaman bebés —señala, como de pasada.

Aprieto los puños con evidente rabia.

—Ya sé que en América se llaman bebés —replico, rechinando los dientes. Me cuesta horrores mantener la calma—. Lo que pregunto es ¿por qué tienes un bebé en brazos?

Lo miro y, al ver sus cejas alzándose y la mueca diabólica en la que se convierte su rostro, pongo cara de cabreo total.

—¡No, no, no! ¡Eso sí que no! ¡No! ¡Me niego a convertirme en madrastra! ¡Si soy guapa, por el amor de Dios! ¡Las madrastras son feas! ¡Y viejas! —me cruzo de brazos para evidenciar mi enfado.

Para mi asombro, Nathaniel Black empieza a reírse a carcajadas, tanto que todo su cuerpo se contrae de la risa.

—¡Espera! —me dice entre risas—. ¿Qué piensas? ¿Que es mío?

Lo miro con escepticismo.

—¡Sé que es tuyo! Si no, ¿por qué iba a tener Nathaniel Black, el *playboy* del Upper East Side, el chico malo de Hollywood, el hombre más sexy del planeta —pongo los ojos en blanco y subrayo— según *People*, un bebé en brazos?

Me mira bastante molesto.

—Pues resulta que Nathaniel Black, y sé que esto te parecerá chocante, princesita, no va por ahí embarazando a las mujeres, porque usa un invento de la ciencia moderna llamado pre-ser-va-ti-vo —desliza una mano en el aire como si fuera un mago y repite—: *preservativo*.

Lo miro ceñuda.

—Connigo nunca has usado preservativos. De hecho, pensaba que te daban alergia o algo.

Sus blancos y perfectamente alineados dientes se asoman bajo una risa suave.

—Eso es comprensible. Quería embarazarte y asegurarme de que siempre fueras mía. Soy un hombre bastante posesivo, ¿sabes? El caso es que mis maléficos planes no dieron fruto, no sé por... —se detiene y me mira horrorizado, con los ojos muy abiertos—. ¡Dios mío! ¡Soy estéril!

Lo miro con expresión crispada.

—¡No seas tonto! ¡No eres estéril! Resulta que yo, como mujer madura, moderna e independiente que soy, tomo una cosa llamada *píldora*.

Nathaniel Black abre la boca a causa del estupor que esa respuesta le provoca.

—¿Tomas la píldora? —levanta el tono, consternado—. ¿Por qué demonios tomas la píldora?

—Es evidente. Para que se mentales como tú no me dejen embarazada.

Enarca una ceja y se me acerca, con el bebé en brazos, invadiendo peligrosamente mi espacio personal.

—¿Crees que soy un semental?

Soplo con exasperación.

—¿De quién es el bebé, Nate?

—De una mujer histérica. Me lo plantó en brazos gritando algo sobre un coche en doble fila... o algo.

—Pues búscala, encuéntrala y devuélveselo antes de que empiece a...

No me da tiempo a acabar eso porque el bebé hace justo lo que yo me temía, echarse a chillar como un desquiciado. ¡Otro sueño hecho realidad!

—Llorar —añado en tono seco.

Pensé que Nathaniel Black iba a dejarlo caer al suelo, abandonarlo en el baño o, sencillamente, plantármelo en brazos para que yo me ocupara de él. Grande es mi sorpresa al ver que empieza a menear al bebé y a hacerle carantoñas, hasta que la infeliz criatura deja de rugir con todas las fuerzas de sus diminutos pulmoncitos.

—¡Vaya! No sabía que se te dieran tan bien los bebés.

—Porque has obviado las señales, bizcochito —replica muy orgulloso de sus aptitudes—. Yo siempre te hablo de bebés. No sé por qué, pero cuando nuestras miradas se cruzaron por primera vez, pensé en ti como la futura madre de mis bebés. Imagínate, unos pequeños Black mitad Collins. Sería increíble.

Frunzo el ceño. No me gusta el rumbo que está cogiendo esta conversación.

—¿Qué intentas decir? ¿Se te ha activado el reloj biológico? ¿O es que estás con la crisis de los cuarenta?

Nathaniel suelta unas carcajadas, sin dejar de menear al bebé.

—Solo tengo treinta y ocho, amor. Y según *People*, aparento treinta y dos.

¡Ahí está don Arrogancia!

—Eso no lo discuto. Claro está que por algo han vuelto a nombrarte por tercer año consecutivo el hombre más sexy del planeta, pero me preocupa lo que acabas de decirme.

Levanta las cejas.

—¿Lo de los bebés?

—Ajá... —murmuro con cautela.

—¿Por?

Me ruborizo, empiezo a cambiar el peso de una pierna sobre la otra y titubeo varias veces hasta que confieso en un murmullo:

—Me dan miedo, ¿vale?

—¿Te dan miedo los bebés?! —pregunta pasmado. Yo asiento, muy avergonzada—. ¿Cómo pueden darte miedo los bebés? ¡O sea, mírale! Parece un angelito.

Hombre, visto así... Me inclino, acerco mi rostro al rollizo rostro del bebé y lo estudio con mucha atención. No, aunque intente mirarlo desde esa perspectiva, sigo sin ver a un angelito. Lo que veo es a un bebé calvo, arrugado y sin dientes, mirándome con mala cara. Nathaniel, como si supiera exactamente lo que estoy pensando, me sonríe con sorna.

—No te preocupes, princesa, te acostumbrarás. La maternidad es un gozo que yo, como futuro marido tuyo, te obligaré a disfrutar. No hay nada más bonito que unas largas noches en vela... el olor de un pañal sucio... limpiar sus vómitos a las tres de la madrugada...

—No estás ayudando —lo interrumpo, irritada—. Y devuélveselo ya a su madre.

—¿No me lo puedo quedar?

—¡No! —digo en tono categórico y le doy la espalda para salir a la calle. Tras escuchar lo del pañal sucio, necesito un poco de aire fresco.

—¡Pero si es muy mono! —grita a mis espaldas—. ¡Catherine! ¡Venga amor, enróllate! Mira qué carita. Está haciendo pucheros.

Al ver que no vuelvo a girarme hacia ellos dos, empieza a hablarle al bebé.

—Lo siento, Bobby Joe, mami es muy mala y no te quiere. Ahora vamos a buscar a tu verdadera mamá, ¿vale?

Media hora después, tras localizar a la despistada señora madre de "Bobby Joe", Nathaniel y yo estamos preparados para volver a la Gran Manzana. ¡Gracias a Dios! Ha sido un fin de semana agotador. Necesito volver a mi perfecta y cosmopolita vida, vestir algo que no contenga poliéster, lavarme el pelo con un champú que, de paso, me permita desenredar mis ondas, y echarme unas gotas de *Chanel*. ¿En qué demonios estaría yo pensando, viniendo hasta aquí sin maletas? ¡Jesús!

—Conduzco yo —me informa Nathaniel, una vez en el aparcamiento.

—No tienes c...

—Cómo se te ocurra decirme otra vez que no tengo carné —me interrumpe antes de que acabe la frase, empujando mi espalda hacia un árbol—, juro que no me hago responsable de mis actos. Llaves, por favor.

Como siempre, me tiene arrinconada, demasiado pegada a su fuerte pecho y con los labios a unos pocos centímetros de distancia de los suyos. Miro ese rostro que se ha vuelto serio, reparo en su dura mirada y en la determinación que hay en ella, y decido obedecer, a pesar de mi disgusto.

—De acuerdo —asiento a regañadientes, lo que hace que él me suelte—. Pero que sepas que, si te pillan, a la cárcel que vas. Conducir sin carné es un delito de los graves. Por cierto, ¿cuántas veces te han detenido ya?

Nathaniel me arranca de las manos las llaves del Aston Martin, se monta en el asiento del conductor y arranca.

—Unas veinte —responde mientras gira el volante para salir del aparcamiento—. Pero nunca he pasado más de tres noches seguidas en prisión. Creo que ellos también se dieron cuenta de que no me sentaba bien el uniforme. Ese tono de naranja hace que mi piel luzca demasiado pálida.

Y dicho eso, acelera a fondo.

—¡Uau! —exclama, al darse cuenta de la potencia que tiene el coche.

Lo miro durante un largo rato, sacudiendo la cabeza. Así es Nathaniel Black. Siempre por encima de las leyes y las normas de buena conducta, por encima de las crisis económicas, las subidas del petróleo, las tensiones en Oriente y cualquier otro acontecimiento global. Él está en la cima del mundo mientras que todos nosotros —jidiotas!— no le llegamos ni a la suela del zapato.

—¿Le pusiste a ese bebé el nombre de mi ex novio? —suelto de pronto, girando la cabeza hacia él para mirarle.

Me lanza una sonrisilla bastante maliciosa.

—Es un gran nombre.

—Estás obsesionado con Bobby Joe.

—¡Porque te lo tiraste! No, en serio ahora, ¿cómo pudiste acostarte con un tipo llamado Bobby Joe?

Decido que será mejor no seguir con esta conversación. No, porque hay un gran riesgo de que quiera matar a Nathaniel Black en breve. Así pues, elevo el volumen de la música hasta límites inaguantables para indicárselo, y tarareo la canción que acaba de empezar en la emisora clásica que he sintonizado esta mañana. Suena *Mariage d'amour* y, por la destreza del pianista, deduzco que la interpreta Clayderman. Nathaniel se lleva dos dedos a la sien, finge pegarse un tiro en la cabeza y baja el volumen.

—¿Qué haces? —protesto, irritada—. ¡No toques mi música!

Me atraviesa con su mirada azul.

—Quiero que dejes de tomar la píldora —su voz suena más grave y más seria de lo habitual.

Lo miro durante unos instantes, en completo silencio. Si es alguna clase de broma macabra, yo no la pillo.

—Estarás de coña, espero.

Busco en su mirada algún indicio de diversión. No lo hay.

—No, amor, no estoy *de coña*. Hablo en serio.

Su tono, tan categórico e implacable, me deja sin palabras.

—Dame una razón para hacerlo —digo tras un largo silencio, y la voz me falla hacia el final de la frase.

—No es cristiano —replica, en tono gélido.

Suelto una carcajada, no sé por qué. De la histeria que me invade, será, porque nada de todo esto me hace gracia.

—Nate, no eres creyente, ni yo tampoco —le recuerdo, cansada.

Lo veo apretar los labios y tensar las manos sobre el volante. Guarda silencio.

—Porque quiero tener hijos contigo —confiesa al fin.

Y en ese instante, le rezo a Dios para que estrelle el coche contra los viejos cedros que bordean la carretera.

—¿Y ahora cuál es el problema, princesa del drama? —inquire Gage Carey mientras me ofrece un perrito caliente que le acaba de comprar a un vendedor ambulante.

Aprovechando que Nathaniel está en Los Ángeles por razones de trabajo, Emma, Gage, Robert y yo hemos salido a dar un paseo por Central Park. Yo ni siquiera sabía que los perritos calientes pudieran oler tan bien, mucho menos que supiesen de esta forma tan deliciosa.

Me arrebujó en mi cazadora vaquera porque hoy, a pesar de que la mañana de abril está soleada, hace bastante fresco a causa del viento que remueve con agresividad las pequeñas hojas de los árboles. Mientras me acabo el perrito, medito sobre lo que debería contestarle a Gage. En el fondo, ni yo misma sé cuál es el problema... si es que hay algún problema, claro.

—El problema es que a ella nunca le han gustado los niños —le explica Emma, dándole un sorbo a su refresco.

—Pues lo llevas mal porque a mi hermano le encantan —me informa Robert, que camina a mi izquierda con las dos manos hundidas en los bolsillos de sus vaqueros oscuros—. Cuando nuestra prima Lisa tuvo a su hija, Nathaniel pasaba más tiempo con ella que su propia madre. Le montó la cuna, le compraba vestiditos y calcetincitos de *Hello Kitty* y arrastraba a la pobre a todos los partidos de los Knicks. Incluso la llevó a un club de *striptease* una vez —en la voz de Robert se percibe una risa sofocada—. Fue todo un escándalo. Claro que mi hermano se defendió diciendo que estaba enseñándole a la criatura lo que no hay que hacer.

Gage Carey suelta una carcajada y rodea a Emma con un brazo, al ver que ella está tiritando de frío. Yo al menos llevo un vaquero, un jersey y una cazadora por encima, pero ella, con su jersey de *cashmere* blanco y su falda de lana negra, no va preparada para pasear a quince grados.

—Eso no dice mucho a su favor, ¿no crees? —mascullo, malhumorada.

Robert ríe entre dientes.

—Dile que no quieres tener hijos y ya está. A lo mejor cambia de opinión.

Sacudo la cabeza. Sé que eso no es negociable. Nathaniel se encargó ayer de dejármelo bien claro.

—Tu hermano es una bestia chantajista, burlona y maliciosa. Encontrará la manera de engañarme.

—Ahí estoy de acuerdo con Catherine. Yo haría lo mismo —confiesa Gage, para nada avergonzado. De hecho, mirando sus marrones ojos, me doy cuenta de que parece más bien orgulloso.

Emma lo fulmina con la mirada.

—No digas bobadas. Si una mujer no quiere tener hijos, nadie puede obligarla.

Gage le agarra la cintura, la arrastra hacia él y le susurra algo al oído. Ella suelta una risita tonta antes de besarle.

—¿Qué te parece si seguimos con el paseo? —me propone Robert.

—Pensé que nunca me lo pedirías —le contesto mientras me agarro a su brazo, dejando a Emma y a Gage besándose en una acera repleta de personas—. Me ha sorprendido saber que estabas en Nueva York. ¿Cuándo has vuelto?

Mis ojos encuentran el intenso azul de los suyos. Su mirada es abrasadora.

—Ayer. Tenía... ejem... asuntos pendientes en Nueva York.

—Una pena que no coincidieras con tu hermano. Seguro que le habría encantado verte.

—Una autentica pena —murmura, aunque su mirada y el tono seco que ha empleado, dicen todo lo contrario—. ¿Qué tal está mi padre?

Durante un cuarto de hora, le hablo sobre la vida que llevan su padre y Bud, la casa en la que viven y le cuento, con todo lujo de detalles, lo embarazosa que resultó al principio la cena, con su hermano tocando las narices constantemente. Omito mencionar al perro *Bobby*. Será mejor que no lo sepa. Él me escucha paciente, me interrumpe de vez en cuando para preguntar alguna cosa, y se ríe a carcajadas al oír que su hermano bautizó a un bebé según uno de mis ex novios.

—Y dime, angelito, ¿cómo es tu vestido de novia?

Mis ojos brillan de alegría. Estoy realmente encantada con el vestido.

—¡Oh, tendrías que verlo! —exclamo con entusiasmo infantil—. ¡Es increíble, Robert! Es lo que siempre he querido. Es blanco roto —me detengo al darme cuenta de que él es un tío—, bueno, supongo que no sabrás lo que es eso, en fin, dejémoslo en que es blanco, sin tirantes y tiene una... es como una flor... hecha de cristales Swarovski justo aquí... —le indico el pecho con la mano— en el corsé. Parezco una princesa con él. ¡Y tiene canción! —doy unas palmaditas de la emoción.

Robert se detiene y yo me veo obligada a hacer lo mismo. Extiende el brazo para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Vas a ser la novia más guapa del mundo, te pongas lo que te pongas —sus ojos están clavados en los míos y la voz le sale ronca.

Trago en seco, perturbada a causa de su repentina tristeza.

—Solo dices eso porque te caigo bien —musito, con la voz ahogada por la emoción.

Un rastro de dolor casi palpable cruza su rostro. Mueve la cabeza en completo silencio.

—Mi hermano es un capullo con mucha suerte —su voz resuena tranquila, a pesar de la inquietud reflejada en sus ojos—. Como te parta el corazón, le patearé el culo.

Dejo escapar una risita para aliviar un poco este momento tan triste que estamos viviendo.

—¡No quiere partirme el corazón! ¡Quiere dejarme embarazada! No sé lo que es peor...

Robert ríe, divertido por mi gesto desconcertado, y se relaja un poco.

—¿Buscamos a los tortolitos y vamos a comer algo que no sean perritos calientes? —sugiere.

Entorno los ojos.

—¡Ah, genial! Una comida en la que estarán cuchicheando, metiéndose mano constantemente e ignorándonos por completo. ¿Cómo iba a perdermela? —refunfuño, agarrándome de nuevo a su brazo.

¿Qué se teuita últimamente...?

«¿Nathaniel Black y Catherine Collins mantienen una relación insegura? El actor y la *socialité* no tuvieron reparos en gritarse el uno al otro en la inauguración de una galería de arte. Las cosas que se dijeron no eran aptas para públicos sensibles».

«El chico malo de Hollywood piensa dejar a Catherine Collins por Judy Haley? El actor y la embarazadísima modelo se dieron un beso en directo en un programa que presentaron juntos. *Para el show*, se justificaron días más tarde».

«Catherine Collins de fiesta con sus amigos mientras Nathaniel trabaja día y noche en su próxima película *«Contigo o sin tí»*. Hay quienes susurran que a Black le han poseído unos celos satánicos al enterarse de las escapadas nocturnas de su prometida. Recordemos que la chica buena no ha sido precisamente un angelito en el pasado».

«Fin de semana romántico a unos días de la gran boda. Catherine Collins y la superestrella de Hollywood, Nathaniel Black, se escaquearon de sus respectivas despedidas de solteros y eligieron fugarse juntos a una isla paradisíaca del Pacífico, donde fueron fotografiados en el yate del actor en actitud muy tierna».

«Los paparazzi se preparan para colarse en el evento más esperado del año: la boda de Nathaniel Black y Catherine Collins. El actor ha contratado seguridad extra para ese día y, según fuentes extraoficiales, ha comprado unos perros asesinos».

«Catherine Collins llevará un diseño de Chanel el día de la boda. Lo ha confirmado ella misma en Instagram».

«En la noche anterior a su boda, Nathaniel y Catherine celebrarán una recepción a la que están invitadas las personalidades más destacadas de este país. El hombre más sexy del planeta ha advertido en Twitter que los representantes de la prensa no serán bien recibidos y que piensa soltar a los perros como vea a

alguno por allí. «*Mis rottweiler solo reciben comida una vez al día, así que daros por avisados*», ha advertido el chico malo».

El jardín de la mansión colonial que Nathaniel posee en Atlanta está alumbrado por millones de lucecitas doradas y repleto de camareros que se mezclan entre los cientos de invitados, para asegurarse de que no falten bebidas y canapés. La *crème de la crème* suele ser exigente con estas cosas. Para mi desesperación, esta noche han venido todos y cada uno de ellos, los mismos rostros atractivos de siempre, las mismas miradas vacías, los mismos atavíos elegantes. Por desgracia, nada ha cambiado en el mundo de Nate.

Me deslizo entre ellos, arrastrando por el césped la larga cola de mi vestido negro de Givenchy, cuyo escote en V realza la delgadez de mi cuello. Mi cabello, recogido en un sofisticado peinado digno de la alfombra roja, deja a la vista unos pendientes de esmeraldas que Nathaniel ha comprado en Milán solo porque hacían juego con mis ojos. Con la elegancia de un cisne, inclino la cabeza a derecha e izquierda para saludar y, de vez en cuando, me detengo, allí y allá, para mantener conversaciones tan superficiales como el mundo en el que estoy moviéndome esta noche.

Mis invitados me sonríen, me hablan y brindan conmigo mientras yo hago lo que se supone que tengo que hacer: estiro mi enguantada mano para apretar las manos que me ofrecen, beso mejillas, canturreo cortesías y digo cosas que realmente no quiero decir.

—¡Bendito *botox*! ¡Querida, tu rostro luce más joven que nunca! —le aseguro a una mujer de setenta y muchos años, a pesar de que estoy en contra del *botox*—. ¡Dios, cómo había echado de menos tu sentido del humor! —replico cuando un congresista republicano asegura que América no es país para pobres. Y me lo dice a mí, que tengo diez filiales de mi ONG *Juntos por la pobreza* esparcidas por el mundo, y estoy preparando la inauguración de otras tres.

¡Los odio! ¡A todos y a cada uno de ellos! Artificiales, idiotas, presuntuosos y tan, pero que tan poco solidarios con los demás. Por desgracia, son los invitados de mi futuro marido. Esto es lo que hay y cuanto antes me acostumbre, mejor para todos. Así pues, compongo una brillante sonrisa, decido aguantar el evento lo mejor que pueda y me agarro al brazo de mi guapísimo prometido en cuanto se me acerca. Está impresionante, con un smoking negro y su oscuro cabello desordenado. Se ha afeitado, con lo que su rostro luce más escultural que nunca, tan guapo que me deja sin aliento durante un largo rato. Aunque su atractivo no consiste en eso, sino en su mirada. Esa intensa, brillante y, la mayoría de las veces, maliciosa mirada es el rasgo que más destaca entre sus perfectas facciones.

—Me agotan —me susurra al oído.

Menos mal que no soy la única que lo piensa. Sé que, en el fondo, él también los odia. Me lo ha dejado bien claro desde el día en que pisé por primera vez su mundo: «*Este es el Upper East Side de Nueva York, el sitio donde los ricos son escandalosamente ricos y los pobres... bueno, los pobres se quedan en el lado oeste*», me dijo entonces, con la voz teñida de desprecio al referirse a los ricos de su mundo. Lo que no entiendo es por qué se ha empeñado en invitarlos esta noche y, lo que es peor aún, a nuestra boda. Me habría gustado una celebración íntima: él, yo y las personas que realmente nos importan. Claro que, si te casas con el chico malo de Hollywood, eso no es posible. Si te casas con el chico malo de Hollywood tienes que aguantar a actores, directores, cantantes, políticos y miembros de la prensa con la mejor de tus sonrisas, como si realmente te alegraras de que se hayan dignado a honrarte con su maravillosa presencia. Dejo escapar un suspiro de cansancio cuando esos irritantes pensamientos cruzan mi mente, y pego los labios a su oído, para asegurarme de que nadie más me escucha.

—A mí me agotan más. ¡Son tan falsos! Y lo peor de todo es que yo tengo que fingir que soy como ellos. ¿Sabes qué fue lo que me dijo Lara Meyer? Que le parecía ridículo que me gastara el dinero de mi familia en ONGs para gatos y pobres. ¡Ni que estuviera gastándome el suyo!

Nathaniel suelta unas carcajadas y deja su copa de champán encima de una bandeja.

—Lara Meyer es idiota. ¡Bailemos!

No se molesta, por supuesto que no, en esperar una contestación. Me agarra de un brazo y me arrastra hasta una parte del jardín que ha sido acondicionada para servir como pista de baile. Han colocado una especie de suelo de madera, flashes azules como en un club de moda, humo y altavoces para que la música que interpreta la orquesta en la otra esquina del jardín, se escuche lo bastante alto. Yo no he tenido que mover ni un solo dedo para organizar esto. Nathaniel, viendo lo estresada que estaba organizando nuestra boda, ha prometido ocuparse él mismo de la fiesta de esta noche, lo que, básicamente quiere decir, que ha contratado a una organizadora de eventos y se ha limitado a gruñir «*como sea*» cada vez que ella quería saber su opinión.

—Estás verdaderamente espectacular esta noche —me susurra, con las palmas apoyadas en mi cintura.

El calor de sus manos traspasa la fina tela de mi vestido. El brillo que se refleja en sus ojos al mirarme es tan ardiente que mi corazón pega un brinco y un agradable y seductor cosquilleo empieza a fluir por mis venas.

—Tú tampoco estás nada mal —le guiño un ojo.

Él me dedica la mejor sonrisa de todo su arsenal, la del Nathaniel encantador, y se limita a moverse despacio, siguiendo el ritmo de la música. Es la quinta vez esta noche que suena una canción llamada *Shameless*, por exigencias de mi prometido. Y, por supuesto, las cinco veces me ha arrastrado hasta la pista de baile y me la ha cantado al oído. Su fascinación por este tema se vuelve preocupante.

—¿Por qué te gusta tanto esta canción?

—¿De verdad necesitas que te conteste a eso, amor?

Me insta a apoyar la cabeza en su hombro y me canta al oído:

Dilo más fuerte, dilo más fuerte

¿Quién va a amarte como yo... como yo?

Dilo más fuerte, dilo más fuerte

¿Quién va a tocarte como yo... como yo?

.....
¿Quién va a follarte como yo... como yo?

—Verdaderamente romántico —remarco con ironía.

—Sí, a veces me llaman Nathaniel el Romántico.

Dejo escapar una risita. Él, en cambio, se mantiene serio. Se muerde el labio inferior, alza mi rostro hacia el suyo y atrapa mi boca, besándome durante largo rato, de forma lenta. Al acabar el beso, soy incapaz de dejar de temblar y mi pervertida mente solo puede pensar en una cosa.

—Diooos... —me recorre un escalofrío cuando su erección empuja contra mi estómago—. ¿A qué hora acaba esta estúpida fiesta?

Nathaniel lanza una breve mirada a nuestro alrededor. Yo hago lo mismo. La fiesta está tan animada que estimo que durará al menos otras tres horas. ¡Maldición!

—Por lo que veo, lo nuestro tiene que esperar. La fiesta está en su momento más...

—¡A la mierda la fiesta! —me interrumpe mientras me agarra de la mano.

Con la prisa de un bombero que tiene que apagar un mortífero incendio, se abre paso entre las demás parejas que bailan.

—Catherine, cielo...

—¡Luego hablamos, madre! —es lo único que se me permite decir, puesto que Nathaniel sigue caminando a grandes zancadas y pararme no es una opción.

Me lleva a rastras hasta la entrada principal. Algún que otro invitado intenta detenerle para hablarle, pero Nathaniel gruñe un «*ahora no, joder*», sin tan siquiera mirar quién es la persona que se le ha dirigido. Lo mismo le da que sea un congresista, el alcalde de Nueva York o el director de su próxima película. Entramos en el enorme despacho que hay en la planta baja. Es una estancia de amplias ventanas, muebles de caoba y sillones de piel, repleta de libros, obras de arte y objetos de decoración que, en absoluto, pegan con la personalidad de Nathaniel Black. En cuanto cierra la puerta, se abalanza sobre mí, agarrando mi cabeza con las dos manos. Me empuja hacia atrás sin despegar su boca de la mía.

—No soportaba estar lejos de ti ni un segundo más —susurra jadeando.

Me hace tumbarme en el sofá de cuero negro. Ni se molesta en desvestirnos. Levanta mi vestido, me baja las bragas y empieza a lamer mi sexo casi con desesperación.

—Nate...

—Sí, dílo. Di mi nombre —murmura, e introduce la lengua en mi interior.

Me retuerzo bajo sus ardientes caricias y hago algo que a él le encanta: suplicar por más. Y lo recibo. Claro que lo recibo. Siempre es generoso conmigo y nunca espera a que se lo pida dos veces. Se baja el pantalón y me penetra, despacio, aumentando el ritmo poco a poco, mientras me besa la boca y me susurra obscenidades de toda clase al oído. Últimamente se esmera por ser un chico bueno, sin embargo, de vez en cuando saca a la bestia que lleva dentro. Hoy es uno de esos días.

—Catherine, te quiero muchísimo —murmura contra mis labios.

Le sonrío. Y lo siguiente pasa tan de prisa que no soy capaz de reaccionar. Nathaniel me hace girarme de espaldas a él, boca abajo, y alza mis caderas. Deja escapar un gruñido animal al tiempo que entra de golpe en mi caliente y húmedo interior. Me estremezco cuando empieza a moverse, casi con violencia. Sus manos se trasladan a mis caderas y tira de mí para marcar su salvaje ritmo.

—¿Quién va a follarte como yo? —murmura contra mi espalda.

—Oh... Dios... Nate... me voy a...

Y antes de que acabe la frase, lo hago. Empiezo a convulsionar, entre gemidos de puro placer. Nathaniel no tarda ni dos segundos en seguirme.

—Necesito tenerte toda. Cada pequeño rincón de ti... tiene que ser mío.

—Lo es... —jadeo.

Me apoyo contra el sofá, boca abajo, y él me sigue y, sin romper el abrazo, pega su escultural pecho contra mi espalda. Su agarre es tan fuerte que me cuesta bastante esfuerzo recuperar el aliento.

—Te quiero —pega los labios a mi oído y yo me estremezco al notar su tacto y esa respiración irregular acariciándome el cuello—. Joder, no puedo expresar con palabras lo mucho que te quiero. No creo que querer a una persona de esta forma sea normal. Haría cualquier cosa por ti, princesa, ¿lo entiendes? Cualquier cosa —hace una larga pausa y añade, distante—: Y eso me aterra.

Quiero girarme para verle el rostro, pero no me lo permite. En cambio, coloca los labios en mi nuca, donde empieza a dibujar húmedos círculos con la lengua. Cierro los ojos cuando una nueva oleada de placer recorre todo mi cuerpo de la cabeza a los pies.

—¿Por qué? —gimo, casi.

—Porque estoy perdiendo la puta cabeza. Necesito mantenerte a salvo, a cualquier precio, y me asusta que no lo consiga. Y tú te niegas a tener guardaespaldas... y... y Jimmy Brown aún anda suelto... y yo... yo no puedo volver a perderte, ¿lo entiendes?

—Escúchame bien, Nate. *Nunca* vas a perderme. A Jimmy le acabarán pillando. El FBI anda tras él, con lo que solo es cuestión de tiempo, y tú lo sabes. Y cuando todo esto acabe, tú y yo nos tomaremos unas largas vacaciones y seremos muy felices. ¿Lo has entendido?

Se abraza más fuerte a mi cuerpo.

—¿Lo prometes? —murmura contra mi pelo.

—Lo juro por mis Jimmy Choo favoritos.

Con una media sonrisa jugueteando en sus labios, me hace girarme de cara a él y me da un largo beso en la boca. Es tierno, cuidadoso en los movimientos de su lengua, como si temiera lastimarme.

—Deberíamos volver a la fiesta, amor —susurra.

Asiento.

Nathaniel ha vuelto a la fiesta, concediéndome unos cuantos minutos para recomponerme. Me hacen falta, puesto que mi recogido está tan desordenado que es evidente que me he dado un revolcón. Por no mencionar mis labios, hinchados de tanto besarnos.

Me empolvo el rostro en nuestro baño de la segunda planta y me tomo unos segundos para observarme en el espejo. Creo que es la primera vez en toda mi vida que no me encuentro ni un solo defecto. Mi pelo brilla como nunca, mi rostro luce perfecto y la ropa que llevo es tan favorecedora que me siento como una superestrella. Hay que ver lo que consigue la paz interior. ¿O tal vez sea a causa del devastador orgasmo que acabo de tener? Decido achacárselo a la paz interior porque suena más cristiano.

Bajo por la escalera, agarrando los bajos del vestido con las dos manos para no pisarlos, y vuelvo al jardín, donde todo sigue como antes. Busco con la mirada a Nathaniel, pero no lo veo por ninguna parte. Me detengo a hablar con Gage y Emma, escucho las quejas de mi madre, quien asegura que el padre de Nathaniel le está tirando los tejos y por mucho que yo le explique que es gay, parece ser incapaz de comprenderlo, hablo con Holly sobre el desarrollo de la boda, ya que quiere pronunciar un discurso y necesita saber cuándo me parece a mí el momento adecuado, y bailo un vals con mi futuro cuñado, Robert.

—Bailar es una de las cosas que mejor se te da —comento mientras me conduce a la zona de los aperitivos, con una mano apoyada en mi espalda desnuda—. ¿Sabes dónde está tu hermano?

Siempre que menciono a su hermano, a Robert Black empieza a latirle un músculo de la mandíbula y su fuerte cuerpo se tensa visiblemente. Me pregunto vagamente por qué será.

—En la entrada, con la prensa —me responde, en voz baja y seria.

Me detengo, con el ceño fruncido.

—Pensaba que no había prensa esta noche.

Tuerce el gesto para mostrarme su desagrado.

—Y se suponía que no iban a venir, pero parece ser que algunos se han colado.

¡Maldición! ¿Es que nunca van a dejarnos tranquilos?

—¿Me disculpas?

Robert asiente y se dispone a ir a por unos aperitivos cuando mi madre le agarra de un brazo para comentarle algo. Alguna bobada, casi seguro. Doy media vuelta antes de que me enganche a mí también y me dirijo a la entrada de la propiedad a grandes zancadas. Pese a que estoy convencida de que Nathaniel Black es perfectamente capaz de apañárselas solo —he visto las clases de lucha que ha tomado para preparar su papel de espía en «*Guapo y Letal 2*»—, me preocupa un poco que esté tardando tanto. Será mejor que me asegure de que no hay un asesino psicópata torturándole. Teniendo en cuenta que Jimmy Brown —quien está loco y posiblemente vaya armado— sigue en libertad, merodeando por los alrededores, toda precaución es poca. Si va a atacar, desde luego, la boda es el mejor momento para dar su golpe de gracia.

—¿Y qué opina Catherine de todo esto? —le pregunta Andy Madison a Nathaniel, que está de espaldas a mí, mirando a las cámaras.

—Como ya te he dicho, Andrea, la opinión de Catherine me trae sin cuidado. No es relevante en esta ecuación.

Completamente descolocada por sus palabras y ese tono tan tenso que ha empleado, me detengo y los miro a los dos, con la cabeza ladeada hacia la derecha.

Durante un instante que a mí se me hace eterno, ahí, a sus espaldas, tengo la sensación de que abandono mi cuerpo y me alejo con rapidez de todo y de todos. Y entonces me vuelvo de forma ausente, observando a lo lejos, a través de una espiral hipnotizante, a los invitados. ¡Mis invitados! No me gusta lo que veo. No hay más que hipocresía y convencionalismo. No me siento identificada con ellos. ¡¿Cómo puede ser todo tan artificial?! Este es mi mundo y, sin embargo, nunca me ha representado. Sigo siendo la misma intrusa de siempre, la que nunca encuentra su sitio, la que no pertenece a ninguna parte. Sigo siendo Catherine Collins-Fitzgerald, la niña rica y mimada que nunca ha encajado en su mundo de *snoobs*. Al darme cuenta de ello, de repente me invade un terrible cansancio.

—¿Pero es cierto que estás enamorado de ella? —pregunta Andy, y enseguida esboza una maliciosa sonrisa al verme allí parada, con el rostro pálido y el ceño fruncido.

—¡Por supuestísimo que no! —exclama él con burla, como si hubiese escuchado alguna clase de chiste—. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo, Andrea? ¡Catherine... no... significa... nada... para... mí!

Quiero retener las lágrimas y hacer lo que siempre he hecho: esbozar una larga sonrisa y fingir que no pasa nada. Quiero recuperar la compostura, alzar la barbilla con desafío y comportarme como la dama que soy, pero esta vez no lo consigo. Por alguna oscura razón, esta vez no puedo fingir que estoy bien.

—Solo he sido un papel, ¿verdad? —digo en voz horriblemente fría mientras lágrimas de frustración se derraman por mi rostro—. Uno de muchos.

Sobresaltado, Nathaniel se gira de forma busca hacia mí, mirándome como si le faltara el aire. Tiene los labios separados, el ceño fruncido y los ojos dilatados.

—No... —sacude la cabeza, horrorizado—. Catherine, no es lo que piensas.

—Déjame adivinarlo. Tienes una *muy* buena explicación, ¿verdad? Pues yo no quiero oír la esta vez.

Me limpio la nariz con una mano, me agarro los bajos del vestido y rompo a correr hacia el aparcamiento. Nathaniel manda al demonio a Andy y sale corriendo detrás de mí.

—¡Catherine, para ahora mismo! —ruge a mis espaldas— ¡Joder! ¡Te he dicho que pares de una puta vez!

Me detengo al lado de mi Aston Martin y consigo sacar la llave de mi pequeño *clutch* antes de que él me alcance. Le doy al botón para desbloquear el coche.

—¿Por qué estás corriendo como una niña asustada? ¿No te das cuenta de que lo has entendido mal? Pillas algo fuera de contexto y...

—¡En tu puta vida vuelvas a llamarme *niñita asustada*! —exploto, colérica, sorbiéndome las lágrimas—. ¡Tú no sabes una puta mierda sobre mí!

—Catherine... —percibo un deje de advertencia en su tensa voz.

Intenta tocarme, pero lo aparto de un manotazo.

—¡Déjame!

—¡Vas a escucharme, señorita! —rezonga entre dientes, invadiendo mi espacio personal.

—¡Deja de decirme lo que voy a hacer y vete! ¡Largo! —lo empujo, lo que le hace retroceder un poco.

Su pecho se ensancha al coger una honda bocanada de aire. Por cómo rechina los dientes es evidente el gran esfuerzo que está haciendo por controlarse. Levanta una mano en el aire, como para indicarme que se ha tranquilizado. Su mirada me sugiere que yo también me tranquilice.

—No quería gritarte. Haces que pierda la puta cabeza —sopla y me mira con el rostro endurecido—. Siento si te he...

—¡Esto no tiene nada que ver contigo, gilipollas prepotente! —estallo antes de que acabe la frase—. ¡Esto tiene que ver conmigo! Con las malas decisiones que he ido tomando a lo largo de mi vida. Tú solo eres una de ella. Otra decepción más.

Sacude la cabeza con desesperación, se me acerca de nuevo y se detiene a unos pocos centímetros de mi rostro.

—Por favor, escúchame... —me agarra por los brazos— tengo que explicártelo...

—No hay nada que explicar. Eres un artista del engaño y tu éxito consiste en que nadie ve lo que se esconde debajo de tu máscara. ¿Lo ves? Lo tengo claro.

Me mira perplejo, abre la boca para decir algo, pero luego desiste y baja la mirada al suelo, ceñudo. Está bajando la guardia y yo sé que esta es mi única oportunidad de salir de aquí, así que lo estudio con mucha atención, como un gato que observa el agujero del ratón, esperando el momento oportuno para atacar.

—Dios... Eres frustrante, amor. Si cada vez que vamos a tener un malentendido vas a salir corriendo... —sacude la cabeza y su mandíbula se endurece mientras su rostro se vuelve ausente— no sé...

No le dejo acabar la frase. Aprovechando su aturdimiento, empujo su pecho para alejarlo de mí, me monto en el coche y bloqueo las puertas. Veo a través del cristal cómo su rostro se transforma por completo en cuestión de segundo. Ya no hay confusión, ni dolor. Ahora solo hay furia en su estado más puro. Sus ojos desprenden unas llamas satánicas capaces de incendiar toda esta propiedad de tres mil metros cuadrados. Ha vuelto el Nathaniel malo.

Sacude la cabeza para indicarme que no tenía que haber hecho eso y acto seguido, se abalanza sobre el coche.

—¡Catherine! —ruge, golpeando la ventanilla del conductor con los puños—. ¡Abre la puta puerta! ¡Ahora!

Apenas reconozco su rostro, distorsionado a causa de la cólera. Tanto sus puños como sus pies impactan una y otra vez contra mi coche, mientras grita como un poseso las cosas terribles que va a hacerme como no abra de inmediato. Horripilada al ver la violencia de la que es capaz, me tapo la boca con la palma de mi mano y rompo a llorar. ¡Está jodido! Muy jodido. Y yo fui lo bastante vanidosa como para pensar que era capaz de arreglarlo. Pensaba que si le amaba lo bastante, que si era lo bastante comprensiva, él cambiaría. Pero en este instante me doy cuenta de que esa bestia que grita y sacude el coche con todas sus fuerzas para someterme a su voluntad, *¡ese!* es el verdadero Nathaniel Black. Me cojo la cabeza entre las dos manos y me tapo los oídos con las palmas para dejar de oír sus rugidos.

—¡Catherine! Vamos, amor, sabes que no puedes vivir sin mí. ¡Abre la *puta* puerta para que te lo explique de una *PUTA* vez!

Con los ojos rebosantes de lágrimas, giro la mirada hacia él y lo observo, entumecida. Su rostro solo revela ira y una inmensa crueldad y su mirada, su despiadada mirada, me espeta mientras los puños de sus manos golpean el cristal. Una vez. Y otra. Y otra. No puede detenerse porque ha perdido el control y ya no consigue dominar su lado tiránico. Afrontémoslo: los hombres como Nathaniel Black nunca cambian. Ahora lo comprendo. Puedes llevarlos a misa todos los domingos, puedes obligarlos a vestir ropa de *cashmere* y puedes enseñarles a beber el té levantando el menique, pero, hagas lo que hagas, su maldad jamás podrá ser reprimida.

—¡Joder! ¡Qué abras la puta puerta, Catherine! No pienso decírtelo más veces.

—¡Vete al infierno! —le grito.

Se detiene y me mira fijamente a los ojos. Yo le sonrío, sin molestarme en disimular la crueldad que hay en mi gesto. Al comprender lo que significa esa sonrisa, sacude la cabeza, como diciéndome que no lo haga.

—¡No! ¡Ni se te ocurra irte, señorita! No... no te atreverás...

—¡Mírame!

Con manos trémulas, giro la llave dentro del contacto. Nathaniel sigue gritando y golpeando el coche como un desquiciado, pero a mí ya no me importa. Durante toda mi vida me he reprimido. He fingido ser alguien que no soy porque era lo adecuado. *¡Pues eso se ha acabado!*

Enciendo las luces y elevo el volumen de la música para no escucharle más *–Do It Like a Dude* suena horriblemente alto, tanto que todo el interior vibra al ritmo de la canción—. Acelero de forma tan brusca que el coche se pone en marcha con un chirrido de ruedas. ¡A la mierda lo de ser adicta a él! Eso también se ha acabado. Esta noche me he despojado de mi dependencia, de mis debilidades, de mi lado vulnerable. Me he liberado. Puedo hacer lo que me plazca. Y, desde luego, Nathaniel Black, con toda su fama, fortuna e irritante *sex appeal*, no va a detenerme.

Salgo de la propiedad sin volver a mirar hacia atrás. Para mí asombro, él no se rinde. Corre al lado del coche, golpeando el cristal y gritándome algo que no consigo oír. Le dedico la sonrisa más dulce que le he dedicado jamás, le hago una peineta y acelero a fondo. El coche sale escopetado y, en menos de tres segundos, estoy tan lejos que le veo por el retrovisor dando patadas en el aire. *¡Jódete, Nathaniel Black!* Suelto una carcajada por pura maldad, bajo la ventanilla y empiezo a cantar en voz alta:

Piensas que no puedo herir tan bien como tú, gilipollas

Lo puedo hacer como un hermano

Hacerlo como un tío

Me puedo agarrar la entrepierna

Llevar un sombrero bajo como tú

Hay que admitir que esta Jessie J tiene clase y estilo.

Deambulo bajo la lluvia, sin rumbo alguno ni chaqueta que me proteja de las frías gotas. He dejado el coche en un aparcamiento subterráneo, a unas cuantas calles de distancia. Necesitaba caminar y despejar un poco mi mente con el aire fresco, pero la tormenta que se acaba de centrar sobre Nueva York complica mis planes, y mucho. Me abrazo a mí misma para protegerme del frío y sigo caminando, a pesar de que el viento sopla con tanta furia que me resulta bastante difícil mantener el equilibrio. Miro a mi alrededor. No tengo ni la más remota idea de dónde me encuentro. Parece un barrio vacío, desconocido y bastante aterrador. Cada vez que los rayos iluminan los oscuros callejones, los perros abandonados sueltan unos escalofriantes aullidos que me ponen los pelos de punta. *No tengo miedo. No tengo miedo.* Me lo repito a mí misma tantas veces que acabo creyéndomelo. Sigo andando hasta que el móvil empieza a vibrar dentro de mi mano. Miro la pantalla. Esta vez es Emma.

—Si vas a darme la charlita, ¡olvidalo! —gruño nada más descolgar.

—¿Dónde demonios estás? —grita, alarmada—. Tu madre está tomando tilas para los nervios, tu novio ha llamado al FBI y se ha ido como un demente, con el coche a todo gas, y todos tus invitados están buscándote enloquecidos en Twitter, Instagram, Facebook, Google Maps y Page Six. ¡Y no apareces por ninguna parte!

Entorno los ojos al escuchar sus descripciones apocalípticas. Emma puede ser muy melodramática a veces. Seguro que no es para tanto.

—¡Esa no es la cuestión! Lo que tienes que saber es que no pienso volver. No. No voy a volver con esa bestia burlona, retorcida y maliciosa nunca más, así que...

—Catherine... —interrumpe mi verborrea, en tono apaciguador.

—Tienes que hacer mis maletas y...

—Catherine...

—Enviármelas a Londres porque...

—¡Se refería a Catherine Hill, joder! —me grita, fuera de quicio.

Me detengo. Ella suelta un largo resoplido de agotamiento.

—Él no estaba hablando sobre ti —me explica, en tono más tranquilo—. Andrea le había preguntado sobre la supuesta relación que mantiene con Miss Mundo. Él estaba negándolo todo. ¡Porque te quiere! Así que deja de hacerte la loca y vuelve de una puñetera vez. Y llámale antes de que contrate a un agente de la CIA... la NASA... o... las... ¡SS! para rastrearte. Ha perdido el juicio por completo. ¡Tenías que haberlo visto! Se fue hecho una fiera.

—Madre mía, madre mía, madre mía... —es lo único que soy capaz de decir.

No puedo creer que esto esté pasándome a mí. ¡Y el día antes de mi boda! ¡Dios! He metido la pata, pero bien metida esta vez. Él quería explicármelo y aclarar las cosas, pero yo me he negado a escucharle. ¿Es que no he aprendido nada del pasado? Después de todo, ¿sigo desquiciándome por los *paparazzi* y mis ridículos celos?

—Emma... —lloriqueo.

—Sí, lo sé. Eres gilipollas. Anda, llámale —me dice antes de colgar.

¡Maldición! Marco el número de Nate y antes de que dé tono, él ya lo coge.

—Escúchame bien —me dice, serio y tenso—. Necesito saber dónde estás. Es peligroso que vayas...

—Sé que no te referías a mí —lo interrumpo—. Lo siento. Me he desquiciado un poquito.

Se calla. Deja escapar un suspiro de alivio.

—Te perdono —masculla en tono gruñón—. Ya hablaremos luego de ello. Ahora dime dónde cojones estás para ir a buscarte.

Sonrí, sin poder evitarlo. Sé que él también lo está haciendo al otro lado del teléfono. Solo está haciéndose el cascarrabias.

—¿Nate? —pausa. No se digna a gruñir, siquiera—. Nate... sabes que te quiero.

Otra larga pausa. Una blasfemia. Un soplido. Un... ¿golpe?

—¡Joder! Yo también te...

No escucho esa palabra que tanto anisaba escuchar en el pasado. Mi móvil se precipita hacia el suelo antes de que él la formule. Completamente desconcertada, me llevo una trémula mano a la cabeza, justo en el lado izquierdo, a unos dos centímetros por encima de la oreja. Palpo la zona golpeada y miro las puntas de mis dedos. Están llenas de sangre. No soy capaz de gritar, una fuerte mano me tapa la boca y la nariz, y cada vez me siento más y más débil. Mi cuerpo empieza a tambalearse, pero antes de caer al suelo, alguien me agarra y me acurruca entre sus brazos, casi con ternura. *Su olor... Me es muy familiar... ¿Donde he olido esta colonia antes?... ¡Piensa, Catherine!*

Intento mantenerme despierta. Es crucial que me centre en eso ahora. Por desgracia, mi cuerpo tiene otros planes para mí. Mis parpados van cayendo poco a poco y, por mucho que lucho, se vuelve imposible no cerrar los ojos y dejarse seducir por esa espiral hipnótica que, una vez más, me arrastra hacia ella. Mi último pensamiento coherente antes de que me abandonen las fuerzas es «*¿Se puede ser más idiota?*». Épico. Verdaderamente épico...

El olor es casi asfixiante, tan fuerte que me entran arcadas. Diría que es una mezcla de cerrado, rancio y húmedo. Tengo que parpadear varias veces para adaptar mi vista a la oscuridad. *Dios, creo que me va a estallar la cabeza en breve. ¿Dónde demonios estoy?* Lo primero que veo es una deprimente pared que en su día estuvo pintada de verde, pero ahora, a causa de la cantidad de moho que la cubre, parece gris.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí? ¿La Bella Durmiente acaba de despertar? Espera que encienda la luz. Necesito ver la belleza de tu rostro antes de desfigurarlo.

Entrecierro los ojos mientras gruño un impropio. Una intensa luz blanca, proveniente del foco que acaba de encenderse y está enfocado hacia mis pupilas, me ciega tanto que no soy capaz de distinguir el rostro del hombre que ha hablado. Aunque tampoco hace falta. Reconocería esa voz en cualquier parte. Ese sarcasmo, ese acento sureño, esa falsa dulzura, me resultan asquerosamente familiares.

—¿Qué pasa, mi vida? ¡No me digas que no te alegras de verme! Sabes que eso me partiría el corazón.

Estoy desorientada y todavía un poco aturdida por el golpe. Con las dos palmas apoyadas contra el reposabrazos de mi silla, hago ademán de levantarme, pero no consigo moverme ni un milímetro. Hay algo que me inmoviliza.

—Qué demo... —me detengo, bajo la mirada y me doy cuenta de que hay unas cuerdas negras alrededor de mi torso y otro par sujetándome los muslos. Sacudo la cabeza, sin dar crédito. *¡Venga ya! ¡Tienes que estar de coña! ¡Me ha atado, el muy cabrón!*

Intento mover los pies, aunque tampoco lo consigo, puesto que los tengo pegados el uno al otro y las cuerdas que rodean mis tobillos están tan apretadas que la sangre ha dejado de bajar a esa parte de mi cuerpo. *¡Claro que te ha atado los pies, Catherine! ¡Madura de una vez! ¡Es un asesino psicópata, por el amor de Dios! ¿Qué esperabas? ¿Flores y tarta?* Decidida a mantener la cordura, lanzo una escrutadora mirada a mi alrededor para evaluar mi situación. De acuerdo, esto son los hechos: estoy atada a una silla. Incomoda, por cierto. La salida más cercana está a unos cinco metros de distancia. ¿Solución? Fácil. Desatarme, correr más rápido que Beckham y rezar para que no me alcance... y para que la puerta no esté cerrada con llave... y para que fuera haya un medio de transporte con la llave en el contacto y gasolina en el depósito... Vale, eso es rezar demasiado.

—No mires la puerta, ojitos bonitos. No vas a llegar hasta allí.

—¡Vete a la mierda! —ladro.

Empiezo a menearme como una desquiciada para aflojar las cuerdas.

—Lo único que vas a conseguir es hacerte daño, encanto. Te he atado jodidamente bien. ¿Sabías que siempre he querido ser marine?

Por supuesto que no consigo desatarme. ¡¿Por qué será que eso no me sorprende?! Bien, puesto que fugarse no es una opción, será mejor que mantenga la calma y siga con el escrutinio. Cotejo de nuevo las posibilidades de salir de esta. Nulas, siendo optimistas. La situación es la siguiente: estoy en un sótano. No hay ventanas de ningún tipo, con lo que no me cabe duda de que sea un sótano. En un lugar húmedo, vacío y sucio. Maloliente. Oscuro, salvo por la luz que me enfoca a mí. No se escuchan ruidos de ningún tipo, ni metro, ni tren, ni pitidos, así que, o bien ya no estoy en Nueva York, o estoy en alguna parte en las afueras. Solo estamos él y yo. Cara a cara. Sabía que iba a llegar este día. Lo he estado esperando. Me he estado preparado para ello. Supongo que una oscura parte de mi cerebro incluso deseaba que este encuentro sucediera. Y aquí estamos.

Lo he imaginado todo en mi mente, una y otra vez, solo que en las películas que yo me montaba, había ratas. Doy gracias a Dios de que no haya ratas ahora. O si las hay, yo no las veo. Siempre he odiado las ratas. Será por eso por lo que invierto mi fortuna en gatos. Una plaga acaba con la otra plaga. Dejo de desvariar sobre roedores y me centro en mi situación. No pinta nada bien la cosa. Por como lo veo, estaré muerta antes del amanecer. Posiblemente antes de medianoche. ¿Lo más probable? Dentro de media hora.

Debería estar asustada. ¿Por qué demonios no estoy asustada? Algo va mal. Hago mentalmente el chequeo de todo lo que debería sentir y me horrorizo al darme cuenta de que no siento nada en absoluto. No me tiembla el pulso. No noto mi corazón latir con rapidez dentro de mi pecho. Ni siquiera hay escalofríos recorriendo mi espina dorsal. Estoy entumecida, como aquella noche cuando me fui de Nueva York. *La noche cuando...* Mis pensamientos se detienen. ¡Oh, Dios! ¡Lo he vuelto a hacer! Casi puedo escuchar a Nathaniel Black diciéndome: *«Es como si tuviera un botón dentro de mí que, siempre que acciono, lo apaga todo. Mi vulnerabilidad... Mis debilidades... Todos y cada uno de mis sentimientos... Todo. Se va...»*

Y al darme cuenta de que es lo que realmente está pasándome, me echo a reír, incapaz de detenerme. Es una de esas risas histéricas que te poseen en los momentos menos oportunos y no puedes controlar. Seamos sinceros, voy a morir. Eso no tiene gracia. Pero, aun así, mis carcajadas interrumpen el siniestro silencio en el que estábamos sumidos.

—¿Qué es lo que te divierte tanto? —me pregunta él, atónito, mirándome como si estuviera dándome algún brote psicótico.

¿Estará dándome algún brote psicótico? Indudablemente. Tengo que respirar hondo varias veces y esperar un largo rato hasta tranquilizarme y ser capaz de hablar.

—Tú. Siempre he sospechado que te iba el rollo *sado*.

Suelta una carcajada, aunque en su mirada no se refleja la misma diversión que en sus labios. Se encamina hacia mí, despacio, mirándome con desconfianza. El sonido de sus pasos, que rebota contra las paredes vacías, impacta contra mis oídos de una forma casi dolorosa. *Definitivamente, me va a estallar la puta cabeza.*

—Me sorprende tu sangre fría, querida. Estás acojonada y, aun así, te comportas como si esto no te asustara en absoluto.

A pesar de que mis ojos se mantienen mortalmente fríos, una risa despiadada y cargada de desprecio brota de mi garganta.

—¿Acojonada? ¿Yo? ¡Por favor! He visto el mundo —me detengo, ausente, con la mirada perdida en el vacío—. He estado en todas partes, haciendo todo lo que se podía hacer. Durante mis misiones humanitarias me ha pasado de todo y, aun así, aquí estoy —alzo la mirada hacia él, con un resplandor de desafío en mis ojos—. Nada puede tumbarme. He sobrevivido a la malaria en África, al dengue en el norte de Sudamérica y, sí, lo admito, he llevado un Prada de imitación en la India porque los idiotas de la aerolínea perdieron mis maletas y esa fue la única ropa que pude conseguir en tan poco tiempo. Según puedes ver, me adapto a situaciones extremas.

Su sonrisa petulante se desvanece en cuestión de segundos. Guarda silencio, limitándose a escrutar mi rostro con mucha atención. Me mira de la misma forma que Nathaniel, como si quisiera memorizar cada uno de mis rasgos. Durante un instante, un irritante pensamiento que no me agrada en absoluto cruza mi mente, recordándome que estoy metida en todo este lío porque me lo he buscado yo solita. Bloqueo de inmediato esas estúpidas ideas. Si este es el fin, prefiero pasar los momentos que me quedan recordando el rostro de Nathaniel. ¡Qué irónico! Incluso mis últimos pensamientos se los dedico a él. Ese es el efecto que Nathaniel Black produce en mí.

—Estás comportándote así porque te aterra admitir que estás asustada —la voz de él me saca de mi mundo interior para devolverme a esta horrible realidad—. De hecho, creo que te aterra tanto que no eres capaz de admitírtelo ni a ti misma.

Esbozo una sonrisa de superioridad y, con una lentitud casi desesperante, levanto la cabeza para clavar la mirada en sus brillantes ojos.

—Soy una superviviente, así que si piensas que un gilipollas como tú va a conseguir impresionarme a estas alturas de mi vida, lo llevas jodido, *querido* —acentúo la palabra querido con todo el desprecio del que soy capaz.

Él asiente con la cabeza y, sin que la sonrisa se borre de sus labios, me da una bofetada que hace que mi rostro se gire hacia la derecha, violentamente.

—¡Podías haber tenido la cortesía de mantener cerrada esa puta boca!

Me ha debido de partir el labio, puesto que el desagradable sabor de mi propia sangre inunda mi paladar. Antes de hablar, me paso la lengua por la esquina derecha de la boca, que me escuece al rozarla.

—Y tú podías haber tenido la cortesía de no atarme a una silla —repongo, con toda la tranquilidad del mundo, manteniendo la cabeza ladeada hacia la derecha—.

¿Estás haciendo esto porque te dejé plantado el día de nuestra boda?

Él sacude la cabeza para negarlo, arrastra una silla y se sienta frente a mí, irritantemente cerca, con las piernas separadas. Cuando se inclina hacia mí para mirarme a los ojos, medio sonrío.

—No. Aunque no tuviste que hacer aquello. Realmente me partiste el corazón.

Enderezo la cabeza al mismo tiempo que le pongo mala cara.

—Tú no tienes de eso.

Mis acusaciones le divierten. Lo deduzco por la amplia sonrisa que se apodera de sus labios.

—Cierto.

Nos miramos el uno el otro a los ojos durante un tiempo incalculable, hasta que él extiende el dedo índice y, con un gesto demasiado dulce teniendo en cuenta las circunstancias, limpia la sangre que hay en la esquina de mi boca. Para mi asombro, se lleva el dedo a la boca y lo chupa. Hago una mueca de asco.

—¡Tío, eso es repugnante! ¿Y si tuviera la hepatitis C?

—Me la habrías pegado todas las veces que follamos —repone, y una diversión sardónica ilumina sus pupilas—. ¿Te acuerdas de ello, amor mío? ¿Eh? Seguro que sí.

Me relajo en mi asiento. Tengo la certeza de que esta noche voy a morir, así que pienso hacerlo tal y como he vivido: con dignidad, una amplia sonrisa y fingiendo que nada de esto está pasando. Saldré por la puerta principal con la cabeza bien alta. Porque cuando todo se va a la mierda, lo único real a lo que puedes agarrarte es al orgullo. Y a las apariencias. Una vez tomada esa decisión, compongo una sonrisa piadosa.

—Suelo borrar de mi mente los hechos traumáticos. Y por si te surgen dudas, *sí*, acostarme contigo fue un hecho traumático.

Tuerce la sonrisa.

—Eres una mentirosa y los dos lo sabemos —tanto su tono de voz, como su desafiante mirada, demuestran un perfecto control de la situación.

No seas idiota, Catherine. Claro que controla la situación. ¡La que está atada a una silla eres tú!

—¿Qué quieres, Jonathan? —pregunto con voz cansada. Nada más decirlo, me doy cuenta de que ese no puede ser su nombre verdadero, así que entorno los ojos y susurro en tono conspiratorio—: ¿Te llamas Jonathan?

Sacude la cabeza muy despacio.

—¿Cómo te llamas entonces?

—Mike —me contesta, después de un largo silencio.

—Mike... —repito, pensativa—. ¿Seguro que no te llamas Jimmy? ¿Mmmm? Piénsalo bien antes de contestar. Tienes cara de llamarte Jimmy. Y de apellido tal vez... ¿Brown? —le propongo, ceñuda.

Él mueve de nuevo la cabeza para decir que no y he de admitir que parece bastante sincero. Nada de esto tiene sentido entonces. Si no es Jimmy Brown, ni está haciendo esto porque le he dejado plantado al altar, ¿por qué demonios estoy aquí?

—Te equivocas, mi vida. Yo no soy Jimmy Brown. Como he dicho, mi nombre es Mike.

Su insolente mirada me saca de quicio, pero, como he decidido no perder los estribos todavía, finjo una serenidad que en realidad no siento.

—Mike... ¿qué más?

Sus ojos muestran un brillo extraño mientras que sus labios dibujan una sonrisa de amargura.

—Solo Mike.

—De acuerdo, *solo Mike*. Y dime, ¿por qué estás haciendo esto? ¿Qué quieres? ¿Dinero... fama... torturarme a tu retorcida manera porque es lo que te excita?

—Justicia —se limita a decir.

Dejo escapar un largo soplo. Esto pinta mal. Muy mal. Los justicieros son los peores de todos.

—Vale. Lo pillo. Eres un legionario. Un justiciero. ¡Eres Austin Powers! ¿Y qué demonios quieres de mí?

Ladea la cabeza hacia la derecha y me evalúa con la mirada antes de contestar.

—Es evidente. Quiero castigarte.

¡Virgen Santísima! ¿Por qué siempre atraigo a los locos? Soy como un imán para los dementes.

—Dime, princesita, ¿qué tiene él que no tenga yo?

Oh, una pregunta fácil. A esta estaré más que contenta de contestar. Y sí, soy consciente de las consecuencias, pero me pica la lengua demasiado como para contenerme.

—Veamos... es rico, guapo, carismático, divertido, intenso, magnético y su polla es... —me detengo para lanzarle una sonrisa de triunfo—. Si me desatas, te enseño el tamaño. Es realmente impresionante.

Se levanta de la silla con tanta brusquedad que la vuelca. Y antes de que el ruido de la silla metálica golpeando el cemento inunde el espacio, sus puños impactan contra mi rostro y mi estómago. Una vez. Y otra. Y otra. Si pudiera, me doblaría de dolor, pero el estar atada a una silla me lo impide. El dolor físico es tan lacerante que me deja sin aire. Nunca había sentido algo tan fuerte, ni me habían golpeado con esta violencia. Hago uso de todas y cada una de mis fuerzas para apretar los dientes y no chillar. Me niego a darle esa satisfacción.

—¡Hazte un favor y cállate! —ladra, apartándose de mí—. No provoques mi ira. No quiero torturarte, pero si no me das otra opción, lo haré.

A pesar de que lo que quiero hacer es revolcarme por el suelo y aullar de puro dolor, finjo estar bien, alzo la barbilla y me río entre dientes. Debo de resultarle aterrador, con el rostro hinchado y los dientes manchados de sangre, porque, al verme hacer aquello, da un respingo.

—Pegar a las damas te la pone dura, ¿eh? —jadeo.

Sonríe, se enrolla las mangas de su camisa de *denim*, levanta la silla y vuelve a sentarse. Se inclina hacia mí, con las dos palmas apoyadas contra sus rodillas.

—¡Princesa, admitámoslo! Tú no eres una dama.

A pesar de que me duele cada centímetro de mi rostro, las esquinas de mi boca se curvan en una sonrisa malévola.

—Cierto. No lo soy —hago una larga pausa para recuperar el aliento. Él se limita a sostener mi mirada—. Sabes que va a venir a por mí, ¿verdad? Él va a encontrarme. Siempre lo hace. Y cuando lo haga, no quisiera estar en tu lugar. El que debería hacerse un favor a sí mismo eres tú. Suéltame antes de que venga. Te garantizo que no va a ser tierno contigo.

—¿Tú crees? —pregunta con sorna.

Guardo silencio durante un momento, sin interrumpir el contacto visual.

—Tal vez pienses que va a matarte —continúo en tono inexpresivo—. Te equivocas. Nate no es así. Por desgracia para ti, él es... ¿cómo lo diría?... ¿retorcidamente creativo? Porque ¿quieres saber qué es lo que va a hacer? Abrirá esa puta puerta de una patada —le señalo la puerta con la mirada—, luego va a meterte una bala en el culo, se sentará en esa misma silla de allí... *sí*, esa, la que estás mirando, se sacará su petaca de *bourbon* del bolsillo interior de su chaqueta de cuero y estará tomando tragos y fumándose un paquete de cigarrillos de alguna marca americana escandalosamente cara, mientras tú estarás desangrándote en este asqueroso suelo de cemento. Y te garantizo que tu agonía será larga y... *agónica* porque a él le encanta crear expectativa.

Su rostro se endurece al escuchar mis palabras. Sé que es capaz de notar el toque de veneración que hay en ellas al referirme a Nathaniel Black.

—Hablas sobre él como si fuese alguna clase de superhéroe —masculla con los dientes apretados.

Adopto una expresión de falsa ternura.

—Porque lo es.

—Nadie va a encontrarte, preciosidad —resuena una segunda voz masculina, a mis espaldas.

Mis ojos se dilatan de auténtico espanto. *Oh... no... ¡Esto pinta muy mal! ¿ha estado ahí durante todo este tiempo?*

—Esta noche solo vamos a estar tú, yo y Mike. Y los tres vamos a pasarlo muy bien juntos —añade en tono dulzón.

Se encamina hacia mí con paso lento. Oigo el ruido de sus pisadas, aunque aún no aparece dentro de mi campo visual. Tampoco es que necesite verle para saber quién es. Conozco perfectamente esa voz y me maldigo a mí misma por no haberme dado cuenta de ello desde el principio. ¿Quién iba a sabotear los frenos del coche de Nathaniel Black? Él es una superestrella de Hollywood. No cualquiera llega hasta él. No cualquiera engaña los sistemas de vigilancia y a sus guardaespaldas. Tenía que

ser alguien de dentro, cercano a él. Alguien con acceso a su casa. Alguien que posiblemente tuviera las llaves. Estaba claro desde el principio quién era el principal sospechoso. ¿Cómo es que no lo he visto?

—Déjame adivinarlo. Jimmy Brown.

Camina hasta detenerse delante de mí. Está de pie, con su metro noventa de estatura y su macizo cuerpo tapando la luz del foco. Me doy cuenta de que sus labios están fruncidos en una sonrisa. ¡Maldito hijo de puta!

—*Enchanté* —me contesta, haciendo una teatral reverencia.

Me entran náuseas solo de mirar su rostro, tan arrogante y tan familiar.

—¡Eras su amigo! —le grito, asqueada—. ¡Él te considera su amigo!

—Él no tiene amigos —repone con calma.

Sacudo la cabeza con amargas lágrimas nublando mi mirada, los labios entreabiertos y el rostro descompuesto de dolor. ¡*Dolor!* Estoy empezando a sentir cosas. El impacto que me produce verle es tan fuerte que el hielo, la armadura que me mantiene a salvo, empieza a resquebrajarse. No puedo sentir cosas en este momento. Sentir es una mierda.

—Eras mi amigo... —musito, sin fuerzas.

—Tú tampoco tienes amigos, guapa.

Apago esa débil llama de dolor que se ha encendido en mi interior y me centro en el otro sentimiento que me invade, la furia. Una furia en su estado más puro, intenso y abrasador, más huracanada que nunca. Soy consciente de que la furia es lo único que puede sacarme de esta, así que me abandono a ella.

—Eres un maldito hijo de perra —escupo entre dientes con todo el desprecio del que soy capaz.

Durante un instante, finge estar consternado, aunque inmediatamente sonrío.

—Tomaré eso como un cumplido —comenta mientras se saca un chuchillo del bolsillo y lo coloca encima de la mesa.

Trago en seco al ver la luz del foco reflejándose en la hoja metálica que dentro de pocos instantes estará clavada en alguna parte de mi cuerpo. La vieja yo se habría desmayado de miedo al menos siete veces hasta ahora. ¿Pero la nueva yo? A ella no le importa. Ella no es débil. Ni vulnerable. Ni tan jodidamente patética. Ella es la mejor versión de mí misma.

—Eres una putita, princesa —prosigue, con la tranquilidad de una persona que está comentando el tiempo que va a hacer durante el fin de semana—. ¿Sabes lo destrozado que dejaste a mi hermanito aquí presente? Y ahora estás ahí sentada, haciéndote la chica dura. ¿Pero sabes qué, niña de mamá? No eres más que una debilucha. Y yo me ocuparé de demostrártelo esta noche. De hecho, eres tan patéticamente débil que te mataré antes de que acabe contigo.

Clavo la mirada en el suelo durante un buen rato. Cuando la gente percibe tu debilidad, la aprovechan para aplastarte. Eso es algo que aprendí hace muchos años. Así que tengo claro que nadie va a verme llorar, ni suplicar por mi vida. ¡Nunca! Soy Catherine Collins-Fitzgerald y me comportaré como tal, aunque sea por una vez en la vida.

—¡Qué te den! —rezongo.

Él ríe entre dientes al ver cómo mis ojos le espetan.

—¿Preparada para suplicar? —me pregunta con suavidad mientras se quita la chaqueta y la coloca en el respaldo de una silla.

Es horriblemente fuerte, tanto que todo mi cuerpo tiembla al pensar en lo que va a hacerme esta noche. *No tengo miedo. No tengo miedo*, me repito a mí misma hasta que se me queda grabado en la mente como un gusano cerebral. Mi único plan es jugar con el tiempo a mi favor y rezar para que Nathaniel me encuentre antes de que me maten. ¡Vaya mierda de plan!

—Voy a morir igualmente —les digo con serenidad—. ¿Por qué no contarme las razones que os empujan a hacernos esto? Me jodisteis la boda... me partisteis el labio... Creo que me debéis al menos eso.

Jimmy se queda callado y pensativo, supongo que meditando sobre el asunto. Al verle dirigirse hacia una silla, sonrío con complacencia para mis adentros. Puede que mi plan no fuera tan malo, después de todo. Mike permanece sentado en su asiento, mirándome sin más. Tengo claro que el que está al mando es Jimmy, puesto que, en su presencia, su hermano queda completamente anulado. Y saber eso me da cierta ventaja.

—No veo por qué no —arrastra ruidosamente la silla hasta colocarla delante de la mía. Se sienta—. Supongo que ya sabrás que él y yo tenemos algo en común.

Entorno los ojos. ¡Estoy muy harta de esa mujer!

—Mary —señalo entre dientes, con todo el desprecio del que soy capaz.

Asiente.

—Exacto. Mary. Y ahora ella está muerta.

—¡Porque tú la mataste, cabrón psicópata hijo de puta! —escupo, presa de la excitación. Al darme cuenta de mi arrebatado, carraspeo y añado a modo de explicación—: Ejem... lo siento, me he dejado llevar por el entusiasmo.

Él me dedica una sonrisa indulgente.

—Si no me cayeras bien, te habría partido los dientes por llamar puta a mi madre. Tú y yo nos conocemos lo bastante como para saber que todo lo demás es cierto.

Observo con astucia la expresión sincera que hay en su rostro. Realmente me mira como si le cayera bien. Tal vez si toco su fibra sensible... Decido hacerme la simpática con él. ¡Quién sabe! Puede que incluso funcione. Total, mi situación no puede empeorar.

—Eh, tú mismo lo has dicho. Yo siempre te he caído bien, a pesar de ese pequeño... minúsculo... *incidente* de nada que estoy segura de que has olvidado ya. No es necesario que hagas esto, Jimmy. Suéltame y te prometo que todo va a salir bien. Somos amigos. Ni siquiera te demandaría por secuestro —agrego con buen humor, esperando haber sido lo bastante convincente.

Su mirada se encuentra con la mía. Sacude la cabeza. ¡Mierda! No parece convencido.

—No puedo, Catherine. No puedo dejarte marchar... Tú eres la única arma que puede destruirle. Eres su kriptonita, ¿no te das cuenta? He intentado matarle otras veces, pero he estado *tan* equivocado. Matarle no significa destruirle —se detiene, con los ojos turbios y el ceño fruncido—. Si le mato, él gana. En cambio, si te mato a ti, si él ve cómo suplicas por tu vida sabiendo que estás metida en esto por su culpa, ese... *ese* va a ser el fin de Nathaniel Black. Y yo habré ganado —añade en un murmullo después de un largo silencio.

—¿Por qué ahora? —escruo su rostro en silencio—. Entiendo por qué manipulaste los frenos hace dieciocho años, ¿pero ahora...?

Cuando aprieta los labios, me doy cuenta de que está haciéndolo para disimular lo mucho que le tiembla el labio inferior.

—Nunca conocí a mis padres, ¿sabes? Murieron cuando Mike y yo solo éramos unos bebés. Mary contrató a un detective privado y así averigüé que tenía un hermano. Ella nos encontró de nuevo —se detiene, con expresión abstraída—. Mary era increíble.

—Siento que haya muerto —musito, conmovida al ver su rostro, que en cuestión de segundos ha envejecido diez años a causa de los espasmos de dolor que lo recorren.

—Perder a Mary fue... —traga en seco, aprieta la mandíbula y sus ojos brillan como nunca— eso derrumbó mi mundo. Me vine abajo.

—Desapareciste después de su muerte —no es una pregunta.

Él asiente.

—Necesitaba empezar una vida nueva. Todo lo que me rodeaba me recordaba a ella. Tenía... —sacude la cabeza— tenía que dejarlo ir. Solo mantenía contacto con mi hermano. Intentaba olvidar lo que pasó esa noche. Bebía... follaba... mataba talibanes... en fin, no me iba mal la cosa. Pero vi a Nathaniel Black —su expresión se vuelve dura y yo doy un respingo ante el odio que leo en su rostro—. Le vi cara a cara. ¡Apreté su mano! Fue hace dos años y medio. Estábamos en Afganistán, en una misión. Y allí se presentó él, el chico malo de Hollywood venía para apoyar nuestra causa. ¡Era tan arrogante! ¡Tan seguro de sí mismo! —su voz se vuelve igual de áspera que su mirada—. Hubo un atentado. Alguien colocó una bomba dentro de nuestra base —guarda silencio durante largo rato, entrecierra los ojos y resopla—. Y él me salvó la vida —musita.

Abro y cierro la boca varias veces. Me ha dejado completamente descolocada y sin aliento. Definitivamente, alguien tiene que resucitar a Freud.

—¿Te salvó la vida? —pregunto, sin dar crédito. Él asiente—. ¿Entonces por qué demonios quieres matarle?

—Porque yo no quería vivir —masculla entre dientes, con el rostro convertido en una máscara de agonía—. Le grité que se fuera. No quería deberle una puta mierda.

Pero me dijo que no me abandonaría. Qué todo iba a salir bien. Y me sacó de allí. Claro que eso no le bastó. Encima me ofreció un trabajo.

Para una vez en su vida que hace algo noble el pobre muchacho ¿y cómo se lo pagan? Saboteando los frenos de su coche. ¡Varias veces! Horriblemente cansada de toda esta situación, me limito a mirar su rostro, que expresa mucho más que cualquier palabra. Leo dolor y vulnerabilidad en sus facciones. Y esa mezcla es tan intensa, casi palpable, que me deja sin palabras durante largo rato.

—¿Por qué aceptaste trabajar para él? ¿Por qué te convertiste en su guardaespaldas?

Se encoje de hombros.

—Le debía una.

Frunzo el ceño. Está claro que nunca voy a comprender los actos de un asesino psicópata, pero, aun así, nada de esto tiene sentido.

—¿Entonces por qué intentaste matarle? Hace dos años... el Lamborghini... también fuiste tú, ¿verdad? —asiente—. ¿Por qué?

Coge aire en los pulmones y lo suelta ruidosamente, antes de hablar.

—Porque te conoció a ti. Y cambió. Me enfurecía verle tan feliz. Odiaba que él fuera tan feliz mientras ella yacía en esa tumba.

Inspiro profundamente para tranquilizarme. Está poniendo muy a prueba mi paciencia, tanto que me entran ganas —sí no estuviera atada a una silla, claro—, de abalanzarme sobre él y soltarle unos merecidos bofetones hasta hacerle entrar en razón.

—No fue culpa suya —le digo en una voz tan vibrante que deja bien claro lo enfurecida que estoy.

Él me mira desolado, con los labios separados y el ceño arrugado.

—Lo sé... —musita, y sus ojos parecen atormentados a causa de la lucha que debe de desarrollarse en su interior—. ¡Lo sé! Pero no soportaba que él rehiciera su vida, ¿lo entiendes? Una parte de mí, mi lado... oscuro... quería que muriera. Pero otra vez engañó a la muerte. Me odie a mí mismo al enterarme de que conducías tú. No quería otra Mary sobre mi conciencia —se detiene y me dedica una sonrisa tan sincera que me descoloca—. Y tú siempre me has caído bien. De todas sus novias, eres la única que recuerda mi nombre.

Mientras un intenso dolor atenaza mi garganta, las lágrimas, unas horribles lágrimas que no hacen más que avivar mi angustia hasta límites inaguantables, empiezan a escurrírseme por las mejillas.

—Pensaba que te llamabas Liam —musito.

A pesar de que sus ojos se vuelven todavía más turbios, sonrío.

—Me gustaba ser Liam. Por desgracia, no podía seguir siéndolo.

Me quedo muda, contemplando su pálido rostro a través de las lágrimas que rondan silenciosas por mis mejillas.

—¿Qué fue lo que pasó a continuación? ¿Por qué seguiste a su lado?

Se pasa las dos manos por el pelo, desesperado.

—No lo sé... —sacude la cabeza, mirándome con los ojos vidriosos—. El caso es que lo hice. Seguí fingiendo que éramos amigos. Me gané su completa confianza.

Supongo que me agradaba verle tan infeliz. Cuando te fuiste, le destrozaste. Pero luego levantó cabeza de nuevo. Volvía a tener esperanzas. Quería recuperarte y ser feliz contigo. Eso me enfureció terriblemente. Así que impedí que pasara. Aunque por lo que se ve, volvió a escabullirse. Ese hombre realmente es imposible de matar.

Intento digerir todo lo que está contándome.

—¿Por qué tienes la manía de los frenos? ¿Por qué no pegarle un tiro? ¿No te parece que manipular unos frenos sea de nenazas asustadas? ¿Por qué no hacerlo como los hombres de verdad?

—Porque necesita que él sienta lo que ella sintió —me explica Mike. Casi se me había olvidado que sigue aquí.

Giro la cabeza hacia él y le dedico una mueca irónica.

—¿Y tú que sabrás?! ¡Ni que fueras Freud!

Él me sonrío.

—Soy psicólogo, vida mía.

Vale, ¿en qué clase de mundo retorcido estamos viviendo?

—Si eres psicólogo, ¿por qué demonios no curas a tu hermano? ¡Está sufriendo un brote psicótico!

—Como he dicho, soy psicólogo, no psiquiatra.

Dejo escapar un largo suspiro. Esta familia se vuelve cada vez más interesante.

—Manipulaste las aspirinas —le digo a Jimmy, girando la mirada hacia él.

—En realidad, fui yo —confiesa Mike en voz suave—. Vuestro amor me resultaba tan asqueroso que quería daros un sustillo. Y supongo que una parte de mí quería que me recordaras. Creí que ibas a darte cuenta al ver los corazones, que ibas a relacionarlos con un hombre al que le partiste el corazón, pero supongo que no eres tan lista como pareces.

Pongo mala cara.

—Lo siento. Es que mi mente no funciona como la de los psicópatas.

Ambos prorrumpen en risas.

—¿Hay algo más que te gustaría saber antes de morir? —me pregunta Jimmy, quien, de repente, se vuelve tan mortalmente serio que hace que su intensa mirada me provoque escalofríos por toda la espina dorsal.

—Hay demasiadas preguntas sin respuesta —digo, humedeciéndome los labios secos.

—Y, aun así, tan poco tiempo, vida mía —repite Mike.

Mi mirada encuentra la de Jimmy y la sostiene.

—Intentaste ayudarme. ¿Por qué? Y no me digas que era tu tapadera porque no me lo trago.

No me contesta, pero, mirándole a los ojos, sé cuál es la respuesta a mi pregunta. Puedo ver el remordimiento, el tormento y la vergüenza que se ocultan tras esos profundos iris.

—Querías que yo te detuviera —musito, distraída.

Hace un gesto afirmativo.

—Sí, una parte de mí lo deseaba.

Giro la mirada hacia Mike.

—¿Doble personalidad?

—Doble personalidad —corrobora él.

—¿Y tú?

—Solo maniaco depresivo.

Maravilloso. Mi vida se ha convertido en una versión retorcida de *Psicosis*. Exhalo un suspiro de fastidio. He recibido tantos impactos esta noche que un oscuro velo, un cóctel de confusión y aturdimiento, envuelve mi mente, impidiéndome pensar con claridad. Intento poner orden en mis pensamientos y aplazar un poco más las torturas. Porque soy consciente de que, a pesar del vínculo que hay entre nosotros, van a torturarme.

—Una última cosa —mi voz suena gélida como una noche de enero—. ¿Por qué te conocí? Es evidente que no estabas en ese bar por casualidad.

Mike sacude la cabeza para decir que no.

—Hermano, ¿se lo dices tú?

Jimmy resopla.

—Al ver lo mucho que te quería, quise apartarte de él, así que mandé a mi hermanito a Londres. Le consideraba lo bastante guapo como para hacerte perder la cabeza.

—Pero tú le amabas a él —apostilla Mike en tono seco—, con lo que nuestros planes salieron mal.

—¿Ibas a torturarme o matarme después de casarnos?

Sacude la cabeza de nuevo.

—No. Puede que al conocernos no fuera del todo sincero contigo, puede que mis razones iniciales no fueran las más honestas, pero eso cambió. Realmente me enamoré de ti, Catherine. Y has de saber que me dolió mucho que le eligieras a él.

¡Maravilloso! ¡Un sueño hecho realidad! Un asesino psicópata con doble personalidad y un ex novio despechado y bipolar, los dos en la misma noche. ¿Por qué el universo, Dios y Lucifer me castigan tanto?

Jimmy se levanta repentinamente y yo me doy cuenta de que mi tiempo está acabándose. *Tic, tac, tic, tac...* Solo es cuestión de minutos.

—Bueno, puesto que hemos acabado con los testimonios, creo que podemos ponernos serios otra vez, ¿no os parece?

Trago en seco. No sé lo que me espera esta noche, y he de confesar que empiezo a acobardarme. No sé si voy a ser capaz de salir de esta. Siempre lo he hecho, soy una luchadora innata, nunca tiro la toalla, pero esta noche me siento cansada. Y débil.

—Enciéndela —le dice Jimmy a Mike.

Este se levanta de su silla y camina hacia la mesa.

—Toma —Mike le lanza una máscara de soldar a su hermano.

Este la agarra y se la coloca, tapándose así el rostro. Mike sigue su ejemplo antes de encender una pequeña cámara que hay encima de la mesa. Ni siquiera había reparado en ella y, cuando lo hago, mi mundo se detiene durante unos instantes.

—No... —murmuro, horrorizada.

Ahora entiendo sus planes. Y se me parte el alma al pensar en Nathaniel. Sé que, si ve cómo me torturan, suplicando por mi vida, no va a salir de esta. No es lo bastante fuerte como para superarlo. Sigue siendo el mismo mocoso con delirios de grandeza que se esconde detrás de una botella de *bourbon* y una cruel sonrisa, porque es demasiado endeble como para enfrentarse a los problemas. Sé que, si me ve morir, él morirá conmigo. Puede que no de forma física, pero va a ser mucho peor. Va a autodestruirse lenta y dolorosamente hasta acabar con todo. Y yo no puedo permitir que eso pase.

—Cuanto antes supliques, mejor para ti —Jimmy esboza un gesto parecido a una sonrisa, para envalentonarme, supongo—. No quiero hacerte mucho daño. Como he dicho, me caes bien. Así que suplica y te juro que te mataré tan suavemente que no vas a darte cuenta.

Levanto la mirada del suelo y, al encontrarse nuestros ojos, mi boca adquiere una sonrisa arrogante y muy desagradable.

—No temo morir. ¿Qué es la muerte, sino una prueba de que estoy viva?

Mike resopla con fastidio.

—Hazle caso, mi vida, por favor —me susurra con ternura mientras extiende el brazo y me acaricia el rostro con los nudillos de su mano.

¡Maldito hijo de puta! ¡Ain me quieres, ¿verdad? Bien, usaré eso en tu contra.

—Vete a tomar por el culo —escupo entre dientes, sin que la sonrisa se borre de mis labios—. ¡Ah! Y antes de irte, deja de llamarme *mi vida*. Yo no soy nada tuyo.

Antes de que yo lo vea venir, Jimmy se abalanza sobre mí y me da un golpe en el pecho con una fuerza tan brutal que el aire ya no consigue alimentar mis pulmones. Me doblo todo lo que puedo mientras ahogo un grito.

—¡Suplica, zorra! —ruge.

Permanezco con la barbilla bajada y sin aliento durante un largo tiempo. Estoy cotejando muy en serio la posibilidad de suplicar para acabar con todo. Supongo que, al fin y al cabo, no soy más que una debilucha. *¡Piensa en Nate! ¡Si te rindes ahora, vas a destruirle! ¡Tu trabajo es arreglarlo!* Y al recordar eso, centro todas mis fuerzas en él. Intento visualizar su mirada, esa cruel y maliciosa sonrisa que tanto amo, y luego intento pensar en sus apasionados besos.

Dicen que, al morir, ves tu vida desarrollándose delante de tus ojos. ¡Y un cuerno! Yo lo único que veo es el rostro de Nathaniel Black. Durante un instante casi puedo sentir el sabor a *bourbon* de su lengua y sus manos recorriendo mi cuerpo con desesperación. *Oh, Nate... ¿Dónde estás? ¿Por qué no vienes a por mí?* Pero luego recuerdo que Nate tal vez no sepa que he desaparecido. ¿Y si piensa que es alguna de mis rabietas? ¡Dios mío! Puede que esté sola en esto. Puede que nadie esté buscándome ahí fuera. ¡Puede que nunca encuentren mi cuerpo! Pensar en eso me horroriza tanto que me entran ganas de llorar. *¡Basta! ¡Basta! ¿Me has oído? ¡No vas a llorar! ¡Deja de comportarte como una niña asustada! Vas a enfrentarte a esto como siempre lo has hecho porque es lo que se supone que debes hacer.* Y una vez tomada esa decisión, alzo la barbilla. Doy un respingo al encontrarme con la grotesca sonrisa de Jimmy, que me observa de una forma espeluznante.

—Vete... a... la... mierda —mascullo, desafiante.

Sonríe y, antes de que me dé tiempo a añadir algo más, su puño impacta contra mi estómago. Abro la boca y jadeo fuertemente, incapaz de respirar.

—¡Que supliques!

Tengo que esperar mucho tiempo hasta ser capaz de volver a hablar.

—¡Que... te... jodan! —consigo decir, cogiendo aire en los pulmones a grandes bocanadas.

Sacude la cabeza y se echa a reír, aunque el gesto no pasa de sus labios.

—¿Por qué estás haciéndote esto? ¿Es que quieres sufrir?

—Deber —exhalo.

Él asiente, como si supiera exactamente lo que es el deber, y vuelve a abalanzarse sobre mí. Dejo escapar un grito ahogado cuando sus puños se encuentran con mi débil cuerpo. Parecen estar en todas partes, en mi rostro, en mi estómago, en mi pecho... ¡Oh, y el dolor! Un palpitante, brutal e inaguantable dolor que recorre cada músculo de mi cuerpo, cada pequeño rincón, no me permite respirar, ni moverme. Y lo peor de todo es que no puedo evadirme de ninguna manera de este horrible presente. ¡Ojalá me desmayara! Pero no... aquí sigo, paralizada de miedo.

—Hermano, te toca.

Mike, con el ceño fruncido, el rostro descompuesto y los ojos dilatados, se acerca vacilante.

—No quiero hacerte esto, preciosa —susurra con suavidad—. Por favor, suplica para que se acabe todo.

Una sonrisa desagradable se difunde por todo mi rostro.

—¿Piensas... que esto es... una tortura? —jadeo fuertemente—. Una tortura ha sido... aguantarte a ti. Tus besos... tus caricias... me resultaban asquerosos.

Levanta una mano temblorosa en el aire y me da una bofetada, clavándome los nudillos en la mejilla derecha. Duele, pero no es tan agresivo como su hermano.

—Pegas como... una nenaza —remarco con sorna.

Decirle eso es un error, porque acto seguido, su hermano se lanza de nuevo sobre mí y empieza a golpearme con una brutalidad arrolladora. A los dos minutos de recibir esos fuertes golpes, rezo para morirme de una vez. El dolor es tan agudo que soy incapaz de respirar y la sangre, que brota de mis labios y mi nariz, deja su intenso sabor en boca. Hasta hoy, no sabía que la sangre supiese a hierro. Apenas consigo entreabrir los ojos, de tan hinchados como están mis párpados.

—Liam... —logro vocalizar, en voz tan baja que apenas es audible—. Liam... ¿estás allí?

Su puño se detiene a escasos milímetros de mi rostro.

—¿Qué? —balbucea, completamente descolocado.

Intento curvar los labios en algo parecido a una sonrisa, pero no me sale muy bien. Mi rostro está destrozado.

—Qui... quiero hablar con... Liam... —mi voz suena terriblemente temblorosa y muy débil.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano por levantar un poco la barbilla y mirar su rostro a través de la niebla. No estoy muy segura de si lo que nubla mi vista es sangre o lágrimas.

—Liam... por favor...

Se queda en silencio durante un tiempo inconmensurable.

—Liam no está aquí, preciosa —murmura al fin—. Solo estoy yo, Jimmy.

Sacudo la cabeza, no demasiado. No puedo moverme sin auallar de dolor.

—Sé... sé que está ahí... dentro. Y es mi... a... am... amigo.

Hace una mueca de dolor mientras extiende el brazo y me roza la mejilla. Es un gesto muy suave, pero incluso ese toque me resulta doloroso.

—Lo siento, pero tu amigo se ha ido y no va a volver.

—Escúchame —exhalo—. Liam... tú... no quieres... hacer... hacerlo.

Aprieta la mandíbula y los puños y empieza a descargar de nuevo su ira contra mi destrozado cuerpo. Un golpe. Y otro. Y otro.

—¡Liam se ha ido! —grita mientras me da otra bofetada—. ¡Estás sola en esto! ¡Así que suplica!

Soy consciente de que Nathaniel no va a venir o, si lo hace, será demasiado tarde. Esta noche voy a morir sin duda alguna. Además, estoy tan débil que no voy a aguantar su bestialidad durante mucho más tiempo. Es cuestión de minutos. Este es el fin. Ahora lo sé. Y, de repente, me invade el miedo, la tristeza y la rabia. Hay tantas cosas que quería hacer y ya nunca tendré la oportunidad. Luego, con cada bofetada que me propinan, cada vez que los puños de ellos se clavan en mi rostro o en mi estómago, el miedo se convierte en pánico. Y poco a poco, el pánico deja lugar a un aplastante horror, hasta que de repente, ya no hay nada.

No estoy muerta, ni en coma. Ni siquiera he tenido la decencia de desmayarme. Tan solo permanezco aquí, físicamente destrozada, atada a mi silla e incapaz de sentir nada en mi interior. Noto mi rostro hinchado a causa de los golpes, siento el sabor de mi propia sangre inundando mi boca y, sin embargo, no soy capaz de sentir nada aparte del dolor físico. He elegido dejarlo ir, despojarme del miedo y el terror. He apagado ese interruptor, pero no como lo había hecho antes. Antes fingía, es ahora cuando me doy cuenta de ello. Porque ahora es definitivo. No hay vuelta atrás. Ahora ya no me queda nada. ¡Nada! salvo el vacío. Me lo han arrebatado todo, así que ¿por qué no acabar con esto de una vez por todas? ¿Por qué empeñarme en no suplicar? Por mucho que lo pienso, no se me ocurre ninguna razón para seguir luchando. ¿Por qué agarrarse a la vida si no tienes nada que te importe? ¡Nada! ¡No hay nada dentro de mí! Ni dolor, ni amor. Nada en absoluto.

—Pa... p... pa... ra.

Y se detienen. Pero entonces, antes de que yo formule las palabras liberadoras, mis ojos se cierran, mi cuerpo empieza a hundirse en heladas y oscuras profundidades y ya no consigo salir a la superficie. Así que sencillamente me dejo flotar.

Me acurruco contra papá, incapaz de dejar de temblar, y me tapo los ojos con las manos.

—Me aterran, papi... —sollozo, empapando su blanca camisa con mis lágrimas.

¡Papi siempre huele tan bien! A tabaco del caro, a alcohol y a su colonia, muy masculina. Quiero a papi.

—No, cariño, mírame... —alzo la mirada y miro sus ojos. Son de un intenso azul marino—. Ahí no hay nada. Solo es un armario vacío.

Sacudo la cabeza, sin dejar de sollozar.

—¡No! Hay unos monstruos malos y quieren comerme. Lo sé... ¡Sé que están ahí! ¡Haz algo, papi! Por favor... No dejes que me coman... —me tiembla el labio inferior y enormes lagrimones se me escurren por ambas mejillas.

Su mano, cálida y tan suave, me acaricia el pelo durante largo rato, mientras sus labios me susurran palabras tranquilizadoras al oído. Siento como si le hubiese echado mucho de menos, aunque no ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que nos vimos. Hoy mismo hemos jugado al ajedrez. Papá siempre pierde cuando juega contra mí y yo pienso que lo hace aposta. Aun así, me regocija ganarle. Él siempre dice que una victoria sigue siendo una victoria, independientemente de los medios. Es muy astuto. De mayor, voy a ser como él.

—¿Estás mejor, cariño?

Sacudo la cabeza para decirle que no.

—Tú vas a irte a tu habitación —lloriqueo, sorbiéndome las lágrimas— y vas a dejarme sola... y entonces los monstruos van a... van a comerme, papá.

Coloca una mano por debajo de mi barbilla y me alza el rostro. Me dedica una sonrisa bondadosa.

—Escúchame, Catherine. Escúchame muy atentamente porque no volverás a oír esto nunca más y es crucial que lo sepas. Eres una Collins. Y los Collins somos unos supervivientes. Siempre lo hemos sido. Durante más de quinientos años de historia familiar, los imperios se alzaron y se derrumbaron a nuestro alrededor, los reyes vencieron y perdieron sus guerras, pero nosotros seguimos aquí porque no hay nada que pueda vencernos. ¿Me has oído, princesa? ¡Nada! ¿Y quieres saber por qué?

—¿Por qué? —murmuro perdida en la intensidad de su mirada.

—Porque nada puede vencer a un Collins, a no ser que él se arrodille. Así que mira de nuevo en el armario, princesa. ¿Qué ves?

Me enjuago las lágrimas, me bajo de la cama y ando con paso vacilante hasta el armario. Chillo al mirar dentro.

—¡Un monstruo! ¡Papá, está ahí! ¡Haz algo!

—¿Qué te acabo de decir, Catherine?

Dejo de temblar e intento centrarme en sus palabras. *Nada puede vencer a un Collins a no ser que él se arrodille.*

—Pero los monstruos me asustan... me asustan tan... —soy incapaz de controlar los hipos— tanto, papi...

—¿Vas a arrodillarte delante de los monstruos? —me pregunta casi a gritos. Reflexiono durante largo tiempo y, acto seguido, me limpio la nariz con la manga de mi pijama de franela rosa, y sacudo la cabeza—. Entonces los monstruos no pueden tocarte. Mientras no te arrodilles delante de ellos, eres invencible. Que no se te olvide nunca, Catherine. Pase lo que pase, recuérdalo siempre.

Curioso. Eso lo había oído en alguna parte, aunque no consigo recordar ni cuándo, ni dónde. Giro de nuevo la mirada hacia el armario, con una lentitud agónica. Doy un respingo al ver de nuevo a los monstruos, pero entonces esas palabras resuenan en mi mente. Una vez. Y otra. Y otra. "*Nada puede vencer a un Collins, a no ser que él se arrodille... los monstruos no pueden tocarte...*" Y al fin comprendo esas palabras tan familiares. Comprendo que el miedo es una debilidad. Alguien, no recuerdo quién, me dijo una vez que las debilidades hay que erradicarlas desde la raíz antes de que sea demasiado tarde. Antes de que te devoren. Dijo que es la única manera de ganar la partida.

—Jaque —musita él.

Con una oleada de angustia inundando mi cuerpo, nuevo, una vez más, la cabeza hacia el armario. Pero entonces, al mirar dentro, algo cambia en mi interior. Es como un interruptor que hace clic y se apaga. El miedo... sencillamente se esfuma. Al igual que lo hacen todos mis sentimientos. Y sé que he ganado.

—Mate —murmuro, ausente.

—Ha sido fácil, ¿verdad? —pregunta mientras se baja de la cama y camina hacia mí.

Asiento.

—Gracias —le susurro.

—De nada, princesa.

Me coge de la mano y me lleva hasta mi espejo de princesas. Está lleno de pegatinas de Barbie, y por eso le llamamos espejo de princesas.

—Mírate, hija. Mira en lo que te has convertido.

Miro hacia el espejo, pero no veo a una cría de cinco años. Veo a una mujer adulta. Me veo a mí.

—No lo entiendo. ¿Cómo...?

—Mi padre sonríe con suficiencia.

—Es un sueño.

—Pero el consejo... lo que dijiste...

—Son tus recuerdos.

—Los había olvidado.

Su sonrisa se vuelve triste.

—Elegiste olvidar lo bueno, princesa —guarda silencio con los ojos cargados de lágrimas—. Lo entiendo. Te fallé. Lo siento, ¿vale? Sé que necesitabas oírlo para dejarme ir, y Dios sabe lo mucho que yo necesitaba decírtelo a ti. Lo siento, hija. Te prometí que siempre iba a estar contigo y... mentí. ¡Mentí! —repite, desesperado—. Pero él no es como yo y tú lo sabes en el fondo de tu alma. Sabes que él cumplirá sus promesas —coloca ambas manos en mis hombros y retiene mi mirada—. Ahora tienes que volver, princesa. Tu sitio no está aquí. Vuelve a él y sé feliz —hago ademán de decir algo, pero él me acalla con un dedo apoyado contra mis labios—. Antes de irte, quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. Incluso cuando desobedeciste mis órdenes... a pesar de que dedicaste toda tu vida a hacer todo lo que sabías que yo jamás aprobaría... siempre me he sentido orgulloso de ti.

—Tus palabras... —me detengo y alzo la mirada para buscar esos ojos penetrantes que me atraviesan el alma—. No se trataba sobre los monstruos de mi armario, ¿verdad? —mi voz resuena gélida. No delata la emoción que me estruja el corazón. No delata el dolor que me invade al darme cuenta de que esto es un adiós. No, mi voz no delata nada de lo que estoy sintiendo en este instante.

Durante un segundo, en su petrificado rostro se pinta un atisbo de sonrisa.

—No. Nunca se trató de los monstruos. Estaba preparándote para la vida. Para ser lo que eres ahora: una Collins.

Me abrazo a su fuerte torso, notando cómo los ojos se me llenan de lágrimas.

—No quiero volver. Ahí no me espera nada. ¡Nada! Deja que me quede contigo.

Él sacude la cabeza.

—Abre los ojos, Catherine, y enfréntate a los problemas como un Collins haría.

—No quiero... —baluceo mientras le abrazo más fuerte. Sé que, si le suelto ahora, se desvanecerá en el aire, tal y como lo hicieron todos los sueños y las ilusiones que tuve a lo largo de mi vida—. Estoy muy cansada de todo... No puedo volver ahí... Estoy preparada para dejarlo ir... ¡Deja que me quede contigo!

—¡Abre los ojos, Catherine! —ruge.

Y los abro. De golpe. De forma casi dolorosa.

A causa del subidón de adrenalina, mi corazón empieza a palpar dentro de mi pecho a un ritmo casi inaguantable. Despierto jadeando, con gotas de sudor poblando mi rostro. Es un sudor horriblemente frío, que no recorre solamente mi cara, sino también toda mi espalda, lo que hace que mi cuerpo rígido se estremezca. O puede que se estremezca a causa del miedo, no lo sé. Estoy bastante confusa. Hay una intensa luz blanca clavada en mis pupilas, y es tan cegadora que no puedo pensar en nada que no sea esa maldita bombilla. Durante largo tiempo me esfuerzo por recordar dónde estoy.

—Ha vuelto —murmura uno de los dos hombres que están a mi lado, de pie, escrutando mi rostro.

Los dos son altos, deben de medir aproximadamente metro noventa o más, son morenos, muy fuertes, atractivos. Sus rostros me resultan bastante familiares, aunque en este preciso instante no soy capaz de recordar sus nombres.

—Nos mira de una forma rara —susurra uno—. ¿Crees que está bien?

—No lo sé —admite el otro, que parece bastante alterado—. Puede que me haya pasado con los golpes.

Él más guapo de ellos, el de ojos verdes, se pasa ambas manos por el pelo, desesperado.

—¡Joder! Deberíamos llevarla a un hospital.

El otro se vuelve hacia él y lo fulmina con la mirada.

—No irás a acobardarte ahora, ¿verdad, hermano? Llevamos meses planteando esto. ¡No te vengas abajo!

—¡Mírala! —le grita y yo me doy cuenta de que sus ojos están llenos de lágrimas. Debo de significar algo para él—. ¡Mira lo que le has hecho! ¡Mírala, Jimmy!

¡Me cago en la puta! ¿Por qué cojones no la estás mirando? ¡Jesus! ¡Y yo lo he permitido! Estoy más loco que tú —se tapa la boca con una mano y sacude la cabeza, horrorizado.

—Esta zorra te dejó plantado en el altar. ¿Es que ya no te acuerdas, Mike? ¿Eh? Estabas hecho polvo. ¿Acaso se te ha olvidado? ¡Estabas llorando, tío! ¿Y por quién? ¿Por esta zorra? ¿Pensas que siente algo por ti? ¡Le ama a él, joder! ¡Siempre será él! ¡Tú no le importas una mierda! Todas le eligen a él... —su voz se rompe, y en su faz solo se lee cansancio y falta de esperanza.

¿Mike? ¿Jimmy? ¿Altar? ¿De qué demonios me sueña eso? Cierro los ojos, dejo de escuchar su conversación y me centro en esas tres palabras: *Mike, Jimmy, altar*. Las repito en mi mente, una y otra vez, hasta que los recuerdos empiezan a girar dentro de mi cabeza. La fiesta... la pelea... las torturas...

—Bienvenida al mundo real, Catherine —murmuro con desgana, en voz apenas audible.

Tan solo pasan unos instantes hasta que me doy cuenta de que no siento nada de dolor físico. De hecho, diría que me encuentro incluso bien. No entiendo nada. ¿No debería estar chillando? Entonces reparo en la jeringuilla vacía que hay encima de la mesa. ¡Cómo no!

—Me drogasteis, ¿verdad?

Mike asiente y avanza hacia donde estoy, vacilante. Se acuchilla delante de mí para poder mirarme a los ojos.

—Tuve que hacerlo, mi vida —me susurra con suavidad—. Estábamos perdiéndote y mi hermano no quiere que mueras antes de que supliques.

—Todo un detalle —remarco secamente—. Bien, ya que me resucitasteis, aquí me tenéis. Pero, para que conste, no pienso suplicar, así que, si queréis matarme de una vez, adelante. ¿Pensáis que me importa? —recostada sobre el respaldo de mi silla en una postura que solo refleja frío desdén, les dedico una sonrisa indolente—. No sois más que unos patéticos... insignificantes... ridículos monstruos de mierda. No os temo. De hecho, todo el poder que teníais sobre mí ha acabado al fin. Así que adelante. Clavadme el cuchillo. Me trae sin cuidado.

Se miran el uno al otro, confusos.

—Y lo haremos... en cuanto digas las palabras. ¿Por qué te empeñas en seguir luchando? ¿No quieres ser libre? ¿De verdad piensas que él va a venir a por ti?

Mientras contemplo el rostro de Mike, hay una media sonrisa traviesa jugueteando en mis labios.

—Te equivocas. No pienso que vaya a venir. Sé que lo hará.

—No, no lo hará —Jimmy sacude la cabeza para reiterar sus palabras—. He hablado con él hace diez minutos, mientras tú dormías. No tiene pistas. No sabe dónde está. Así que acaba con esto de una vez por todas. Dile que nunca le amaste —me insta—. Díselo y se habrá acabado.

Sonríe de nuevo, y en vez de mirar hacia la cámara, clavo la mirada en sus oscuras pupilas. Este es el momento que llevo meses esperando. Él y yo enfrentados. Durante un tiempo que no puedo determinar en palabras, nos miramos, sin más, conscientes de que la partida está a punto de acabar. Estamos en jaque. Un solo movimiento erróneo y habré perdido.

—¡Que... te... den!

Me da una bofetada. Sé que lo hace porque le veo abalanzándose sobre mí y porque escucho como el golpe resuena contra las paredes, pero apenas siento dolor. Debo de estar drogada hasta las cejas. A saber lo que me han inyectado estos dos imbéciles.

—¡Dile que no ha significado nada para ti! —ruge.

—Nate, te quiero.

Me asesta un golpe en la mejilla derecha, con los nudillos. Un arrojito de sangre se escurre hacia mi mandíbula y gotea sobre mi vestido. Debe de sangrarme la nariz, aunque no estoy muy segura de ello.

—¡Díselo!

—Siempre te he querido, siempre te querré y estos dos idiotas no cambiarán ese simple hecho.

Jimmy se detiene, deja escapar un largo suspiro y se gira hacia su hermano.

—Esto no lleva a ninguna parte —le dice, sacudiendo la cabeza—. Por mucho que la pegue, no va a decirlo.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunta Mike.

—Iros al puto infierno —resuena una voz familiar a sus espaldas.

El sonido de dos disparos interrumpe el silencio, y antes de que yo me dé cuenta de qué es lo que realmente ha pasado, Jimmy y Mike caen al suelo, fulminados. Durante un instante, observo, con malicioso regocijo, cómo se lamentan de dolor. Acto seguido, alzo la mirada hacia la puerta.

Y allí, con la corbata aflojada, el pelo horriblemente despeinado de tanto mesárselo y el ceño tan fruncido que le da un aspecto espeluznante, está Nathaniel Black. Sus intensos ojos, que brillan cargados de rabia en la oscuridad, tienen la mirada más despiadada y más cruel que yo haya visto jamás.

—Un solo movimiento más y os mato —ruge el desconocido que le acompaña, armado con alguna clase de metralleta que solo he visto en las películas. Su voz tiene un extraño acento europeo, tal vez ruso, no estoy muy segura—. No, no pestañeéis —apunta a la cabeza de Jimmy y, durante un instante, parece tentado a apretar el gatillo. Da la impresión de que está conteniéndose a duras penas.

—¡Igor, contrólate! —gruñe Nathaniel, con los ojos clavados en los míos. Sus manos aún sostienen la pistola que ha disparado las balas—. ¿Estás bien, amor?

—Perfectamente, gracias, aunque estaría mejor si me soltaras.

Se guarda la pistola en el bolsillo de la chaqueta de su traje y, sin devolverme la sonrisa, se encamina hacia mí.

—Este es mi amigo, Igor Ivanov.

Por supuesto. El famoso amigo ruso que nunca le ha ganado al póker. Igor, rubio, macizo, guapo y con pintas de malote, inclina la cabeza con cortesía.

—Señorita, un placer.

¡Vaya por Dios! ¡Un matón con modales!

—El placer es mío —le digo, correspondiendo a su amplia sonrisa.

Con la ayuda del cuchillo que coge de la mesa, Nathaniel corta las cuerdas que me aprisionan. Por espacio de unos segundos, es incapaz de moverse o de hablar, así que permanece quieto, a unos pocos centímetros de distancia de mí, limitándose a mirarme a los ojos. Empiezan a temblarme las manos y las rodillas cuando reparo en lo devastado que parece, sin embargo, me esfuerzo en disimularlo. No necesita a una maldita víctima en este instante.

—Sí, yo también me alegro de verte —bromeo, en un patético intento de aliviar el tormento que leo en su mirada.

Se abalanza sobre mí y me abraza con una feroz desesperación, tan abrumadora que me corta el aliento. Si no estuviera drogada, seguro que chillaría de dolor a causa de su agarre.

—Eh, no... tranquilo —le susurro pegando mi mejilla contra la suya—. Estoy bien. Mírame.

—Estoy mirándote... —balbucea, con un hilo de voz—. Dios... estoy mirándote... —desliza las puntas de los dedos por mi rostro destrozado, con una suavidad y una ternura que hacen que una enorme opresión se apodere de mi garganta—. ¿Qué te han hecho?

Cojo su cabeza entre las manos para retener su mirada.

—Estoy bien... —insisto, consciente de que es la mayor mentira que he dicho jamás. Sin embargo, es lo que él necesita oír ahora mismo.

A pesar de lo turbios que se han vuelto sus ojos, un atisbo de sonrisa se insinúa en sus voluptuosos labios.

—Tu manera de mentir siempre ha sido penosa, amor —me susurra mientras las yemas de sus dedos siguen acariciándome el rostro.

—Me provocáis náuseas —oigo la voz de Mike a mis espaldas.

—Por favor, que alguien me mate ya —dice Jimmy.

—Yo encantado.

—Igor... —murmuro a modo de advertencia.

Igor hace una mueca enfurruñada.

—¡Están pidiéndolo ellos! —se defiende, como si no entendiera por qué no les concedemos esa muerte que tanto reclaman.

—¡Callaros! —les grito, sin tan siquiera mirarlos. No puedo concentrarme en ellos ahora. No cuando Nathaniel está en este estado de conmoción—. Nate, por favor,

No dejes que esto te destruya. No te martirices por lo que me han hecho. Estoy bien...

Sacude la cabeza, atormentado, y los ojos se le llenan de lágrimas, pequeñas y calientes gotas que empiezan a surcar sus mejillas bajo mi turbada mirada. *¡Está llorando! ¡Nathaniel Black está llorando! Por mí... Esto... esto no puede estar pasando. No me han preparado para esto...*

—No... —con una expresión de horror desfigurando mi rostro, me tapo la boca con ambas palmas. *Él no puede estar llorando. Eso es más de lo que yo puedo aguantar.*

Las palabras que tenía pensado decir se detienen en mi garganta. Intento calmar la expresión de mi rostro y los latidos de mi corazón, pero no lo consigo. Tan solo puedo seguir el curso de esas pequeñas gotas, como si estuviera en un profundo trance.

Y antes de que ese reguero de lágrimas llegue a su mandíbula, todo a mi alrededor, ¡mi mundo entero! se derrumba bajo su propio peso. Todo lo que una vez fui, todo lo que fingía ser, se convierte en cenizas. La chica buena ha muerto. No queda nada de ella en este instante. Al igual que su mundo, se ha convertido en minúsculas partículas que flotan en el aire. Este es el fin de la vieja Catherine Collins-Fitzgerald. Y, de manera sorprendente, ese pensamiento me produce un enorme alivio.

—Te han destrozado —se detiene. Extiende el brazo y con temblorosos dedos, me acaricia el pelo—. ¿Cómo han podido?

Mi corazón se encoje al ver el horrible dolor que se apodera de sus facciones. Presiono los labios contra los suyos. Sin embargo, eso no consigue mitigar su desconsuelo.

—Estoy bien —repito en un susurro, aunque la voz se me rompe al decirlo.

Él aprieta la mandíbula y, de pronto, un fulminante destello de furia diabólica pasa a iluminar sus oscurecidas pupilas.

—Van a pagar por esto —gruñe entre dientes, llevándose una mano al bolsillo.

—Ni se te ocurra —mi tono de voz resuena más agresivo de lo que yo pretendía mientras mi mano se coloca encima de la suya para detenerle.

Cuando nuestras miradas vuelven a chocar, sus ojos se transforman por completo, al igual que lo hace su rostro, del que desaparece la ternura, el dolor y toda vulnerabilidad, y toma su lugar una expresión de atroz violencia.

—No van a salir vivos de aquí —mueve la cabeza—. No. Pensaba que era mi amigo. Pensaba que, de todo este puto universo, era el único que no me vendería. ¡Y mira lo que te ha hecho! ¡Mírate! —su voz es tensa, aunque potente—. ¡Mira en lo que te han convertido!

Me abraza a su torso, pero esta vez él no hace ademán de rodearme entre sus brazos, sino que permanece inmóvil, con el rostro endurecido.

—Nate, por favor —musito en voz temblorosa—. Por favor... dame la pistola. Solo quiero salir de aquí, volver a nuestra vida y olvidarme de ello. Y no podré hacerlo si aprietas ese gatillo —al darme cuenta de que no consigo atrapar su mirada, agarro su barbilla para obligarle a que me mire—. Si aprietas ese condenado gatillo, no habrá vuelta atrás. Así que, por favor, dame la pistola.

Sacude la cabeza para indicarme que no tiene intención alguna de ceder esta vez. Me aparta con suavidad, saca de nuevo el arma y apunta hacia la cabeza de Jimmy, quien no dice absolutamente nada. Sencillamente está devolviéndole la mirada, con expresión inmutable. Solo el brillo de dolor que se refleja en sus ojos durante un instante me dice que una parte de él desea que ese dedo oprima el gatillo. Una sola bala. Sería suficiente para acabar con todo esto. Por experiencia, sé que Nathaniel tiene muy buena puntería. Pero no puedo permitir que lo haga. Una parte oscura de mí quiere que lo haga. Quiere que Jimmy pague por todo lo que ha hecho. Sin embargo, la otra parte, mi lado racional, sabe que matarle no es la solución. Si le mata, él habrá ganado.

—Es culpa.

Los ocho ojos se giran en mi dirección cuando mis palabras, formuladas en un tono mortalmente frío, detienen el silencio.

—¿Qué? —murmura Nathaniel, completamente descolocado.

—Lo que mueve a Jimmy Brown. Me equivoqué. No es venganza. Es culpa. Ha matado a la única persona que se ha preocupado por él en toda su mísera vida. Y su rostro le atormenta cada vez que cierra los ojos.

Sé que al susurrar la palabra culpa, he captado la atención de Nathaniel Black. Si hay alguien en esta sala que entiende de eso, ese es él.

—Culpa... —repite, distraído.

Ladea la cabeza hacia la derecha y estudia los ojos de su adversario de una forma muy intensa, como si fuese capaz de ver en sus pupilas algo que a mí se me escapa.

—Eras mi amigo —musita.

Un espasmo de dolor contrae el rostro de Jimmy.

—Hazlo. Aprieta el gatillo —se detiene, como esperando el fin. Al darse cuenta de que Nathaniel no se mueve, su cara adquiere una expresión de brutal ferocidad—.

¡Vamos! ¡Mira lo que le he hecho a tu amor! ¿No quieres castigarme? ¡Vamos, maldito seas! ¡Aprieta el puto gatillo!

Nathaniel tensa la mandíbula, sacude la cabeza, y mientras examina esos atormentados iris, sus manos bajan la pistola lentamente. Hago un amago de sonrisa. Estoy muy orgullosa de él. Por primera vez en su vida, hace lo correcto.

—No pienso darte esa satisfacción.

Camino hacia él con paso firme y le quito el arma de las manos. De reojo, veo cómo el dolor sofoca el rostro de Jimmy. Al cruzarse nuestras miradas, advierto que el semblante de Mike muestra una apariencia similar. En el fondo, no es más que un pobre diablo. Lo único que me inspira en este instante es pena. Compasión. Y no hay nada más patético que despertar compasión en los demás.

Un agradable cosquilleo recorre mis venas mientras alzo la mano que sostiene la pistola.

—Jaque Mate —bisbeo en voz tan baja que no es perceptible para nadie, salvo para mí.

Tan solo pasan dos segundos hasta que el estruendo producido por la pistola al dispararse inunde el aire. Jimmy y Mike se retuercen de dolor cuando las dos balas disparadas, una tras la otra, se clavan en sus rodillas.

—¿Pero qué coño has hecho?! —me grita Nathaniel, cuyo rostro adquiere la expresión de un fiero animal.

—Lo que era necesario —respondo con frialdad.

Se coge la cabeza con ambas manos y empieza a revolotear enloquecido a mi alrededor, soltando horribles blasfemias. Espero represalias, pero él no se dispone a mover ficha. Se limita a jurar, a menearse y a mirarme enfurecido. Supongo que es lo bastante inteligente como para saber que nadie, ni siquiera él, va a detenerme en este instante. Bajo la mirada hacia los dos hombres cuya sangre acaba de salpicarme los bajos del vestido. ¡Maldita sea! ¡Era un Givenchy!

—Solo os diré dos cosas, hermanos *Harpe*. Uno: Yo no comparto lo de la otra mejilla. Y dos: Nunca pierdo la partida.

De repente, un horrible ruido retumba en mis oídos. Parece el rotor de un helicóptero. Unas intensas luces penetran el sótano y alguien, a mis espaldas, ruga con todas sus fuerzas:

—¡FBI! ¡Baja la pistola! ¡Catherine! ¡Baja la puta pistola! ¡Ahora!

Reconozco la voz del tiburón Parker. ¡A buenas horas! Podían haberme degollado varias veces hasta que se han presentado ellos. De no haber sido por Nathaniel Black, no habría vivido para contarlo. Acto seguido, recuerdo que, de no haber sido por sus líos de faldas, yo no estaría aquí ahora mismo. Como ese es un pensamiento que me irrita, lo borro de mi mente. Y vuelvo a apretar el gatillo. Dos veces.

—Aún les quedaba una rodilla sana —murmuro a modo de explicación, al ver los ojos de Nathaniel, dilatados a causa de la ira—. ¡Oh, no me mires así! Sobrevivirán. Tengo una excelente puntería. También tomé clases de tiro al plato.

—¡Catherine! —ruga Parker a mis espaldas—. Si bajas la pistola ahora, no pasarás presa más de un par de meses.

Me giro hacia él, con expresión divertida. ¿Presa? ¿Yo? ¡Pero si no he hecho nada!

—Me han torturado de formas que usted ni imagina —me detengo y curvo los labios en una sonrisa desagradable—. Me han pegado, maltratado psicológicamente, drogado y sometido a toda clase de atrocidades durante horas —Parker, conmovido, supongo, baja la pistola, mirándome con un brillo extraño en sus ojos—. Y cuando al fin me solté, ¡sí! cogí una puta pistola y les jodí ambas rodillas. Suerte encontrando a un jurado dispuesto a condenarme por ello. Y ahora quítese de mi camino antes de que le meta una bala en el culo por haberme llamado mujerzuela.

Una carcajada, la de Nathaniel Black, puesto que solo a él podría resultarle gracioso eso, resuena nada más acabar mi discurso.

—Una cosa está clara: no sufre el síndrome de Estocolmo, ¿eh, Joe?

Parker no se digna a contestar a eso, sino que sigue mirándome a los ojos, al igual que yo lo miro a él. Y es ahora cuando me doy cuenta de qué el brillo que hace instantes no podía definir, es admiración, lo que me asegura que me he salido con la mía una vez más. Sin interrumpir el contacto visual, bajo la pistola y la arrojo al suelo. Endezco los hombros, alzo la barbilla y adopto un aire digno.

—Y ahora, si me disculpáis, tengo sitios a los que ir y gente a la que ver.

Paso por delante del subdirector Parker y el resto del equipo de FBI, seguida por Nathaniel. Nadie hace ademán de detenernos.

—Cuando dijiste que lo único que querías era salir de aquí... —empieza él, en voz baja, mientras andamos hacia la puerta.

Curvo los labios en una media sonrisa.

—Mentí. Lo único que quería era venganza. Y no podía obtenerla si el que apretaba el gatillo ibas a ser tú. Además, te habrían detenido y, teniendo en cuenta tus antecedentes violentos, cualquier jurado te habría condenado. Hay que pensar en las consecuencias de nuestros actos, Black.

Coloca una mano en mi hombro y me detiene. Se me acerca despacio, vuelve a abrazarse a mí y entierra la nariz en mi cuello. Su desesperación me resulta abrumadora.

—Esta noche pensé que te había perdido para siempre —musita, sacudiendo la cabeza—. Pensé... pensé que te habías ido y yo... —su voz se quiebra, así que deja de hablar. El agarre de sus brazos se vuelve más fuerte a medida que pasan los segundos—. Lo único que quería era estar a dos metros bajo tierra —confiesa con un hilo de voz.

Agarro su cabeza con ambas manos para evaluar su turbada mirada.

—Eh... no, no, no —deslizo los dedos por sus pómulos—. No vuelvas a pensar eso nunca más, ¿me has oído? Te prometo que no voy a irme a ninguna parte esta vez. Se acabaron los celos y... las rabietas y... las peleas. Ahora sé que, a pesar de que nuestro amor sea difícil de llevar algunas veces y algunos... ¡idiotas!... dirían que es tóxico... y puede que me consumas, al fin del día, solo estamos tú y yo contra todos ellos. Y eso nunca va a cambiar.

Abre la boca como si, de repente, hubiese recibido un impacto que le ha dejado sin aire.

—Realmente me quieres —murmura, asombrado—. ¿Por qué?

Hago un atisbo de sonrisa mientras recorro su mandíbula con las puntas de los dedos.

—Eres el único perfecto para mí. Contigo no tengo que fingir que soy buena porque tú eres capaz de ver detrás de mis máscaras. Tú sabes que soy maliciosa, y egoísta, y que suelo creerme mejor que los demás...

—Porque lo eres —me interrumpe.

Sacudo la cabeza lentamente.

—No, no lo soy. Tan solo soy mejor que tú —nos sonreímos—. Te quiero porque cuando estoy contigo es el único momento del día en el que mi corazón late deprisa dentro de mi pecho. Te quiero porque tú me das siempre lo que necesito cuando yo aún no sé que lo necesito. Y también te quiero porque me haces perder el control constantemente... y los estribos, algunas veces —entorno los ojos al darme cuenta de que esto no es del todo cierto—. Bueno, la mayoría de las veces, para ser sinceros, pero también me haces vivir deprisa, como si cada instante fuera el último —guardo silencio, con la mirada perdida en el vacío—. Eso consigue que me sienta libre. Y viva —añado distraída. Alzo los ojos hasta encontrarme con los suyos—. Y te quiero por ello.

Su expresión se torna salvaje.

—Pero todo lo que ha pasado...

—Ha valido la pena —y, al decirlo, me doy cuenta de que eso es cierto—. Ha valido la pena, ¿me oyes? ¡Todo! El dolor, el tormento, los celos, ¡todo! ha valido la pena con tal de estar hoy aquí. ¿Y quieres saber por qué? —pego los labios a su oído y le susurro—. Porque no quisiera estar en ninguna otra parte sobre la faz de la tierra. ¿Y lo de esta noche? Tan solo era un minúsculo precio a pagar.

Inclina el rostro hacia el mío hasta que su ardiente respiración roza la piel de mi rostro.

—¿De verdad? —susurra contra mis labios.

No me da tiempo de contestar a eso. Su boca se aplasta contra la mía mientras que sus manos se enredan en mi pelo y tiran de él, suavemente. Al encontrarse

nuestras lenguas, los dos dejamos escapar un gemido. Poseído por una devastadora hambre, Nathaniel Black se vuelve cada vez más posesivo, como si su boca necesitara cada vez más de la mía. Y da igual que estemos rodeados de agentes FBI, da igual que haya dos locos psicópatas en el suelo a nuestras espaldas, da igual que el cabecilla de la mafia rusa de Nueva York esté observándonos boquiabierto... todo da igual porque, en el fondo, a pesar de todo lo que nos rodea, solo estamos él, yo y nuestro perfecto momento.

Al acabar el beso, me levanta en brazos como si fuera una niña pequeña. Me agarro a su cuello, decidida a no volver a apartarme jamás de sus brazos. Abre la puerta de una patada y empieza a subir unas escaleras.

—¿Adónde vamos? —susurro, una vez en la calle—. ¿París? ¿Roma? ¿Bora Bora?

—Al Monte Sinaí.

Suelto el aire, disgustada.

—¡Pero si estuvimos hace poco a Egipto! —protesto mientras me lleva hasta su coche.

Me acomoda en el asiento del copiloto, me coloca el cinturón y se inclina sobre mí. Pega los labios a mi oído.

—El Monte Sinaí es un hospital, amor —me susurra.

Vale, ahora me siento estúpida, lo que hace que mi rostro adquiera el color de la remolacha. Y él, como la bestia retorcida que es, está pasándoselo en grande con esto.

Se monta en el coche y, sin decir nada más, arranca y se limita a conducir, perdido en sus propios pensamientos. Supongo que está distraído por alguno de sus demonios internos. Examino sus atractivas facciones, intentando evocar lo que sentí la primera vez que lo vi. Era magnético. Quería apartar la mirada, sin embargo, no era capaz de hacerlo. Había algo en él, algo peligroso y diabólico que me atraía como nada ni nadie lo habían hecho en toda mi vida. Era prohibido. Una parte de mí era consciente de que era crucial mantenerme alejada de él, pero ¿cómo iba a conseguirlo? Era irresistible. Y nada ha cambiado desde entonces.

—¿Nate?

Me lanza una mirada rápida.

—¿Cómo me has encontrado?

Se le tensa la mandíbula.

—Es una larga historia —se limita a decir, a través de sus dientes apretados.

—Hazla breve —propongo con voz suave.

Saca mi móvil del bolsillo de su chaqueta. Cuando me lo ofrece, lo cojo con manos trémulas.

—Rastrear tu móvil me llevo a ese callejón. Pensaba que estarías ahí, pero lo único que encontré fue esto tirado en el suelo —me estremezco al cruzarme con su perturbada mirada—. Estaba convencido de que algo malo te había pasado. Sabía que él había ido a por ti. Así que solo hice lo que era necesario para recuperar al amor de mi vida.

—¿Qué fue lo que hiciste? —me atrevo a preguntar, cada vez más intrigada.

—Me cobré unos cuantos favores. Lo que necesitas saber es que te encontré gracias a las cámaras de vigilancia del comercio que había enfrente. No se veía del todo el rostro de Jimmy Brown, pero yo estaba casi seguro de que era Wesley, así que intenté rastrear su móvil.

—¿No lo conseguiste? —susurro, tratando de atrapar su mirada.

Sacude la cabeza y agarra el volante con tanta fuerza que sus nudillos se vuelven blancos.

—No. Hasta que me llamó para preguntar qué tal llevaba el asunto —rechina los dientes—. Entonces lo localicé.

Por lo tenso que se vuelve y por la mirada que me lanza, tengo claro que no quiere seguir manteniendo esta conversación. Aun así, decido preguntar una última cosa.

—¿Cómo es que llegaste antes que el FBI?

A pesar de la oscuridad que envuelve el coche, puedo ver su maliciosa sonrisa asomándose durante unos instantes.

—Soy Nathaniel Black. Yo no tengo que pedir orden de registro.

Si bien aprieto los labios, soy incapaz de disimular una sonrisilla.

Tras dos semanas horribles en las que he tenido que aguantar una cantidad indecente de pruebas médicas, a un Nathaniel Black desquiciado, a mi madre ahogándose con un instinto maternal que nadie sabía que tenía, a Richard obligándome a comer sopa todos los días de mi vida y a Robert, Emma y Gage zumbando a mi alrededor como unos abejorros, esta noche recibo el alta.

—¿Quieres tranquilizarte ya? —le digo a Nathaniel, quien lleva todo el día paseándose enloquecido por el hospital, acosando a todos los médicos.

—Aún pienso que deberían hacerte más pruebas —rezonga, malhumorado.

Me levanto de la butaca, me acerco a él y cierro las manos alrededor de las suyas.

—Eh... tranquilo. Estoy perfectamente bien. ¡Mírame! Mi rostro está como nuevo, ¿lo ves?

Hace una mueca de desagrado.

—Porque has usado corrector.

Ahogo una risita. Eso es cierto. Sin maquillaje, aún se me notan los moratones.

—Como sea. El caso es que estoy perfectamente bien. Y si me obligas a estar un solo instante más en este estúpido hospital, te juro por Dios que te dejaré plantado el día de nuestra boda. ¿Ahora podemos irnos a casa?

Refunfuña algo inaudible, coge mis maletas y, de muy mala gana, se dirige hacia la puerta.

—Deberían darnos una silla con ruedas.

Entorno los ojos mientras lo sigo hasta el ascensor. ¿Qué parte de *estoy bien* escapa de su comprensión?

—Ni de coña voy a salir a la calle en una silla de ruedas. Tengo una imagen que mantener.

Resopla con fastidio. Entramos en el ascensor en silencio.

—¿Por qué no puedes ser una chica buena de vez en cuando?

Al encontrarse nuestras miradas, una pícaro sonrisa se insinúa en mis labios. Me inclino sobre él, con los ojos abiertos de par en par.

—Porque soy mala —le susurro.

Tuerce la boca en un gesto burlón, aunque no replica a eso. Una vez en el garaje, me instala en el asiento del copiloto —no sé si tengo que usar el acento sureño para que entienda que estoy bien—, me coloca el cinturón y se monta en el coche, callado y pensativo. Ninguno de los dos hace ademán de interrumpir el silencio de camino a casa.

—Puedo bajar sola —gruño, al ver que me saca del coche en brazos.

Ni caso me hace. Me lleva en brazos hasta el ascensor y luego vuelve a por las maletas. Decido permanecer callada mientras el ascensor nos trasporta a la última planta.

Entro con paso vacilante, seguida por él, y me dirijo al salón, mirando a mi alrededor como si estuviera viéndolo todo por primera vez. El interior de mi nueva casa es amplio y sofisticado, aunque los suelos de mármol blanco y los muebles en brillantes tonos de blanco y negro le dan cierto toque gélido. Su punto fuerte lo constituyen las vistas. A través de los enormes ventanales, que empiezan en el suelo y acaban en el techo, diviso la cúpula del Empire State.

—¿Todo bien? —oigo su suave voz a mis espaldas.

—Sí, y solo... —me aclaro la voz—. Sí, todo bien.

Está todo tal y como lo recordaba. La última noche que pasé aquí había una botella de *bourbon* a medio gastar encima de la barra de acero inoxidable. Ahora sigue en el mismo lugar, como si Nathaniel no hubiese pasado por casa en las últimas dos semanas.

Me detengo en mitad de la estancia. Él deja caer las maletas al lado de la puerta y camina hacia mí lentamente, con sus ojos, penetrantes y deliciosamente seductores, clavados en los míos. Esta noche, su mirada promete más peligro que nunca.

—¿Y cómo acaba el cuento? —se detiene a escasos milímetros de mi rostro y su respiración se torna agitada, al igual que la mía—. ¿Caminarás conmigo en la oscuridad? ¿O querrás arrastrarme hacia la luz?

Extiendo un brazo y, sin dejar de mirar esos oscurecidos iris, le desabrocho el botón del vaquero y tiro de su pantalón hasta que su cuerpo se apoya contra el mío. Está muy tenso e intenta contener el aliento para disimular la excitación, que, pese a todos sus esfuerzos, se refleja en sus esculturales facciones. Deja escapar un gemido cuando clavo los dientes en su labio inferior y tiro suavemente de él.

—Ahora —jadeo en su boca— abrazaré mi verdadera naturaleza. Hay que admitir que las tinieblas siempre han despertado cierta fascinación en mí —mientras digo eso, lo empujo hacia atrás.

Cae en el sofá. Quiere fingir consternación, pero hay una sonrisa traviesa curvando las comisuras de sus labios.

—¿Tienes un maléfico plan, señorita Collins? —murmura con su sensual voz, que adquiere un toque ronco a causa del deseo.

Me quito lentamente mi vestido rojo de tubo y le guiño un ojo al quedar completamente desnuda delante de él.

—Siempre tengo un plan, señor Black. Ya lo sabes.

Me llevo una mano a la cabeza, me deshago el recogido de señoritinga remilgada que me hice esta mañana, y sacudo la melena. Nathaniel traga en seco mientras arrastra sus ardientes y lujuriosos ojos por todo mi cuerpo. Durante un breve instante, casi puedo sentir en mi piel la caricia de su mirada.

—No llevas ropa interior —susurra, afectado.

Medio sonrío.

—Las chicas malas no llevamos de eso.

Ahoga un gemido, frunce el ceño y se humedece los labios, incapaz de recomponerse.

—¿Estás seguro de que no vas a desmayarte? —digo maliciosamente.

Camino hacia él muy despacio, tomándome mi tiempo. Estoy disfrutando enormemente de la sensación de tenerle a mi merced. Me inclino sobre él, pero sin tocarle, lo que hace que el susurro de su respiración se vuelva aún más acelerado.

—Y ahora ¿qué? —musita, mordiéndose el labio inferior.

Deslizo la lengua por ese mismo labio en cuanto deja de morderse. Acto seguido, pego la boca a su oído.

—Ahora la Bella devorará a la Bestia en el acto final —le susurro.

Sus manos agarran mis caderas y me hacen sentarme encima de él. Mientras sostienen mi mirada, sus ojos se vuelven tan hipnóticos que me pierdo en ese intenso azul.

—¿Y por qué seguimos hablando, Mary Poppins? —musita, con la boca pegada a la mía.

—Excelente pregunta, actorucho.

¿Cómo acaba el cuento? Tal y como empezó. La Bella y la Bestia se devoran mutuamente durante horas a medida que las sombras de la noche se filtran a través de las ventanas del salón. A su alrededor, el Upper East Side de Nueva York deja caer el telón a pesar de que el espectáculo no ha hecho más que comenzar.

Exclusivas que han dado la vuelta al planeta

«**Uno de los perros de Nathaniel Black ataca a un paparazzi que se había colado en su propiedad.** *«Dogzilla solo estaba cumpliendo con su deber»* se defendió el chico malo al ser preguntado por el asunto. También se empeñó en especificar que: *«¡Le ha mordido el culo! Tampoco es para tanto. No hay que lloriquear como las nenazas.»* Como siempre, el famoso actor conmueve con sus palabras».

«**Nathaniel Black y Catherine Collins se casaron ayer a medianoche en una íntima ceremonia.** El jardín de su mansión de Atlanta fue el sitio que el actor y la *socialité*, acompañados por veinte invitados, eligieron para celebrar el evento más importante de sus vidas».

«**El chico malo de Hollywood se lleva el Oscar al mejor actor por su papel en «El oscuro secreto del doctor Von Bon».** Las malas lenguas susurran que el actor ha interpretado a la perfección ese papel porque se ha encontrado a sí mismo en el atormentado personaje de Christopher Von Bon. Nathaniel negó esos rumores, declarando: *«¡Qué va! Me lo dieron porque me sientan bien los trajes».* Un periodista británico entrevistó brevemente a Black, quien salió de la entrega agarrado al brazo de su guapísima esposa.

Periodista: ¿Cómo te sientes esta noche?

Black: Eufórico. Es una noche histórica.

Periodista: ¿Y eso por qué?

Black (sonriendo maliciosamente): A partir de ahora, mi querida esposa dejará de llamarme actorucho de pacotilla.

Estoy sentada en el sofá cuando escucho la puerta de la entrada abriéndose. Ese oscarizado actorucho de pacotilla va a escucharme. Cierro la revista de cotilleos que estaba leyendo, cruzo los brazos a la altura del pecho y permanezco quieta hasta que él entra en el salón. Va todo vestido de negro, con una chaqueta de cuero, una de sus irritantes camisetas de *Metallica Rules* y un vaquero. Y, como no podía ser de otra manera, tiene un enorme ramo de rosas negras entre las manos. El muy señorito sonríe como el que no ha roto un plato en toda su vida.

—Feliz cumpleaños, princesa —dice en un tono tan suave que me enfurece todavía más.

Veloz como un reptil, agarro la revista y la lanzo contra él. Por desgracia, la esquiva a tiempo. ¡Maldición! Ya va adquiriendo práctica.

—¡Feliz cumpleaños y un cuerno, so cabrón! —ladro, colérica.

Sus ojos brillan con desconcierto bajo sus cejas arqueadas.

—¿Por qué estás gritándome, muñequita de porcelana?

De no haber sido por el estúpido mareo que me invade, le habría arañado ese atractivo rostro suyo. Y lo habría hecho con un enorme regocijo.

—Sabes perfectamente por qué estoy gritándote, así que no te hagas el inocente conmigo.

Camina hacia mí con todos los músculos de su pecho ondulándose de una forma muy sensual por debajo de su camiseta. Alza su dedo índice en el aire.

—Si es por lo que dijo Judy Haley... —empieza con cautela.

—¡Me importa una mierda Judy Haley! ¡ESTOY EMBARAZADA!

Al acabar la primera parte de esta bilogía no escribí agradecimientos. Y no precisamente porque no tuviera a quién darle las gracias, sino porque quería dejarlo para el final. Después de leerlos más de ochocientas páginas más, creo que ya me conocéis lo bastante como para saber que a mí me gusta acabar a lo grande. Así que, allá vamos.

B: Sin ti, nada de esto habría sido posible. Eres mi más inagotable fuente de inspiración. De hecho, con todo lo que me has aportado, *Adicta* podría haber sido una pentalogía. ¡Gracias! Gracias por estar ahí siempre que te necesito, por haber cuidado de mí, por quererme, apoyarme y... por hacer que me sienta viva. Al final del día solo estamos tú y yo. Eso es algo que nunca va a cambiar.

Mis padres, *L y G*, quienes me han enseñado, a su manera, que erradicando las debilidades es el único modo de ganar la partida. Gracias por vuestros consejos y por haberos preocupado tanto por mi educación. Sois lo que me devuelve a tierra firme cuando me dejo llevar por la corriente (demasiado a menudo, por desgracia). ¡Os quiero!

Correctivia y, en particular, *Joana Arteaga*, quien ha sido algo parecido a mi hada madrina desde que pisé el mundo de las letras. Gracias por la magnífica labor que has hecho corrigiendo estos libros, gracias por todos tus consejos y, por encima de todo eso, gracias por creer en mí y en mi trabajo cuando yo misma tenía mis dudas.

Alexia Jorques, muchas gracias por las dos estupendas portadas que has hecho. Espero no haber sido una cliente demasiado tiquismiquis. Gracias por tu infinita paciencia.

Scarlett Butler, mi otra hada madrina, que siempre está a mi lado, apoyándome, empujándome por detrás para que vaya a eventos, informándome sobre todo lo que pasa en este mundo. Mi Scarlett, gracias por tu amistad. Es muy importante para mí.

Mis primeras lectoras, amigas a estas alturas: Doralicia Cabañas, Yenny Masea de Cardozo, Julia Pérez Jaén, Patry Leyre Fernández Andreu, Adriana González, Mónica Archimedes, Maricarmen Pozo Moya, Mari Carmen Martínez Oto, Susana Fuentes, Rosy Genardini y, por supuesto, mi querida Melanie Pozo. Chicas, gracias por leerme, por compartir, por comentar y por haber estado ahí. Espero no haberme olvidado de nadie.

Joe Snow, quien ha leído el libro sin ser su género. Gracias, Joe, por tus comentarios y tus sugerencias (siempre acertadas) y por echarme una mano con los videos. ¡Te debo una!

Las chicas de Devoralibros: Noelia y Ainoha, ¡gracias por el sorteo y las reseñas!

Gracias a las blogueras que os habéis tomado la molestia de leer y reseñar mi libro: Pili Doria, Mónica Delgado, Lizzie Quintas, Judy Macmar y Judith Huertas Miranda (solo tenía estas cinco cuando escribí esto, pero estoy convencida de que habrá más, con lo que os doy las gracias a todas las demás por adelantado).

Sabemos lo que dice Mateo en la Biblia: *Los últimos serán primeros*. Y por eso te he dejado para el final. Gracias a ti, el que has tenido la paciencia de aguantar hasta el final para leer esto. Tú, el lector, sin el cual el trabajo de un escritor carecería de emoción alguna. ¿De qué sirve escribir si nadie lo lee? Espero haber cumplido tus expectativas, espero que lo hayas pasado bien en las fiestas del Upper East Side, y espero que hayas disfrutado de este libro tanto como lo hice yo escribiéndolo.

Si te ha gustado la bilogía, y no es mucho pedir, por favor, déjame tu comentario en Amazon. Es muy importante para un escritor independiente como yo. ¡Gracias!

Si queréis contactar conmigo: me encontráis en las redes sociales:

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100010294145248>

Mi blog: <https://isabellamarinescritora.wordpress.com/>

Mail: isabellamarinescritora@hotmail.com